

[DE GENESI AD LITTERAM.]

ADVERTENCIA EN LOS LIBROS SUBSIGUIENTES. (C,S)

He aquí ya la tercera o cuarta exposición de Agustín sobre el Génesis. A este libro, que trata o defiende contra los maniqueos, Agustín le puso mano en un tiempo aún reciente de su conversión: pero en los lugares más difíciles, contento con haber sometido el sentido alegórico, había pasado por alto el literal; el cual, más tarde, al intentar investigarlo como presbítero, al descubrir que sus fuerzas eran insuficientes para esta labor, dejó la obra incompleta. De aquí que, hacia el año cuatrocientos, el mismo argumento lo retomó como obispo: primero según la alegoría en los últimos tres libros de las Confesiones; y luego, en este trabajo, según la letra, y sobre este asunto compuso los siguientes doce libros.

En ellos, narrando la historia del Génesis desde el principio hasta el versículo en que Adán fue expulsado del Paraíso, no pasa por alto ni un ápice, nada que no examine con toda razón y sondee más profundamente, salvo que no se esfuerza en explicar los misterios cubiertos por envolturas de figuras: pues ahora pone todo el valor en demostrar que no hay nada contenido en la historia del Génesis que no pueda ser verdadero literalmente, nada que se oponga a la razón o a la naturaleza de las cosas; y si algo parece superfluo e incongruente, debe creerse místico y referirse a un nivel más alto. Sin embargo, trata de algunas cosas incidentalmente en el segundo libro, contra los Genetlíacos; en el cuarto libro, sobre la perfección del número seis; en el quinto libro, sobre la ciencia y la providencia de Dios; en el sexto libro, sobre el cuerpo de Adán; en el séptimo libro, sobre el alma, de la cual vuelve a hablar en el décimo libro. Luego, sobre la caída de los ángeles, en el undécimo libro; sobre el Paraíso y sobre el múltiple género de visiones en el duodécimo libro, y sobre otras cosas en diversos lugares, afirmando y defendiendo lo que es cierto, planteando cuestiones y dudas sobre lo incierto. Cassiodoro senador alaba intensamente la obra en el primer libro de las Instituciones, capítulo primero; y la considera mucho más sublime que los comentarios de Basilio y Ambrosio sobre el Génesis.

Agustín dio lugar a estos libros en las Retracciones después de algunas obras elaboradas hacia el año cuatrocientos, en el orden, como dice, en que los comenzó, no en el que los terminó. Pues aunque los amigos los solicitaban, los retuvo mucho tiempo consigo, para revisarlos repetidamente, según la carta ciento cuarenta y tres, dirigida a Marcelino, hacia el final del año cuatrocientos doce. Cita el duodécimo libro en la carta ciento cincuenta y nueve, a Evodio, que hemos fechado alrededor del año cuatrocientos catorce, y allí indica que está acelerando la corrección de toda la obra para hacerla pública lo antes posible: sin embargo, aún no la había publicado cuando escribió otra a Evodio, es decir, la carta ciento sesenta y dos, como se atestigua en el número segundo.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, SOBRE EL GÉNESIS AL PIE DE LA LETRA, DOCE LIBROS.

LIBRO PRIMERO. Se examina el inicio del Génesis, cap. 1, vers. 1: En el principio creó Dios el cielo y la tierra: hasta el vers. 5: Y llamó Dios a la luz día, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.---Qué considerar en la Escritura.

1. Toda la Escritura divina está dividida en dos partes, según lo que el Señor significó, diciendo que un escriba instruido en el reino de Dios es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52), las cuales también se llaman dos

Testamentos. En todos los libros santos es necesario observar qué cosas allí se indican como eternas, qué hechos se narran, qué futuros se predicen, qué acciones se ordenan o aconsejan. En la narración de los hechos, por tanto, se pregunta si todo debe ser entendido solo según un sentido figurado, o si también debe ser afirmado y defendido según la fe de los hechos realizados. Pues ningún cristiano se atreverá a decir que no deben ser entendidos figuradamente, atendiendo al Apóstol que dice, Pero todo esto les acontecía en figura (I Cor. X, 11): y aquello que está escrito en el Génesis, Y serán dos en una sola carne (Gen. II, 24), recomendando un gran sacramento en Cristo y en la Iglesia (Ephes. V, 32).

2. Si, por tanto, esa Escritura debe ser examinada de ambas maneras, busquemos cómo se dijo más allá de la significación alegórica, En el principio creó Dios el cielo y la tierra: si en el principio del tiempo; o porque fueron hechas primero que todo; o en el principio, que es el Verbo de Dios, el Hijo unigénito. Y cómo puede mostrarse que Dios, sin ningún cambio en sí mismo, obró cosas mutables y temporales. Y qué se significa con el nombre de cielo y tierra; si la criatura espiritual y corporal recibió el nombre de cielo y tierra, o solo la corporal: para que en este libro se entienda que se calló sobre la espiritual, y así dijo cielo y tierra, queriendo significar toda la criatura corporal superior e inferior. O si la materia informe de ambas se llamó cielo y tierra: la vida espiritual, tal como puede ser en sí misma, no convertida al Creador; pues por tal conversión se forma y perfecciona; si no se convierte, es informe: la corporal, si puede ser entendida por la privación de toda cualidad corporal, que aparece en la materia formada, cuando ya son especies de cuerpos, perceptibles ya sea por la vista o por cualquier otro sentido del cuerpo.

3. O si debe entenderse el cielo como la criatura espiritual, desde el principio en que fue hecha, siempre perfecta y bienaventurada: y la tierra, como la materia corporal aún imperfecta; porque la tierra, dice, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo; con estas palabras parece significar la informe sustancia corporal. O si la informe naturaleza de ambas se significa también con estas palabras posteriores: la corporal, ciertamente, en lo que se dijo, La tierra era invisible y desordenada: y la espiritual, en lo que se dijo, Las tinieblas estaban sobre el abismo; para que, usando una palabra trasladada, entendamos la naturaleza de la vida como un abismo tenebroso, a menos que se convierta al Creador: de la única manera que puede ser formada, para que no sea un abismo; e iluminada, para que no sea tenebrosa. Y cómo se dijo, Las tinieblas estaban sobre el abismo; si porque no había luz; que si hubiera, ciertamente estaría sobre, y como si se derramara: lo cual sucede en la criatura espiritual, cuando se convierte a la luz inmutable e incorpórea que es Dios.

CAPÍTULO II.---Cómo dijo Dios, Hágase la luz; si por medio de una criatura, o por el Verbo eterno.

4. Y cómo dijo Dios, Hágase la luz; si temporalmente, o en la eternidad del Verbo. Y si temporalmente, ciertamente de manera mutable; ¿cómo, entonces, puede entenderse que Dios diga esto, sino por medio de una criatura; pues Él mismo es inmutable? Y si Dios dijo, Hágase la luz, por medio de una criatura; ¿cómo es la luz la primera criatura, si ya había una criatura por la cual Dios dijera, Hágase la luz? ¿O no es la luz la primera criatura; porque ya se había dicho, En el principio creó Dios el cielo y la tierra; y podía hacerse una voz temporal y mutable por medio de la criatura celestial, que Dios ya había hecho, cuando en el principio creó Dios el cielo y la tierra, Hágase la luz? Si es así, la luz corporal fue hecha, la que vemos con los ojos corporales, diciendo Dios por medio de la criatura espiritual, que Dios ya había hecho, cuando en el principio creó Dios el cielo y la tierra, Hágase la luz; de la manera en que por el movimiento interior y oculto de tal criatura pudo divinamente decirse, Hágase la luz.

5. ¿O también sonó corporalmente la voz de Dios diciendo, Hágase la luz; como sonó corporalmente la voz de Dios diciendo, Tú eres mi Hijo amado (Mat. III, 17): y esto por medio de una criatura corporal, que Dios había hecho, cuando en el principio creó el cielo y la tierra, antes de que se hiciera la luz, que fue hecha en esta voz sonora? Y si es así, ¿en qué lengua sonó esta voz, diciendo Dios, Hágase la luz; ya que aún no había diversidad de lenguas, que fue hecha después en la edificación de la torre después del diluvio (Gen. XI, 7)? ¿Cuál era la lengua única y sola, en la que Dios habló, Hágase la luz? y ¿quién era el que debía oír y entender, a quien se dirigía tal voz? ¿O es esta una absurda y carnal sospecha y pensamiento?

6. ¿Qué diremos, entonces? ¿O lo que se entiende en el sonido de la voz, cuando se dice, Hágase la luz, y no el mismo sonido corporal, esto se acepta bien como la voz de Dios? y si esto mismo pertenece a la naturaleza de su Verbo, del cual se dice, En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios? Pues cuando se dice de Él, Todas las cosas por Él fueron hechas (Juan I, 1, 3); se muestra suficientemente que también la luz fue hecha por Él, cuando Dios dijo, Hágase la luz. Si es así, es eterno lo que Dios dijo, Hágase la luz; porque el Verbo de Dios, Dios con Dios, el Hijo único de Dios, es coeterno con el Padre: aunque al decir Dios esto en el Verbo eterno, la criatura temporal fue hecha. Pues aunque las palabras son de tiempo, cuando decimos, Cuando, y alguna vez; sin embargo, es eterno en el Verbo de Dios, cuándo debe hacerse algo: y entonces se hace cuando debe hacerse en aquel Verbo, en el cual no hay cuándo ni alguna vez, porque todo aquel Verbo es eterno.

CAPÍTULO III.---Qué es aquella luz. Por qué no se dijo, Hágase el cielo, etc., como, Hágase la luz. Primera respuesta.

7. ¿Y qué es la misma luz que fue hecha? ¿algo espiritual, o corporal? Pues si es espiritual, puede ser la primera criatura, ya hecha perfecta con esta palabra, que primero fue llamada cielo, cuando se dijo, En el principio creó Dios el cielo y la tierra: para que lo que Dios dijo, Hágase la luz; y fue hecha la luz, se entienda como la conversión de ella al Creador, hecha e iluminada.

8. ¿Y por qué se dijo así, En el principio creó Dios el cielo y la tierra; y no se dijo, En el principio dijo Dios, Hágase el cielo y la tierra; y fueron hechos el cielo y la tierra: como se narra de la luz, Dijo Dios, Hágase la luz; y fue hecha la luz? ¿O primero debía ser comprendido y recomendado universalmente con el nombre de cielo y tierra lo que Dios hizo; y luego ser explicado por partes, cómo lo hizo, cuando por cada cosa se dice, Dijo Dios; es decir, porque por su Verbo hizo todo lo que hizo?

CAPÍTULO IV.---Segunda respuesta a la cuestión anterior.

9. ¿O cuando primero se hacía la informe materia, ya sea espiritual o corporal, no debía decirse, Dijo Dios, Hágase; porque la forma del Verbo siempre adherente al Padre, por el cual Dios eternamente dice todas las cosas, no imita la imperfección, cuando de manera disímil de lo que es sumamente y primeramente, tiende a la nada con su informe naturaleza; pero entonces imita la forma del Verbo, siempre e inmutablemente adherente al Padre, cuando también ella por su género de conversión a lo que verdaderamente y siempre es, es decir, al creador de su sustancia, toma forma, y se hace criatura perfecta: para que en lo que la Escritura narra, Dijo Dios, Hágase, entendamos el dicho incorpóreo de Dios en la naturaleza de su Verbo coeterno, llamando a sí la imperfección de la criatura, para que no sea informe, sino que se forme según cada cosa que se ejecuta por orden? En cuya conversión y formación, porque por su modo imita a Dios Verbo, esto es, al Hijo de Dios siempre

adherente al Padre, con plena similitud y esencia igual, por la cual Él y el Padre son uno (Juan X, 30); no imita, sin embargo, esta forma del Verbo, si apartada del Creador, permanece informe e imperfecta: por eso la mención del Hijo no se hace así porque es Verbo, sino solo porque es principio, cuando se dice, En el principio creó Dios el cielo y la tierra; pues se insinúa el comienzo de la criatura aún en la informe imperfección: pero se hace mención del Hijo, que también es Verbo, porque está escrito, Dijo Dios, Hágase; para que por lo que es principio, insinúe el comienzo de la criatura existente de Él aún imperfecta; pero por lo que es Verbo, insinúe la perfección de la criatura llamada a Él, para que se forme adhiriéndose al Creador, e imitando por su género la forma siempre e inmutablemente adherente al Padre, de quien inmediatamente es lo que Él.

CAPÍTULO V.---La criatura intelectual es informe, a menos que se perfeccione convertida al Verbo divino. Por qué se dijo que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas antes de narrar que Dios dijo, Hágase la luz.

10. Pues no tiene vida informe el Verbo Hijo, a quien no solo es esto ser lo que vivir, sino también esto vivir, lo que es vivir sabiamente y bienaventuradamente. La criatura, sin embargo, aunque espiritual e intelectual o racional, que parece ser más cercana a aquel Verbo, puede tener vida informe; porque no como esto es para ella ser lo que vivir, así esto vivir lo que es vivir sabiamente y bienaventuradamente. Pues apartada de la Sabiduría inmutable, vive necia y miserablemente, lo cual es su informe naturaleza. Pero se forma convertida a la luz inmutable de la Sabiduría, el Verbo de Dios. Pues de quien existió para que sea de alguna manera y viva, a Él se convierte para que viva sabiamente y bienaventuradamente. El principio, pues, de la criatura intelectual es la eterna Sabiduría; principio que permaneciendo en sí inmutablemente, de ninguna manera cesa de hablar con oculta inspiración de vocación a aquella criatura de la cual es principio, para que se convierta a aquello de lo cual es, que de otra manera no puede ser formada y perfecta. Por eso, preguntado quién era, respondió: Principio, porque también os hablo (Juan VIII, 25).

11. Pero lo que el Hijo habla, el Padre habla, porque al hablar el Padre se dice el Verbo, que es el Hijo, de manera eterna, si debe llamarse manera, hablando Dios el Verbo coeterno. Pues en Dios está la suma benignidad, y santa y justa; y ciertamente no viniendo de indigencia, sino de beneficencia, amor en sus obras. Por eso, antes de que se escribiera, Dijo Dios, Hágase la luz; precedió la Escritura diciendo, Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Porque ya sea que con el nombre de aguas quiso llamar a toda la materia corporal, para insinuar de qué están hechas y formadas todas las cosas, que en sus géneros ya podemos distinguir, llamando agua, porque de la naturaleza húmeda vemos que todas las cosas en la tierra se forman y crecen por varias especies; o una cierta vida espiritual antes de la forma de conversión como flotante: se movía, sin duda, el Espíritu de Dios; porque estaba sujeta, ciertamente, a la buena voluntad del Creador, cualquier cosa que fuera lo que había comenzado a ser formada y perfeccionada: para que diciendo Dios en su Verbo, Hágase la luz; permaneciera en la buena voluntad, esto es, en su beneplácito, lo que fue hecho según el modo de su género; y por eso es recto, lo que agradó a Dios, diciendo la Escritura, Y fue hecha la luz; y vio Dios que la luz era buena.

CAPÍTULO VI.---La Trinidad insinuada tanto en el inicio como en la perfección de la criatura.

12. Para que así como en el mismo inicio de la criatura comenzada, que con el nombre de cielo y tierra, por lo que de ella debía ser perfeccionado, fue mencionada, se insinúa la Trinidad del Creador (pues diciendo la Escritura, En el principio creó Dios el cielo y la tierra;

entendemos al Padre en el nombre de Dios, y al Hijo en el nombre de principio, que no al Padre, sino por sí mismo es principio de la criatura creada primeramente y principalmente espiritual, y consecuentemente también de toda criatura: pero diciendo la Escritura, Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, reconocemos la completa mención de la Trinidad); así también en la conversión y perfección de la criatura, para que las especies de las cosas se dispongan, se insinúe la misma Trinidad: el Verbo de Dios, ciertamente, y el generador del Verbo, cuando se dice, Dijo Dios; y la santa bondad, en la cual a Dios le agrada lo que le agrada ser perfecto según el modo de su naturaleza, cuando se dice, Vio Dios que era bueno.

CAPÍTULO VII.---Por qué se dijo que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas.

13. Pero ¿por qué, mencionada primero la criatura aunque imperfecta, después se menciona el Espíritu de Dios, primero diciendo la Escritura, Pero la tierra era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo; y luego añadiendo, Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas? ¿O porque el amor necesitado y carente ama de tal manera, que se sujeta a las cosas que ama; por eso cuando se menciona el Espíritu de Dios, en el cual se entiende su santa benevolencia y amor, se dijo que se movía, para que no se pensara que Dios ama sus obras por necesidad de indigencia más bien que por abundancia de beneficencia? Recordando el Apóstol esta cosa, al decir que iba a mostrar el camino más excelente, dijo (I Cor. XII, 31): y en otro lugar, La caridad de Cristo que excede a todo conocimiento (Ephes. III, 19). Pues cuando así debía insinuarse el Espíritu de Dios, que se dijera que se movía, fue más conveniente que primero se insinuara algo comenzado, sobre lo cual se dijera que se movía; pues no por lugar, sino por potencia que todo supera y excede.

CAPÍTULO VIII.---El amor de Dios en las criaturas les otorga que sean, y que permanezcan.

14. Así también en las cosas hechas y formadas de aquella iniciación, vio Dios que era bueno: pues agradó lo que fue hecho, en aquella benignidad que agradó que se hiciera. Pues hay dos cosas por las cuales Dios ama su criatura; para que sea, y para que permanezca. Para que fuera, pues, lo que permaneciera, el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas; pero para que permaneciera, Vio Dios que era bueno. Y lo que se dijo de la luz, esto de todas las cosas. Pues algunas permanecen superando toda volubilidad temporal en la más amplia santidad bajo Dios; pero otras según los modos de su tiempo, mientras por la sucesión y sucesión de las cosas se teje la belleza de los siglos.

CAPÍTULO IX.---Si en el tiempo se dijo, Hágase la luz, o sin tiempo.

15. Entonces, ¿cuándo dijo Dios, "Hágase la luz", y se hizo la luz, lo dijo en algún día o antes de cualquier día? Pues si lo dijo a su Verbo coeterno, ciertamente lo dijo intemporalmente; pero si lo dijo temporalmente, no lo dijo a su Verbo coeterno, sino a través de alguna criatura temporal; y por lo tanto, la luz no sería la primera criatura, porque ya existía algo a través de lo cual se dijera temporalmente, "Hágase la luz". Y se entiende que hizo aquello antes de cualquier día, lo que se dijo, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra"; para que bajo el nombre de cielo se entienda la criatura espiritual ya hecha y formada, como el cielo de este cielo, que es lo más alto en los cuerpos. Pues en el segundo día se hizo el firmamento, que nuevamente llamó cielo. Pero bajo el nombre de tierra invisible y desordenada, y de abismo tenebroso, se significó la imperfección de la sustancia corporal, de donde se harían aquellas cosas temporales, de las cuales la primera sería la luz.

16. Sin embargo, es difícil encontrar cómo pudo decirse temporalmente "Hágase la luz" a través de una criatura que hizo antes del tiempo. Pues no entendemos que se dijo con sonido de voz: ya que cualquier cosa de este tipo es corpórea. ¿Acaso hizo alguna voz corpórea a partir de esa imperfección de la sustancia corporal, por la cual sonara "Hágase la luz"? Entonces, algún cuerpo sonoro fue creado y formado antes de la luz. Pero si es así, ya existía el tiempo, a través del cual la voz correría, y los espacios de los sonidos sucediéndose pasarían. Pero si ya existía el tiempo antes de que se hiciera la luz, en qué tiempo se haría la voz que resonara "Hágase la luz"; ¿a qué día pertenecía ese tiempo? Pues un día, y el mismo primero, comienza a contarse cuando se hizo la luz. ¿O todo el espacio de tiempo pertenece al mismo día, en el que se hizo el cuerpo sonoro por el cual sonara "Hágase la luz", y en el que se hizo la misma luz? Pero toda tal voz se pronuncia por el sentido corporal del oyente desde el hablante; pues así fue hecho, para que sienta el aire golpeado. ¿Acaso tenía tal oído aquello que era invisible y desordenado, al que Dios así ordenara y dijera "Hágase la luz"? Que esta absurdidad se aleje de la mente del que piensa.

17. Entonces, ¿era un movimiento espiritual, pero temporal, por el cual entendemos que se dijo "Hágase la luz", expresado por el Dios eterno a través del Verbo coeterno en la criatura espiritual que ya había hecho, cuando se dijo "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", es decir, en aquel cielo del cielo? ¿O esta locución no solo se entiende sin algún sonido, sino también sin ningún movimiento temporal de la criatura espiritual, fijada de alguna manera en su mente y razón por el Verbo coeterno al Padre, e impresa de alguna manera, según la cual se movería, y la inferior imperfección tenebrosa de la naturaleza corporal se convertiría en forma, y se haría la luz? Pero es mucho y muy difícil comprender cómo se dice, con Dios no ordenando temporalmente, ni la criatura oyendo temporalmente, que excede todos los tiempos en la contemplación de la verdad, sino transmitiendo intelectualmente a lo que está abajo las razones impresas en sí misma por la Sabiduría inmutable de Dios, como locuciones inteligibles, para que se hagan movimientos temporales en las cosas temporales, ya sea para formarlas o administrarlas. Pero si la luz, que primero se dijo que se hiciera, y se hizo, también debe entenderse que tiene el primado de la criatura, es la vida intelectual; que a menos que se volviera al Creador para ser iluminada, flotaría sin forma. Pero cuando se volvió e iluminó, se hizo lo que en el Verbo de Dios se dijo, "Hágase la luz".

CAPÍTULO X.---Cómo se completó un día, ya sea en la creación o después de la creación de la luz. Se desaprueba el primer modo de explicación. El segundo modo de explicación está implicado en dificultades.

18. Sin embargo, aunque se dijo sin tiempo, porque en el Verbo coeterno al Padre no cabe el tiempo; alguien podría preguntar si también se hizo sin tiempo. Pero, ¿cómo puede entenderse esto, cuando hecha la luz y separada de las tinieblas, y dados los nombres de día y noche, dice la Escritura, "Fue la tarde y fue la mañana, un día"? De donde parece que la obra de Dios se hizo a lo largo del espacio de un día, al completarse el cual se llegó a la tarde, que es el inicio de la noche. Y nuevamente, al completarse el espacio nocturno, se completó todo el día, para que se hiciera la mañana en otro día, en el cual Dios consecuentemente obrara otra cosa.

19. Pero en verdad es muy admirable, cuando Dios dijo "Hágase la luz" con la razón eterna de su Verbo sin espacio de sílabas, ¿por qué la luz se hizo con tanta demora, hasta que pasara el espacio del día, y se hiciera la tarde? ¿O tal vez la luz se hizo rápidamente, pero el tiempo diurno pudo consumirse en discernirla de las tinieblas, y al señalarse ambos con sus nombres? Es extraño si esto pudo hacerse con tanta demora por Dios, como se dice por

nosotros. Pues la distinción de la luz y las tinieblas ciertamente siguió en la misma obra, cuando se hizo la luz: porque no pudo haber luz, a menos que se distinguiera de las tinieblas.

20. Pero lo que Dios llamó a la luz día, y a las tinieblas noche, ¿con cuánta demora pudo hacerse, incluso si lo hubiera hecho sílaba por sílaba con el sonido de la voz, sino con la misma que decimos nosotros, "La luz se llame día, y las tinieblas se llamen noche"? A menos que alguien sea tan insensato como para pensar que, porque Dios es grande sobre todas las cosas, las sílabas pronunciadas por la boca de Dios, aunque muy pocas, pudieran extenderse a lo largo de todo el espacio del día. A esto se añade que Dios llamó a la luz día, y a las tinieblas noche, no con sonido corporal de voz, sino con las razones internas y eternas de la Sabiduría inmutable, el Verbo coeterno a Él. Nuevamente se pregunta, si las llamó con las palabras que usamos, ¿en qué lengua las llamó? ¿Y qué necesidad había de sonidos pasajeros, donde no había ningún oído corporal de nadie? Y no se encuentra.

21. ¿O se debe decir que, aunque esta obra de Dios se completó rápidamente, la luz permaneció tanto tiempo sin que la noche sucediera, hasta que se completara el espacio diurno; y la noche permaneció tanto tiempo sucediendo a la luz, hasta que pasara el espacio del tiempo nocturno, y se hiciera la mañana del día siguiente, habiendo pasado el primero y único? Pero si digo esto, temo ser ridiculizado tanto por aquellos que lo han conocido con certeza, como por aquellos que pueden advertir fácilmente que en el tiempo en que es noche para nosotros, esas partes del mundo son iluminadas por la presencia de la luz, por las cuales el sol regresa de occidente a oriente; y por lo tanto, en todo el giro de veinticuatro horas, no falta en el circuito del todo, en algún lugar el día, en otro la noche. ¿Acaso entonces colocaremos a Dios en alguna parte donde le llegara la tarde, cuando la luz se apartara de esa parte hacia otra? Pues también en el libro que se llama Eclesiastés, está escrito así: "Y sale el sol, y se pone el sol, y se dirige a su lugar"; esto es, al lugar de donde salió. Pues sigue diciendo: "Él sale hacia el sur, y gira hacia el norte" (Ecl. I, 5, 6). Por lo tanto, la parte sur cuando tiene el sol, es día para nosotros: pero cuando, girando, llega a la parte norte, es noche para nosotros; sin embargo, no es día en otra parte, donde está la presencia del sol: a menos que el corazón deba inclinarse a las ficciones poéticas, para que creamos que el sol se sumerge en el mar, y de allí, lavado, surge por la otra parte en la mañana. Aunque si así fuera, el mismo abismo sería iluminado por la presencia del sol, y allí sería día. Pues podría iluminar las aguas, ya que no podría ser extinguido por ellas. Pero es monstruoso sospechar esto. ¿Qué decir de que el sol aún no existía?

22. Por lo tanto, si la luz espiritual fue hecha el primer día, ¿acaso se puso, para que le sucediera la noche? Pero si fue corporal, ¿qué luz era esa que no podemos ver después de la puesta del sol, porque aún no había luna, ni estrellas? O si siempre está en esa parte del cielo donde está el sol, para que no sea la luz del sol, sino como su compañera, unida a él de tal manera que no pueda distinguirse ni reconocerse, se vuelve a la misma dificultad de resolver esta cuestión: porque esta luz, de la misma manera que el sol, como su compañera, girando de occidente a oriente, regresa; y está en otra parte del mundo, cuando la parte en la que estamos se oscurece en la noche. Lo cual obliga, lo que está lejos de ser, a creer que Dios estaba en una parte, que esa luz abandonaba, para que le pudiera llegar la tarde. ¿O tal vez hizo la luz en esa parte donde iba a hacer al hombre; y por eso, cuando la luz se apartó de esa parte, se dice que se hizo la tarde, incluso cuando en otra parte estaba la luz que de allí se había apartado, para surgir en la mañana después de completar su circuito?

CAPÍTULO XI.---Nueva dificultad sobre el oficio del sol en el modo de decir anterior.

23. Entonces, ¿por qué se hizo el sol en potestad del día (Sal. CXXXV, 8), que iluminara sobre la tierra, si la luz de hacer el día era suficiente, que también fue llamada día? ¿O esa luz anterior iluminaba las regiones superiores lejos de la tierra, para que no pudiera ser sentida en la tierra; y así era necesario hacer el sol, por el cual el día apareciera a las partes inferiores del mundo? También se puede decir esto, que el resplandor del día fue aumentado con el sol añadido, para que se crea que el día era menos brillante con esa luz que ahora. También sé que alguien dijo esto, que primero se introdujo la naturaleza de la luz en la obra del Creador, cuando se dijo, "Hágase la luz, y se hizo la luz"; pero después, cuando se habla de los luminarios, se recordó qué se hizo de esa misma luz, en el orden de los días, como le pareció al Creador que todo debía hacerse: qué naturaleza de luz, a dónde pasó hecha la tarde, para que se completara la noche a su vez, ni él lo dijo, ni creo que pueda encontrarse fácilmente. Pues no se debe creer que fue extinguida, para que sucedieran las tinieblas nocturnas; y nuevamente encendida, para que se hiciera la mañana, antes de que esto se realizara por el oficio del sol; lo cual la misma Escritura testifica que comenzó a hacerse desde el cuarto día.

CAPÍTULO XII.---Otra dificultad sobre la sucesión de tres días y noches antes de la creación del sol. Cómo se hizo la congregación de las aguas.

24. Antes de que esto se hiciera, por qué circuito pudieron sucederse tres días y noches, con la naturaleza de la luz que primero se hizo permaneciendo, si se debe entender que la luz corporal se hizo entonces, es difícil de encontrar y explicar. A menos que alguien diga que la masa terrenal y acuosa, antes de que fuera separada una de otra, lo cual se escribe que se hizo el tercer día, Dios llamó tinieblas, debido a la corpulencia más densa, que la luz no podía penetrar, o debido a la sombra oscurísima de tan gran masa, que necesariamente debe tener un cuerpo de un lado, si de algún lado hay luz. Pues al lugar al que la masa de cualquier cuerpo no permite que llegue la luz, en ese lugar hay sombra: porque el lugar carece de esa luz, que lo iluminaría, si no lo impidiera el cuerpo opuesto, todo esto es lo que se llama sombra. Que si es tan grande por la masa del cuerpo, que ocupa el espacio de la tierra, cuanto ocupa el día por el otro lado, se llama noche. Pues no todas las tinieblas son noche. Pues también en amplias cavernas, en cuyos recovecos la luz no puede irrumpir por la masa opuesta, hay ciertamente tinieblas; porque no hay luz allí, y todo ese espacio es un lugar que carece de luz: sin embargo, tales tinieblas no han recibido el nombre de noche, sino aquellas que suceden en esa parte de la tierra, de donde se retira el día. Así como no toda luz se llama día; pues también hay luz de la luna, y de las estrellas, y de las lámparas, y de los relámpagos, y de cualquier cosa que brille de esta manera: pero esa luz se llama día, a la que precede y sucede la noche retirándose.

25. Pero si aquella luz primaria envolvía la masa de la tierra por todas partes, ya sea que estuviera quieta o girara, no había de qué parte admitiría que la noche le sucediera; porque en ninguna parte se retiraba, para hacerle lugar. ¿O fue hecha de un lado, para que girando, también permitiera que la noche girara consecuentemente por el otro lado? Pues cuando toda la tierra aún estaba cubierta por el agua, nada impedía que la masa acuosa y globosa hiciera el día por la presencia de la luz de un lado, y la noche por la ausencia de la luz del otro lado, que sucediera desde el tiempo vespertino, de donde la luz se inclinara hacia otro lado.

26. Entonces, ¿a dónde se congregaron las aguas, si primero ocupaban toda la tierra? Aquellas, por supuesto, que fueron retiradas para que la tierra se desnudara, ¿a qué parte se congregaron? Pues si había algo desnudo de tierra, a donde se congregaran, ya aparecía lo árido, y el abismo no lo ocupaba todo. Pero si lo cubrían todo; ¿cuál era el lugar a donde se congregaran, para que apareciera la aridez de la tierra? ¿Acaso se congregaron hacia lo alto, como sucede cuando para aventar en la era la mies trillada se levanta, y amontonada en un

montón desnuda el lugar que había cubierto extendida? ¿Quién diría esto, cuando ve los campos del mar extendidos uniformemente por todas partes, que incluso cuando ciertos montes de agua ondulante se levantan, pero con las tempestades calmadas se nivelan nuevamente? Y si algunas costas se desnudan más ampliamente, no se puede decir que no haya otros espacios de tierra, a donde se acerque lo que de otro lugar se retira, de donde regrese nuevamente al lugar de donde se había apartado. Pero cuando la naturaleza ondulosa cubría completamente toda la tierra, ¿a dónde se retiraría, para desnudar algunas partes? ¿O tal vez el agua más rara, como una niebla, cubría las tierras, que al congregarse se espesó, para que de muchas partes, en las cuales pudiera aparecer lo árido, se desnudara? Aunque también la tierra hundiéndose ampliamente, pudo ofrecer otras partes cóncavas, en las cuales las aguas confluyentes y cayendo fueran recibidas, y apareciera lo árido de esas partes, de donde el humor se retirara.

27. Sin embargo, no es completamente informe la materia donde también aparece una especie nebulosa:

CAPÍTULO XIII.---Cuándo fueron creadas el agua y la tierra.

Y por eso aún se puede preguntar, cuándo creó Dios estas especies visibles de aguas y tierras; pues en ninguno de los seis días se encuentra esto. Por lo tanto, si esto lo hizo antes de cualquier día, como antes de la enumeración de estos primeros días está escrito, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra"; para que en el vocablo tierra entendamos ya formada la especie terrenal cubierta por las aguas, estas ya declaradas con la especie visible de su género: para que en lo que sigue diciendo la Escritura, "La tierra, sin embargo, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo: y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas", no pensemos en ninguna informidad de materia, sino en la tierra y el agua sin luz, que aún no había sido hecha, ya formadas con sus cualidades más conocidas: para que por eso se entienda que la tierra fue llamada invisible, porque cubierta por las aguas no podía ser vista, incluso si hubiera quien pudiera ver; y por eso desordenada, porque aún no estaba separada del mar, y rodeada por costas, y decorada con sus frutos y animales: si es así, ¿por qué estas especies, que sin duda son corporales, fueron hechas antes de cualquier día? ¿Por qué no se escribió, Dijo Dios, Hágase la tierra, y se hizo la tierra; también, Dijo Dios, Hágase el agua; y se hizo el agua; o ambas cosas en común, si se contienen bajo una misma ley de lugar inferior, Dijo Dios, Hágase la tierra y el agua, y así se hizo?

CAPÍTULO IV.---Razón por la cual en el primer versículo del Génesis se subentiende la materia informe.

¿Por qué no se dijo, cuando esto se hizo, Vio Dios que era bueno?

28. Pues esta consideración sugirió (ya que es manifiesto que todo lo mutable se forma a partir de alguna informidad; y al mismo tiempo, la fe católica prescribe, y la razón certísima enseña, que no pudo haber materia de ninguna naturaleza, sino por el iniciador y creador de todas las cosas no solo formadas, sino también formables, Dios; de la cual también le dice cierta Escritura, "Tú que hiciste el mundo de materia informe" [Sab. XI, 18] que esta materia fue mencionada con aquellas palabras, con las cuales se adecuara también a los lectores o oyentes más lentos por la prudencia espiritual, con las cuales antes de la enumeración de los días se dijo, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", etc., hasta que se dijera, "Y dijo Dios", para que de ahí en adelante siguiera el orden de las cosas formadas.

CAPÍTULO XV.---La materia precede a la forma en origen, no en tiempo.

29. No porque la materia informe sea anterior en el tiempo a las cosas formadas, ya que ambas fueron creadas simultáneamente, tanto de lo que se hizo como lo que se hizo. Así como la voz es materia de las palabras, y las palabras indican la voz formada; no obstante, quien habla no emite primero una voz informe para luego recogerla y formar palabras: de igual manera, el creador Dios no hizo primero en el tiempo la materia informe, para luego, en un segundo momento, formarla en el orden de las diversas naturalezas; pues creó la materia ya formada. Pero dado que aquello de lo que se hace algo, aunque no en el tiempo, sí es de alguna manera anterior en origen a lo que de ello se hace; la Escritura pudo dividir en tiempos de hablar lo que Dios no dividió en tiempos de hacer. Si se pregunta si hacemos la voz de las palabras o las palabras de la voz; no se encuentra fácilmente a alguien de tan lento ingenio que no responda que las palabras se hacen de la voz: así, aunque quien habla hace ambas cosas simultáneamente, es evidente por atención natural qué se hace de qué. Por lo tanto, cuando Dios hizo ambas cosas simultáneamente, tanto la materia que formó como las cosas en las que la formó, y ambas debían ser dichas por la Escritura, pero no podían ser dichas simultáneamente; ¿quién duda que debía decirse primero aquello de lo que algo fue hecho, antes que aquello que de ello fue hecho? Porque incluso cuando decimos materia y forma, entendemos que ambas son simultáneas, pero no podemos enunciarlas simultáneamente. Así como en la brevedad del tiempo ocurre, cuando pronunciamos estas dos palabras, que pronunciamos una antes que la otra: así, en la extensión de la narración, una debía ser narrada antes que la otra, aunque Dios hizo ambas simultáneamente, como se ha dicho; para que lo que es anterior solo en origen al hacer, también sea anterior en tiempo al narrar: porque dos cosas, de las cuales ninguna es anterior, no pueden ser nombradas simultáneamente; ¿cuánto menos narradas simultáneamente? Por lo tanto, no hay duda de que esta materia informe es de alguna manera tan cercana a la nada, que no fue hecha sino por Dios, y fue creada simultáneamente con las cosas que de ella fueron hechas.

30. Pero si se dice creíblemente que se significa con aquellas palabras, "La tierra estaba invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo; y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas"; para que, excepto lo que allí se dice del Espíritu de Dios, entendamos que las demás palabras, aunque de cosas visibles, fueron dichas para insinuar aquella informeidad como se podía a los más lentos; porque estos dos elementos, es decir, tierra y agua, son más manejables por las manos de los que obran para hacer algo que los demás, y por eso aquella informeidad se insinuaba más congruentemente con estos nombres.

CAPÍTULO XVI.---Otra razón para explicar cómo se hizo el día y la noche, a saber, por la emisión y contracción de la luz, no se aprueba.

Si esto, pues, se dice probablemente, no había ninguna masa formada que la luz iluminando por un lado, hiciera tinieblas por el otro, de donde la noche pudiera suceder al día al retirarse.

31. Si queremos entender la emisión y contracción de aquella luz como día y noche, no vemos la causa por la cual se haría así. Pues aún no había animales a los que esta vicisitud se exhibiera saludablemente, y a los que después, al surgir, vemos que se exhibe por el circuito del sol. Ni se presenta ningún ejemplo por el cual podamos probar esta emisión y contracción de la luz para que se hicieran las vicisitudes del día y la noche. Pues la proyección de los rayos desde nuestros ojos es ciertamente una proyección de luz; y puede contraerse cuando miramos el aire que está cerca de nuestros ojos; y emitirse cuando atendemos a lo que está lejos en la misma dirección: pero ciertamente, cuando se contrae, no deja de ver del todo lo que está lejos; sino que ciertamente lo ve más oscuramente que cuando la mirada se emite

hacia ello. Sin embargo, se enseña que esa luz que está en el sentido del que ve es tan exigua, que a menos que seamos ayudados por una luz externa, no podemos ver nada; y como no puede distinguirse de ella, es difícil encontrar un ejemplo por el cual pueda demostrarse la emisión en el día y la contracción de la luz en la noche, como he dicho.

CAPÍTULO XVII.---Dificultad sobre la luz espiritual, cómo en ella hay tarde y mañana, y división de las tinieblas.

32. Pero si se hizo la luz espiritual cuando Dios dijo, "Hágase la luz"; no debe entenderse aquella verdadera coeterna al Padre, por la cual fueron hechas todas las cosas, y que ilumina a todo hombre; sino aquella de la que se pudo decir, "La sabiduría fue creada antes que todas las cosas" (Eclo. I, 4). Pues cuando aquella eterna e inmutable Sabiduría, que no fue hecha, sino engendrada, se transfiere a las criaturas espirituales y racionales, como a las almas santas (Sab. VII, 27), para que iluminadas puedan brillar; se produce en ellas una cierta afectación de razón luminosa, que puede entenderse como la luz hecha cuando Dios dijo, "Hágase la luz": si ya existía la criatura espiritual, que se significó con el nombre de cielo, en lo que está escrito, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra"; no el cielo corpóreo, sino el cielo incorpóreo del cielo corpóreo, es decir, sobre todo cuerpo, no por grados de lugares, sino por la sublimidad de la naturaleza. Y de qué manera pudo hacerse simultáneamente tanto lo que se iluminara como la misma iluminación, y debiera narrarse en diferente tiempo, lo dijimos poco antes, cuando tratábamos de la materia.

33. Pero, ¿cómo entenderemos que a esta luz le suceda la noche para que se haga la tarde? ¿Y de qué tinieblas pudo tal luz ser dividida, diciendo la Escritura, "Y Dios dividió entre la luz y las tinieblas"? ¿Acaso ya había pecadores y necios cayendo de la luz de la verdad, entre los cuales y los que permanecen en la misma luz Dios dividiría, como entre luz y tinieblas; y llamando luz al día, y tinieblas a la noche, mostraría que no es el autor de los pecados, sino el ordenador por la distribución de los méritos? ¿O es este día el nombre de todo el tiempo, e incluye todos los volúmenes de los siglos con este vocablo; por eso no se dijo primer día, sino un día? Y fue hecha la tarde, y fue hecho, dice, la mañana un día: para que por esto que fue hecha la tarde, el pecado de la criatura racional; y por lo que fue hecha la mañana, se vea significada su renovación.

34. Pero esta es una discusión de alegoría profética, que no hemos asumido en este discurso. Pues hemos establecido hablar ahora de las Escrituras según la propiedad de los hechos, no según los enigmas de las figuras. Entonces, ¿cómo encontramos tarde y mañana en la luz espiritual según la razón de las naturalezas hechas y creadas? ¿O es la división de la luz de las tinieblas la distinción de la cosa ya formada de la informe; y la denominación de día y noche, la insinuación de la distribución por la cual se significa que Dios no deja nada desordenado, y que la misma informeidad, por la cual las cosas pasan de especie en especie de alguna manera, no está indispuesta; ni los defectos y progresos de la criatura, por los cuales las cosas temporales se suceden unas a otras, están sin el complemento de la belleza del universo? Pues la noche son las tinieblas ordenadas.

35. Por eso, cuando fue hecha la luz, se dijo, "Vio Dios la luz, que era buena"; aunque esto podría decirse después de todas las cosas de ese día, es decir, que después de haber explicado, "Dijo Dios, Hágase la luz; y fue hecha la luz; Y Dios dividió entre la luz y las tinieblas; Y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche"; entonces dijera, "Y vio Dios que era bueno"; y luego añadiera, "Y fue hecha la tarde, y fue hecha la mañana"; como hace en otras obras a las que impone nombres. Aquí, pues, no lo hizo así, porque aquella informeidad fue distinguida de la cosa formada para que no fuera el fin en ella, sino que aún quedara por

formarse a través de las demás criaturas ya corporales. Por lo tanto, si después de que fueran distinguidas por aquella división y nombres, entonces se dijera, "Vio Dios que era bueno"; entenderíamos que se significan estas cosas hechas, a las que ya en su género no se añadiría nada. Pero como solo había perfeccionado la luz; "Vio Dios", dice, "la luz, que era buena", y la dividió y distinguió con nombres de las tinieblas. Ni entonces dijo, "Vio Dios que era bueno"; pues aquella informeidad fue distinguida para que aún de ella se formaran otras cosas. Pues aquella noche que nos es muy conocida (pues la hace sobre la tierra el circuito del sol), cuando se divide del día por la distribución de los luminarios, después de esa división del día y la noche se dice, "Vio Dios que era bueno". Pues esta noche no era una sustancia informe de la cual aún se formaran otras cosas, sino un espacio de lugar lleno de aire, carente de luz diurna; a la cual ciertamente no se añadiría nada en su género, para que fuera más hermosa o más distinguida. Pero la tarde en todo aquel triduo, antes de que se hicieran los luminarios, tal vez no se entiende absurdamente como el término de la obra consumada; y la mañana, como la significación de la futura operación.

CAPÍTULO XVIII.---Cómo obra Dios.

36. Pero antes que nada recordemos, de lo que ya hemos dicho mucho, que Dios no obra con movimientos temporales como de su mente o cuerpo, como obra el hombre o el ángel; sino con razones eternas e inmutables y estables del Verbo suyo coeterno, y con un cierto, por así decirlo, calor del Espíritu Santo suyo igualmente coeterno. Pues también aquello que se dijo en griego y latín del Espíritu de Dios, que "se movía sobre las aguas", según el entendimiento de la lengua siria, que es cercana a la hebrea, (pues esto se dice expuesto por un cierto cristiano docto sirio) no "se movía sobre", sino que más bien se entiende que "incubaba". No como se incuban tumores o heridas en el cuerpo con aguas o frías o adecuadamente templadas; sino como se incuban los huevos por las aves, donde aquel calor del cuerpo materno también ayuda de alguna manera a formar los polluelos, por un cierto afecto de amor en su género. No pensemos, pues, en las voces temporales de Dios en cada uno de los días de estas obras divinas como carnalmente. Pues no para esto la Sabiduría de Dios asumida por nuestra debilidad vino a recoger bajo sus alas a los hijos de Jerusalén, como la gallina a sus polluelos (Mat. XXIII, 37) para que siempre seamos pequeños; sino para que en malicia seamos niños, pero dejemos de ser niños en mente (I Cor. XIV, 20).

37. Y en las cosas oscuras y remotísimas de nuestros ojos, si leemos algo de ellas incluso en las Escrituras divinas, que puedan, sin comprometer la fe con la que estamos imbuidos, dar lugar a otras y otras interpretaciones; no nos arrojemos con precipitada afirmación a ninguna de ellas, de modo que si acaso la verdad discutida más diligentemente la debilita correctamente, caigamos: no luchando por la sentencia de las Escrituras divinas, sino por la nuestra, queriendo que sea de las Escrituras lo que es nuestro; cuando más bien deberíamos querer que lo que es de las Escrituras sea nuestro.

CAPÍTULO XIX.---En los lugares oscuros de la Escritura no se debe afirmar nada temerariamente.

38. Pongamos, pues, en lo que está escrito, "Dijo Dios, Hágase la luz; y fue hecha la luz"; que uno entendió que se hizo la luz corporal, y otro la espiritual. Que haya luz espiritual en la criatura espiritual, nuestra fe no duda: pero que haya luz corporal celeste, o incluso sobre el cielo, o antes del cielo, a la que pudiera suceder la noche, no es contrario a la fe mientras no sea refutado por la verdad certísima. Si esto se hace, no lo tenía la Escritura divina, sino que lo entendió la ignorancia humana. Si, sin embargo, esto se demuestra verdadero por cierta razón, aún será incierto si esto quiso ser entendido por el escritor de aquellas palabras de los

Libros santos, o algo más no menos verdadero. Si la demás conexión del discurso no prueba que quiso esto, no por eso será falso lo otro que quiso que se entendiera; sino que será verdadero y útil conocerlo. Si la conexión de la Escritura no impide que se entienda esto, aún quedará por investigar si no pudo también otra cosa. Si encontramos que pudo también otra cosa, será incierto qué de ellas quiso el escritor: y no inconvenientemente se cree que quiso que se entendieran ambas, si a ambas sentencias les favorece cierta circunstancia.

39. Pues a menudo sucede que algo de la tierra, del cielo, de los demás elementos de este mundo, del movimiento y conversión o incluso de la magnitud e intervalos de los astros, de ciertos eclipses del sol y la luna, de los circuitos de los años y tiempos, de las naturalezas de los animales, plantas, piedras, y otras cosas semejantes, incluso un no cristiano lo conoce tan bien, que lo tiene por razón certísima o experiencia. Pero es muy vergonzoso y pernicioso y debe evitarse al máximo, que un cristiano hablando de estas cosas como si fuera según las Escrituras cristianas, delire de tal manera que cualquier infiel que lo escuche, viendo que, como se dice, yerra por todo el cielo, apenas pueda contener la risa. Y no es tan molesto que se ría de un hombre errante, sino que nuestros autores son considerados por aquellos que están fuera como si hubieran sentido tales cosas, y con gran perjuicio de aquellos cuya salvación procuramos, son reprendidos y rechazados como indoctos. Pues cuando descubren a alguien del número de los cristianos errando en aquello que conocen muy bien, y afirmando su vana opinión de nuestros Libros; ¿cómo van a creer en esos Libros sobre la resurrección de los muertos, y la esperanza de la vida eterna, y el reino de los cielos, cuando sobre estas cosas que ya pudieron experimentar, o percibir con números indubitables, piensan que están falsamente escritas? Pues, ¿qué molestia y tristeza causan a los hermanos prudentes los presuntuosos temerarios, no se puede decir suficientemente, cuando si alguna vez comienzan a ser reprendidos y convencidos de su opinión errónea y falsa por aquellos que no están sujetos a la autoridad de nuestros Libros, intentan defender lo que dijeron con la más leve temeridad y falsedad manifiesta, y traen esos mismos Libros santos para probarlo, o incluso pronuncian de memoria muchas palabras de ellos que creen que valen como testimonio, sin entender ni lo que dicen ni de lo que afirman (I Tim. I, 7).

CAPÍTULO XX.---Por qué interpreta el Génesis proponiendo varias sentencias, no afirmando alguna.

40. Para considerar y observar esto, he desmenuzado el libro del Génesis de múltiples maneras, tanto como pude, y he propuesto sentencias de las palabras puestas oscuramente para nuestro ejercicio; no afirmando temerariamente algo único con prejuicio de otra exposición tal vez mejor, para que cada uno elija según su capacidad lo que pueda captar: pero donde no pueda entender, dé honor a la Escritura de Dios, y temor a sí mismo. Pero cuando las palabras de la Escritura que hemos tratado se exponen de tantos modos, conténganse al fin aquellos que, inflados por las letras seculares, critican estas cosas puestas así, para que todos los corazones piadosos se nutran, como si fuera algo ignorante e inculto; reptando en la tierra sin alas, y volando como ranas burlándose de los nidos de las aves. Sin embargo, algunos hermanos débiles erran más peligrosamente, que cuando escuchan a estos impíos disertar sutil y copiosamente sobre los números de los cuerpos celestes, o sobre cualquier cuestión de los elementos de este mundo, se desvanecen; y prefiriéndolos con suspiros, y considerándolos grandes, repiten con fastidio los Libros de la piedad más saludable, y que deberían beber dulcemente, apenas los tocan pacientemente; aborreciendo la aspereza de las espigas, y anhelando las flores de las espigas. Pues no tienen tiempo para ver cuán dulce es el Señor (Sal. XXXIII, 9), ni tienen hambre en el sábado; y por eso son perezosos, teniendo el poder recibido del Señor del sábado, para arrancar espigas, y estar

tanto tiempo con ellas en las manos, y purificarlas trituradas, hasta que lleguen al alimento (Mat. XII, 1).

CAPÍTULO XXI.---Qué fruto tiene esta interpretación, en la que no se afirma nada temerariamente.

41. Alguien dirá: ¿Qué has desgranado con tanta trilla de esta disertación, qué granos has aventado? ¿Por qué en las cuestiones casi todo sigue oculto? Afirma algo de lo que has discutido que puede entenderse de muchas maneras. A lo cual respondo, que he llegado dulcemente a aquel alimento, por el cual aprendí a no aferrarme al hombre al responder según la fe, lo que debe responderse a los hombres que desean calumniar los Libros de nuestra salvación; para que cualquier cosa que ellos puedan demostrar con documentos veraces sobre la naturaleza de las cosas, mostremos que no es contraria a nuestras Escrituras. Pero cualquier cosa que de sus volúmenes presenten contraria a estas nuestras Escrituras, es decir, a la fe católica, o lo demostremos con alguna facultad, o sin ninguna duda creamos que es falsísima: y así mantengamos a nuestro Mediador, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento (Col. II, 3), para que ni la locuacidad de la falsa filosofía nos seduzca, ni la superstición de la falsa religión nos aterre. Y cuando leemos los Libros divinos en tanta multitud de verdaderos entendimientos, que se extraen de pocas palabras, y se protegen con la salud de la fe católica, elijamos principalmente aquello que aparezca cierto que el escritor quiso; si esto está oculto, ciertamente aquello que la circunstancia de la Escritura no impide, y concuerda con la fe sana: si la circunstancia de la Escritura no puede ser tratada y discutida, al menos solo aquello que prescribe la fe sana. Pues es una cosa no discernir qué quiso principalmente el escritor, y otra errar de la regla de la piedad. Si se evitan ambas cosas, el fruto del lector es perfecto: si no se pueden evitar ambas, incluso si la voluntad del escritor es incierta, no es inútil haber descubierto una sentencia congruente con la fe sana.

LIBRO SEGUNDO Sobre lo que está escrito en el cap. 1, vers. 6: "Y dijo Dios, Hágase el firmamento", etc., hasta el vers. 19: "Y fue hecha la tarde", etc. Algunas cosas al final contra los Genetlíacos.

CAPÍTULO PRIMERO.---Qué es el firmamento en medio de las aguas. Algunos niegan que haya aguas sobre el cielo estrellado.

1. Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. Y así fue. E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento. Y llamó Dios al firmamento Cielo. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana del segundo día. No es necesario aquí volver a discutir de manera similar sobre la palabra de Dios que dijo: "Haya un firmamento", etc., y sobre su aprobación al ver que era bueno, y sobre la tarde y la mañana; y así, cada vez que se repiten estas cosas, advertimos que deben considerarse según la investigación anterior. Sin embargo, se puede preguntar con razón si ahora se hace aquel cielo que excede todos los espacios del aire y toda su altura, donde también se colocan las luminarias y las estrellas en el cuarto día; o si el mismo aire es llamado firmamento.

2. Muchos afirman que la naturaleza de estas aguas no puede estar sobre el cielo estrellado, ya que tienen su peso ordenado de tal manera que flotan sobre la tierra o se llevan en el aire cercano a la tierra en forma de vapor. Y nadie debe refutar a estos diciendo que, según la omnipotencia de Dios, para quien todo es posible, debemos creer que las aguas, tan pesadas

como las conocemos y sentimos, están superpuestas al cuerpo celestial en el que están las estrellas. Ahora bien, debemos investigar cómo Dios ha instituido las naturalezas de las cosas según sus Escrituras, no lo que quiere operar en ellas o a partir de ellas para el milagro de su poder. Porque si Dios quisiera que el aceite permaneciera bajo el agua, no dejaría de suceder; sin embargo, no por eso desconoceríamos la naturaleza del aceite, que está hecha de tal manera que, buscando su lugar, incluso si se coloca debajo, rompe las aguas y se coloca sobre ellas. Ahora, por tanto, preguntamos si el Creador de las cosas, que dispuso todo con medida, número y peso (Sab. XI, 21), no ha asignado un lugar propio al peso de las aguas alrededor de la tierra, sino también sobre el cielo que está más allá del límite del aire circundante y solidificado.

3. Aquellos que niegan que esto deba creerse, argumentan sobre los pesos de los elementos, negando que el cielo esté solidificado arriba como un pavimento que pueda soportar el peso de las aguas; que tal solidez no puede existir sino en la tierra, y que cualquier cosa de tal naturaleza no es cielo sino tierra. No solo por los lugares, sino también por sus cualidades propias, se distinguen los elementos, de modo que por sus cualidades propias también obtienen sus lugares propios: el agua, por ejemplo, sobre la tierra, que incluso si está bajo tierra, como en cuevas y cavernas ocultas, no está contenida por la parte de la tierra que tiene encima, sino por la que tiene debajo. Pues si alguna parte de la tierra se desprendiera de la parte superior, no permanecería sobre el agua, sino que, al romperla, se hundiría y se dirigiría hacia la tierra; donde, al llegar, descansa, como en su lugar, para que el agua esté arriba y la tierra abajo. De ahí se reconoce que incluso cuando estaba sobre las aguas, no era llevada por las aguas mismas, sino sostenida por la estructura de la tierra, como se sostienen las bóvedas de las cavernas.

4. Aquí surge la advertencia de evitar el error que en el primer libro advertí que se debía evitar, no sea que, porque está escrito en los Salmos: "Fundó la tierra sobre las aguas", alguien de nosotros piense que, contra aquellos que discuten sutilmente sobre los pesos de los elementos, debemos apoyarnos en este testimonio de las Escrituras: porque ellos, no retenidos por la autoridad de nuestras Escrituras, y sin saber cómo se dijo, más fácilmente se burlarán de los libros sagrados que rechazarán lo que han percibido con razones ciertas o probado con experimentos clarísimos. Pues aquello en los Salmos puede entenderse correctamente de manera figurada: ya que con el nombre de cielos y tierra a menudo se significan en la Iglesia los espirituales y los carnales, mostró que los cielos pertenecen a la serena inteligencia de la verdad, diciendo: "Quien hizo los cielos con inteligencia" (Sal. CXXXV, 6, 5); y la tierra a la fe simple de los pequeños, no incierta y engañosa por opiniones fabulosas, sino firmísima por la predicación profética y evangélica, que se solidifica por el Bautismo, y por eso añadió, diciendo: "Fundó la tierra sobre las aguas". O si alguien quiere entenderlo literalmente, no incongruentemente se pueden tomar las partes elevadas de las tierras, ya sean continentes o islas, que están por encima de las aguas; o las mismas cubiertas de las cavernas, que están firmemente suspendidas sobre las aguas. Por lo tanto, nadie puede entender literalmente lo que se dijo: "Fundó la tierra sobre las aguas", de modo que se piense que el peso de las aguas está naturalmente sujeto al peso de la tierra para soportarlo.

CAPÍTULO II.---El aire superior a la tierra.

5. Que el aire es superior a las aguas, aunque por sus espacios más amplios también cubre la tierra seca, se entiende por el hecho de que ningún recipiente puede llenarse de agua si se sumerge boca abajo: de donde indica suficientemente que la naturaleza del aire busca un lugar superior. Pues el recipiente parece vacío, pero se prueba que está lleno de aire cuando se sumerge boca abajo en el agua; porque al no encontrar salida por la parte superior, y no

permitiéndosele por naturaleza ir hacia abajo rompiendo las aguas, las repele con su plenitud y no permite que entren en el recipiente. Pero cuando el recipiente se coloca de tal manera que no tiene la boca hacia abajo, sino inclinada hacia un lado, el agua entra por abajo, saliendo el aire por arriba. Asimismo, si la boca del recipiente erguido está abierta hacia el cielo, cuando viertes agua, el aire escapa hacia arriba, por otras partes donde no viertes, y se hace lugar para que el agua entre hacia abajo. Pero si el recipiente se sumerge con mayor fuerza, de modo que el agua fluya repentinamente por un lado o por arriba y cubra la boca del recipiente por todas partes, el aire, empujando hacia arriba, rompe las aguas para hacerles lugar hacia abajo; y esa ruptura es el gorgoteo de los recipientes, mientras huye por partes, porque no puede salir todo tan rápido debido a la estrechez de la boca. Así, si el aire es obligado a ir sobre las aguas, también las dispersa cuando se juntan, y al ser empujadas por su ímpetu, burbujan y lo emiten con burbujas crepitantes hacia su lugar, dándoles acceso para descender a las profundidades. Pero si se le obliga a ir bajo las aguas desde un recipiente, de modo que al ceder él, el recipiente se llene desde la boca presionada hacia abajo, es más fácil que sea cubierto por las olas por todas partes que encontrar un lugar para entrar por su boca desde la parte inferior con una pequeña gota.

CAPÍTULO III.---El fuego superior al aire.

6. Ahora bien, ¿quién no siente que el fuego, al elevarse hacia las alturas, quiere trascender incluso la naturaleza del aire? Pues si alguien sostiene una antorcha encendida con la cabeza hacia abajo, sin embargo, la llama se dirige hacia arriba. Pero como el fuego es extinguido por la preponderante densidad del aire circundante y superpuesto, y es superado por su abundancia, se transforma y convierte en su calidad, no puede perdurar para saltar toda su altura. Por lo tanto, se dice que el cielo es puro fuego sobre el aire, de donde también se conjetura que se hicieron las estrellas y las luminarias, de esa luz ígnea que se conglomeró y dispuso en las formas que vemos en el cielo: y por lo tanto, así como el aire y el agua ceden al peso de la tierra para llegar a ella; así el aire cede al peso del agua para llegar a la tierra o al agua. De ahí que quieran entender que de esta manera sería necesario que el aire también, si alguien pudiera dejar una partícula suya en esos espacios sublimes del cielo, caería por su peso hasta llegar a los espacios aéreos inferiores. Por lo tanto, concluyen que mucho menos puede haber lugar para las aguas sobre ese cielo ígneo, ya que allí el aire, mucho más ligero que las aguas, no puede permanecer.

CAPÍTULO IV.---Aguas sobre el cielo aéreo que algunos observaron llamar firmamento.

7. Cediendo a tales disputaciones de ellos, laudablemente intentó alguien demostrar las aguas sobre los cielos, para afirmar la fe de la Escritura a partir de las mismas naturalezas visibles y conspicuas. Y primero, lo que fue muy fácil, mostró que este aire también se llama cielo, no solo en el lenguaje común, según el cual decimos cielo sereno o nublado, sino también en la costumbre de nuestras propias Escrituras, cuando se dice aves del cielo (Mat. VI, 26), cuando es manifiesto que las aves vuelan en este aire: y el Señor, al hablar de las nubes, dijo: "Podéis discernir el rostro del cielo" (Id. XVI, 4). Y las nubes también se ven a menudo conglomerarse en el aire cercano a la tierra, cuando se recuestan por las pendientes de las montañas de tal manera que a menudo superan incluso las cumbres de los montes. Habiendo probado, pues, que este aire también se llama cielo, quiso pensar que se le llama firmamento por ninguna otra razón que porque su intervalo divide entre ciertos vapores de aguas, y estas aguas que fluyen más corpulentamente en la tierra. Y las nubes, como han experimentado quienes han caminado entre ellas en las montañas, presentan tal apariencia por la congregación y conglomeración de gotas muy pequeñas: que si se espesan más, de modo que se unan en una gran gota muchas gotas pequeñas, el aire no permite que se mantenga en él,

sino que da lugar a su peso hacia abajo; y esto es la lluvia. Por lo tanto, entre el aire, que está entre los vapores húmedos, donde se conglomeran las nubes superiores, y los mares subyacentes, quiso aquel mostrar que hay un cielo entre el agua y el agua. Por tanto, juzgo digna de alabanza esta diligencia y consideración. Pues lo que dijo no es contrario a la fe, y puede creerse con un documento puesto a la vista.

8. Aunque puede parecer que los pesos propios de los elementos no impiden que también sobre aquel cielo sublime puedan estar las aguas por esas minucias, por las cuales también pudieron estar sobre este espacio de aire: que aunque es más pesado e inferior al cielo supremo, sin duda es más ligero que las aguas, y sin embargo, para que los vapores estén sobre él, no son impedidos por ningún peso. Así, pues, también sobre aquel cielo puede extenderse un aliento de humedad más leve con gotas más pequeñas, que no sea obligado a caer por su peso. Ellos mismos persuaden con razón muy sutil que no hay ningún corpúsculo, por pequeño que sea, en el que termine la división, sino que todo se divide infinitamente; porque toda parte del cuerpo es cuerpo, y todo cuerpo debe tener necesariamente la mitad de su cantidad. Y por lo tanto, si el agua puede llegar, como vemos, a tales minucias de gotas, para ser llevada en forma de vapor sobre este aire, que es por naturaleza más ligero que las aguas; ¿por qué no puede también estar sobre aquel cielo con gotas más pequeñas y vapores más ligeros?

CAPÍTULO V.---Aguas sobre el cielo incluso estrellado.

9. Algunos de los nuestros, al negar estos que debido a los pesos de los elementos las aguas no pueden estar sobre el cielo estrellado, intentan convencer a partir de las cualidades y movimientos de las mismas estrellas. Pues afirman que la estrella que llaman de Saturno es la más fría, y que recorre el círculo del zodíaco en treinta años, porque es superior, y por lo tanto camina con un mayor ámbito. Pues el sol completa el mismo círculo en un año, y la luna en un mes; tanto más brevemente, dicen, cuanto más abajo, para que el espacio del lugar corresponda al espacio del tiempo. Se pregunta, pues, de dónde es fría esa estrella, que debería ser tanto más ardiente cuanto más alto se mueve en el cielo. Pues sin duda, cuando una masa redonda se mueve en un movimiento circular, sus partes interiores van más lentamente, sus partes exteriores más rápidamente, para que los espacios mayores coincidan con los menores en los mismos giros: y lo que va más rápido, sin duda va más caliente. Por lo tanto, la estrella mencionada debería ser más caliente que fría: aunque por su movimiento, ya que es un gran espacio, recorre todo el ámbito en treinta años, sin embargo, por el movimiento del cielo en sentido contrario, que necesariamente debe sufrir diariamente (pues, como dicen, las conversiones individuales del cielo explican los días individuales), debería concebir un mayor calor por el cielo más rápido. Sin duda, pues, la hace fría la vecindad de las aguas establecidas sobre el cielo, que no quieren creer, quienes discuten brevemente sobre el movimiento del cielo y las estrellas. Algunos de los nuestros actúan con estas conjeturas contra aquellos que no quieren creer que hay aguas sobre el cielo, y quieren que esa estrella sea fría, que gira cerca del cielo supremo; para que de esto se vean obligados a que la naturaleza de las aguas no cuelgue allí ya con tenues vapores, sino con sólida glacialidad. Sin embargo, de cualquier manera y cualesquiera que sean las aguas allí, no dudemos en absoluto que están allí: pues la autoridad de esta Escritura es mayor que toda la capacidad del ingenio humano.

CAPÍTULO VI.---Sobre lo que se añadió, "E hizo Dios", etc., si con ello se declara la persona del Hijo de Dios.

10. Pero ha sido observado por algunos, lo cual tampoco yo considero que deba ser disimulado, que no en vano, habiendo dicho Dios: "Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas", no pareció suficiente añadir: "Y así fue", a menos que se añadiera: "Y hizo Dios el firmamento, y separó Dios entre las aguas que estaban sobre el firmamento y las aguas que estaban bajo el firmamento": lo cual entienden de tal manera que dicen que se declara la persona del Padre en lo que está escrito: "Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas: y así fue". Y luego, para que se entienda que el Hijo hizo lo que el Padre dijo que se hiciera, creen que se añadió: "Y hizo Dios el firmamento, y separó Dios", etc.

11. Pero cuando antes se lee: "Y así fue", ¿por quién entendemos que fue hecho? Si por el Hijo, ¿qué necesidad había ya de decir: "Y hizo Dios", y lo que sigue? Si, sin embargo, lo que está escrito: "Y así fue", lo entendemos hecho por el Padre; ya no es el Padre quien dice, y el Hijo quien hace: y puede el Padre hacer algo sin el Hijo, de modo que luego el Hijo no haga esto, sino otra cosa similar; lo cual es contrario a la fe católica. Si, sin embargo, aquello de lo que se dice: "Y así fue", es lo mismo que se hace cuando se dice de nuevo: "Y hizo Dios"; ¿qué impide entender que el mismo que dijo que se hiciera, lo hizo? ¿O también, excepto en lo que está escrito: "Y así fue", solo en estas palabras, donde se dice: "Y dijo Dios: Haya", y luego se dice: "Y hizo Dios"; quieren entender la persona del Padre y del Hijo?

12. Pero aún se puede preguntar si debemos entender que el Padre ordenó al Hijo en lo que está escrito: "Y dijo Dios: Haya". Pero, ¿por qué la Escritura no se preocupó por mostrar también la persona del Espíritu Santo? ¿O así se entiende la Trinidad: "Y dijo Dios: Haya, Y hizo Dios, Y vio Dios que era bueno"? Pero no conviene a la unidad de la Trinidad que el Hijo sea entendido como si hubiera sido ordenado, mientras que el Espíritu Santo, sin que nadie le ordene, libremente vio que era bueno lo que se hizo. Pues, ¿con qué palabras ordenaría el Padre al Hijo que hiciera, cuando él mismo es el Verbo principal del Padre, por el cual fueron hechas todas las cosas? ¿O en el mismo hecho de que está escrito: "Haya un firmamento", esta misma expresión es el Verbo del Padre, el Hijo unigénito, en quien están todas las cosas que se crean, incluso antes de que se creen, y todo lo que está en él es vida; porque todo lo que fue hecho por él, en él es vida, y la vida ciertamente creadora, bajo él, sin embargo, criatura? De manera diferente, pues, están en él las cosas que fueron hechas por él, porque las gobierna y contiene; de manera diferente, sin embargo, están en él las cosas que él mismo es. Pues él es la vida, que está en él de tal manera que él mismo es, ya que él es la vida, la luz de los hombres (Juan I, 3, 4). Porque, por tanto, nada podría ser creado, ya sea antes de los tiempos, lo cual no es coeterno con el Creador, ya sea desde el principio de los tiempos, ya sea en algún tiempo, cuya razón de creación, si es que se llama razón correctamente, no viviera en el Verbo de Dios coeterno con el Padre; por eso la Escritura, antes de insinuar cada criatura, en el orden en que dice que fue creada, se refiere al Verbo de Dios, primero poniendo: "Y dijo Dios: Haya aquello". Pues no encuentra ninguna causa de la cosa a crear, que no encuentre en el Verbo de Dios que debía ser creada.

13. Por tanto, Dios no dijo tantas veces: "Haya esta o aquella criatura", cuantas veces se repite en este libro: "Y dijo Dios". Pues engendró un solo Verbo, en el cual dijo todas las cosas, antes de que se hicieran individualmente: pero el discurso del escritor, descendiendo a la capacidad de los pequeños, mientras insinúa individualmente los géneros de las criaturas, por cada uno se refiere a la razón eterna de cada género en el Verbo de Dios; y aunque aquellas cosas se repitan, él sin embargo repite: "Y dijo Dios". Pues si quisiera decir primero: "Fue hecho el firmamento en medio de las aguas, para que hubiera división entre el agua y el agua"; si alguien le preguntara cómo fue hecho, respondería correctamente: "Dijo Dios: Haya"; es decir, estaba en el Verbo de Dios que se hiciera. Por tanto, comienza a narrar cada

cosa hecha, lo cual también después de la narración de lo hecho, al que pregunta cómo fue hecho, en la razón que debe dar, respondería.

14. Por tanto, cuando escuchamos: "Y dijo Dios: Haya"; entendemos que estaba en el Verbo de Dios que se hiciera. Pero cuando escuchamos: "Y así fue"; entendemos que la criatura hecha no excedió los términos prescritos en el Verbo de Dios de su género. Pero cuando escuchamos: "Y vio Dios que era bueno", entendemos que en la benignidad de su Espíritu no como conocido después de que fue hecho le agradó, sino más bien le agradó en esa bondad para que permaneciera hecho, donde le agradaba que se hiciera.

CAPÍTULO VII.---Sobre la misma cuestión.

15. Y por tanto, aún queda la causa de investigar por qué, después de haber dicho "Y así fue hecho", donde ya se indica la perfección de la obra, añadió "Y Dios hizo", cuando con lo que dice "Y Dios dijo: Sea hecho", "Y así fue hecho", ya se entiende que Dios lo dijo en su Verbo, y fue hecho por su Verbo; y allí ya no solo puede aparecer la persona del Padre, sino también la del Hijo. Pues si para mostrar la persona del Hijo se repite y se dice "Y Dios hizo", ¿acaso no fue por el Hijo que se reunió el agua el tercer día para que apareciera lo seco, porque allí no se dice "Y Dios hizo que se reuniera el agua", o "Dios reunió el agua"? Sin embargo, también allí, después de haber dicho "Y así fue hecho", entonces repitió diciendo "Y se reunió el agua que está bajo el cielo". ¿Acaso la luz no fue hecha también por el Hijo, donde de ninguna manera se repitió? Pues pudo también allí decirse así: "Y Dios dijo: Sea la luz, y así fue hecho; y Dios hizo la luz; y vio que era buena"; o ciertamente como en la reunión de las aguas, para no decir "Y Dios hizo", sino solo repetir de nuevo "Y Dios dijo: Sea la luz, y así fue hecho; y fue hecha la luz; y Dios vio la luz, que era buena". Pero de ninguna manera repitiendo después de haber propuesto "Y Dios dijo: Sea la luz", no añadió nada más que "Y fue hecha la luz"; y de ahí en adelante narró sobre la luz que agradó y fue separada de las tinieblas, y a ambos se les dio sus nombres, sin ninguna repetición.

CAPÍTULO VIII.---Sobre por qué no se añadió "Y Dios hizo" a la luz, como suele decirse de otras criaturas.

16. ¿Qué significa entonces esa repetición en las demás cosas? ¿Acaso de ese modo se demuestra que el primer día, cuando fue hecha la luz, se insinúa la condición de la criatura espiritual e intelectual bajo la denominación de luz; en cuya naturaleza se entienden todos los Ángeles santos y Virtudes: y por eso no repitió que fue hecha después de haber dicho "Fue hecha la luz"; porque la criatura racional no conoció primero su conformación y luego fue formada; sino que en su misma conformación conoció, es decir, en la iluminación de la verdad, a la que convertida fue formada: pero las demás cosas que están abajo son creadas de tal manera que primero se hacen en el conocimiento de la criatura racional, y luego en su propio género? Por lo tanto, la condición de la luz está primero en el Verbo de Dios según la razón por la que fue creada, es decir, en la Sabiduría coeterna al Padre; y luego en la misma condición de la luz según la naturaleza por la que fue creada: allí no fue hecha, sino engendrada; aquí fue hecha, porque fue formada de la informalidad: y por eso Dios dijo: "Sea la luz, y fue hecha la luz"; para que lo que allí estaba en el Verbo, aquí estuviera en la obra. La condición del cielo estaba primero en el Verbo de Dios según la Sabiduría engendrada; luego fue hecha en la criatura espiritual, es decir, en el conocimiento de los Ángeles según la sabiduría creada en ellos: luego el cielo fue hecho, para que también la criatura del cielo existiera en su propio género. Así también la separación o especie de las aguas y las tierras,

así las naturalezas de los árboles y las hierbas, así los luminarias del cielo, así los animales nacidos del agua y la tierra.

17. Pues los Ángeles no ven estas cosas sensibles como los animales, solo con el sentido del cuerpo; sino que si usan algún sentido tal, reconocen más bien aquellas cosas que mejor conocen interiormente en el mismo Verbo de Dios, por el cual son iluminados para vivir sabiamente: ya que en ellos está la luz que primero fue hecha, si entendemos que la luz espiritual fue hecha en aquel día. Así como la razón por la que la criatura es creada, está primero en el Verbo de Dios que la misma criatura que es creada: así también el conocimiento de esa misma razón se hace primero en la criatura intelectual, que no está oscurecida por el pecado; y luego la misma condición de la criatura. Pues los Ángeles no progresaban como nosotros para percibir la sabiduría, para que pudieran ver las cosas invisibles de Dios, entendidas por las cosas que fueron hechas (Rom. I, 20), quienes desde que fueron creados, disfrutaban de la misma eternidad del Verbo con santa y piadosa contemplación; y desde allí, despreciando estas cosas, según lo que ven interiormente, aprueban las cosas bien hechas o desaprueban los pecados.

18. No es de extrañar que Dios mostrara primero a sus santos Ángeles, formados en la primera condición de la luz, lo que iba a crear después. Pues no conocerían el entendimiento de Dios, sino en la medida en que Él mismo lo mostrara. ¿Quién conoció el entendimiento del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero a Él, y se le recompensará? Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas (Id. XI, 34-36). Por lo tanto, los Ángeles aprendían de Él, cuando en ellos se hacía el conocimiento de la criatura que iba a ser hecha después, y luego se hacía en su propio género.

19. Por lo tanto, ya hecha la luz, en la que entendemos que la criatura racional fue formada por la luz eterna, cuando en las demás cosas que van a ser creadas escuchamos "Y Dios dijo: Sea hecho"; entendamos que la intención de la Escritura recurre a la eternidad del Verbo de Dios. Pero cuando escuchamos "Y así fue hecho"; entendamos que en la criatura intelectual se hizo el conocimiento de la razón, que está en el Verbo de Dios, de la criatura que va a ser creada, para que en esa naturaleza primero de algún modo se hiciera, que con un cierto movimiento anterior en el mismo Verbo de Dios conoció que iba a ser hecha primero: para que finalmente, cuando escuchamos que se repite y se dice que "Dios hizo", ya entendamos que la misma criatura se hace en su propio género. Además, cuando escuchamos "Y Dios vio que era bueno", entendamos que lo que fue hecho agradó a la benignidad de Dios, para que permaneciera según la medida de su género lo que agradó que fuera hecho, cuando el Espíritu de Dios se movía sobre el agua.

CAPÍTULO IX.---Sobre la figura del cielo.

20. También suele preguntarse qué forma y figura del cielo debe creerse según nuestras Escrituras. Pues muchos discuten mucho sobre estas cosas, que con mayor prudencia nuestros autores omitieron, ya que no serían útiles para los que aprenden para la vida bienaventurada; y ocupando, lo que es peor, mucho tiempo precioso que debería dedicarse a cosas saludables. Pues ¿qué me importa a mí si el cielo, como una esfera, rodea la tierra en el centro del mundo, o si la cubre desde un lado como un disco? Pero porque se trata de la fe de las Escrituras, por aquella razón que he mencionado más de una vez, para que nadie, al no entender las palabras divinas, cuando encuentre algo de este tipo en nuestros Libros, o lo escuche de ellos, que parezca contrario a las razones que ha percibido, de ninguna manera crea en ellos cuando aconsejan, narran o pronuncian otras cosas útiles; brevemente se debe decir que nuestros autores sabían sobre la figura del cielo lo que la verdad tiene; pero el

Espíritu de Dios, que hablaba a través de ellos, no quiso enseñar estas cosas a los hombres, ya que no serían útiles para ninguna salvación.

21. Pero, dice alguien, ¿cómo no es contrario a aquellos que atribuyen la figura de una esfera al cielo, lo que está escrito en nuestras Escrituras, "El que extiende el cielo como una piel" (Sal. CIII, 2)? Que sea contrario, si es falso lo que ellos dicen: pues esto es verdadero, lo que dice la autoridad divina, más que aquello que conjetura la debilidad humana. Pero si acaso ellos pudieran probar eso con tales documentos, de modo que no deba dudarse de ello; se debe demostrar que lo que se dice en nuestras Escrituras sobre la piel, no es contrario a esas verdaderas razones: de lo contrario, también será contrario a nuestras Escrituras en otro lugar, donde se dice que el cielo está suspendido como una bóveda (Is. XL, 22, según LXX). Pues ¿qué es tan diverso y contrario a sí mismo, como la extensión plana de una piel, y la convexidad curva de una bóveda? Si es necesario, como debe ser, entender estas dos cosas de tal manera que se encuentren concordando y no se contradigan entre sí; así también se debe hacer que cualquiera de estas cosas no sea contraria a esas disputas, si acaso una razón cierta las declara verdaderas, que enseñan que el cielo es convexo por todas partes como una esfera, si es que se prueba.

22. Y aquella semejanza de la bóveda en nuestras Escrituras, incluso aceptada literalmente, no impide a aquellos que dicen que es una esfera. Pues bien se cree que la Escritura quiso hablar de la figura del cielo según la parte que está sobre nosotros. Si, por lo tanto, no es una esfera, es una bóveda desde un lado, desde el cual el cielo cubre la tierra: pero si es una esfera, es una bóveda por todas partes. Pero lo que se dice sobre la piel, urge más, para que no sea contrario a la esfera, que es quizás una invención humana, sino a nuestra misma bóveda. Pero lo que he sentido alegóricamente sobre esto, el libro decimotercero de nuestras Confesiones lo tiene (Cap. 15). Por lo tanto, ya sea que se deba entender así como lo puse allí, o de alguna otra manera, que el cielo está extendido como una piel; para los molestos y excesivos exigentes de una exposición literal, digo esto, que, como creo, es evidente para todos los sentidos: pues quizás ambos, es decir, tanto la piel como la bóveda, pueden entenderse figuradamente; pero cómo puede ser cada uno de ellos literalmente, debe verse. Pues si la bóveda no solo se dice correctamente curva, sino también plana; ciertamente también la piel no solo se extiende en plano, sino también en un seno redondo. Pues tanto un odre como una vejiga, son piel.

CAPÍTULO X.---Sobre el movimiento del cielo.

23. También algunos hermanos plantean la cuestión del movimiento del cielo, si está quieto o se mueve. Porque si se mueve, dicen, ¿cómo es un firmamento? Pero si está quieto, ¿cómo es que las estrellas que se creen fijas en él, giran desde el oriente hasta el occidente, realizando giros más cortos cerca del eje en los septentriones; de modo que el cielo, si hay otro eje oculto para nosotros desde otro vértice, como una esfera, pero si no hay otro eje, parece girar como un disco? A los cuales respondo, que estas cosas se investigan con razones muy sutiles y laboriosas, para que se perciba verdaderamente si es así o no; para las cuales no tengo ya tiempo, ni deben tenerlo aquellos a quienes deseamos formar para su salvación y la utilidad necesaria de la santa Iglesia. Que sepan esto, que el nombre de firmamento no nos obliga a pensar que el cielo está quieto (pues firmamento se puede entender no por la estación, sino por la firmeza, o por el término infranqueable de las aguas superiores e inferiores); ni, si la verdad persuade que el cielo está quieto, nos impide los circuitos de las estrellas para que no podamos entenderlo. Pues también por aquellos que han investigado estas cosas con mucha curiosidad y ocio, se ha encontrado que, incluso sin mover el cielo, si solo las estrellas

giraran, podrían haberse hecho todas las cosas que se han observado y comprendido en las mismas conversiones de las estrellas.

CAPÍTULO XI.---Sobre los versículos 9 y 10, donde explica qué debe entenderse sobre la informidad de la tierra.

24. Y Dios dijo: Reúnase el agua que está bajo el cielo en una sola reunión, y aparezca lo seco. Y así fue hecho; y se reunió el agua que está bajo el cielo en una sola reunión, y apareció lo seco. Y Dios llamó a lo seco tierra, y a las reuniones de las aguas llamó mares. Y Dios vio que era bueno. Ya sobre esta obra de Dios, por la necesidad de buscar otra cosa, hemos tratado suficientemente en nuestro primer volumen (Lib. I, cc. 12, et 13). Aquí, por tanto, brevemente advertimos, para que a quien no le mueve buscar cuándo fue creada la especie de las aguas y las tierras, acepte que en este día no se hizo, sino que se separaron estos dos elementos inferiores. Pero a quien le mueve por qué en los días fue hecha la luz y el cielo, pero fuera de los días o antes de todos los días el agua y la tierra; y por qué a la palabra de Dios fueron hechas aquellas, diciendo Dios "Sea hecho"; pero estas, aunque Dios las separó, no se encuentran hechas por la palabra de Dios: tiene lo que puede entender con fe, a saber, que lo que se dijo antes de la enumeración de los días, "La tierra era invisible e incompleta", cuando la Escritura recomendaba qué tipo de tierra había hecho Dios, porque había dicho antes "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra"; no quiso insinuar otra cosa con estas palabras que la informidad de la materia corporal, eligiendo llamarla de manera más usual que más oscura. Si, sin embargo, no se le ocurre al entendimiento lento que, porque la Escritura separa materia y especie con palabras, intente separar estas dos cosas también en el tiempo, como si primero hubiera sido la materia, y después de un intervalo de tiempo, se le hubiera añadido la especie; cuando Dios creó estas cosas simultáneamente, e instituyó la materia formada, cuya informidad la Escritura predijo con el nombre usual de tierra o agua. Pues la tierra y el agua, aunque existen con sus cualidades lo que vemos, sin embargo, debido a su fácil corrupción, están más cercanas a esa misma informidad que los cuerpos celestiales. Y puesto que por la enumeración de los días ya se numeran las cosas formadas a partir de lo informe, y ya había narrado que el cielo fue hecho de esta materia corporal, cuya especie dista mucho de las terrenales; ya lo que quedaba por formarse en la parte más baja de las cosas, no quiso insertarlo bajo estas palabras en el orden de las cosas creadas, para que se dijera "Sea hecho"; no iba a recibir esta informidad residual tal especie como había recibido el cielo, sino ya inferior y más débil y próxima a la informidad: para que con estas palabras, cuando se dice "Reúnase las aguas", y "aparezca lo seco", estas dos cosas recibieran sus propias especies conocidas y manejables para nosotros, el agua móvil, la tierra inmóvil: y por eso se dijo de aquella "reúnase"; pero de esta "aparezca": pues el agua es fluidamente móvil, la tierra está firmemente fija.

CAPÍTULO XII.---Sobre los versículos 11, 12 y 13, por qué se dijo por separado de las hierbas y los árboles "Y así fue hecho", etc.

25. Y Dios dijo: Produzca la tierra hierba de pasto, que dé semilla según su género y según su semejanza; y árbol frutal que dé fruto, cuya semilla esté en él según su semejanza sobre la tierra. Y así fue hecho. Y la tierra produjo hierba de pasto, que tiene semilla según su género, y según su semejanza, y árbol frutal que da fruto, cuya semilla está en él según su género sobre la tierra. Y Dios vio que era bueno. Y fue la tarde, y fue la mañana, el tercer día. Aquí se debe advertir la moderación del ordenante, para que, puesto que la creación de las hierbas y los árboles es distinta de la especie de las tierras y las aguas, de modo que no puedan contarse entre los elementos, se dijera por separado de ellos para que salieran de la tierra; y por separado se les devolvieran aquellas cosas habituales, para que se dijera "Y así fue

hecho"; y luego se repitiera lo que fue hecho: también por separado se indicara que Dios vio que era bueno; sin embargo, porque están fijos con raíces y se conectan con las tierras, quiso que también estos pertenecieran al mismo día.

CAPÍTULO XIII.---Sobre los versículos 14, 15, etc., por qué los luminarias fueron creados el cuarto día.

26. Y Dios dijo: Haya luminarias en el firmamento del cielo, para que den luz sobre la tierra, para el inicio del día y la noche, y para que separen entre el día y la noche; y sean para señales y tiempos, y para días, y para años, y sean para resplandor en el firmamento del cielo, para que den luz sobre la tierra. Y así fue hecho. Y Dios hizo dos grandes luminarias; la luminaria mayor para el inicio del día, y la luminaria menor para el inicio de la noche; y las estrellas: y Dios las puso en el firmamento del cielo, para que dieran luz sobre la tierra, y para que fueran para el inicio del día y la noche, y para que separaran entre la luz y las tinieblas. Y Dios vio que era bueno. Y fue la tarde, y fue la mañana, el cuarto día. En este cuarto día se debe preguntar qué significa este orden, para que primero se hicieran o se separaran el agua y la tierra, y primero germinara la tierra, antes de que se hicieran las estrellas en el cielo. Pues no podemos decir que se eligieron las cosas mejores, para que la serie de los días se distinguiera de tal manera que el final y el medio se destacaran más ornadamente: pues el cuarto es el medio de los siete días. Se presenta entonces aquello porque el séptimo día no se hizo ninguna criatura. ¿O acaso la luz del primer día responde más al descanso del séptimo día, para que de ese modo se teja este orden con los extremos concordantes, destacándose en el medio las luminarias del cielo? Pero si el primer día concuerda con el séptimo, entonces también el segundo debe concordar con el sexto. ¿Qué tiene de similar el firmamento del cielo con el hombre hecho a imagen de Dios? ¿O porque el cielo ocupa toda la parte superior del mundo, y al hombre se le otorgó el poder de dominar toda la parte inferior? Pero ¿qué hacemos con los animales y las bestias, que la tierra produjo en su género el mismo día sexto? ¿Qué comparación puede haber entre ellos y el cielo?

27. O más bien, puesto que se entiende que en el principio la creación de la luz se refiere a la formación de la criatura espiritual, era consecuente que también se creara la criatura corporal, es decir, este mundo visible; que fue hecho en dos días debido a sus dos partes más grandes, de las cuales consta el universo, a saber, el cielo y la tierra, según esta comparación racional, por la cual toda la creación espiritual y corporal a menudo se llama cielo y tierra: de modo que incluso esta esfera de aire más turbulento se asigna a la parte terrenal; pues se condensa con exhalaciones húmedas: si hay algo de aire tranquilo, donde no pueden existir movimientos ventosos y tempestuosos, pertenece a la parte celestial: después de haber sido fabricada esta totalidad de masa corporal, que está toda en un solo lugar, donde se ha colocado el mundo, era consecuente que se llenara con partes dentro del universo, que se movieran de un lugar a otro con movimientos apropiados. De este tipo no son las hierbas y los árboles. Pues estas están fijadas a la tierra por sus raíces: y aunque tienen movimientos de crecimiento, no se mueven de sus lugares propios por sus impulsos; sino que donde están fijas, allí se alimentan y crecen: por eso pertenecen más a la tierra que a los géneros de cosas que se mueven en las aguas y en la tierra. Por tanto, al constituir el mundo visible, es decir, el cielo y la tierra, se han asignado dos días, y queda que a estas partes móviles y visibles, que se crean dentro de él, se les asignen los tres días restantes. Y porque así como primero se hizo el cielo, así primero debe ser adornado con sus partes; el cuarto día se hacen los astros, para que al brillar sobre la tierra, también se ilumine la morada inferior, para que sus habitantes no sean llevados a una morada tenebrosa. Y por eso, porque los cuerpos débiles de los habitantes inferiores se reparan con el descanso que sigue a los movimientos, se hizo que al girar el sol,

con la sucesión del día y la noche, pudieran disfrutar de la alternancia de dormir y vigilar: y que aquella noche no quedara indecorosa, sino que con la luz de la luna y las estrellas, también consolara a los hombres, para quienes a menudo es necesaria la labor nocturna; y para algunos animales, que no pueden soportar la luz del sol, se moderara suficientemente.

CAPÍTULO XIV.---Cómo las luminarias son para señales y tiempos, en días y años.

28. Sin embargo, lo que se ha dicho, "Y sean para señales y tiempos, y en días, y en años", ¿quién no ve cuán oscuramente está puesto, que los tiempos comenzaron el cuarto día, como si los tres días anteriores pudieran haber pasado sin tiempo? ¿Quién, pues, penetra con su mente cómo transcurrieron aquellos tres días, antes de que comenzaran los tiempos, que se dice que comienzan el cuarto día; o si aquellos días pasaron en absoluto? ¿O se llamó día a la apariencia de la cosa hecha, y noche a la privación: de modo que la materia aún no formada se llamó noche, de donde se formarían las demás cosas; como puede entenderse, aunque en cosas formadas, sin embargo, en la misma mutabilidad la informe materia: pues no puede discernirse por espacios de lugares como más lejanos, o de tiempos como anteriores? ¿O más bien en la misma cosa hecha y formada, la misma mutabilidad, es decir, la posibilidad de decaer, por así decirlo, se llamó noche; porque en las cosas hechas, aunque no se cambien, está el poder de cambiar? La tarde y la mañana, sin embargo, no como por el paso y llegada del tiempo, sino por un cierto término, por el cual se entiende hasta dónde es el modo propio de la naturaleza, y de dónde es el comienzo de otra naturaleza: ¿o alguna otra razón de estas palabras debe ser investigada más diligentemente?

29. ¿Quién puede irrumpir fácilmente en un secreto tan grande, y decir qué señales son, cuando dice de los astros, "Y sean para señales"? Pues no dice aquellas que es vanidad observar; sino ciertamente útiles, y necesarias para los usos de esta vida, que los navegantes observan al gobernar, o todos los hombres para prever las cualidades del aire durante el verano y el invierno, y la templanza otoñal y primaveral. Y sin duda llama tiempos a estos que se hacen por los astros, no a los espacios de las demoras, sino a las vicisitudes de las afecciones de este cielo. Pues si algún movimiento, ya sea corporal o espiritual, precedió a la condición de estas luminarias, de modo que algo de la expectativa futura se trasladara al pasado por el presente, no pudo ser sin tiempo. ¿Y quién sostiene que no fue sino desde el principio de los astros creados? Pero horas ciertas, y días, y años, que conocemos usualmente, no se harían sino por los movimientos de los astros. Por lo tanto, si entendemos de este modo los tiempos, días y años, como tiempos ciertos que computamos por relojes, o en el cielo muy notorios, cuando el sol se eleva desde el oriente hasta la altura meridiana, y de allí nuevamente se inclina hacia el occidente; para que pueda advertirse después ya sea la luna o alguna estrella emerger del oriente inmediatamente después de la puesta del sol; lo cual, cuando llega a la altura media del cielo, indica la medianoche, entonces ciertamente se pondrá cuando el sol regrese y sea de mañana: los días enteros, sin embargo, el circuito del sol desde el oriente hasta el oriente: los años, ya sea estos usuales, los giros del sol, no cuando regresa al oriente, lo cual hace diariamente, sino cuando regresa a los mismos lugares de las estrellas, lo cual no hace sino después de haber transcurrido trescientos sesenta y cinco días y seis horas, es decir, un cuarto de día completo, que parte multiplicada por cuatro, obliga a interponer un día, que los romanos llaman bisiesto, para que se regrese al mismo circuito; o incluso años mayores y más ocultos: pues al completarse los espacios de otras estrellas, se dice que se hacen años mayores: si, por lo tanto, entendemos así los tiempos, días y años, nadie duda de que estos se hacen por los astros y luminarias. Así está puesto, que es incierto si lo que se ha dicho, "Sean para señales y tiempos, y en días, y en años", se refiere a todos los astros; o si las señales y tiempos a los demás, y los días y años solo al sol.

CAPÍTULO XV.---Cómo fue creada la luna.

30. También muchos investigan con mucha locuacidad cómo fue hecha la luna; y ojalá que al investigar hablen, y no más bien intenten enseñar. Pues dicen que fue hecha llena, porque no convenía que Dios hiciera algo imperfecto en aquel día en los astros, cuando está escrito que fueron hechos los astros. Pero los que resisten, dicen: Por lo tanto, ella debió ser llamada primera luna, no decimocuarta; pues ¿quién comienza a enumerar así? Yo, sin embargo, estoy en medio de estos de tal manera que no afirmo ninguno; pero claramente digo, ya sea que Dios haya hecho la luna primera o llena, la hizo perfecta. Pues Dios es el autor y creador de las mismas naturalezas. Sin embargo, toda cosa, lo que sea que por progreso natural en tiempos apropiados de algún modo produce y explica, también lo contenía oculto antes, aunque no en la apariencia o tamaño de su cuerpo, sin embargo, en la razón de su naturaleza. A menos que tal vez el árbol que en invierno está vacío de frutos y despojado de hojas, entonces deba llamarse imperfecto; o en verdad en sus principios, cuando aún no había dado ningún fruto, era imperfecta aquella naturaleza. Lo cual no solo no se diría correctamente del árbol, sino ni siquiera de su misma semilla, donde todo lo que de algún modo progresa con el tiempo, yace oculto en modos invisibles. Aunque si se dijera que Dios hizo algo imperfecto, que luego él mismo perfeccionara, ¿qué tendría de reprehensible esta opinión? Sin embargo, justamente disgustaría, si lo que él había comenzado, se dijera que fue perfeccionado por otro.

31. Por lo tanto, los que no se quejan de la tierra, que Dios hizo, cuando en el principio Dios hizo el cielo y la tierra, porque era invisible e incompleta, y después el tercer día se hace visible y se compone; ¿por qué se hacen oscuridad de cuestiones sobre la luna? O si lo que se ha dicho de la tierra, no por intervalo de tiempo, cuando Dios creó simultáneamente la materia para las cosas, sino por la distribución de la narración se entiende dicho; ¿por qué en esto que también puede ser visto con los ojos, no consideran que la luna tiene un cuerpo completo, y perfecto en toda su redondez, incluso con luz en forma de cuernos, ya sea comenzando a brillar hacia la tierra, o cesando de brillar? Si, por lo tanto, la luz en ella crece, o se perfecciona, o disminuye; no el mismo luminario, sino aquello que se enciende varía: si, sin embargo, siempre brilla desde una parte de su esfera, pero mientras gira esa parte hacia la tierra, hasta que la gira toda, lo cual se hace desde la primera hasta la decimocuarta, parece crecer; siempre está llena, pero no siempre aparece a los habitantes de la tierra. Esta misma razón es, incluso si se ilumina con los rayos del sol. Pues no puede incluso así, cuando está cerca del sol, aparecer sino con cuernos luminosos; porque la otra parte, que toda se ilumina en círculo, no está hacia la tierra para que pueda ser vista, sino cuando está opuesta al sol, para que todo lo que de ella se ilumina aparezca a la tierra.

32. Sin embargo, no faltan quienes dicen que no creen que la luna fue hecha por Dios en el decimocuarto día, porque se debe creer que fue hecha llena; sino porque en las Escrituras de Dios las palabras son así, "la luna hecha en el comienzo de la noche"; entonces, sin embargo, se ve al comienzo de la noche, cuando está llena: de otro modo, también comienza a verse durante el día antes de la plenitud, y en el progreso de la noche tanto más cuanto disminuye. Pero quien por comienzo de la noche no entiende sino el principado (pues también la palabra griega indica más esto, cuando se ha dicho ἀρχὴν; y en los Salmos está escrito más claramente, "El sol en potestad del día, la luna y las estrellas en potestad de la noche" [Sal. CXXXV, 8, 9]), no se ve obligado a contar desde el decimocuarto, y a creer que la luna hecha primero no es la primera.

CAPÍTULO XVI.---Si los astros brillan igualmente.

33. También suele preguntarse si las luminarias del cielo visibles, es decir, el sol, la luna y las estrellas, brillan igualmente; pero que, debido a que están a diferentes distancias de la tierra, por eso aparecen a nuestros ojos con diferente claridad, más o menos. Y de la luna, ciertamente, quienes dicen esto, no dudan que brilla menos que el sol, del cual también afirman que es iluminada. Sin embargo, se atreven a decir que muchas estrellas son iguales al sol, o incluso mayores, pero que al estar más lejos parecen pequeñas. Y a nosotros, tal vez, nos puede bastar, de cualquier manera que sea esta cosa, que los astros fueron creados por Dios el artífice. Aunque sostenemos por autoridad apostólica que se ha dicho, "Otra es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas: pues una estrella difiere de otra en gloria" (1 Cor. XV, 41). Pero porque pueden aún decir, aunque no resistan al Apóstol: Difieren en gloria, pero para los ojos terrenales; o, porque esto lo decía el Apóstol en comparación con la semejanza de los resucitados, que no serán de otro modo para los ojos y de otro modo en sí mismos, difieren en gloria también en sí mismas las estrellas, pero sin embargo algunas son incluso mayores que el sol: ellos verán cómo atribuyen al sol un principado tan grande, que dicen que con sus rayos retiene y retrocede de su curso propio a algunas estrellas, y a esas principales, a las que más que a otras suplican. Pues no parece verosímil que las mayores o incluso iguales puedan ser superadas por la violencia de sus rayos. O si afirman que las estrellas superiores de las constelaciones o de los septentriones son mayores, que no sufren nada de esto por el sol; ¿por qué veneran más a estas que giran por las constelaciones? ¿por qué las llaman señoras de las constelaciones? Pues aunque alguien sostenga que las retrogradaciones de las estrellas, o tal vez las tardanzas, no son hechas por el sol, sino por otras causas más ocultas; sin embargo, es manifiesto por sus libros que atribuyen al sol el poder principal en sus delirios, en los cuales, desviados de la verdad, sospechan la fuerza de los destinos.

34. Pero digan lo que quieran sobre el cielo, ajenos al Padre que está en los cielos: para nosotros, sin embargo, investigar más sutilmente sobre las distancias y magnitud de los astros, y dedicar tiempo necesario para tal investigación a cosas más graves y mejores, ni es conveniente, ni es apropiado. Y mejor creemos que son mayores que los demás las luminarias que la Sagrada Escritura así encomia, "Y Dios hizo dos grandes luminarias": que, sin embargo, no son iguales. Pues dice consecuentemente, cuando las ha puesto sobre las demás, que difieren entre sí. Dice, "Luminaria mayor en el comienzo del día, y luminaria menor en el comienzo de la noche". Ciertamente, al menos esto concederán a nuestros ojos, que es manifiesto que brillan más que las demás sobre la tierra, ni el día brilla sino con la luz del sol, ni la noche con tantas estrellas visibles brilla así si falta la luna, como se ilumina con su presencia.

CAPÍTULO XVII.---Sobre los astrólogos.

35. Sobre los destinos de los astros, cualesquiera que sean sus argucias, y como si fueran experimentos de documentos matemáticos, que ellos llaman ἀποτελέσματα, rechazamos completamente desde la salud de nuestra fe: pues con tales disputaciones intentan incluso quitarnos las causas de orar, y con impía perversidad en los malos hechos, que con toda razón se reprenden, insinúan que se debe acusar más bien a Dios, autor de los astros, que al hombre de los crímenes. Pero que nuestras almas no están naturalmente sujetas a los cuerpos, ni siquiera a los celestiales, que escuchen también a sus filósofos: porque en verdad los cuerpos terrenales no son más poderosos que aquellos cuerpos superiores para lo que ellos tratan, ojalá lo reconozcan alguna vez, porque cuando muchos cuerpos de diversos géneros, ya sean de animales, o de hierbas y arbustos, se siembran simultáneamente en un solo punto de tiempo, y en un solo punto de tiempo innumerablemente muchos nacen, no solo en lugares diversos, sino también en los mismos lugares de la tierra, hay tantas variedades en sus

progresos, en sus actos y pasiones, que verdaderamente estos, como se dice, pierden las estrellas, si consideran estas cosas.

36. ¿Y qué hay más insulso y torpe, que cuando son convencidos por estas cosas, decir que la razón fatal de las estrellas se refiere solo a los hombres para ser sometidos a ellos? Sin embargo, incluso en los gemelos son convencidos, de los cuales, viviendo de manera diferente, siendo felices o infelices de manera diferente, y muriendo de manera diferente, a menudo reciben las mismas constelaciones. Porque aunque haya alguna diferencia cuando son expulsados del útero, en algunos, sin embargo, hay tanta diferencia, que no puede ser comprendida por estos con cálculo. La mano del que seguía a Jacob, mientras nacían, fue encontrada sosteniendo el pie del hermano que precedía; hasta tal punto nacieron como si un solo niño pareciera nacer en doble longitud (Gén. XXV, 25). Ciertamente, las constelaciones de estos, que llaman, de ninguna manera pudieron ser diferentes. ¿Qué, pues, es más vano, que al observar esas constelaciones un matemático, bajo el mismo horóscopo, bajo la misma luna, dijera que uno de ellos era amado por la madre, el otro no amado? Pues si dijera otra cosa, ciertamente diría algo falso; si, sin embargo, dijera esto, ciertamente diría la verdad, pero no según las ineptas cancioncillas de sus libros. Pero si no quieren creer en esta historia, porque se presenta de los nuestros, ¿acaso pueden borrar la naturaleza de las cosas? Por lo tanto, cuando dicen que no se equivocan si encuentran la hora de la concepción, al menos como hombres no desprecien considerar el concepto de los gemelos.

37. Por lo tanto, debe admitirse que cuando dicen la verdad, es por un cierto instinto ocultísimo, que las mentes humanas sufren sin saberlo. Lo cual, cuando se hace para engañar a los hombres, es obra de espíritus seductores: a los cuales se les permite conocer ciertas verdades sobre las cosas temporales, en parte por la agudeza de un sentido más sutil, en parte porque vigilan con cuerpos más sutiles, en parte por una experiencia más astuta debido a la gran longitud de vida; en parte porque los santos ángeles, lo que ellos aprenden del omnipotente Dios, también por su mandato se lo revelan, quien distribuye los méritos humanos con la sinceridad de una justicia ocultísima. A veces, sin embargo, los mismos espíritus impíos también predicen como adivinando lo que ellos mismos van a hacer. Por lo tanto, un buen cristiano, ya sean matemáticos, o cualquiera de los que adivinan impiamente, especialmente cuando dicen la verdad, deben ser evitados, para que no atrapen el alma engañada con un pacto de sociedad con los demonios.

CAPÍTULO XVIII.---Dificultad sobre los astros, si son gobernados y animados por espíritus.

38. También suele preguntarse si las luminarias del cielo, estos cuerpos visibles, es decir, el sol, la luna y las estrellas, son solo cuerpos, o si tienen ciertos espíritus rectores: y si los tienen, si también son vitalmente inspirados por ellos, como las carnes son animadas por las almas de los animales, o si están presentes sin ninguna mezcla. Lo cual, aunque en el presente no pueda comprenderse fácilmente; sin embargo, creo que en el progreso del estudio de las Escrituras pueden ocurrir lugares más oportunos, donde, según las reglas de la autoridad sagrada, aunque no podamos mostrar algo cierto, sin embargo, se nos permitirá creer. Ahora, sin embargo, siempre guardando la moderación de una piedad grave, no debemos creer temerariamente en una cosa oscura; no sea que lo que la verdad revele después, aunque no pueda de ninguna manera ser contrario a los libros sagrados, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, sin embargo, por amor a nuestro error lo odiamos. Ahora pasemos ya al tercer libro de nuestra obra.

LIBRO TERCERO. Del versículo 20: "Y dijo Dios, Produzcan las aguas", y los demás hasta el final del primer capítulo.

CAPÍTULO PRIMERO.---La producción de los animales del agua se narra antes que la de la tierra; porque el agua es el elemento más cercano al aire, y el aire al cielo.

1. Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, bajo el firmamento del cielo. Y así fue. Y creó Dios los grandes cetáceos y todo animal reptil que las aguas produjeron según su especie; y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno, y los bendijo Dios diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas en el mar, y multiplíquense las aves sobre la tierra. Y fue la tarde y la mañana del quinto día. Ahora, en la parte inferior del mundo, se crean aquellos que se mueven con el espíritu de vida, y primero los del agua, que es el elemento más cercano a la cualidad del aire; porque el aire está tan cerca de este cielo, en el que están los luminarios, que también ha recibido el nombre de cielo; pero no sé si también puede llamarse firmamento. Sin embargo, se dice cielos en plural en una misma cosa que se llama un solo cielo. Pues aunque en este libro se dice en singular cielo, que divide entre las aguas que están arriba y las que están abajo; sin embargo, en aquel salmo, dice: Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor. Y si entendemos bien cielos de los cielos como siderales de los aéreos, como superiores de los inferiores, y los tomamos en el mismo salmo donde se dice: Alabadle, cielos de los cielos (Salmo 148, 4, 5). Es bastante evidente que este aire no solo se llama cielo, sino también cielos: así como se dice tierras, y no se significa otra cosa que aquella que singularmente se llama tierra, cuando decimos el orbe de las tierras, y el orbe de la tierra.

CAPÍTULO II.---Que los cielos perecieron en el diluvio, y el aire se transformó en la naturaleza del agua.

2. También leemos en una de las epístolas que se llaman canónicas que estos cielos aéreos perecieron una vez en el diluvio (II Pedro 3, 6). Pues aquella naturaleza húmeda, que se había condensado tanto que superaba en quince codos las cimas de los montes más altos (Génesis 7, 20), no pudo llegar a los astros. Pero porque había llenado casi todo el espacio de este aire más húmedo, en el que vuelan las aves, se escribe en aquella epístola que perecieron los cielos que existían. Lo cual no sé cómo puede entenderse, sino en que la cualidad de este aire más denso se convirtió en la naturaleza de las aguas: de lo contrario, no perecieron entonces estos cielos, sino que fueron elevados más alto, cuando el agua ocupó su lugar. Por lo tanto, más fácilmente creemos, según la autoridad de aquella epístola, que perecieron, y que otros fueron repuestos, como allí se escribe (II Pedro 3, 5-7), evidentemente por exhalaciones atenuadas, que elevados de tal manera que la naturaleza del cielo superior cediera su lugar.

3. Por lo tanto, era necesario que al crear los habitantes de esta parte inferior del mundo, que a menudo se menciona con el nombre de tierra, primero se produjeran los animales del agua, y luego de la tierra: porque el agua es tan similar al aire, que se prueba que se enriquece con sus exhalaciones, de modo que produce el espíritu de la tormenta, es decir, el viento, y forma nubes, y puede sostener el vuelo de las aves. Por lo tanto, aunque un cierto poeta secular dijo la verdad, "Las nubes exceden el Olimpo", y "La paz reina en las alturas" (Lucano, libro 2); porque se dice que en la cima del Olimpo el aire es tan tenue que no se cubre de nubes, ni se turba con el viento, ni puede sostener a las aves, ni alimentar a los hombres que por casualidad ascienden, con el aliento de un aire más denso, como están acostumbrados en este aire: sin embargo, también es aire, que se difunde con una cualidad cercana a las aguas, y por eso también se cree que se convirtió en naturaleza húmeda en el tiempo del diluvio. Pues no se debe pensar que usurpó algo de los espacios del cielo sideral, cuando el agua había superado incluso las montañas más altas.

CAPÍTULO III.---Sobre las opiniones de la transformación de los elementos. El aire no fue omitido en la historia del Génesis.

4. Aunque sobre la conversión de los elementos, incluso entre aquellos que han investigado esto con un cuidado ocioso, hay una gran cuestión. Pues algunos dicen que todo puede transformarse y convertirse en todo: otros, sin embargo, afirman que hay algo completamente propio de cada elemento, que de ninguna manera se transforma en la cualidad de otro elemento. De lo cual quizás discutiremos más diligentemente en su lugar, si el Señor lo quiere: pero ahora, en cuanto al discurso presente, he considerado que estas cosas deben ser mencionadas, para que entendamos que se ha mantenido el orden de las cosas por el cual era necesario que primero se narrara la creación de los animales del agua antes que los de la tierra.

5. Y de ninguna manera se debe pensar que se ha omitido en esta Escritura algún elemento de este mundo, cuando se ha persuadido que consta de los cuatro más conocidos, porque aquí se menciona el cielo, el agua y la tierra, pero se calla sobre el aire. Pues es costumbre de nuestras Escrituras llamar al mundo con el nombre de cielo y tierra, o a veces añadir también el mar. Por lo tanto, se entiende que el aire pertenece al cielo, si hay espacios en sus partes superiores que son muy tranquilos y pacíficos; o a la tierra por este lugar turbulento y oscuro, que se enriquece con la exhalación húmeda, aunque también a menudo se llama cielo: y por lo tanto no está escrito, Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes, y produzca el aire aves volando sobre la tierra; sino que se narra que ambos géneros de animales fueron producidos del agua. Por lo tanto, todo lo que es de las aguas, ya sea ondulante y fluido, o vaporosamente atenuado y suspendido, para que aquello aparezca distribuido a los reptiles de almas vivientes, y esto a los volátiles, sin embargo, ambos se atribuyen a la naturaleza húmeda.

CAPÍTULO IV.---Los cinco sentidos se refieren a los cuatro elementos.

6. Por lo tanto, hay quienes con una consideración muy sutil distinguen estos cinco sentidos corporales más manifiestos según los cuatro elementos usuales, de modo que dicen que los ojos pertenecen al fuego, y los oídos al aire. Atribuyen el sentido del olfato y del gusto a la naturaleza húmeda: y el olfato a estas exhalaciones húmedas, con las que se engrosa este espacio en el que vuelan las aves; y el gusto a estos humores fluidos y corpulentos. Pues todo lo que sabe en la boca se mezcla con el humor de la misma boca para saber, aunque parezca que eran secos cuando se tomaron. Sin embargo, el fuego penetra todo, para hacer movimiento en ellos. Pues el humor se congela por la privación de calor, y aunque los demás elementos pueden calentarse, el fuego no puede enfriarse: pues más fácilmente se extingue, para que no sea fuego, que permanece frío, o se vuelve más tibio por el contacto de algo frío. El tacto, que es el quinto de los sentidos, se adapta más al elemento terrestre: por lo tanto, se siente en todo el cuerpo del animal, que es principalmente de tierra, y lo que se toca se siente. También dicen que nada puede verse sin fuego, ni tocarse sin tierra. Y por lo tanto, todos los elementos están presentes en todo; pero cada uno de ellos ha recibido su nombre de lo que tiene en mayor cantidad. Sin embargo, el sentido se embota por la privación de calor, cuando el cuerpo se enfría excesivamente, porque el movimiento se ralentiza, que está presente en el cuerpo por el calor, mientras el fuego afecta al aire, y el aire a las cosas húmedas, y el humor a las cosas terrenas, penetrando las más sutiles a las más gruesas.

7. Cuanto más sutil es algo en la naturaleza corporal, tanto más cercano está a la naturaleza espiritual; aunque con un género muy distante, puesto que aquello es cuerpo, y aquello no lo es.

CAPÍTULO V.---Cómo se relaciona la capacidad de sentir con los cuatro elementos en los cinco sentidos.

Por lo tanto, ya que sentir no es del cuerpo, sino del alma a través del cuerpo, aunque se discuta agudamente que los sentidos del cuerpo están distribuidos según la diversidad de los elementos corporales; sin embargo, el alma, a la que pertenece la capacidad de sentir, aunque no sea corporal, agita el vigor de sentir a través de un cuerpo más sutil. Así, inicia el movimiento en todos los sentidos desde la sutileza del fuego, pero no en todos llega al mismo punto. En la vista, llega hasta su luz, con el calor reprimido. En el oído, penetra hasta el aire más líquido con el calor del fuego. En el olfato, atraviesa el aire puro y llega a la exhalación húmeda, de donde subsiste esta aura más densa. En el gusto, atraviesa esto y llega hasta el humor más corpulento: y una vez penetrado y atravesado, cuando llega a la gravedad terrena, activa el último sentido del tacto.

CAPÍTULO VI.---El elemento del aire no fue omitido por el escritor del Génesis.

8. Por lo tanto, no ignoraba las naturalezas de los elementos y su orden, quien al introducir la condición de las cosas visibles, que se mueven en la naturaleza de los elementos dentro del mundo, primero narró los luminarios celestiales, luego los animales del agua, y finalmente los de la tierra: no porque omitiera el aire, sino porque los espacios del aire más puro y tranquilo, donde se dice que las aves no pueden volar, se unen al cielo superior, y se entienden que pertenecen a la parte superior del mundo bajo la denominación de cielo: para que el nombre de tierra signifique universalmente todo esto, desde donde comienza hacia abajo, "Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tormenta, y todos los abismos", hasta llegar a la tierra seca que se llama propiamente tierra. Por lo tanto, ese aire superior, ya sea que pertenezca a la parte celestial del mundo, o que no tenga habitante visible, de los cuales ahora se trata el discurso del narrador, no fue omitido al nombrar el cielo, ni se incluyó en la creación de los animales: pero este aire inferior que recibe las exhalaciones húmedas del mar y la tierra, y se engrosa de alguna manera para sostener a las aves, no recibe animales sino del agua. Pues lo que es húmedo en él, eso lleva los cuerpos de las aves, que se apoyan volando con sus alas, de la misma manera que los peces nadan con sus aletas.

CAPÍTULO VII.---Las aves no se dicen creadas del agua sin razón.

9. Por lo tanto, sabiamente, como el Espíritu de Dios que asistía al escritor, dice que las aves fueron producidas del agua. Cuya naturaleza ha obtenido un lugar dividido en dos; el inferior en la onda fluida, y el superior en el aire soplado: aquel asignado a los nadadores, este a los voladores. Así como vemos que se han dado dos sentidos a los animales que son congruentes con este elemento; el olfato para explorar los vapores, y el gusto para explorar los líquidos. Pues lo que también sentimos con el tacto, que pertenece propiamente a la tierra, son las aguas y los vientos; esto es porque el sólido de la tierra se mezcla con todos los elementos; pero en estos más gruesos se siente más, de modo que incluso pueden ser palpados al tocarlos. Por lo tanto, estas dos partes del mundo se incluyen generalmente bajo el nombre de tierra: como muestra aquel salmo, enumerando todas las cosas superiores desde aquel principio, "Alabad al Señor desde los cielos"; y todas las cosas inferiores desde otro principio, "Alabad al Señor desde la tierra"; donde se mencionan también el espíritu de la tormenta y todos los abismos, y este fuego que quema al que lo toca (Salmo 148, 1-8), porque

existe de los movimientos terrenales y húmedos de tal manera que se convierte en otro elemento. Y aunque por su naturaleza muestra su apetito de elevarse, sin embargo, no puede escapar a la tranquilidad celestial superior; porque superado por mucho aire y convertido en él, se extingue: y por lo tanto, en esta parte más corruptible y perezosa de las cosas, se agita con movimientos turbulentos para templar su rigor, y para los usos y terrores de los mortales.

10. Por lo tanto, ya que también con el tacto, que pertenece propiamente a la tierra, se pueden sentir las olas de las aguas y los soplos de los vientos, por eso también los cuerpos de los animales acuáticos se alimentan de cosas terrenas, y especialmente las aves; también descansan en la tierra, y propagan su descendencia: pues la parte del humor que se exhala vaporosamente también se extiende sobre las tierras. Por lo tanto, cuando la Escritura dijo: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes, y aves, dijo, sobre la tierra; añadió ciertamente, diciendo, según el firmamento del cielo, en lo que puede aparecer algo más claramente aquello que antes parecía oscuro. Pues no dijo, En el firmamento del cielo, como de los luminarios; sino, volando, dijo, sobre la tierra, según el firmamento del cielo, es decir, junto al firmamento del cielo: porque evidentemente este espacio oscuro y húmedo, en el que vuelan las aves, es contiguo a aquel espacio donde no pueden volar, que ya por mérito de tranquilidad y quietud pertenece al firmamento del cielo. Por lo tanto, las aves vuelan en el cielo, pero en este, que aquel salmo también incluye bajo el nombre de tierra; por lo cual se llaman aves del cielo en muchos lugares: sin embargo, no en el firmamento, sino según el firmamento.

CAPÍTULO VIII.---Por qué se llaman reptiles de almas vivientes a los peces.

11. Algunos piensan que debido a la lentitud de los sentidos no se les llama alma viviente, sino reptiles de almas vivientes. Pero si por eso se llamaran así, se daría el nombre de alma viviente a las aves. Pero como también se llaman volátiles, como aquellos, reptiles, para que se entienda que son de almas vivientes; debemos admitir, como creo, que se dijo así, como si se dijera, Que son reptiles o volátiles en las almas vivientes: como se podría decir, Los ignobles de los hombres, para que entendamos, quienesquiera que sean ignobles entre los hombres. Pues aunque hay también animales terrestres que reptan sobre la tierra; sin embargo, por un número mucho mayor se mueven con pies, y tal vez tan pocos reptan en la tierra, como pocos caminan en el agua.

12. Algunos, sin embargo, han pensado que por eso no se llama alma viviente, sino reptiles de almas vivientes a los peces, porque no tienen memoria, ni alguna vida que se acerque a la razón. Pero les engaña una experiencia menor. Pues algunos han escrito, lo que pudieron observar en los viveros de peces, muchas cosas admirables. Pero incluso si tal vez escribieron falsedades, es ciertamente seguro que los peces tienen memoria. Lo he experimentado yo mismo, y que lo experimenten quienes puedan y quieran. Pues una gran fuente en la región de Bullensium está casi llena de peces. Los hombres suelen arrojarles algo desde arriba, que se arrebatan confluyendo, o se disputan entre ellos. Acostumbrados a este alimento, cuando los hombres caminan sobre el borde de la fuente, ellos también van y vienen nadando en grupo, esperando que les arrojen algo, cuya presencia sienten. Por lo tanto, no me parece en vano que los animales del agua se llamen reptiles, como las aves volátiles: pues si la falta de memoria, o la lentitud de los sentidos, hubiera rechazado el nombre de alma viviente de los peces, ciertamente se aplicaría a los volátiles, cuya vida es en nuestros ojos tanto memoriosa como locuaz, y en la construcción de nidos y en la crianza de sus crías, muy hábil.

CAPÍTULO IX.---Que algunos filósofos atribuyeron a cada elemento sus propios animales.

13. Tampoco ignoro que algunos filósofos distribuyeron así los animales de cada elemento, que dijeron que los terrenales no solo son los que reptan y caminan en la tierra, sino también las aves porque también descansan en la tierra, fatigadas de volar: pero los animales aéreos son los demonios; los celestiales, los dioses; de los cuales nosotros decimos que son en parte luminarios, en parte ángeles. Sin embargo, ellos atribuyen a las aguas los peces y las bestias de su género, para que ningún elemento carezca de sus animales; como si bajo las aguas no hubiera tierra, o pudieran probar que los peces no descansan en ella y recuperan fuerzas para nadar, como las aves para volar; y si tal vez los peces lo hacen más raramente, porque la onda es más fuerte que el aire para llevar los cuerpos, de modo que también lleva a los animales terrenales nadadores, ya sea por costumbre aprendida, como los hombres, o por naturaleza, como los cuadrúpedos o serpientes. O si por eso no lo piensan, porque los peces no tienen pies; tampoco las focas son de las aguas, ni los colubros y caracoles de las tierras: pues aquellas tienen pies, y estos géneros sin pies, no digo, descansan en la tierra, sino que apenas o nunca se alejan de ella. Sin embargo, se dice que los dragones sin pies descansan en las cavernas y se elevan en el aire: que aunque no sean fácilmente conocidos, las letras, no solo nuestras, sino también de los gentiles, no han guardado silencio sobre este género de animales.

CAPÍTULO X.---Concedido que los demonios son animales aéreos, no se le quita nada a la Escritura que enseña que las aves fueron producidas del agua. Vientos, truenos, nubes, lluvia, nieve, granizo, serenidad.

14. Por lo tanto, aunque los demonios son animales aéreos, porque tienen la naturaleza de cuerpos aéreos; y por eso no se disuelven con la muerte; porque en ellos prevalece el elemento que es más apto para hacer que para sufrir; con dos elementos subyacentes, el agua y la tierra, y uno superior, es decir, el fuego sideral: pues los elementos se distribuyen en dos para sufrir, el humor y la tierra; y en dos para hacer, el aire y el fuego: si estas cosas son así, esta distinción no impide nuestra Escritura, que indica que las aves no fueron producidas del aire, sino del agua; porque se ha dado a los volátiles un lugar de humor más sutil y exhalado en auras, pero aún así de naturaleza húmeda. Sin embargo, el aire se extiende desde el confín del cielo luminoso hasta las aguas fluidas y las tierras desnudas. Sin embargo, no todo su espacio es oscurecido por exhalaciones húmedas, sino hasta el límite donde también comienza a llamarse tierra, según aquel salmo donde se dice: Alabad al Señor desde la tierra (Salmo 148, 7). Pero la parte superior del aire, por su pura tranquilidad, se une en común paz al cielo al que colinda, y se llama con su nombre. En la cual parte, si antes de su transgresión estuvieron los ángeles transgresores con su príncipe, ahora diablo, entonces arcángel (pues algunos de los nuestros no creen que fueran ángeles celestiales o supercelestiales), no es de extrañar si después del pecado fueron arrojados a esta oscuridad; donde sin embargo hay aire, y se teje con un humor tenue, que al ser movido produce vientos, y al ser agitado más violentamente incluso fuegos y truenos, y al ser contraído nubes, y al ser espesado lluvia, y al congelarse las nubes nieve, y al congelarse más turbulentas nubes más densas granizo, y al ser distendido hace serenidad, por los ocultos mandatos y obra de Dios, administrando desde lo más alto hasta lo más bajo todo lo que creó. Por lo cual en aquel salmo, cuando se mencionaron, fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tormenta; para que no se pensara que tales cosas se hacen y se mueven sin la providencia divina, inmediatamente añadió: Que hacen su palabra (Salmo 148, 8).

15. Si aquellos transgresores, antes de transgredir, llevaban cuerpos celestiales, no es de extrañar que, como castigo, se hayan transformado en una calidad aérea, de modo que ahora puedan sufrir algo del fuego, es decir, del elemento de una naturaleza superior: y no se les

permitió ocupar siquiera los espacios superiores y más puros del aire, sino estos oscuros, que para ellos es como una especie de cárcel, hasta el tiempo del juicio. Y si se requiere investigar más a fondo sobre estos ángeles transgresores, habrá otro lugar más adecuado en las Escrituras. Por lo tanto, lo que ahora es suficiente es que estos espacios turbios y tormentosos, debido a la naturaleza del aire extendido hasta las aguas y tierras, pueden sostener cuerpos aéreos; también pueden sostener aves que fueron producidas de las aguas, debido a los tenues vapores de las aguas: que, por supuesto, se insertan vaporosamente en el mismo aire que rodea las aguas y tierras, y por eso se asignan a la parte inferior y terrenal, y entretejen las auras, que, al ser agravadas por los rigores nocturnos, incluso destilan rocío sereno; y si el frío es más intenso, incluso se blanquean con una escarcha más blanca.

CAPÍTULO XI.---Se trata de los versículos 24 y 25, donde se habla de los diversos géneros de seres vivientes creados de la tierra.

16. Y dijo Dios: Produzca la tierra un ser viviente según su especie: cuadrúpedos, reptiles y bestias de la tierra según su especie, y ganado según su especie. Y así fue. Y Dios hizo las bestias de la tierra según su especie, y el ganado según su especie, y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vio Dios que eran buenos. Ya era consecuente que adornara con sus animales la otra parte, que propiamente se llama tierra, de este lugar inferior, que en otro lugar las Escrituras abarcan universalmente con el nombre de tierra, junto con todos los abismos y el aire nebuloso. Y son manifiestas las clases de animales que la tierra produjo en la palabra de Dios. Pero como a menudo se entiende que todos los animales irracionales se comprenden bajo el nombre de ganado o bestias, con razón se pregunta cuáles son ahora propiamente las bestias y cuáles el ganado. Y en cuanto a los reptiles o reptiles terrestres, no hay duda de que quiso que se entendieran todos los serpientes; aunque también pueden llamarse bestias: sin embargo, el nombre de ganado no se aplica comúnmente a las serpientes. Nuevamente, el nombre de bestias se aplica comúnmente a leones, leopardos, tigres, lobos, zorros, perros, monos y otros de ese tipo. El nombre de ganado se suele aplicar más adecuadamente a aquellos animales que están en uso por los humanos: ya sea para ayudar en los trabajos, como bueyes y caballos, y otros similares; o para la lana o para comer, como ovejas y cerdos.

17. ¿Qué son entonces los cuadrúpedos? Aunque todos estos, excepto algunos reptiles, caminan sobre cuatro patas, si no quisiera que se entendieran propiamente algunos con este nombre, ciertamente no los habría nombrado aquí también como cuadrúpedos, aunque en la repetición no los mencionó. ¿O son los ciervos, gamos, onagros y jabalíes (porque no pueden unirse a aquellas bestias donde están los leones, ya que son similares a ese ganado, aunque no están bajo el cuidado humano) propiamente llamados cuadrúpedos; como si fueran los restantes de estos animales, a los que se les atribuiría esta denominación general con muchos debido al número de patas, pero con un significado especial? ¿O porque dijo tres veces, según su especie, nos invita a considerar tres tipos? Primero, según su especie, cuadrúpedos y reptiles; donde creo que se significó cuáles cuadrúpedos dijo, a saber, los que están en el género de los reptiles, como los lagartos, esteliones, y otros similares. Por eso en la repetición no repitió el nombre de cuadrúpedos, porque tal vez los abarcó con el término reptiles: de ahí que no dijo simplemente reptiles, sino que añadió, todos los reptiles de la tierra. Por eso de la tierra, porque también hay de las aguas; y por eso todos, para que allí se entiendan los que también se apoyan en cuatro patas, que anteriormente se significaron propiamente con el nombre de cuadrúpedos. Pero las bestias, de las que también dijo, según su especie, cualquier cosa que ataque con la boca o incluso con las garras, excepto las serpientes. El ganado, del que dijo por tercera vez, según su especie, que no desgarran con fuerza, sino con cuernos, o ni siquiera eso. Ya he dicho cuán amplio es el nombre de cuadrúpedos, fácilmente reconocido

por el número de patas, y que el nombre de ganado o bestias a veces comprende a todo animal irracional. Pero también el término fieras suele tener el mismo valor en la lengua latina: sin embargo, no debe descuidarse la consideración de cómo estos nombres, que no se colocaron en este lugar de las Escrituras sin razón, también pueden distinguirse con una distinción especial, lo que en el uso cotidiano del lenguaje puede observarse fácilmente.

CAPÍTULO XII.---Qué significa según su especie, que se dice de algunas criaturas, no del hombre.

18. No sin razón también mueve al lector si se dice al azar y casi fortuitamente o con alguna razón, según su especie, como si ya existieran antes, cuando se narra que fueron creadas por primera vez: o si su especie debe entenderse en las razones superiores, ciertamente espirituales, según las cuales se crean inferiormente. Pero si fuera así, esto se diría de la luz, del cielo, de las aguas y tierras, de los luminares del cielo. ¿Qué de ellos no tiene una razón eterna e inmutable en la misma Sabiduría de Dios, que alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone suavemente todas las cosas? (Sab. VIII, 1.) Comienza a decirse esto de las hierbas y árboles, hasta estos animales terrenales. Pues también en los que fueron creados de las aguas, aunque en la primera mención no se dijo; sin embargo, en esa repetición se dijo, Y Dios hizo los grandes cetáceos y toda alma de animales reptiles, que las aguas produjeron según su especie; y toda ave alada según su especie.

19. ¿O porque estos surgieron de tal manera que de ellos nacieran otros, y conservaran la forma de origen en la sucesión, por eso se dice según su especie, debido a la propagación de la descendencia, por la cual fueron creados para permanecer? Pero ¿por qué de las hierbas y árboles no solo se dice según su especie, sino también según su semejanza, cuando también los animales, ya sean de las aguas o de la tierra, generan según su semejanza? ¿O porque la semejanza sigue a la especie, no quiso repetirla en todas partes? Pues tampoco repitió la semilla en todas partes; aunque está tanto en las hierbas y árboles como en los animales, aunque no en todos. Se ha observado que algunos nacen así de las aguas o de la tierra, que no tienen sexo; y por eso su semilla no está en ellos, sino en los elementos de los que surgen. Esto es, por tanto, según su especie, donde se entiende también la fuerza de las semillas y la semejanza de los sucesores a los que decaen; porque ninguno de ellos fue creado de tal manera que existiera una sola vez, ya sea permaneciendo, o sin que nadie lo suceda al decaer.

20. ¿Por qué entonces no se dijo así también del hombre, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, según su especie, cuando también la descendencia del hombre es manifiesta? ¿O porque Dios no había hecho al hombre de tal manera que muriera, si hubiera querido guardar el precepto, y por eso no era necesario un sucesor para el que decayera: pero después del pecado fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal. XLVIII, 13); de modo que ahora los hijos de este siglo engendran y son engendrados, para que el género de los mortales pueda subsistir con la sucesión guardada? ¿Qué significa entonces aquella bendición después de que el hombre fue hecho, Creced y multiplicaos, y llenad la tierra; lo que ciertamente podría hacerse generando? ¿O no se debe decir nada temerariamente aquí, hasta que lleguemos al lugar de las Escrituras donde estas cosas deben ser investigadas y tratadas más diligentemente? Pues ahora tal vez pueda ser suficiente, por eso no se dijo del hombre, según su especie, porque se hacía uno, del cual también se hizo la mujer. No se hicieron muchos géneros de hombres, como de hierbas, árboles, peces, aves, serpientes, ganado, bestias: para que así se entienda dicho, según su especie, como si se dijera genéricamente, para que se distingan entre sí los similares y pertenecientes a un mismo origen de semilla de los demás.

CAPÍTULO XIII.---Por qué la bendición se impartió solo a los acuáticos como al hombre. El oficio de engendrar.

21. También se pregunta por qué los animales de las aguas merecieron tanto del Creador, que solo ellos fueron bendecidos, como los hombres. Pues también Dios los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar, y las aves multiplíquense sobre la tierra. ¿O debía decirse en un género de criatura, para que se entendiera consecuentemente en los demás, que crecen por generaciones? Por tanto, primero se diría en aquello que primero fue creado así, en la hierba y el árbol. ¿O tal vez juzgó indigno de esas palabras de bendición, Creced y multiplicaos, a aquellos que no tendrían ningún afecto de procrear descendencia, y sin ningún sentido generarían; pero donde tal afecto estuviera presente, allí primero lo dijo, para que también en los animales terrenales, aunque no se dijera, se entendiera? Sin embargo, fue necesario repetir esto en el hombre, para que nadie dijera que en el oficio de engendrar hijos hay algún pecado, como lo hay en la lujuria, ya sea de fornicar, o de abusar immoderadamente del mismo matrimonio.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la creación de insectos.

22. También hay alguna cuestión sobre ciertos animales muy pequeños, si fueron creados en las primeras condiciones de las cosas, o de las corrupciones consecuentes de las cosas mortales. Pues muchos de ellos nacen de los vicios, purgaciones o exhalaciones de cuerpos vivos, o de la putrefacción de cadáveres; algunos también de la corrupción de maderas y hierbas, algunos de las corrupciones de frutos: de todo lo cual no podemos decir correctamente que Dios no es el creador. En todos ellos hay una cierta belleza de su propio género, de modo que en ellos es mayor la admiración del que considera bien, y más abundante la alabanza del omnipotente artífice; que hizo todo con sabiduría (Sal. CIII, 24), que se extiende de un extremo al otro, y dispone suavemente todas las cosas (Sab. VIII, 1), y no deja sin forma ni siquiera las cosas más recientes de las cosas, que se disuelven según el orden de su género, y cuya disolución horrorizamos por el castigo de nuestra mortalidad: sino que crea animales mínimos en cuerpo, agudos en sentido; para que con mayor atención nos asombremos de la agilidad de la mosca voladora, que de la magnitud del animal que camina, y admiremos más las obras de las hormigas, que las cargas de los camellos.

23. Pero si en las primeras, como dije, condiciones de las cosas, que se narran creadas en este orden de seis días, también creemos que estas mínimas fueron instituidas, o después en las disoluciones de los cuerpos corruptibles, esto se pregunta. Y puede decirse que esos mínimos, que surgen de las aguas o tierras, fueron creados entonces: en los cuales también se entienden sin absurdo aquellos que nacen de los que surgieron de la tierra germinante; y porque precedieron a la condición, no solo de los animales, sino también de los luminares; y porque se continúan con la tierra por la conexión de las raíces, de donde surgieron el día en que apareció lo seco, para que se entiendan más bien como complemento de la habitación, que como número de habitantes. Pero los demás que nacen de los cuerpos de los animales, y especialmente de los muertos, es absurdísimo decir que fueron creados entonces, cuando los mismos animales fueron creados: a menos que ya estuviera en todos los cuerpos animados una cierta fuerza natural, y como presembrados y de alguna manera hilados los principios de futuros animales, que de las corrupciones de tales cuerpos según su género y diferencias iban a surgir, por la administración inefable de todo moviendo al inmutable Creador.

CAPÍTULO XV.---Sobre la creación de animales venenosos.

24. También se suele preguntar sobre los géneros de animales venenosos y perniciosos, si fueron creados después del pecado del hombre como venganza; o más bien, si ya creados como inofensivos, no comenzaron a dañar sino después a los pecadores. Y esto no es de extrañar, ya que incluso en los tiempos de esta vida laboriosa y penosa, cuando nadie es tan justo que se atreva a decirse perfecto, con el fiel testimonio del Apóstol diciendo, No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto (Filip. III, 12); y cuando aún son necesarias las tentaciones y molestias corporales para ejercitar y perfeccionar la virtud en la debilidad, manifestando nuevamente el mismo Apóstol que dijo, en la grandeza de las revelaciones para que no se exaltara, se le dio un aguijón en la carne, un ángel de Satanás, para que lo abofeteara, y habiendo rogado al Señor tres veces, para que se apartara de él, le respondió, Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9): sin embargo, el santo Daniel vivió seguro e intrépido entre los leones (Dan. VI, 22; y XIV, 38), quien no mintiendo a Dios en la oración, no solo confiesa los pecados de su pueblo, sino también los suyos (Id. IX, 4-19); y en la mano del mismo Apóstol se le prendió una víbora mortal, y no lo dañó (Hech. XXVIII, 5). Por lo tanto, estas cosas pudieron haber sido creadas sin causar daño, si no hubiera existido la causa de aterrorizar y castigar los vicios, o de probar y perfeccionar la virtud: porque también se deben mostrar ejemplos de paciencia, para el progreso de los demás; y el mismo hombre se conoce más ciertamente en las tentaciones; y justamente aquella salvación perpetua, que se perdió vergonzosamente por el placer, se recupera valientemente por el dolor.

CAPÍTULO XVI.---Por qué las bestias se dañan entre sí.

25. Alguien dirá: ¿Por qué entonces las bestias se dañan entre sí, que no tienen pecados para que se diga que es venganza, ni reciben ninguna virtud con tal ejercicio? Sin duda, porque unas son alimento de otras. Y no podemos decir correctamente: No habría otras de las que otras se alimentaran. Pues todas las cosas, mientras son, tienen sus medidas, números, órdenes; que todas merecidamente consideradas se alaban, y no sin oculta moderación según su género, incluso al pasar de una cosa a otra, se transforman. Lo que, aunque a los necios les pase desapercibido, se vislumbra a los que progresan, y es claro a los perfectos. Y ciertamente todos estos movimientos de la criatura inferior proporcionan al hombre saludables advertencias, para que vea cuánto debe esforzarse por la salvación espiritual y eterna, que supera a todos los animales irracionales; cuando ve que desde los mayores elefantes hasta los más pequeños gusanos, por la salvación corporal y temporal, que han obtenido por la ordenación inferior de su género, ya sea resistiendo, ya sea evitando, hacen todo lo que pueden: lo que no se manifiesta, sino cuando algunas buscan la alimentación de su cuerpo de los cuerpos de otros; otras se protegen ya sea con fuerzas de resistencia, ya sea con el recurso de la fuga, ya sea con el refugio de escondites. Pues el mismo dolor corporal en cualquier animal es una gran y maravillosa fuerza del alma, que vitalmente mantiene esa estructura con una mezcla inefable, y la reduce a una cierta unidad de su medida, cuando no indiferentemente, sino, por así decirlo, indignadamente, sufre que se corrompa y disuelva.

CAPÍTULO XVII.---Duda sobre los cuerpos de los muertos devorados.

26. También puede mover a alguien el hecho de que si los animales dañinos hieren a los hombres vivos ya sea como castigo, ya sea como ejercicio saludable, ya sea como prueba útil, ya sea como enseñanza ignorante, ¿por qué también desgarran en sus alimentos los cuerpos de los hombres muertos? Como si importara algo para nuestra utilidad, por qué caminos pasa esta carne ya sin vida en los profundos secretos de la naturaleza, de donde con la omnipotencia admirable del Creador ha de ser reformada nuevamente. Aunque también de esto se hace una cierta advertencia a los prudentes, para que se encomienden así al fiel

Creador, que administra todo lo grande y lo pequeño con un oculto mandato, a quien nuestros cabellos están contados (Luc. XII, 7), para que no teman ningún tipo de muerte por las vanas preocupaciones de los cuerpos de sus muertos, sino que no duden en preparar los nervios de la pía fortaleza para todo.

CAPÍTULO XVIII.---Espinas y abrojos y maderas infructuosas por qué y cuándo fueron creadas.

27. También suele surgir tal cuestión sobre las espinas y abrojos, y sobre ciertos maderos infructuosos, o por qué o cuándo fueron creados, cuando Dios dijo, Produzca la tierra hierba de pasto que siembre semilla, y árbol frutal que haga fruto. Pero quienes se mueven así, no entienden al menos de las fórmulas usuales del derecho humano, cómo se llama el usufructo. Pues se considera en el nombre de fruto una cierta utilidad de los que disfrutan. Pero cuántas son las utilidades, ya sean manifiestas, ya sean ocultas, de todo lo que la tierra germinando alimenta con raíces, y que ellos mismos observen algunas, y pregunten a los expertos las demás.

28. Y sobre las espinas y abrojos puede haber una respuesta más completa, porque después del pecado se dijo al hombre sobre la tierra, Espinas y abrojos te producirá (Gén. III, 18). Sin embargo, no es fácil decir que entonces comenzaron a surgir de la tierra. Tal vez porque también en esos géneros de semillas se encuentran muchas utilidades, podrían tener su lugar sin ningún castigo para el hombre. Pero para que en los campos en los que ya trabajaba penalmente, también nacieran estas cosas, esto puede creerse que vale para el cúmulo del castigo, cuando podrían nacer en otro lugar, ya sea para el pasto de aves y ganado, o para algunos usos de los mismos hombres. Aunque también ese sentido no está en desacuerdo con estas palabras, en el que se entiende así dicho Espinas y abrojos te producirá; para que estas cosas que antes la tierra producía, no obstante, no para el hombre, sino para el pasto de ciertos animales, comenzaran a producirse para el hombre para un trabajo penoso. No que en otros lugares estas cosas nacieran antes, y después en los campos que el hombre cultivara para obtener frutos; sino tanto antes como después en los mismos lugares: antes, sin embargo, no para el hombre, después para el hombre; para que esto se signifique con lo añadido, a ti: porque no se dijo, Espinas y abrojos producirá, sino, te producirá; es decir, para que ya estas cosas comiencen a nacer para ti para el trabajo, que antes nacían solo para el pasto de otros animales.

CAPÍTULO XIX.---Sobre los versículos 26, 27, etc. Por qué en la creación del hombre se dijo, Hagamos.

29. Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y domine sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre los ganados, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra. Y creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla, y señoread sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y sobre todos los ganados, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol que tiene fruto de semilla; os será para alimento, y a todas las bestias de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todo reptil que se arrastra sobre la tierra, que tiene en sí aliento de vida; y toda planta verde para alimento. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno. Y fue la tarde y fue la mañana, el sexto día. Aún habrá un lugar más amplio para considerar y discutir con más detalle sobre la naturaleza del hombre. Sin

embargo, ahora, para concluir nuestra investigación y examen de las obras de los seis días, decimos brevemente que no debe tomarse indiferentemente lo que en otras obras se dice, "Dijo Dios: Sea hecho"; pero aquí, "Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza": para insinuar, por así decirlo, la pluralidad de personas debido al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Sin embargo, inmediatamente advierte que se debe entender la unidad de la deidad, diciendo, "Y creó Dios al hombre a imagen de Dios"; no como si el Padre a imagen del Hijo, o el Hijo a imagen del Padre; de lo contrario, no se habría dicho verdaderamente "a nuestra imagen", si el hombre hubiera sido hecho a imagen solo del Padre o solo del Hijo: sino que se dijo así, "creó Dios a imagen de Dios": como si se dijera, "creó Dios a su imagen". Pero cuando ahora se dice "a imagen de Dios", cuando antes se dijo "a nuestra imagen", se significa que esa pluralidad de personas no hace que digamos, creamos o entendamos que hay varios dioses; sino que aceptamos un solo Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por cuya Trinidad se dijo "a nuestra imagen", y por lo cual se dijo "a imagen de Dios".

CAPÍTULO XX.---En qué sentido el hombre fue hecho a imagen de Dios. Por qué no se dice de la creación del hombre, "Y así fue hecho".

30. Aquí también no debe pasarse por alto que, después de haber dicho "a nuestra imagen", inmediatamente añadió "y tenga dominio sobre los peces del mar y las aves del cielo", y los demás animales irracionales: para que entendamos que el hombre fue hecho a imagen de Dios en aquello en lo que supera a los animales irracionales. Eso es, la misma razón, o mente, o inteligencia, o como quiera que se llame más adecuadamente. De ahí que el Apóstol diga, "Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre" (Efesios IV, 23, 24), "que se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó" (Colosenses III, 10); mostrando suficientemente dónde fue creado el hombre a imagen de Dios, porque no es por los lineamientos corporales, sino por una cierta forma inteligible de la mente iluminada.

31. Y así como en aquella primera luz, si se entiende correctamente que se hizo una luz intelectual partícipe de la eterna e inmutable sabiduría de Dios, no se dijo "Y así fue hecho", para que luego se repitiera "Y Dios hizo": porque como ya hemos discutido tanto como pudimos, no se hacía algún conocimiento del Verbo de Dios en la primera criatura, para que después de ese conocimiento se creara inferiormente lo que se creaba en ese Verbo; sino que la misma primera luz se creaba, en la cual se haría el conocimiento del Verbo de Dios, por el cual se creaba, y ese mismo conocimiento sería para ella convertirse de su informe a Dios formante, y ser creada y formada: pero luego en las demás criaturas se dice "Y así fue hecho"; donde se significa que en aquella luz, es decir, en la criatura intelectual, primero se hizo el conocimiento del Verbo; y luego cuando se dice "Y Dios hizo", se demuestra que se hace el género de esa criatura, que en el Verbo de Dios se había dicho que se hiciera: esto también se observa en la condición del hombre. Porque Dios dijo, "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza", etc. Y luego no se dice "Y así fue hecho"; sino que ya se añade "Y Dios creó al hombre a imagen de Dios": porque también esa naturaleza es ciertamente intelectual, como aquella luz, y por eso para ella ser es conocer el Verbo de Dios por el cual es hecha.

32. Porque si se dijera "Y así fue hecho", y luego se añadiera "Y Dios hizo"; se entendería como si primero se hubiera hecho en el conocimiento de la criatura racional, y luego en alguna criatura que no fuera racional: porque también la misma criatura racional es, y es perfecta en ese mismo conocimiento. Pues así como después de la caída del pecado el hombre se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó; así en ese

mismo conocimiento fue creado, antes de que por el delito envejeciera, de donde nuevamente en ese mismo conocimiento se renovarían. Pero las cosas que no fueron creadas en ese conocimiento, porque ya fueran cuerpos o almas irracionales, primero se hizo en la criatura intelectual el conocimiento de ellas por el Verbo, por el cual se dijo que se hicieran: por ese conocimiento primero se decía "Y así fue hecho": para mostrar que se hizo ese conocimiento en esa naturaleza, que podía conocer eso en el Verbo de Dios antes; y luego se hacían las mismas criaturas corporales e irracionales, por lo cual después se añadía "Y Dios hizo".

CAPÍTULO XXI.---Dificultad sobre la inmortalidad del hombre por el alimento que se le dio.

33. Pero cómo el hombre fue hecho inmortal, y recibió alimento junto con otros animales, la hierba del campo que lleva semilla, y el árbol frutal, y la hierba verde, es difícil de decir. Porque si por el pecado se hizo mortal, ciertamente antes del pecado no necesitaba tales alimentos. Pues aquel cuerpo no podría corromperse por el hambre. Porque lo que se dijo, "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra", aunque parece que no podría hacerse sino por el concubito del varón y la hembra; de donde también surgió la indicación de cuerpos mortales: sin embargo, se puede decir que podría haber habido otro modo en cuerpos inmortales, para que solo por el afecto de la caridad piadosa, sin la concupiscencia de la corrupción, nacieran hijos, no para suceder a padres muertos, ni ellos mismos para morir; hasta que la tierra se llenara de hombres inmortales, y así, con un pueblo justo y santo establecido, como creemos que será después de la resurrección, también se haría un modo de nacer: se puede decir, y cómo se diga, es otra consideración; pero nadie se atreverá a decir que la necesidad de alimentos para ser restaurados, sino que solo puede ser en cuerpos mortales.

CAPÍTULO XXII.---Opinión de algunos sobre la creación del alma señalada en estas palabras, "Y creó", etc., y del cuerpo en estas, "Y formó Dios", etc.

34. Algunos han sospechado que ahora se hizo el hombre interior, y el cuerpo del hombre después, cuando la Escritura dice, "Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra": para que lo que se dijo "creó" se refiera al espíritu; y lo que "formó" al cuerpo. No consideran que el varón y la hembra no podrían hacerse sino según el cuerpo. Pues aunque se diserte muy sutilmente que la misma mente del hombre en la que fue hecho a imagen de Dios, una cierta vida racional, se distribuye en la verdad de la contemplación eterna, y en la administración de las cosas temporales; y así se hace como varón y hembra, con aquella parte aconsejando, y esta obedeciendo: en esta distribución, sin embargo, no se dice correctamente imagen de Dios, sino aquello que se adhiere a la verdad inmutable contemplada. En figura de esto, el apóstol Pablo dice que solo el varón es imagen y gloria de Dios: "La mujer, en cambio, es gloria del varón" (1 Corintios XI, 7). Así que aunque esto se figuró exteriormente en dos humanos de diferente sexo según el cuerpo, lo que también se entiende en una sola mente interior del hombre; sin embargo, también la hembra que es corporalmente hembra, se renueva también en el espíritu de su mente en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que la creó, donde no hay varón ni hembra. Así como de esta gracia de renovación, y de la reforma de la imagen de Dios, no se separan las hembras, aunque en el sexo de sus cuerpos se figure otra cosa, por lo cual solo el varón se dice ser imagen y gloria de Dios; así también en la misma primera condición del hombre, según lo que también la hembra era hombre, tenía ciertamente su mente y la misma racional, según la cual también ella fue hecha a imagen de Dios. Pero por la unidad de la conjunción, "Dios creó", dice, "al hombre a imagen de Dios". Y para que nadie pensara que solo el espíritu del hombre fue hecho, aunque solo según el espíritu fue hecho a imagen de Dios, "Lo creó", dice, "varón y hembra", para que ya también se entienda hecho el cuerpo. Nuevamente, para que nadie pensara que fue

hecho de tal manera que en un solo hombre se expresara ambos sexos, como a veces nacen, a quienes llaman andróginos; mostró que puso el número singular por la unidad de la conjunción, y que de un varón fue hecha la mujer, como se manifestará después, cuando lo que aquí se dijo brevemente, comience a explicarse con más detalle: y por eso inmediatamente añadió el número plural, diciendo, "Los creó y los bendijo". Pero, como ya dije, buscaremos con más detalle en la Escritura siguiente sobre la creación del hombre.

CAPÍTULO XXIII.---A qué se refiere el versículo 30, "Y así fue hecho".

35. Ahora debe advertirse que después de haber dicho "Y así fue hecho"; inmediatamente añadió, "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno": donde se entiende el poder y la facultad misma dada a la naturaleza humana de tomar para alimento la hierba del campo y los frutos del árbol. Porque para esto añadió, "Y así fue hecho", que había comenzado desde aquel lugar donde dijo, "Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla", etc. Porque si referimos a todo lo que se ha dicho antes lo que dijo, "Y así fue hecho"; será consecuente que confesemos que también ya habían crecido, y multiplicados habían llenado la tierra en el mismo sexto día; lo cual encontramos que, testificando la misma Escritura, sucedió después de muchos años. Por lo tanto, cuando se dio esta facultad de comer, y el hombre lo conoció por la palabra de Dios, se dice "Y así fue hecho"; en esto ciertamente que el hombre lo conoció por la palabra de Dios. Porque si también entonces lo hubiera hecho, es decir, si hubiera tomado para alimento lo que se le dio comiendo, se habría mantenido esa costumbre de la Escritura, que después de haber dicho "Y así fue hecho", lo que se refiere a expresar el conocimiento precedente, luego se añadiera también la misma operación, y se dijera, Y tomaron y comieron. Porque podría haberse dicho así, aunque no se mencionara nuevamente a Dios. Como en aquel lugar después de haber dicho, "Reúnase el agua que está debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco"; se añade, "Y así fue hecho": y luego no se dice, "Y Dios hizo"; pero sin embargo se repite así, "Y se reunió el agua en sus lugares", etc.

CAPÍTULO XXIV.---Por qué no se dijo de manera individual, como de los demás, "Vio Dios que era bueno".

36. Pero que no se dijo de manera individual, como en los demás, también de la criatura humana, "Y vio Dios que era bueno": sino que después de hecho el hombre, y dada la potestad de dominar o de comer, añadió sobre todo, "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno", merece ser investigado. Porque podría haberse devuelto primero al hombre individualmente, lo que individualmente se devolvió a los demás que fueron hechos antes; y luego decirse de todo lo que Dios había hecho, "He aquí que era muy bueno". ¿O acaso porque el sexto día se completan todas las cosas, por eso debía decirse de todo, "Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno"; no individualmente de lo que se hizo en ese mismo día? ¿Por qué entonces se dijo de los ganados y bestias y reptiles de la tierra, que pertenecen al mismo sexto día? ¿O acaso aquellos merecieron ser llamados buenos tanto individualmente en su género, como universalmente con los demás; y el hombre hecho a imagen de Dios, no mereció ser llamado bueno sino con los demás? ¿O porque aún no estaba perfecto, porque aún no estaba establecido en el paraíso? como si después de haber sido establecido allí, se hubiera dicho lo que aquí se omitió.

37. ¿Qué diremos entonces? ¿O acaso porque Dios preveía que el hombre pecaría, y no permanecería en la perfección de su imagen, no quiso llamarlo bueno individualmente, sino con los demás, como insinuando lo que sería en el futuro? Porque cuando las cosas que fueron hechas, en lo que fueron hechas, permanecen tanto como recibieron, como aquellas

que no pecaron, o aquellas que no pueden pecar; y son buenas individualmente, y en el universo son muy buenas. Porque no en vano se añadió "muy"; porque también los miembros del cuerpo, si incluso individualmente son hermosos, sin embargo, en la estructura del cuerpo entero son mucho más hermosos todos. Porque el ojo, por ejemplo, agradable y alabado, sin embargo, si lo viéramos separado del cuerpo, no lo llamaríamos tan hermoso, como en esa conexión de miembros, cuando colocado en su lugar en el cuerpo entero se ve. Pero las cosas que al pecar pierden su propio decoro, de ninguna manera hacen que incluso ellas, ordenadas correctamente, no sean buenas también con el todo y el universo. Por lo tanto, el hombre antes del pecado era bueno también en su género; pero la Escritura omitió decir esto, para decir más bien lo que preanunciara algo futuro. Porque no se dijo falsamente de él. Porque quien es bueno individualmente, ciertamente es más bueno con todos. Pero no cuando es bueno con todos, se sigue que también es bueno individualmente. Por lo tanto, fue moderado que se dijera lo que en el presente era verdad, y significara la presciencia del futuro. Porque Dios es el mejor creador de naturalezas, pero el más justo ordenador de los que pecan; para que incluso si algunas cosas se hacen individualmente deformes al pecar, siempre, sin embargo, con ellas el universo sea hermoso. Pero ya tratemos en el siguiente volumen lo que sigue.

LIBRO CUARTO. Se trata el inicio del capítulo 2 del Génesis. Y después de algunas cosas sobre la perfección del número seis, se plantea nuevamente la cuestión, en el versículo 5 del capítulo 1, de cómo, creada la luz, se hizo la tarde y se hizo la mañana, y así los días numerados hasta el sexto y séptimo.

CAPÍTULO PRIMERO.---Cómo deben entenderse los seis días.

1. Y fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su ornamento. Y acabó Dios en el sexto día sus obras que había hecho; y reposó Dios en el séptimo día de todas sus obras que había hecho. Y bendijo Dios el séptimo día, y lo santificó; porque en él reposó de todas sus obras que Dios había comenzado a hacer. Es arduo y muy difícil para las fuerzas de nuestra intención penetrar con la vivacidad de la mente la voluntad del escritor en estos seis días, si aquellos días pasaron, y añadido el séptimo, ahora a través de los volúmenes del tiempo, no de hecho, sino de nombre se repiten. Porque en todo el tiempo vienen muchos días semejantes a los pasados, pero ninguno vuelve igual. ¿Pasaron entonces aquellos días; o con estos que se cuentan con sus nombres y número, en el orden de los tiempos, diariamente transcurriendo, aquellos permanecen en las mismas condiciones de las cosas, para que no solo en aquellos tres antes de que se hicieran los luminarios, sino también en los otros tres, entendamos el nombre de día en la especie de la cosa que fue creada, y su noche en la privación o defecto, o si con otro nombre mejor se significa, cuando se pierde la especie, alguna mutación declinando y tendiendo de la forma a la informe: que esa mutación en toda criatura ya sea posible, aunque falte en efecto, como en los celestiales superiores; o para cumplir en las cosas inferiores la belleza temporal, a través de ordenadas vicisitudes de las decesiones y sucesiones de cada uno de los mutables, se lleva a cabo, como es manifiesto en las cosas terrenales y mortales: la tarde en todos sea como un cierto término de la condición perfecta: y la mañana el comienzo del incipiente; porque toda naturaleza creada está contenida en sus ciertos inicios y fines: es difícil de indagar. Pero ya sea esto, o aquello, o incluso algo tercero más probable, que se pueda encontrar, que en el progreso de la discusión quizás aparezca, cómo en aquellos días se entienda la noche y la tarde y la mañana: no está fuera de lugar considerar la perfección del número seis en la misma naturaleza interior de los números; que contemplando con la mente, numeramos también las cosas que están adyacentes a los sentidos del cuerpo, y las disponemos numerosa y ordenadamente.

CAPÍTULO II.---Sobre la perfección del número seis.

2. Encontramos, por tanto, que el número seis es el primer número perfecto, en el sentido de que se completa con sus partes. Existen otros números que son perfectos por otras razones y causas. Así, hemos dicho que este seis es perfecto porque se completa con sus partes, solo con aquellas partes que, multiplicadas, pueden completar el número del cual son partes. Una parte de un número puede ser llamada según su proporción. Por ejemplo, el número tres puede ser llamado parte, no solo del seis, del cual es la mitad, sino de todos los números mayores que él mismo. Así, el tres es una parte mayor del cuatro y del cinco: el cuatro puede dividirse en tres y uno, y el cinco en tres y dos. También es parte del siete, del ocho, del nueve, y de cualquier número mayor, pero no como una parte mayor o mitad, sino menor. El siete puede dividirse en tres y cuatro, el ocho en tres y cinco, y el nueve en tres y seis: pero de ninguno de estos se puede decir que el tres es una parte proporcional, excepto del nueve, del cual es la tercera parte, así como del seis es la mitad. Por lo tanto, de todos los números que he mencionado, ninguno se completa con varios tres, excepto el seis y el nueve. El primero consta de dos tres, y el segundo de tres.

3. Así, el número seis, como comencé a decir, se completa en sí mismo al sumar sus partes. Hay otros números cuyas partes, sumadas, hacen una suma menor, y otros una mayor: pero en ciertos intervalos se encuentran menos números que se completan con sus partes, cuya suma no es menor ni mayor, sino que coincide exactamente con el número del cual son partes. El primero de estos es el seis. Porque el uno en los números no tiene partes. Se dice uno en los números con los que contamos, de modo que no tiene mitad ni ninguna parte, sino que es verdaderamente uno, puro y simple. La parte del dos es uno, y es la mitad, y no hay otra. El tres tiene dos partes, una que puede ser llamada según su proporción, que es uno, ya que es su tercera parte; y otra mayor que no puede ser llamada según su proporción, que es dos: por lo tanto, sus partes no pueden ser contadas de las que hablamos, es decir, las que pueden ser llamadas según su proporción. El cuatro tiene dos de estas partes: uno, que es su cuarta parte; dos, que es la mitad; pero ambas sumadas, es decir, uno y dos juntos, hacen tres, no cuatro. Por lo tanto, sus partes no lo completan, porque se quedan en una suma menor. El cinco no tiene tal parte excepto una, que es uno, que es su quinta parte: porque aunque dos es una parte menor y tres una mayor, ninguna de ellas puede ser llamada según su proporción. El seis tiene tres partes de este tipo, la sexta, la tercera, la mitad: su sexta parte es uno; la tercera, dos; la mitad, tres. Estas partes sumadas, es decir, uno, dos y tres, juntas completan y perfeccionan el seis.

4. El siete no tiene tal parte excepto la séptima, que es uno. El ocho tiene tres, la octava, la cuarta, la mitad, es decir, uno, dos y cuatro: pero estas sumadas hacen siete, que es menor, por lo tanto, no completan el ocho. El nueve tiene dos, la novena, que es uno; y la tercera, que es tres: estas sumadas hacen cuatro, que es mucho menor que el nueve. El diez tiene tres partes de este tipo; uno, que es la décima, dos, que es la quinta, cinco, que es la mitad, y estos números sumados llegan a ocho, no a diez. El once no tiene más que la undécima, como el siete solo tiene la séptima, y el cinco solo la quinta, y el tres solo la tercera, y el dos solo la mitad, que en todos es uno. El doce, sin embargo, sumando sus partes, no se completa, sino que se excede; porque hacen un número mayor que el doce: llegan hasta dieciséis. Tiene cinco partes, la duodécima, la sexta, la cuarta, la tercera, la mitad: la duodécima es uno; la sexta, dos; la cuarta, tres; la tercera, cuatro; la mitad, seis: y uno, dos, tres, cuatro y seis sumados son dieciséis.

5. Y para no extenderme demasiado, en la infinita serie de números se encuentran más números que tienen tales partes o solo una, como el tres, el cinco, y otros similares; o tienen varias partes de este tipo, que sumadas o se quedan cortas, como el ocho, el nueve y muchos otros, o exceden, como el doce y el dieciocho, y muchos otros. Se encuentran, por tanto, más de estos que aquellos que se llaman perfectos, porque se completan con sus partes sumadas. Después del seis, se encuentra el veintiocho, que también se completa con sus partes: tiene cinco partes, la vigésima octava, la decimocuarta, la séptima, la cuarta, la mitad; es decir, uno, dos, cuatro, siete y catorce; que sumadas completan el veintiocho: porque hacen veintiocho. Y cuanto más avanza el orden de los números, más se encuentran estos números en intervalos más largos, que sumadas sus partes, coinciden consigo mismos, y se llaman perfectos. Aquellos números cuyas partes sumadas no los completan, se llaman imperfectos: y aquellos cuyas partes los exceden, se llaman más que perfectos.

6. Con un número perfecto de días, es decir, seis, Dios completó sus obras que hizo. Así está escrito: Y Dios completó en el sexto día sus obras que hizo. Me concentro más en este número cuando considero también el orden de las obras mismas. Así como el mismo número se eleva gradualmente con sus partes en un triángulo; porque siguen uno, dos, tres, de modo que no puede interponerse ningún otro, que son las partes del seis con las que consta; uno, la sexta; dos, la tercera; tres, la mitad: así, en un día se hizo la luz, en los dos siguientes la estructura de este mundo; en uno la parte superior, es decir, el firmamento, en el otro la inferior, es decir, el mar y la tierra: pero la parte superior no se llenó con ningún tipo de alimento corporal, porque no iba a colocar allí cuerpos que necesitaran tal sustento; pero la inferior, que iba a adornar con animales adecuados, la enriqueció antes con los alimentos necesarios para sus necesidades. En los tres días restantes se crearon aquellas cosas que dentro del mundo, es decir, dentro de este universo visible hecho de todos los elementos, se moverían visiblemente con sus movimientos adecuados: primero en el firmamento las luminarias, porque primero se había hecho el firmamento; luego en la parte inferior los animales, como lo requería el orden mismo, en un día, los del agua; en otro, los de la tierra. Y nadie es tan insensato como para atreverse a decir que Dios no pudo haber hecho todo en un solo día, si hubiera querido; o si hubiera querido en dos días, en un día la criatura espiritual, y en otro la corporal; o en un día el cielo con todo lo que le pertenece, y en otro la tierra con todo lo que hay en ella; y en cualquier momento que quisiera, durante el tiempo que quisiera, y como quisiera: ¿quién puede decir que algo pudo resistir su voluntad?

CAPÍTULO III.---Sobre lo que está escrito en Sabiduría XI, 21, Todo en medida, etc.

7. Por lo tanto, cuando leemos que completó todo en seis días, y considerando el número seis, encontramos que es perfecto, y que el orden de las criaturas sigue, de modo que incluso las partes de las que se compone este número muestran una especie de distinción gradual; también viene a la mente lo que se dice en otro lugar de las Escrituras, Todo lo dispusiste con medida, número y peso (Sab. XI, 21); y así el alma, que puede, invocando la ayuda de Dios, y recibiendo e inspirando fuerzas, considera si estas tres cosas, medida, número y peso, en las que se dice que Dios dispuso todo, existían en algún lugar antes de que se creara toda la creación, o si también fueron creadas; y si existían antes, dónde estaban. Porque antes de la creación no había nada excepto el creador. Por lo tanto, estaban en él. Pero, ¿cómo? porque también leemos que las cosas creadas están en él (Rom. XI, 36): ¿o estaban aquellas como él mismo, y estas como en aquel que las gobierna y dirige? Y ¿cómo aquellas en él? Porque Dios no es medida, ni número, ni peso, ni todas estas cosas. ¿O según lo que conocemos de la medida en las cosas que medimos, y el número en las cosas que contamos, y el peso en las cosas que pesamos, Dios no es estas cosas: pero según lo que la medida establece el límite de toda cosa, y el número da forma a toda cosa, y el peso lleva toda cosa a la quietud y

estabilidad, él es primariamente y verdaderamente y singularmente estas cosas, que termina todo y forma todo, y ordena todo; y no se entiende otra cosa que lo que se dijo, como pudo ser expresado por el corazón y la lengua humana, Todo lo dispusiste con medida, número y peso, sino, Todo lo dispusiste en ti?

8. Es grande y concedido a pocos, trascender todo lo que puede ser medido, para que se vea la medida sin medida; trascender todo lo que puede ser contado, para que se vea el número sin número; trascender todo lo que puede ser pesado, para que se vea el peso sin peso.

CAPÍTULO IV.---En Dios hay medida sin medida, número sin número, y peso sin peso.

Porque la medida, el número y el peso no solo se pueden observar y pensar en piedras y maderas y masas de este tipo, y en cualquier cosa corporal, ya sea terrestre o celestial. También hay una medida en el actuar, para que no haya un progreso irreparable e immoderado; y hay un número de afectos del alma y virtudes, por el cual se recoge de la deformidad de la necesidad a la forma y belleza de la sabiduría; y hay un peso de la voluntad y el amor, donde se muestra cuánto vale cada cosa en el deseo, el rechazo, la preferencia, y la postergación: pero estas medidas, números y pesos de las almas y mentes son restringidos por otra medida, formados por otro número, y llevados por otro peso. Pero la medida sin medida es aquella a la que se iguala lo que de ella es, y no es de otra parte: el número sin número es aquel por el cual todo se forma, y él mismo no se forma: el peso sin peso es aquel al que se refieren para descansar, cuya quietud es puro gozo, y ya no se refiere a otra cosa.

9. Pero quien solo conoce los nombres de medida, número y peso visiblemente, los conoce servilmente. Por lo tanto, trascienda todo lo que así conoce, o si aún no puede, no se aferre a los mismos nombres, sobre los cuales no puede pensar sin sordidez. Porque cuanto más le son queridas estas cosas en lo alto, menos es él carne en lo bajo. Pero si alguien no quiere transferir esos términos, que aprendió en las cosas más bajas y despreciables, a aquellas sublimes que intenta contemplar con una mente serena, no debe ser obligado a hacerlo. Porque mientras se entienda lo que debe entenderse, no importa mucho cómo se llame. Sin embargo, es necesario saber qué tipo de similitud hay de lo inferior a lo superior. Porque de otro modo, la razón no se dirige correctamente de aquí a allá, y se esfuerza.

10. Ahora bien, si alguien dice que la medida, el número y el peso fueron creados, en los que la Escritura testifica que Dios dispuso todo; si en ellos dispuso todo, ¿dónde dispuso esas mismas cosas? si en otras, ¿cómo entonces en ellos todo, cuando ellos están en otras? Por lo tanto, no se debe dudar que están fuera de las cosas que fueron dispuestas, en las que todo fue dispuesto.

CAPÍTULO V.---En Dios mismo existe la razón de la medida, el número y el peso, según la cual todo fue dispuesto.

11. ¿O acaso pensaremos que se dijo, Todo lo dispusiste con medida, número y peso, como si se dijera, Todo lo dispusiste de modo que tuviera medida, número y peso? Porque incluso si se dijera, Todo lo dispusiste en colores; no se seguiría de esto que la misma Sabiduría de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, se entendiera que tenía colores en sí misma antes, en los que hiciera los cuerpos: sino que se entendería, Todo lo dispusiste en colores, como si se dijera, Todo lo dispusiste de modo que tuviera colores. Como si los cuerpos dispuestos por el creador Dios en colores, es decir, dispuestos de modo que fueran coloreados, no pudieran entenderse de otra manera, a menos que se entendiera que no faltaba en la misma sabiduría del que dispone una razón para distribuir los colores a cada género de

cuerpos, aunque el color no se mencione allí. Esto es lo que dije: mientras se conozca la cosa, no hay que preocuparse por las palabras.

12. Supongamos, por tanto, que se dijo, Todo lo dispusiste con medida, número y peso, como si se dijera, dispuestos de modo que tuvieran sus propias medidas, y sus propios números, y su propio peso, que en ellos se cambiaran según la mutabilidad de cada género, con aumentos y disminuciones, multitud y escasez, ligereza y gravedad, según la disposición de Dios: ¿acaso decimos que el mismo consejo de Dios, en el que dispuso estas cosas, es mutable como estas cosas que se cambian? Que él aleje de nosotros tal locura.

CAPÍTULO VI.---Dónde veía Dios de dónde disponer todo.

Cuando estas cosas se disponían de modo que tuvieran sus medidas, números y pesos, ¿dónde las veía el mismo que disponía? Porque no fuera de sí mismo, como vemos los cuerpos con los ojos; que ciertamente no existían aún, cuando se disponían para ser hechas. Ni dentro de sí mismo las veía, como vemos con la mente las fantasías de los cuerpos, que no están presentes a los ojos, sino que imaginamos y pensamos a partir de lo que hemos visto. ¿Cómo, entonces, veía estas cosas para disponerlas así? ¿Cómo, sino como solo él puede?

13. Pero incluso nosotros, mortales y pecadores, cuyas almas son agobiadas por cuerpos corruptibles, y cuyo sentido es deprimido por la morada terrenal mientras piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15); aunque lleváramos corazones purísimos y mentes simplísimas, y ya fuéramos iguales a los santos ángeles, no nos sería tan conocida la sustancia divina como a ella misma.

CAPÍTULO VII.---Cómo percibimos la perfección del número seis.

Sin embargo, esta perfección del número seis, no la percibimos fuera de nosotros mismos, como los cuerpos con los ojos; ni dentro de nosotros mismos, como las fantasías de los cuerpos, y las imágenes de las cosas visibles, sino de una manera muy diferente. Aunque se presenten al aspecto de la mente como ciertas imágenes de cuerpos, cuando se piensa en la composición, el orden o la partición del número seis: sin embargo, una razón más fuerte y poderosa desde arriba no les da su consentimiento, y contempla interiormente la fuerza del número; por cuya contemplación dice con confianza, que lo que se llama uno en los números, no puede dividirse en partes; pero ningún cuerpo puede dividirse sino en partes innumerables; y que es más fácil que pasen el cielo y la tierra, que fueron hechos según el número seis, que lograr que el número seis no se complete con sus partes. Por lo tanto, el alma humana siempre debe dar gracias al Creador, por quien fue creada de tal manera que puede ver esto, lo cual ninguna ave, ninguna bestia, que sin embargo ven con nosotros el cielo, y la tierra, y las luminarias, y el mar, y la tierra seca, y todo lo que hay en ellos.

14. Por lo tanto, no podemos decir que el número seis es perfecto porque Dios completó todas sus obras en seis días; sino que Dios completó sus obras en seis días porque el número seis es perfecto. Así que, aunque estas cosas no existieran, aquel sería perfecto; pero si aquel no fuera perfecto, estas cosas no se habrían hecho perfectas según él.

CAPÍTULO VIII.---Cómo debe entenderse el descanso de Dios en el séptimo día.

15. Ahora bien, lo que está escrito, que Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras que hizo; y por eso bendijo y santificó ese día, porque en él descansó; para intentar comprenderlo con nuestro entendimiento, en la medida en que podamos, con la ayuda de Dios, primero alejemos de nuestras mentes las sospechas carnales de los hombres. Porque,

¿acaso es lícito decir o creer que Dios se fatigó al obrar, cuando creó las cosas que están escritas, cuando decía, y se hacían? Porque ni siquiera un hombre se fatiga si algo que debe hacerse, se hace tan pronto como lo dice. Aunque las palabras humanas, apoyadas por sonidos, se pronuncian de tal manera que un discurso prolongado fatiga: sin embargo, como son tan pocas, como pocas leemos en lo que está escrito, cuando Dios dijo, Hágase la luz, Hágase el firmamento, y las demás cosas hasta el final de las obras, que completó en el sexto día; es un delirio muy absurdo pensar que esto fue un trabajo, ni siquiera para un hombre, mucho menos para Dios.

16. ¿O acaso alguien dirá que, al decir que se hicieran, las cosas que inmediatamente se hicieron, Dios no se fatigó, sino que tal vez al pensar qué debía hacerse; de esta preocupación fue liberado con la perfección de las cosas y descansó, y por eso quiso bendecir y santificar el día en que primero se liberó de esta intención del alma? Si pensar esto es desvariar mucho (porque la facultad y facilidad de crear cosas es incomparable e inefable en Dios),

CAPÍTULO IX.---En qué sentido se dice que Dios descansa. Tristeza loable.

¿Qué queda por entender, sino que tal vez proporcionó descanso en sí mismo a la criatura racional, en la que también creó al hombre, después de su perfección, por el don del Espíritu Santo, por el cual se difunde la caridad en nuestros corazones (Rom. V, 5) para que nos dirijamos con el deseo hacia donde, cuando lleguemos, descansemos, es decir, no busquemos nada más? Porque así como se dice correctamente que Dios hace, todo lo que hacemos con él obrando en nosotros; así se dice correctamente que Dios descansa, cuando por su don descansamos.

17. Esto lo entendemos correctamente; porque es verdad y no requiere gran esfuerzo para ver que se dice que Dios descansa cuando hace que nosotros descansemos, así como se dice que conoce cuando hace que nosotros conozcamos. Pues Dios no conoce temporalmente lo que antes no conocía; y sin embargo, dice a Abraham: "Ahora conozco que temes a Dios" (Gén. XXII, 12), donde entendemos que significa: "Ahora he hecho que se conozca". Con estos modos de hablar, cuando hablamos de cosas que no le suceden a Dios como si le sucedieran, reconocemos que Él hace que nos sucedan a nosotros; al menos aquellas que son dignas de alabanza: y esto en la medida en que el uso de las Escrituras lo permite. Pues no debemos decir temerariamente algo así de Dios que no leemos en su Escritura.

18. De este modo de hablar creo que se dijo aquello del Apóstol: "No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención" (Efes. IV, 30). Pues la sustancia misma del Espíritu Santo, en cuanto es lo que es, no puede entristecerse; ya que posee una bienaventuranza eterna e inmutable, y más bien es ella misma la eterna e inmutable bienaventuranza. Pero porque habita en los santos de tal manera que los llena de caridad, con la cual es necesario que los hombres se alegren temporalmente por el progreso de los fieles y las buenas obras; y por eso es necesario también que se entristezcan por la caída o los pecados de aquellos de cuya fe y piedad se alegraban; tristeza que es digna de alabanza, porque proviene del amor que infunde el Espíritu Santo: por eso se dice que el Espíritu mismo se entristece por aquellos que actúan de tal manera que los santos se entristecen por sus acciones, no por otra razón sino porque tienen al Espíritu Santo; por cuyo don son tan buenos que los malos los entristecen, especialmente aquellos que sabían o creían que eran buenos. Esta tristeza, de hecho, no solo no es censurable, sino que es especialmente digna de alabanza y proclamación.

19. De este modo de hablar, el mismo apóstol se valió maravillosamente cuando dijo: "Ahora, empero, habiendo conocido a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios" (Gál. IV, 9). Pues Dios no los conoció entonces, ya que los había preconocido antes de la constitución del mundo (I Pedro I, 10); pero porque entonces ellos lo conocieron por su don, no por su mérito o capacidad, prefirió hablar figuradamente, diciendo que entonces fueron conocidos por Él, cuando Él se les dio a conocer, y corregir la palabra, como si hubiera dicho menos correctamente lo que había dicho propiamente, que permitir que se atribuyeran a sí mismos el poder hacer lo que Él les había dado poder para hacer.

CAPÍTULO X. — Cuestión de si Dios mismo pudo propiamente descansar.

20. Este entendimiento, en lo que se dice que Dios descansó de todas sus obras, que hizo muy buenas, porque Él nos hace descansar cuando hemos hecho buenas obras, puede haber sido suficiente para algunos: pero nosotros, habiendo asumido la consideración de esta sentencia de las Escrituras, nos vemos obligados a investigar cómo Él mismo pudo haber descansado; aunque al insinuarnos su descanso, nos haya advertido que esperemos nuestro futuro descanso en Él. Pues así como Él hizo el cielo y la tierra, y lo que hay en ellos, y todo lo completó en el sexto día; y no se puede decir que nosotros hayamos creado algo en ellos, ya que Él nos concedió crear, y por eso se dice: "Dios completó en el sexto día sus obras que hizo", porque Él proveyó para que fueran completadas por nosotros: así también lo que se dice: "Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras que hizo", no debemos entenderlo como nuestro descanso, que obtendremos por su concesión, sino primero debemos entender su propio descanso, en el que descansó en el séptimo día, después de completar sus obras; para que primero se muestren todas las cosas que están escritas como hechas, y luego, si es necesario, se enseñe que también significaron algo. Pues se dice correctamente que, así como Dios descansó después de sus buenas obras, así también nosotros descansaremos después de nuestras buenas obras. Pero por esto también se exige correctamente que, así como se ha discutido sobre las obras de Dios, que claramente son suyas; así también se discuta suficientemente sobre el descanso de Dios, que se demuestre que es propio de Él.

CAPÍTULO XI. — Cómo se concilian ambos, que Dios descansó en el séptimo día y que hasta ahora opera.

21. Por lo tanto, con razón justísima nos vemos obligados a investigar, si podemos, y a expresar cómo ambas cosas son verdaderas, tanto lo que aquí está escrito, que Dios descansó en el séptimo día de sus obras que hizo; como lo que en el Evangelio dice Él mismo, por quien fueron hechas todas las cosas: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan V, 17). Pues esto les respondió a aquellos que se quejaban de que Él no observaba el sábado, que por la autoridad de esta Escritura había sido antiguamente recomendado como descanso de Dios. Y ciertamente se puede decir con probabilidad que el sábado fue mandado a los judíos para ser observado como una sombra del futuro, que figuraría el descanso espiritual que Dios, con el ejemplo de este descanso suyo, prometía a los fieles que hacían buenas obras. De cuyo descanso el mismo Señor Cristo, que no sufrió sino cuando quiso, también confirmó el misterio con su sepultura. Pues en el mismo día del sábado descansó en el sepulcro, y tuvo todo ese día como una especie de santa vacación, después de que en el sexto día, es decir, la preparación, que llaman el sexto del sábado, completó todas sus obras, cuando se cumplieron en el madero de la cruz las cosas que estaban escritas sobre Él. Pues también usó esta palabra cuando dijo: "Consumado es"; e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). ¿Qué, pues, es de extrañar si Dios, queriendo preanunciar también de este modo el día en que Cristo habría de descansar en el sepulcro, descansó de sus obras en un día, para luego operar

el orden de los siglos, de modo que también se dijera verdaderamente: "Mi Padre hasta ahora trabaja"?

CAPÍTULO XII. — Otra razón para conciliar la Escritura sobre el descanso y la continua operación de Dios.

22. También se puede entender que Dios descansó de la creación de géneros de criaturas, porque ya no creó nuevos géneros: pero desde entonces hasta ahora y más allá, opera la administración de esos mismos géneros que entonces fueron instituidos; no para que siquiera en el séptimo día su poder cesara de la gobernación del cielo y la tierra, y de todas las cosas que había creado, de lo contrario se desmoronarían continuamente. Pues el poder del Creador, y la virtud del omnipotente y omnipresente, es la causa de la subsistencia de toda criatura: y si esta virtud cesara alguna vez de gobernar lo que ha sido creado, también cesaría su especie, y toda naturaleza se derrumbaría. Pues no como el constructor de una casa, que cuando la ha fabricado, se retira, y al cesar y retirarse, su obra permanece; así el mundo no podría permanecer ni un abrir y cerrar de ojos, si Dios le retirara su gobierno.

23. Por lo tanto, lo que el Señor dijo: "Mi Padre hasta ahora trabaja", muestra una cierta continuación de su obra, con la que contiene y administra toda la creación. Pues podría entenderse de otra manera si dijera: "Y ahora trabaja", donde no sería necesario entender la continuación de la obra: pero de otra manera obliga a entender cuando dice: "Hasta ahora", desde aquel momento en que operó al crear todas las cosas. Y lo que está escrito sobre su sabiduría: "Alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad" (Sab. VIII, 1); de la cual también está escrito que su movimiento es más ágil y más rápido que todos los movimientos (Sab. VII, 24): aparece claramente a los que miran correctamente, que este mismo movimiento incomparable e inefable, y si puede entenderse, estable, proporciona a las cosas para ser dispuestas suavemente; y que ciertamente, si se retirara, si cesara de esta operación, perecerían inmediatamente. Y lo que dijo el Apóstol cuando predicaba a Dios a los atenienses: "En Él vivimos, nos movemos y somos" (Hechos XVII, 28), ayuda claramente a esta sentencia, en cuanto la mente humana puede concebir, por la cual creemos y decimos que Dios opera incesantemente en las cosas que ha creado. Pues no estamos en Él como su sustancia, como se ha dicho, que tiene vida en sí mismo (Juan V, 26): sino que ciertamente, siendo otra cosa que Él, no estamos en Él por otra razón, sino porque Él lo opera, y esta es su obra, con la que contiene todas las cosas, y con la que su sabiduría alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad; por cuya disposición vivimos, nos movemos y somos en Él. De donde se deduce que si retirara esta obra suya de las cosas, ni viviríamos, ni nos moveríamos, ni seríamos. Por lo tanto, está claro que Dios no cesó ni un solo día de la obra de gobernar lo que ha creado, para que no perdieran inmediatamente sus movimientos naturales, por los cuales son llevados y vivificados, para que sean completamente naturales, y permanezcan en lo que son según su género, y dejen de ser algo completamente, si se les retirara ese movimiento de la Sabiduría de Dios, con el que dispone todas las cosas con suavidad. Por lo tanto, entendemos que Dios descansó de todas sus obras que hizo, de modo que ya no creó ninguna nueva naturaleza; no para que cesara de contener y gobernar lo que había creado. De donde también es verdad que "en el séptimo día descansó Dios"; y aquello, que "hasta ahora trabaja".

CAPÍTULO XIII. — Sobre la observancia del sábado. El sábado cristiano.

24. Y vemos ciertamente sus obras buenas; pero su descanso lo veremos después de nuestras buenas obras. Para significar esto, mandó al pueblo hebreo observar un día (Éxodo XX, 8): lo cual hacían tan carnalmente, que viendo al Señor obrar nuestra salvación en ese día, lo

acusaban, como si Él les respondiera con toda razón sobre la obra del Padre, con quien también Él operaba igualmente, no solo la administración de toda la creación, sino también nuestra misma salvación. Ahora bien, en el tiempo de la gracia revelada, aquella observancia del sábado, que se figuraba con el descanso de un solo día, ha sido eliminada de la observancia de los fieles. Pues en esa gracia ya observa un sábado perpetuo quien, con la esperanza del futuro descanso, obra cualquier bien que obra, y no se gloria en sus mismas buenas obras, como si tuviera un bien que no ha recibido: pues así, como recibiendo e interpretando el sacramento del Bautismo como el día del sábado, es decir, de la cesación del Señor en el sepulcro, descansa de sus obras anteriores; para que ya caminando en novedad de vida (Rom. VI, 4), reconozca que Dios obra en él, quien al mismo tiempo opera y descansa, proporcionando una gobernación adecuada a la criatura, y teniendo en sí mismo una tranquilidad eterna.

CAPÍTULO XIV. — Por qué Dios santificó el día de su descanso.

25. Finalmente, Él no se fatigó al crear, ni se restauró al cesar; sino que quiso exhortarnos a desear el descanso a través de su Escritura, indicándonos que santificó el día en que descansó de todas sus obras. Pues en ninguno de los seis días en que fueron creadas todas las cosas, se lee que santificó algo, ni antes de esos seis días donde está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gén. I, 1), se añadió: "Y santificó": pero quiso santificar este día, en el que descansó de todas sus obras que hizo, como si incluso en Él, que no se fatiga en su obra, el descanso valiera más que la operación. Esto ciertamente nos lo indica el Evangelio en los hombres, donde nuestro Salvador dice que María eligió la mejor parte, porque sentada a sus pies descansaba en su palabra, que Marta, aunque ocupada en muchas cosas por el servicio que le prestaba, y aunque era una buena obra de quien trabajaba (Luc. X, 39-42). Sin embargo, cómo esto es o se entiende en Dios, es difícil de decir, aunque puede ser alcanzado un poco por el pensamiento, por qué Dios santificó el día de su descanso, que no santificó ningún día de su obra, ni siquiera el sexto en el que hizo al hombre y completó todas las cosas. Y primero, ¿qué clase de descanso es el de Dios, cuya visión puede alcanzar la mente humana? Sin embargo, si no existiera, esta Escritura no lo mencionaría en absoluto. Diré ciertamente lo que siento, preanunciando estas dos cosas indudables, que Dios no se deleitó con un descanso temporal como después de un trabajo o un fin deseado de su negocio; ni estas Escrituras, que mercedamente sobresalen por su autoridad, dijeron en vano y falsamente que Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras que hizo, y por esa razón santificó ese día.

CAPÍTULO XV. — Se resuelve la cuestión propuesta anteriormente.

26. Sin duda, porque es un vicio y una debilidad del alma deleitarse tanto en sus obras, que descansen en ellas más que en sí misma; cuando sin duda hay algo mejor en ella por lo que fueron hechas, que las mismas cosas que fueron hechas: se nos insinúa a través de esta Escritura, que dice que descansó de todas sus obras que hizo, que no se deleitó en ninguna de sus obras como si necesitara hacerlas, o fuera a ser menor si no las hubiera hecho, o más feliz al haberlas hecho. Pues ya que de Él es todo lo que es de Él, de modo que le debe lo que es, Él mismo, sin embargo, no debe a nada de lo que es de Él lo que es feliz; se puso a sí mismo por encima de las cosas que hizo: no santificando el día en que comenzó a hacerlas, ni aquel en que las completó, para que no pareciera que su gozo aumentó al hacerlas o al haberlas hecho; sino aquel en que de ellas en sí mismo descansó. Y Él ciertamente nunca careció de este descanso, pero nos lo mostró a través del séptimo día: indicando también que no se percibe su descanso sino por los perfectos, ya que para insinuarlo no asignó un día sino el que

seguía a la perfección de todas las cosas. Pues quien siempre está en reposo, entonces descansó para nosotros, cuando nos mostró que descansó.

CAPÍTULO XVI. — El descanso de Dios de sus obras en el séptimo día.

27. También debe considerarse que el descanso de Dios, por el cual es feliz en sí mismo, debía insinuarse a nosotros, para que entendamos cómo se dice que también descansa en nosotros; lo cual no se dice sino cuando nos da descanso en Él. Por lo tanto, el descanso de Dios para los que entienden correctamente es aquel en el que no necesita de ningún bien: y por eso es cierto y para nosotros en Él, porque también nosotros somos bienaventurados por el bien que Él es, no Él por el bien que nosotros somos. Pues también nosotros somos algún bien de Él, que hizo todas las cosas muy buenas, entre las cuales nos hizo a nosotros. Ahora bien, no hay otra cosa buena aparte de Él que Él no haya hecho; y por lo tanto no necesita de ningún otro bien que no sea Él mismo, quien no necesita del bien que hizo. Este es su descanso de todas sus obras que hizo. ¿De qué bienes, pues, no necesitaría laudablemente, si no hubiera hecho ninguno? Pues también podría decirse que no necesita de bienes, no descansando de los hechos en sí mismo, sino no haciendo ninguno en absoluto. Pero si no pudiera hacer bienes, no habría poder: si pudiera y no los hiciera, habría gran envidia. Pues porque es omnipotente y bueno, hizo todas las cosas muy buenas: pero porque es perfectamente feliz por el bien que es Él mismo, descansó de los bienes que hizo, con ese descanso del que nunca se apartó. Pero si se dijera que descansó de hacer, no se entendería otra cosa que no hizo. Sin embargo, si no se dijera que descansó de los hechos, se menospreciaría que no necesita de ellos.

28. ¿Qué día, pues, debía ser santificado para que esto se recomendara, sino el séptimo? Lo cual ciertamente entiende quien recuerda la perfección del número seis, de la que hablamos antes, aplicada congruentemente a la perfección de la criatura. Pues si la criatura debía ser perfeccionada en el número seis, como fue perfeccionada, y ese descanso de Dios debía ser recomendado a nosotros, por el cual se demostrara que no se beatifica con criaturas perfectas; sin duda debía santificarse el día en esta recomendación que sigue al sexto, para que nos eleváramos a desear este descanso, para que también nosotros descansemos en Él.

CAPÍTULO XVII. — Nuestro descanso en Dios.

29. Pues no es una pía similitud si queremos ser semejantes a Dios de tal manera que también nosotros descansemos de nuestras obras en nosotros mismos, como Él descansó en sí mismo de sus obras. En algún bien inmutable debemos descansar, que Él es para nosotros quien nos hizo. Este será, por lo tanto, nuestro descanso supremo, nada soberbio y verdaderamente piadoso, para que así como Él descansó de todas sus obras, porque no sus obras, sino Él mismo es el bien por el que es feliz: así también nosotros, después de todas nuestras obras, no solo nuestras, sino también las suyas, no esperemos descansar sino en Él; y deseemos esto después de nuestras buenas obras, que reconocemos en nosotros más bien como suyas que nuestras: para que también así Él descansa después de sus buenas obras, cuando después de las buenas obras que hemos hecho justificados por Él, nos da descanso en Él. Pues es grande para nosotros haber existido por Él, pero será mayor descansar en Él. Así como Él no es feliz porque hizo estas cosas; sino porque no necesitándolas, descansó en sí mismo más que en ellas. Por lo cual no santificó el día de la obra, sino el del descanso; porque no haciendo estas cosas, sino no necesitándolas, se mostró feliz.

30. ¿Qué, pues, es tan humilde y fácil de decir, y qué tan sublime y arduo de pensar, como Dios descansando de todas sus obras que hizo? ¿Y dónde descansando sino en sí mismo,

porque es feliz solo por sí mismo? ¿Cuándo, sino siempre? Pero en los días en que se narra la consumación de las cosas creadas, y se distingue el orden del descanso de Dios de ellas, ¿cuándo, sino en el séptimo día, que sigue a su perfección? Pues descansa de los perfectos, quien no necesita de los perfectos para ser más feliz.

CAPÍTULO XVIII. — Por qué el séptimo día tuvo mañana, no tarde.

31. Y lo que en Él, ciertamente, su descanso no tiene ni mañana ni tarde; porque no se abre con un inicio, ni se cierra con un fin: pero sus obras perfectas tienen mañana y no tienen tarde; pues la criatura perfecta tiene un cierto inicio de su conversión hacia el descanso de su Creador, pero no tiene un fin como término de su perfección, como las cosas que fueron hechas. Por lo tanto, el descanso de Dios no comienza en Dios mismo, sino en la perfección de las cosas creadas por Él, para que comience a descansar en Él lo que es perfeccionado por Él, y tenga en Él su mañana; pues en su propio género, como una tarde, ha sido terminado: pero en Dios ya no puede tener tarde, porque no habrá nada más perfecto que esa perfección.

32. En aquellos días en que todo fue creado, tomábamos la tarde como el término de la criatura creada; y la mañana como el inicio de otra que iba a ser creada. Por lo tanto, la tarde del quinto día es el término de la criatura creada en el quinto día: y la mañana que se hizo después de esa tarde es el inicio de la criatura que iba a ser creada en el sexto día; y al ser creada, como su término, se hizo la tarde. Y como no quedaba nada más por crear, así después de esa tarde se hizo la mañana, no como inicio de otra criatura que iba a ser creada, sino como inicio del descanso de toda la creación en el descanso del Creador. Pues ni el cielo ni la tierra ni todo lo que hay en ellos, es decir, toda la creación espiritual y corporal, permanece en sí misma; sino que ciertamente en Aquel de quien se ha dicho, "En Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hechos XVII, 28). Porque aunque cada parte puede estar en el todo del cual es parte; sin embargo, el todo mismo no está sino en Aquel por quien fue creado. Y por eso no es absurdo entender que, completado el sexto día, después de su tarde se hizo la mañana, no para significar el inicio de otra criatura que iba a ser creada, como en los demás; sino para significar el inicio de la permanencia y el descanso de todo lo que ha sido creado, en el descanso de Aquel que lo creó. Este descanso de Dios no tiene ni inicio ni fin; pero para la criatura tiene inicio, aunque no tiene fin; y por eso el séptimo día comenzó para la misma criatura desde la mañana, pero no se termina con ninguna tarde.

33. Pues si en los demás días la tarde y la mañana significan las vicisitudes de tales tiempos, como las que ahora se realizan a través de estos espacios cotidianos; no veo qué impidió que también el séptimo día concluyera con tarde y noche, y su mañana, para que se dijera de manera similar, "Y fue la tarde, y fue la mañana, el séptimo día": ya que también él es uno de los días, que son todos siete, cuya repetición realiza los meses, los años y los siglos; para que la mañana que se pusiera después de la tarde del séptimo, fuera el inicio del octavo día, del cual ya no se habló, porque es el mismo primero al que se regresa, del cual nuevamente comienza la serie de semanas. Por lo tanto, es más probable que estos siete días, con sus nombres y número, otros y otros se sucedan a sí mismos corriendo por los espacios temporales: pero aquellos primeros seis días, con una especie desconocida e inusitada para nosotros, se explicaron en las mismas condiciones de las cosas; en los cuales tanto la tarde como la mañana, como la misma luz y las tinieblas, es decir, el día y la noche, no ofrecieron la misma vicisitud que ofrecen estos por los circuitos del sol: lo cual ciertamente nos vemos obligados a admitir de aquellos tres, que fueron mencionados y numerados antes de que se crearan las luminarias.

34. Por lo tanto, cualquiera que haya sido la tarde y la mañana en ellos, de ninguna manera se debe pensar que con esa mañana que se hizo después de la tarde del sexto día, comenzó el descanso de Dios; para que no sospechemos con temeridad vana que algún bien temporal haya ocurrido a esa eternidad e inmutabilidad: sino que ese descanso de Dios, en el cual Él descansa en sí mismo, y por el cual es bienaventurado por lo que Él mismo es para sí, no tiene ni inicio ni fin; pero para la criatura consumada tiene inicio, ese mismo descanso de Dios. Porque la perfección de cada cosa, no tanto en el universo del cual es parte, como en Aquel de quien es, en quien también está el mismo universo, se establece según la medida de su género para que descanse, es decir, para que mantenga el orden de su momento. Por lo tanto, el mismo universo de la creación, que fue consumado en seis días, tiene algo en su naturaleza, y algo en el orden en que está en Dios, no como Dios, pero de tal manera que su descanso de estabilidad propia no está, sino en el descanso de Aquel que no desea nada fuera de sí mismo, al obtener lo cual descansa. Y por eso, mientras Él permanece en sí mismo, todo lo que es de Él se vuelve hacia Él; para que toda criatura tenga en sí misma el término de su naturaleza, en el cual no es lo que Él es; pero en Él el lugar de descanso, en el cual conserva lo que ella misma es. Sé que no he dicho propiamente lugar; pues propiamente se dice en los espacios que ocupan los cuerpos: pero porque incluso los cuerpos no permanecen en un lugar, sino al que llegan por el apetito de su peso, para que al encontrarlo descansen; por eso no incongruentemente se transfiere la palabra de lo corporal a lo espiritual, para que se diga lugar, aunque la cosa misma difiera mucho.

35. Por lo tanto, creo que el inicio de la criatura en el descanso del Creador fue significado por esa mañana que se hizo después de la tarde del sexto día; pues no podría descansar en Él sino perfecta: por lo tanto, habiendo sido consumado todo en el sexto día, y hecha la tarde, se hizo también la mañana, para que la criatura consumada comenzara a descansar en Aquel de quien fue hecha. En cuyo inicio encontró a Dios descansando en sí mismo, donde también ella podría descansar, tanto más estable y firmemente, cuanto ella necesitaba de Él, no Él de ella para su descanso. Pero como quiera que sea lo que será toda la criatura con cualquiera de sus cambios, ciertamente no será nada; por eso toda la criatura permanecerá siempre en su Creador; y por lo tanto, después de esa mañana no hubo más tarde.

36. Esto hemos dicho, por qué el séptimo día, en el cual Dios descansó de todas sus obras, tuvo mañana después de la tarde del sexto, pero no tuvo tarde.

CAPÍTULO XIX.---Otra razón por la cual se entiende que el séptimo día tuvo mañana sin tarde.

Hay otra cosa que sobre este asunto puede entenderse más propiamente y mejor, según creo, pero algo más difícil de explicar; para que no la criatura, sino también para sí mismo, el descanso de Dios en el séptimo día tuviera mañana sin tarde, es decir, inicio sin término. Pues si se dijera así, "Dios descansó en el séptimo día", y no se añadiera, "De todas sus obras que hizo", en vano buscaríamos el inicio de este descanso. Pues Dios no comienza a descansar, cuya descanso es eterna sin inicio ni término. Pero como de todas sus obras que hizo, sin necesitarlas, descansó, se entiende que el descanso de Dios no comenzó ni terminó; pero su descanso de todas sus obras que hizo, comenzó desde que las perfeccionó. Pues no habría descansado de sus obras sin necesitarlas, antes de que existieran, de las cuales, una vez perfeccionadas, no habría necesitado; y como nunca necesitó de ellas, ni esa bienaventuranza por la cual no las necesita, se perfeccionará como progresando, por eso al séptimo día no se le añadió tarde.

CAPÍTULO XX.---El séptimo día, ¿fue creado?

37. Pero ciertamente se puede preguntar, y mueve a una consideración digna, cómo se entiende que Dios descansó en sí mismo de todas sus obras que hizo; cuando está escrito, "Y Dios descansó en el séptimo día". Pues no se dijo, "En sí mismo"; sino, "en el séptimo día". ¿Qué es entonces el séptimo día? ¿Es alguna criatura, o es solo un espacio de tiempo? Pero incluso el espacio de tiempo fue creado junto con la criatura temporal; y por lo tanto, sin duda, también es una criatura. Pues no hay tiempos que sean, o hayan podido ser, o podrán ser, de los cuales Dios no sea el creador: y por lo tanto, ¿quién creó también ese séptimo día, si es tiempo, sino el creador de todos los tiempos? Pero aquellos seis días con los cuales o en los cuales fueron creadas las criaturas, el discurso anterior de la Escritura santa lo indica. Por lo tanto, en estos siete días, cuya especie nos es conocida, que en realidad pasan, pero al suceder otros les entregan de alguna manera sus nombres, para que se nombren aquellos seis días; sabemos cuándo fueron creados los primeros de ellos: pero el séptimo día, que se llama con el nombre de sábado, no vemos cuándo Dios lo creó. Pues en ese día no hizo nada, más bien en el mismo séptimo descansó de lo que había hecho en los seis días. ¿Cómo, entonces, descansó en un día que no creó? ¿O cómo lo creó inmediatamente después de los seis días, cuando en el sexto día consumó todo lo que creó, y no creó nada en el séptimo día, sino que en él más bien descansó de todo lo que había creado? ¿O acaso Dios creó un solo día, para que con su repetición muchos, que se llaman días, pasaran y transcurrieran; y no era necesario que creara el séptimo día, porque la séptima repetición de aquel que había creado, ciertamente hacía este? Pues la luz de la cual está escrito, "Y dijo Dios, Sea la luz; y fue la luz" (Gén. I, 3), la separó de las tinieblas, y la llamó día, y a las tinieblas las llamó noche. Entonces, Dios hizo el día, cuya repetición la Escritura llama segundo día, luego tercero, y hasta el sexto, en el cual Dios consumó sus obras: y desde allí la séptima repetición de aquel día creado primero recibió el nombre de séptimo día, en el cual Dios descansó. Por lo tanto, el séptimo día no es ninguna criatura, sino la misma que regresa siete veces, que fue creada cuando Dios llamó a la luz día, y a las tinieblas las llamó noche.

CAPÍTULO XXI.---Sobre la luz que fue antes de las luminarias para la vicisitud del día y la noche.

38. Por lo tanto, volvemos a esa cuestión de la cual en el primer libro parecíamos haber salido; para que nuevamente preguntemos cómo pudo haber circulado la luz para mostrar la vicisitud diurna y nocturna, no solo antes de que se hicieran las luminarias del cielo, sino antes de que se hiciera el mismo cielo que se llama firmamento, antes de que finalmente hubiera alguna especie de tierra o mar, que admitiera el circuito de la luz, siguiendo la noche de donde aquella había pasado. Compelidos por la dificultad de esta cuestión, nos atrevimos a terminar nuestra discusión como con esta sentencia, para que dijéramos que aquella luz que fue hecha primero, es la conformación de la criatura espiritual; pero la noche, la materia de las cosas que aún debía ser formada en las demás obras, que había sido instituida, cuando en el principio Dios hizo el cielo y la tierra, antes de que con la palabra hiciera el día. Pero ahora, advertidos por la consideración del séptimo día, es más fácil que confesemos ignorar, lo que está alejado de nuestros sentidos, de qué manera aquella luz que fue llamada día, o por su circuito, o por su contracción y emisión, si es corporal, realizó las vicisitudes diurnas y nocturnas, o si es espiritual, fue presentada a todas las criaturas que iban a ser creadas, y con su misma presencia hizo el día, y la noche con su ausencia, la tarde al inicio de su ausencia, la mañana al inicio de su presencia; que en una cosa clara intentemos, contra las palabras de la Escritura divina, diciendo que el séptimo día es otra cosa que la séptima repetición de aquel día que Dios hizo. De lo contrario, o Dios no creó el séptimo día, o creó algo después de aquellos seis días, es decir, el mismo séptimo día; y será falso que está escrito, que en el sexto día consumó todas sus obras, y en el séptimo descansó de todas sus obras. Lo cual

ciertamente, ya que no puede ser falso, queda que la presencia de aquella luz, que Dios hizo día, fue repetida en todas sus obras, tantas veces como se nombró el día, y en el mismo séptimo en el cual descansó de sus obras.

CAPÍTULO XXII.---Cómo se entiende que la luz espiritual mostró la vicisitud del día y la noche.

39. Pero como la luz corporal, antes de que se hiciera el cielo, que se llama firmamento, en el cual también se hicieron las luminarias, no encontramos por qué circuito o por qué proceso y retroceso pudo haber mostrado las vicisitudes del día y la noche; no debemos dejar esta cuestión sin alguna declaración de nuestra sentencia: para que si aquella luz que fue creada primero, no es corporal sino espiritual, como después de las tinieblas fue hecha donde se entiende que se volvió de su cierta informe hacia el Creador y fue formada; así también después de la tarde se haga la mañana, cuando después del conocimiento de su propia naturaleza, que no es lo que Dios es, se refiere a alabar la luz, que es el mismo Dios, cuya contemplación la forma. Y como las demás criaturas, que se hacen debajo de ella, no se hacen sin su conocimiento, por eso ciertamente el mismo día se repite en todas partes, para que con su repetición se hagan tantos días, cuantas veces se distinguen los géneros de las cosas creadas, terminando con la perfección del número seis: para que la tarde del primer día sea también su conocimiento, no ser lo que Dios es; pero la mañana después de esta tarde, con la cual se concluye un día, y comienza el segundo, sea la conversión de ella, por la cual lo que es creado, lo refiere a la alabanza del Creador, y percibe del Verbo de Dios el conocimiento de la criatura que se hace después de ella, es decir, del firmamento: que en su conocimiento se hace primero cuando se dice, "Y así fue hecho"; luego en la naturaleza del mismo firmamento, que se crea, cuando se añade después, ya dicho, "Y así fue hecho, Y Dios hizo el firmamento". Luego se hace la tarde de aquella luz, cuando el mismo firmamento, no en el Verbo de Dios como antes, sino en su misma naturaleza lo conoce: lo cual conocimiento, como es menor, se significa correctamente con el nombre de tarde. Después de la cual se hace la mañana, con la cual se concluye el segundo día, y comienza el tercero: en el cual también la mañana es la conversión de esta luz, es decir, de este día a alabar a Dios, que ha obrado el firmamento, y a percibir del Verbo de Él el conocimiento de la criatura, que se va a crear después del firmamento. Por lo tanto, cuando Dios dice, "Reúnase el agua que está debajo del cielo, en una sola colección y aparezca lo seco", esta luz lo conoce en el Verbo de Dios por el cual se dice; y por eso sigue, "Y así fue hecho", es decir, en su conocimiento del Verbo de Dios: luego cuando se añade, "Y se reunió el agua", etc. (Gén., I, 9, 10), cuando ya se había dicho, "Y así fue hecho", en su propio género se hace la misma criatura; que también cuando en su género se hace conocida por aquella luz, que ya en el Verbo de Dios había conocido que iba a ser hecha, se hace la tercera tarde: y de ahí de este modo las demás hasta la mañana después de la tarde del sexto día.

CAPÍTULO XXIII.---Conocimiento de las cosas en el Verbo de Dios y en sí mismas.

40. Pues hay mucha diferencia entre el conocimiento de cualquier cosa en el Verbo de Dios, y su conocimiento en su naturaleza; para que aquello con razón pertenezca al día, esto a la tarde. En comparación con aquella luz que se ve en el Verbo de Dios, todo conocimiento por el cual conocemos cualquier criatura en sí misma, no sin razón puede llamarse noche: que nuevamente difiere tanto del error o ignorancia de aquellos que ni siquiera conocen la misma criatura, que en comparación con ella no incongruentemente se llama día. Así como la misma vida de los fieles que se lleva en esta carne y en este siglo, en comparación con la vida infiel e impía no irracionalmente se llama luz y día, diciendo el Apóstol, "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5, 8); y aquello, "Desechemos las obras de

las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz; como en el día andemos honestamente" (Rom. XIII, 12, 13): que sin embargo ese día, a menos que nuevamente en comparación con aquel día en que seremos iguales a los ángeles y veremos a Dios tal como es, también sería noche; no necesitaríamos aquí la lámpara de la profecía: de donde el apóstol Pedro dice, "Tenemos más seguro el discurso profético, al cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que alumbra en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (II Pedro I, 19).

CAPÍTULO XXIV.---Ciencia de los ángeles.

41. Por lo tanto, cuando los santos ángeles, a quienes después de la resurrección seremos iguales (Mateo XXII, 30), si mantenemos el camino (que Cristo nos ha hecho) hasta el fin, siempre ven el rostro de Dios, y disfrutan de su Verbo unigénito Hijo como es igual al Padre, en quienes primero de todos fue creada la sabiduría; sin duda conocen toda la creación, en la cual ellos mismos son principalmente creados, en el mismo Verbo de Dios primero, en el cual están las razones eternas de todas las cosas, incluso de las que fueron hechas temporalmente, como en aquel por quien fueron hechas todas las cosas: y luego en la misma criatura, que así conocen como mirando hacia abajo, y refiriéndola a la alabanza de aquel, en cuya inmutable verdad las razones según las cuales fue hecha, principalmente ven. Allí, por lo tanto, como por el día, de donde también la unidad más concordante de ellos por la participación de la misma verdad es el día creado primero; aquí, sin embargo, como por la tarde: pero inmediatamente se hace la mañana (lo cual se puede notar en todos los seis días), porque la ciencia angélica no permanece en lo que es creado, sin referirlo inmediatamente a su alabanza y caridad, en quien se conoce que no fue hecho, sino que debía ser hecho; en cuya verdad permaneciendo es el día. Pues si la naturaleza angélica se volviera hacia sí misma, y se deleitara más en sí misma, que en aquel cuya participación es bienaventurada; hinchándose de orgullo caería, como el diablo: de quien se hablará en su lugar, cuando se exija el debido discurso sobre la serpiente seductora del hombre.

CAPÍTULO XXV.---Por qué no se añade noche a los seis días.

42. Por tanto, los ángeles conocen la creación en la misma creación de tal manera que, por elección y amor, prefieren lo que conocen en la Verdad, por la cual fueron hechas todas las cosas, haciéndose partícipes de ella; por eso, durante todos los seis días no se menciona la noche, sino que después de la tarde y la mañana se cuenta un día: luego, después de la tarde y la mañana, el segundo día; después de la tarde y la mañana, el tercer día; y así hasta la mañana del sexto día, desde donde comienza el séptimo día de descanso de Dios, aunque con sus noches, se cuentan los días, no las noches. Entonces, la noche pertenece al día, no el día a la noche, cuando los ángeles sublimes y santos refieren lo que conocen de la creación en la misma creación al honor y amor de aquel en quien contemplan las razones eternas por las cuales fue creada; y con esa contemplación concordante son un solo día, que hizo el Señor, al cual se unirá la Iglesia liberada de esta peregrinación, para que también nosotros nos regocijemos y nos alegremos en él (Salmo 117, 24).

CAPÍTULO XXVI.---Cómo debe entenderse el número de días.

43. Por tanto, este día, cuya tarde y mañana puede entenderse según la razón antes mencionada, en su sexta repetición se completó toda la creación; y se hizo la mañana, con la cual se terminó el sexto día; y desde donde comenzaría el séptimo sin tener tarde, porque el descanso de Dios no es una criatura: que, aunque fue creada durante los otros días, se conocía

de manera diferente en sí misma que en aquel en cuya verdad se veía que debía hacerse, cuya especie de conocimiento casi descolorida hacía la tarde. Por lo tanto, ya no debe entenderse en esta narración de las cosas creadas la forma del mismo trabajo como el día, y el término como la tarde, y el inicio de otro trabajo como la mañana; para que no nos veamos obligados a decir contra la Escritura que la creación del séptimo día fue hecha aparte de los seis días, o que el mismo séptimo día no es una creación: sino que ese día que hizo Dios, se repite a través de sus obras, no en un circuito corporal, sino en un conocimiento espiritual, cuando esa bienaventurada sociedad de ángeles primero contempla en el Verbo de Dios, cuando Dios dice, "Hágase"; y por eso primero se hace en su conocimiento, cuando se dice, "Y así fue hecho"; y después conoce la cosa misma hecha, en ella misma, lo que se significa con la tarde hecha; y luego refiere ese conocimiento de la cosa hecha a la alabanza de aquella verdad, donde había visto la razón de hacerla, lo que se significa con la mañana hecha. Y así, a través de todos esos días, hay un solo día, que no debe entenderse según la costumbre de estos días que vemos determinados y numerados por el circuito del sol; sino de otro modo, del cual tampoco pueden estar separados esos tres días que se mencionaron antes de la creación de estos luminarios. Pues ese modo no se llevó solo hasta el cuarto día, para que desde allí ya pensáramos en estos días acostumbrados, sino que se extendió hasta el sexto y séptimo; para que el día y la noche, entre los cuales Dios dividió, se deban entender de manera muy diferente, y de manera diferente este día y noche, entre los cuales dijo que dividieran los luminarios que creó, cuando dijo, "Y dividan entre el día y la noche" (Génesis 1, 14). Pues entonces creó este día, cuando creó el sol, cuya presencia exhibe el mismo día: pero aquel día creado primero ya había pasado tres días, cuando estos luminarios fueron creados en la cuarta repetición de aquel día.

CAPÍTULO XXVII.---Los días acostumbrados de la semana son muy diferentes de los siete días del Génesis.

44. Por lo tanto, dado que no podemos experimentar y sentir en esta nuestra mortalidad terrena aquel día o aquellos días, que se numeraron por su repetición, y si podemos intentar algo para entenderlos, no debemos apresurar una sentencia temeraria, como si no pudiera pensarse nada más congruente y probable sobre ellos; creamos que estos siete días, que actúan en lugar de aquellos, en cuyo curso y recurrencia se arrastran los tiempos, en los cuales un día es el circuito desde el amanecer del sol hasta el amanecer, exhiben de alguna manera su lugar, de modo que no dudemos en absoluto que no son similares a aquellos, sino muy diferentes.

CAPÍTULO XXVIII.---La interpretación dada sobre la luz y el día espiritual no debe considerarse impropia y figurada.

45. Y que nadie piense que lo que dije sobre la luz espiritual, y sobre el día espiritual creado y la criatura angélica, y sobre la contemplación que tiene en el Verbo de Dios, y sobre el conocimiento por el cual la criatura se conoce en sí misma, y su relación con la alabanza de la verdad inmutable, donde primero se veía la razón de la cosa que debía hacerse, que se conoció hecha; no se aplica ya propiamente, sino como figurada y alegóricamente para entender el día y la tarde y la mañana: sino de otra manera que en esta costumbre de la luz cotidiana y corporal; pero no como si aquí propiamente, allí figuradamente. Pues donde hay mejor y más cierta luz, allí también hay un día más verdadero: ¿por qué no también una tarde más verdadera y una mañana más verdadera? Pues si en estos días la luz tiene una cierta declinación hacia el ocaso, que llamamos con el nombre de tarde, y de nuevo un retorno hacia el amanecer, que llamamos mañana; ¿por qué no llamamos también tarde allí, cuando la criatura se contempla desde el Creador, y mañana cuando se eleva desde el conocimiento de

la criatura hacia la alabanza del Creador? Pues Cristo no se llama luz (Juan 8, 12) de la misma manera que se llama piedra (Hechos 4, 11); sino aquello propiamente, esto ciertamente figuradamente. Por tanto, quien no busca la sentencia que pudimos investigar o pensar según nuestra medida, sino otra en la enumeración de aquellos días, que no en profecía figuradamente, sino en esta creación de las criaturas pueda entenderse más propiamente y mejor; que busque, y con la ayuda divina la encuentre. Pues puede suceder que yo también encuentre otra más congruente con las palabras de la Escritura divina. Pues no confirmo esto de tal manera que no pueda encontrarse otra que deba preferirse, como confirmo que la Escritura santa no quiso insinuar el descanso de Dios como si fuera después de la fatiga o la molestia del cuidado.

CAPÍTULO XXIX.---En el conocimiento angélico, día, tarde y mañana.

46. Por lo tanto, alguien podría tal vez disputar conmigo, diciendo que los ángeles de los cielos sublimes no contemplan alternadamente, primero las razones de las criaturas inmutablemente en la inmutable verdad del Verbo de Dios, y luego las mismas criaturas, y tercero también su conocimiento en sí mismas refiriéndolo a la alabanza del Creador; sino que su mente puede hacer todo esto a la vez con una maravillosa facilidad. Sin embargo, ¿dirá acaso, o si alguien lo dijera, debe ser escuchado, que aquella ciudad celestial en las multitudes de los ángeles, o no contempla la eternidad del Creador, o ignora la mutabilidad de la criatura, o no alaba al Creador también desde su conocimiento inferior? Que puedan hacer todo esto a la vez, que lo hagan todo a la vez; sin embargo, lo pueden y lo hacen. Por lo tanto, tienen a la vez el día, la tarde y la mañana.

CAPÍTULO XXX.---La ciencia angélica no es menos noble, aunque en ella haya tarde y mañana.

47. Pues no hay que temer que quien ya es capaz de sentir aquellas cosas, piense que no puede hacerse allí porque no puede hacerse en estos días, que se realizan por el circuito de este sol. Y esto, de hecho, no puede hacerse en las mismas partes de la tierra: pero, ¿quién no ve, si quiere atender, que el mundo entero tiene a la vez el día donde está el sol, y la noche donde no está, y la tarde de donde se aleja, y la mañana a donde se acerca? Pero nosotros, ciertamente, en la tierra no podemos tener todo esto a la vez: sin embargo, no debemos igualar esta condición terrenal y el circuito temporal y local de la luz corporal a aquella patria espiritual, donde siempre es día en la contemplación de la verdad inmutable, siempre tarde en el conocimiento de la criatura en sí misma, siempre mañana también desde este conocimiento en la alabanza del Creador. Porque allí no se hace tarde por la ausencia de la luz superior, sino por la distinción del conocimiento inferior; ni la mañana sucede como si la ciencia matutina sucediera a la noche de la ignorancia, sino que eleva incluso el conocimiento vespertino a la gloria del Creador. Finalmente, aquel, sin nombrar la noche, dijo: "Tarde, y mañana, y mediodía narraré y anunciaré; y escucharás mi voz" (Salmo 54, 18): aquí tal vez por las vicisitudes de los tiempos, pero sin embargo, según creo, significando lo que sin las vicisitudes de los tiempos se haría en la patria, a la cual suspiraba su peregrinación.

CAPÍTULO XXXI.---Al inicio de la creación de las cosas, cómo no estaban a la vez el día, la tarde y la mañana en el conocimiento angélico.

48. Pero, ¿acaso si ahora la sociedad y unidad angélica de aquel día que Dios creó primero lleva y tiene todo esto a la vez, también entonces, cuando estas cosas se creaban, lo tuvo todo a la vez? ¿No es cierto que durante los seis días, cuando se creaban las cosas que a Dios le placía crear cada día, primero las recibía en el Verbo de Dios, para que primero se hicieran en

su conocimiento, cuando se decía, "Y así fue hecho"; luego, cuando estaban hechas, en su propia naturaleza en la que son, y agradaban a Dios porque eran buenas, entonces también las conocía con otro tipo de conocimiento inferior, que se significó con el nombre de tarde; y luego, hecha la tarde, se hacía la mañana, cuando se alababa a Dios por su obra, y se recibía el conocimiento de otra criatura que debía hacerse a continuación, desde el Verbo de Dios, antes de que se hiciera? Por lo tanto, entonces no todo a la vez, y día y tarde y mañana; sino individualmente, en el orden que la Escritura menciona.

CAPÍTULO XXXII.---Si entonces todo esto estaba a la vez en la ciencia de los ángeles, al menos no sin un cierto orden.

49. ¿O también entonces todo a la vez, porque no según las demoras de los tiempos, como se hacen estos días, cuando el sol sale y se pone, y regresa a su lugar para volver a salir; sino según el poder espiritual de la mente angélica, comprendiendo con la más fácil de las notificaciones todo lo que quisiera? Sin embargo, no sin orden, donde aparece la conexión de las causas precedentes y siguientes. Pues no puede haber conocimiento, a menos que lo que debe conocerse preceda; que también son anteriores en el Verbo, por el cual todas las cosas fueron hechas, que en todas las cosas que fueron hechas. Por lo tanto, la mente humana primero experimenta estas cosas que fueron hechas, a través de los sentidos del cuerpo, y toma su conocimiento según la medida de la debilidad humana: y luego busca sus causas, si de alguna manera puede llegar a ellas permaneciendo principalmente e inmutablemente en el Verbo de Dios, y así contemplar los invisibles de él, entendidos por las cosas que fueron hechas (Romanos 1, 20). Lo cual, con cuánta lentitud y dificultad lo hace, y con cuánta demora de tiempo debido al cuerpo corruptible que agobia al alma (Sabiduría 9, 15), incluso la que es arrebatada con el más ferviente estudio para que lo haga instantáneamente y perseverantemente, ¿quién lo ignora? Pero la mente angélica, adherida al Verbo de Dios con pura caridad, después de haber sido creada en ese orden, para preceder a las demás, primero vio en el Verbo de Dios las cosas que debían hacerse, antes de que fueran hechas; y así primero se hacían en su conocimiento, cuando Dios decía que se hicieran, que en su propia naturaleza: que también hechas en ellas mismas conoció, con un conocimiento menor, que se llamó vespertino. Ciertamente, ese conocimiento era precedido por las cosas que se hacían; porque precede al conocimiento lo que puede conocerse. Pues si no existe primero lo que debe conocerse, no puede conocerse. Después de esto, si le agradara de tal manera que se deleitara más en sí misma que en su Creador, no se haría la mañana, es decir, no se elevaría desde su conocimiento hacia la alabanza del Creador. Pero cuando se hizo la mañana, debía hacerse otra cosa y conocerse con Dios diciendo, "Hágase"; para que primero también se hiciera en el conocimiento de la mente angélica, y pudiera decirse de nuevo, "Y así fue hecho"; y luego en la naturaleza misma del firmamento. Y por eso Dios dijo, "Hágase el firmamento"; y así fue hecho, en el conocimiento de la criatura espiritual, esto antes de que se hiciera en el mismo que lo conocía de antemano. Luego, Dios hizo el firmamento; ya ciertamente la misma naturaleza del firmamento, cuyo conocimiento era menor, como vespertino: y así hasta el fin de todas las obras, y hasta el descanso de Dios, que no tiene tarde, porque no fue hecho como la criatura, para que también su conocimiento pudiera duplicarse, como primero y mayor en el Verbo de Dios como en el día, y posterior y menor en sí mismo como en la tarde.

CAPÍTULO XXXIII.---Si todas las cosas fueron creadas a la vez, o a través de intervalos de días.

51. Pero si la mente angélica puede todo a la vez, que el discurso distingue individualmente según el orden de las causas conectadas; ¿acaso también las cosas que se hacían, como el

mismo firmamento, como la congregación de las aguas, y las especies de tierras desnudas, como la germinación de arbustos y árboles, la conformación de luminarias y estrellas, los animales acuáticos y terrestres, fueron hechas todas a la vez? ¿O más bien a través de intervalos de tiempo según los días predefinidos? ¿O tal vez no debemos pensar que fueron instituidas como ahora las experimentamos según sus movimientos naturales, sino según el admirable e inefable poder de la Sabiduría de Dios, que alcanza con fuerza de un extremo al otro, y dispone todas las cosas suavemente (Sabiduría 8, 1)? Pues no alcanza con pasos, ni llega como con pasos. Por lo tanto, tan fácil como es para él el movimiento más eficaz, tan fácilmente Dios creó todas las cosas; ya que por ella fueron creadas: para que lo que ahora vemos que se mueve con intervalos temporales para realizar lo que corresponde a cada género, venga de aquellas razones implantadas, que Dios sembró como seminalmente en el instante de crear, cuando dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas (Salmo 32, 9).

52. Por lo tanto, no se instituyó lentamente, para que fueran lentas las cosas que son lentas; ni los siglos fueron creados con la demora con la que transcurren. Pues estos números los realizan los tiempos, que cuando fueron creados, no los recibieron temporalmente. De lo contrario, si pensamos en los movimientos naturales de las cosas, y los espacios acostumbrados de estos días que conocemos, cuando estas cosas fueron hechas primero por el Verbo de Dios; no era necesario un solo día, sino varios, para que las cosas que brotan de las raíces y cubren la tierra, primero germinaran debajo; luego, en un cierto número de días, según su género, irrumpieran en el aire, incluso si esto se hiciera hasta que se dijera que fueron creadas en un solo día, es decir, el tercero, como narra la Escritura. Luego, ¿cuántos días eran necesarios para que las aves volaran, si desde sus principios existentes, llegaron a plumas y alas a través de los números de su naturaleza? ¿O tal vez solo se crearon huevos, cuando el quinto día se dijo que las aguas produjeron todo volátil alado según su género? O si por eso se pudo decir correctamente, porque en ese humor de los huevos ya estaban todas las cosas, que a través de ciertos números de días se consolidan y se explican de alguna manera, porque ya estaban allí las mismas razones numerosas incorporalmente entretreídas en las cosas corporales; ¿por qué no se pudo decir correctamente también antes de los huevos, cuando ya se hacían las mismas razones en el elemento húmedo, por las cuales las aves podrían surgir y perfeccionarse a través de las demoras temporales de su género? Pues del Creador del cual la Escritura narró que completó todas sus obras en seis días, de él en otro lugar no disonantemente está escrito que creó todas las cosas a la vez (Eclesiástico 18, 1). Y por lo tanto, también estos seis o siete días, o más bien uno repetido seis o siete veces, los hizo a la vez, quien hizo todas las cosas a la vez. ¿Por qué, entonces, era necesario narrar tan distintamente y ordenadamente los seis días? Porque ciertamente aquellos que no pueden ver lo que se dijo, "Creó todas las cosas a la vez", a menos que el discurso camine más lentamente con ellos; no pueden llegar a donde los lleva.

CAPÍTULO XXXIV.---Todas las cosas fueron hechas a la vez, y sin embargo, hechas a través de seis días.

53. ¿Cómo, entonces, decimos que la presencia de aquella luz fue repetida seis veces a través del conocimiento angélico de la tarde a la mañana; cuando le bastó tener a la vez esos tres, es decir, el día, la tarde y la mañana, una sola vez: cuando contemplaba toda la creación a la vez, como fue hecha a la vez, y en las primeras e inmutables razones por las cuales fue creada, por el día, y la conocía en la misma naturaleza de ella por la tarde, y alababa al Creador incluso desde ese conocimiento inferior por la mañana? ¿O cómo precedía la mañana, para que conociera en el Verbo lo que debía hacerse por Dios después, que también conocería consecuentemente por la tarde, si nada fue hecho antes y después, porque todas las cosas fueron hechas a la vez? Más bien, tanto antes como después, las cosas que se mencionaron

fueron hechas a través de seis días, y todas las cosas fueron hechas a la vez: porque tanto esta Escritura, que narra las obras de Dios a través de los días mencionados, como aquella que dice que él hizo todas las cosas a la vez, es veraz; y ambas son una, porque fueron escritas inspiradas por un solo Espíritu de verdad.

54. Pero en estas cosas, en las que lo que es primero o después no lo demuestran los intervalos de tiempo, aunque se pueda decir de ambas maneras, es decir, simultáneamente, y primero y después, se entiende más fácilmente lo que se dice simultáneamente que lo que es primero y después: como cuando miramos al sol naciente, ciertamente es evidente que nuestra vista no podría alcanzarlo sin atravesar todo el espacio de aire y cielo que hay entre nosotros y él; pero, ¿quién podría estimar la longitud de esto? Y ciertamente nuestra vista o el rayo de nuestros ojos no podría atravesar el aire que está sobre el mar, si no hubiera pasado primero por el que está sobre la tierra, en cualquier región interior que estemos, desde el lugar donde estamos hasta la orilla del mar. Luego, si en la misma línea de nuestra mirada aún después del mar hay tierras adyacentes, nuestra vista tampoco puede atravesar el aire que está sobre esas tierras ultramarinas, a menos que primero haya pasado por el espacio del aire que está sobre el mar que primero encuentra. Supongamos que después de esas tierras ultramarinas no queda más que el Océano; ¿acaso nuestra vista puede atravesar también el aire que se extiende sobre el Océano, si no ha pasado primero por todo el aire que está sobre la tierra antes del Océano? Se dice que la magnitud del Océano es incomparable; pero, sea cual sea su tamaño, primero deben pasar los rayos de nuestros ojos por el aire que está sobre él; y después por lo que está más allá; entonces finalmente llegan al sol, que vemos. ¿Acaso porque tantas veces hemos dicho aquí, Primero, y después, por eso no pasa todo simultáneamente de un solo golpe nuestra mirada? Pues si con los ojos cerrados ponemos el rostro hacia el sol que vamos a ver, ¿no es cierto que tan pronto como los abrimos, creemos más bien que nuestra vista ya está allí, que la hemos llevado hasta allí; de tal manera que ni siquiera los mismos ojos parecen haber sido abiertos antes de que llegaran a donde se dirigían? Y ciertamente este es el rayo de la luz corporal, que emana de nuestros ojos y toca cosas tan lejanas con tal rapidez que no puede ser estimado ni comparado. Sin duda, aquí y en todos esos amplios e inmensos espacios se pasa simultáneamente de un solo golpe, y es igualmente cierto que se pasa primero y después.

55. Con razón, cuando el Apóstol quiso expresar la rapidez de nuestra resurrección, dijo que se haría en un abrir y cerrar de ojos (I Cor. XV, 52). Pues no se puede encontrar nada más rápido en los movimientos o golpes de las cosas corporales. Y si la vista de los ojos carnales puede tanto en rapidez, ¿qué no podrá la vista de la mente humana? ¿Cuánto más la de los ángeles? ¿Qué se puede decir ya de la rapidez de la Sabiduría suprema de Dios, que alcanza en todas partes por su pureza, y nada impuro se le acerca (Sab. VII, 24)? Por tanto, en aquellas cosas que se hicieron simultáneamente, nadie ve qué debió hacerse primero o después, sino en aquella Sabiduría por la cual todas las cosas fueron hechas simultáneamente en orden.

CAPÍTULO XXXV.---Conclusión sobre los días del Génesis.

56. Por lo tanto, aquel día que Dios hizo primero, si es la criatura espiritual y racional, es decir, de los Ángeles supercelestiales y de las Virtudes, se presentó a todas las obras de Dios en este orden de presencia, en el orden de conocimiento, por el cual en el Verbo de Dios preconocía lo que iba a hacer, y en la criatura hecha lo conocía, no por las demoras de los intervalos temporales, sino teniendo primero y después en la conexión de las criaturas, en la eficacia del Creador todo simultáneamente. Pues así hizo lo que habría de ser, no

temporalmente haciendo las cosas temporales, sino que por él hecho corrían los tiempos. Y por tanto, estos siete días, que la luz del cuerpo celeste al girar despliega y repliega, según una cierta sombra de significado nos advierten buscar aquellos días, en los cuales la luz creada espiritual pudo ser presentada a todas las obras de Dios por la perfección del número seis; y de ahí tener el séptimo descanso de Dios por la mañana, y no tener tarde: para que no sea que Dios descansara en el séptimo día, como si en el mismo séptimo día necesitara para su descanso; sino que en la presencia de sus Ángeles descansara de todas sus obras que hizo, no ciertamente sino en sí mismo, que no fue hecho; es decir, para que su criatura angélica, que fue presentada como día con tarde al conocer todas sus obras en él y en ellas, no conociera nada mejor después de todas sus obras muy buenas, que él descansando de todas en sí mismo, sin necesitar de ninguna de ellas para ser más bienaventurado.

LIBRO QUINTO. Sobre lo que está escrito en el capítulo 2 del Génesis, versículo 4: Este es el libro de la creación del cielo, etc., hasta aquello, versículo 6: Pero una fuente subía de la tierra, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.---Los seis o siete días del Génesis pudieron ser numerados por la repetición de un solo día.

1. Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo, antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba del campo, antes de que brotara. Pues Dios no había hecho llover sobre la tierra: y no había hombre que trabajara la tierra. Pero una fuente subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra. Ahora ciertamente se fortalece más aquella sentencia que entiende que Dios hizo un solo día, del cual ya aquellos seis o siete días pudieron ser numerados por la repetición de este único; puesto que la Escritura santa dice más claramente ahora, concluyendo de algún modo todo lo que había dicho desde el principio hasta este lugar, y añade, Este es el libro de la creación o hechura del cielo y de la tierra, cuando fue hecho el día. Pues nadie dirá que aquí se menciona el cielo y la tierra, como se dijo antes de que se insinuara el día creado, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gen. I, 1). Porque si aquello se entiende de tal manera que Dios hizo algo sin día, antes de que hiciera el día, de qué manera se pueda aceptar eso, lo dije en su lugar, lo que pensé que debía decir, sin cerrar a nadie la libertad de entenderlo mejor. Ahora, sin embargo, Este es, dice, el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue hecho el día: mostrando suficientemente, según creo, que no se ha mencionado aquí el cielo y la tierra, como al principio antes de que se hiciera el día, cuando las tinieblas estaban sobre el abismo; sino cómo se hizo el cielo y la tierra, cuando fue hecho el día, es decir, ya con las partes y géneros de las cosas formadas y distinguidas, por las cuales toda la creación dispuesta y compuesta da esta apariencia que se llama mundo.

2. Por lo tanto, aquí se menciona aquel cielo, que cuando Dios lo creó, lo llamó firmamento, con todo lo que hay en él; y aquella tierra, que con el abismo ocupa el lugar más bajo, con todo lo que hay en ella. Pues sigue y añade, Dios hizo el cielo y la tierra; para que con el nombre de cielo y tierra, mencionado antes de que se recordara el día hecho, y repetido cuando se recordó, no permita sospechar que ahora ha llamado cielo y tierra, como al principio antes de que se creara el día. Pues así ha tejido las palabras, Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra: para que si alguien quiere entender lo que se puso antes, el libro de la creación del cielo y de la tierra, como se dijo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, antes de que creara el día, porque aquí también se mencionaron primero el cielo y la tierra, y después fue hecho el día; sea corregido por las palabras siguientes: porque también después de mencionar el día hecho, nuevamente se añadió el nombre de cielo y tierra.

3. Aunque también esto que se ha puesto, cuando, y así añadido, fue hecho el día, a cualquiera que sea contencioso le extorsiona que no puede haber otro entendimiento. Pues si se hubiera interpuesto de tal manera que se dijera. Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra; alguien podría pensar que el libro de la creación del cielo y de la tierra se llamó así, como se llamó al principio cielo y tierra, antes de que se creara el día; y luego se añadió, fue hecho el día, como allí después se narró que Dios hizo el día: de ahí inmediatamente se dijo nuevamente, Dios hizo el cielo y la tierra, como ya hecho de esta manera después de creado el día. Pero porque se interpuso de tal manera que se dijera, cuando fue hecho el día; ya sea que lo conectes con las palabras anteriores, para que sea una sola sentencia, Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra cuando fue hecho el día; o con las inferiores, para que de este modo también sea una sentencia completa, Cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra: sin duda obliga a entender que ha mencionado el cielo y la tierra de la manera en que fueron hechos, cuando fue hecho el día. Luego, cuando se dijo, Dios hizo el cielo y la tierra; se añadió, y toda planta del campo: que ciertamente se hizo el tercer día. De donde aparece más claramente que es el mismo día único que Dios hizo, por cuya repetición se hizo también el segundo, y el tercero, y los demás hasta el séptimo día.

CAPÍTULO II.---Por qué se añadió la planta del campo.

4. Pero cuando con el nombre de cielo y tierra, según el uso de las Escrituras, quiso que se entendiera toda la creación, se puede preguntar por qué añadió, y toda planta del campo; lo cual me parece que lo puso para indicar más significativamente qué día recomendó, cuando dijo, cuando fue hecho el día. Pues rápidamente alguien podría pensar que este día de la luz corporal fue recomendado, por el cual al girar se nos exhibe la vicisitud del tiempo diurno y nocturno. Pero cuando recordamos el orden de las criaturas creadas, y encontramos que toda planta del campo fue creada el tercer día, antes de que se hiciera el sol, que fue hecho el cuarto día, cuya presencia hace este día cotidiano y acostumbrado; cuando oímos, Cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo; se nos advierte pensar en el mismo día, que ya sea corporal con alguna luz desconocida para nosotros, o espiritual en la sociedad de la unidad angélica, intentemos investigar con el intelecto.

CAPÍTULO III.---Del orden de la narración se entiende que todo fue creado simultáneamente.

5. También no estará fuera de lugar observar que, cuando pudo decir, Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando Dios hizo el cielo y la tierra; para que en el cielo y la tierra entiéramos todo lo que hay en ellos, como la Escritura divina suele hablar, para insinuar con el nombre de cielo y tierra muy frecuentemente, a veces añadiendo también el mar, toda la creación, a veces añadiendo y diciendo. Y lo que hay en ellos (Sal. CXLV, 6): para que lo que sea que dijera, allí entiéramos también el día, ya sea el que creó primero, o este que hizo con la presencia del sol: no lo dijo así, sino que intercaló el día, diciendo, Cuando fue hecho el día. Ni habló de tal manera que dijera, Este es el libro de la creación del día y del cielo y de la tierra; como en este orden, en el que se narran las cosas hechas: ni así, Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue hecho el día y el cielo y la tierra, cuando Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo: ni así, Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando Dios hizo el día, y el cielo y la tierra, y toda planta del campo: pues estos modos de locución más bien los exigía el uso del habla. Pero dijo, Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y

la tierra, y toda planta del campo: como insinuando que, cuando fue hecho el día, entonces Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo.

6. Ahora bien, la narración anterior indica que el día fue hecho primero, y lo cuenta como un solo día; después del cual cuenta el segundo, en el que se hizo el firmamento; y el tercero, en el que se dispusieron las especies de la tierra y el mar, y la tierra produjo hierba y árbol. ¿O acaso esto es lo que en el libro anterior intentábamos mostrar, que Dios hizo todo simultáneamente, puesto que aquella conexión de la narración, cuando en el orden de los seis días se mencionaron todas las cosas creadas y consumadas, ahora se reducen a un solo día con el nombre de cielo y tierra, añadiendo también el género de los arbustos? Sin duda, por lo que dije antes, para que si acaso se entendiera este día según nuestra costumbre, el lector fuera corregido, cuando recordara que Dios dijo que la tierra produjera la planta del campo antes de este día solar. Así ya no se extrae de otro libro de la santa Escritura el testimonio de que Dios creó todo simultáneamente (Eclo. XVIII, 1); sino que la página siguiente de esta misma obra nos lo testifica, diciendo, Cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo: para que entiendas este día y repetido siete veces, para que se hicieran siete días; y cuando oyes que entonces se hicieron todas las cosas, cuando fue hecho el día, esa repetición senaria o septenaria sin intervalos de demoras ni espacios temporales hecha, si puedes, la comprendas; si aún no puedes, dejes estas cosas para ser contempladas por los que pueden: tú, sin embargo, con la Escritura que no abandona tu debilidad, y que camina contigo más lentamente con paso materno, progresa; que así habla, que con su altura se burla de los soberbios, con su profundidad aterra a los atentos, con su verdad alimenta a los grandes, con su afabilidad nutre a los pequeños.

CAPÍTULO IV.---Por qué se dice que la hierba fue hecha antes de que brotara.

7. ¿Qué significa entonces también lo que sigue: pues así se conecta el discurso, Cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo, antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba del campo, antes de que brotara? ¿Qué es esto? ¿No es necesario preguntar dónde fueron hechas, antes de que estuvieran sobre la tierra, y antes de que brotaran? Pues, ¿quién no creería más fácilmente que Dios las hizo cuando brotaron, no antes de que brotaran, a menos que fuera advertido por este divino discurso, que Dios las hizo antes de que brotaran, para que si no puede encontrar dónde fueron hechas, crea sin embargo que fueron hechas antes de que brotaran, quienquiera que crea piadosamente en esta Escritura; pues impiamente no cree.

8. ¿Qué diremos entonces? ¿Acaso lo que algunos han pensado, que todo fue hecho en el mismo Verbo de Dios, antes de que brotara en la tierra? Pero si fueron hechas de esta manera, no cuando fue hecho el día, sino antes de que se hiciera el día, fueron hechas: sin embargo, la Escritura dice claramente, Cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba antes de que brotara. Si entonces cuando fue hecho el día, no ciertamente antes de que se hiciera el día: y por tanto no en el Verbo, que es coeterno al Padre antes de que el día, antes de que absolutamente algo fuera hecho; sino cuando fue hecho el día. Pues aquellas cosas que están en el Verbo de Dios antes de toda criatura, no fueron hechas ciertamente: pero estas fueron hechas, cuando fue hecho el día, como declaran las palabras de la Escritura; pero sin embargo antes de que estuvieran sobre la tierra, antes de que brotaran; lo que se dijo de las plantas y la hierba del campo.

9. ¿Dónde entonces? ¿Acaso en la misma tierra causal y racionalmente; como en las semillas ya están todas las cosas, antes de que desplieguen de algún modo, y expliquen sus

incrementos y especies a través de los números de los tiempos? Pero estas semillas, que vemos, ya están sobre la tierra, ya han brotado: ¿acaso no estaban sobre la tierra, sino debajo de la tierra; y por eso antes de que brotaran, fueron hechas, porque entonces brotaron, cuando las semillas germinaron, y con el acceso de los incrementos irrumpieron en el aire, lo que ahora vemos que sucede a través de las demoras de los tiempos distribuidas a cada género? ¿Acaso entonces fueron hechas las semillas, cuando fue hecho el día, y en ellas estaba toda planta del campo, y toda hierba, no aún con la especie que está sobre la tierra ya brotada, sino con la fuerza que está en las razones de las semillas? ¿Acaso la tierra produjo primero las semillas? Pero no así hablaba la Escritura, cuando decía, Y produjo la tierra hierba de pasto, o hierba de heno, sembrando semilla según su género, y según su semejanza; y árbol fructífero haciendo fruto, cuya semilla está en sí según su género sobre la tierra. Pues con estas palabras más bien aparece que las semillas nacen de las hierbas y árboles; no obstante, aquellas de las semillas, sino de la tierra: especialmente porque las mismas palabras de Dios así se tienen. Pues no dijo, Germinen semillas en la tierra hierba de heno, y árbol fructífero; sino que dijo, Germine la tierra hierba de heno sembrando semilla; para insinuar que la semilla es de la hierba, no la hierba de la semilla. Y así fue hecho, y produjo la tierra (Gen. I, 11, 12); es decir, primero así fue hecho en el conocimiento de aquel día, y produjo la tierra ya, para que esto se hiciera también en la misma criatura, que fue creada.

10. ¿Cómo entonces antes de que estuvieran sobre la tierra, y antes de que brotaran: como si fuera otra cosa para ellas ser hechas con el cielo y la tierra, cuando fue hecho aquel día inusitado y desconocido para nosotros, que Dios hizo primero; y otra cosa brotar sobre la tierra, que no se hace sino a través de estos días, que el circuito del sol hace a través de las demoras de los tiempos acomodadas a cada género? Que si es así, y aquel día es la sociedad y unidad de los Ángeles supercelestiales y de las Virtudes; sin duda la creación de Dios es conocida de manera muy diferente por los Ángeles, que por nosotros: excepto que la conocen en el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas; también en sí misma digo que es conocida de manera muy diferente por ellos que por nosotros. Pues a ellos primordialmente, por así decirlo, u originalmente, como Dios la creó primero, y después de esa creación descansó de sus obras, no creando nada más: pero a nosotros según la administración de las cosas creadas antes, ya a través de los órdenes de los tiempos, según la cual Dios ya en aquellas cosas por la perfección senaria consumadas, hasta ahora opera.

11. Por lo tanto, se dijo causalmente que la tierra produjo hierba y árboles, es decir, que recibió el poder de producir. En ella, como en las raíces, por así decirlo, de los tiempos, ya se habían hecho las cosas que habrían de suceder a través del tiempo. Pues ciertamente después Dios plantó un paraíso hacia el oriente, y sacó de la tierra todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer (Gén. II, 8, 9): sin embargo, no se debe decir que añadió algo a la creación en ese momento que no hubiera hecho antes, como si fuera a añadirse a aquella perfección con la que completó todo muy bueno en el sexto día; sino porque ya todas las naturalezas de los arbustos y árboles fueron hechas en la primera creación, de la cual Dios descansó, moviendo y administrando luego a través de los cursos temporales aquellas mismas cosas que creó, y de las cuales, una vez creadas, descansó, no solo entonces plantó el paraíso, sino que también ahora todo lo que nace. ¿Quién más crea estas cosas incluso ahora, sino aquel que hasta ahora trabaja? Pero ahora las crea a partir de lo que ya existe: entonces, sin embargo, fueron creadas por Él cuando no existía absolutamente nada, cuando se hizo aquel día, que tampoco existía en absoluto, es decir, la criatura espiritual e intelectual.

CAPÍTULO V.---El orden de la creación de las cosas en seis días, no por intervalos de tiempo, sino por conexión de causas.

12. Así, las criaturas hechas comenzaron a correr con movimientos temporales: de ahí que antes de la creación, en vano se busquen los tiempos, como si pudieran encontrarse tiempos antes de los tiempos. Pues si no hubiera movimiento alguno, ni de la criatura espiritual ni de la corporal, por el cual lo futuro sucediera a lo pasado a través del presente, no habría tiempo en absoluto. Sin embargo, la criatura no podría moverse si no existiera. Más bien, el tiempo comenzó a partir de la criatura, que la criatura a partir del tiempo; pero ambos de Dios. Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas (Rom. XI, 36). No se debe entender lo que se dijo, que el tiempo comenzó a partir de la criatura, como si el tiempo no fuera una criatura; ya que es el movimiento de la criatura de una cosa a otra, con las cosas siguiendo según la ordenación de Dios que administra todo lo que creó. Por lo tanto, cuando pensamos en la primera creación de las criaturas, de las cuales Dios descansó en el séptimo día; no debemos pensar en aquellos días como estos solares, ni en la operación misma como ahora Dios opera algo en el tiempo: sino como operó para que comenzaran los tiempos, como operó todas las cosas simultáneamente, dándoles también orden, no por intervalos de tiempo, sino por conexión de causas, para que las cosas que se hicieron simultáneamente, se perfeccionaran también presentando el número de aquel día sexto.

13. Así que no en orden temporal, sino causal, primero se hizo la materia informe y formable, tanto espiritual como corporal, de la cual se haría lo que debía hacerse, ya que ella misma antes de ser instituida, no existía: y no fue instituida sino por aquel Dios supremo y verdadero, de quien son todas las cosas; ya sea que se signifique con el nombre de cielos y tierra, que en el principio Dios hizo antes de aquel único día que creó, por lo cual ya se llamaba así, porque de allí se hicieron el cielo y la tierra; o con el nombre de tierra invisible y desordenada y abismo tenebroso, como ya se trató en el primer libro.

14. En cuanto a las cosas que ya se formaron a partir de la informe, y que más evidentemente se llaman creadas, hechas o constituidas, primero se hizo el día. Pues era necesario que aquella naturaleza que pudiera reconocer la criatura a través del Creador, no al Creador a través de la criatura, obtuviera el primado de la creación. En segundo lugar, el firmamento donde comienza el mundo corporal. En tercer lugar, la especie del mar y la tierra, y en la tierra potencialmente, por así decirlo, la naturaleza de las hierbas y los árboles. Pues la tierra produjo estas cosas a la palabra de Dios, antes de que surgieran, recibiendo todos sus números que a través del tiempo manifestaría según su género. Luego, después de que esta como habitación de las cosas fue constituida, en el cuarto día se crearon las luminarias y las estrellas, para que primero la parte superior del mundo se adornara con cosas visibles que se mueven dentro del mundo. En quinto lugar, la naturaleza de las aguas, porque se une al cielo y al aire, produjo a la palabra de Dios sus propios indígenas, es decir, todos los seres acuáticos y volátiles; y estos potencialmente en números, que se manifestarían a través de los movimientos congruentes del tiempo. En sexto lugar, de manera similar los animales terrestres, como del último elemento del mundo los últimos; no obstante, potencialmente, cuyos números el tiempo después explicaría visiblemente.

15. Todo este orden de la criatura ordenada lo conoció aquel día; y a través de este conocimiento, de alguna manera presentado seis veces como seis días, exhibió, siendo un solo día, las cosas que se hicieron, primero en el Creador, y luego en ellas mismas reconociéndolas, y no permaneciendo en ellas, sino refiriendo también su conocimiento posterior al amor de Dios, proporcionó tarde y mañana y mediodía en todas las cosas; no por demoras de tiempo, sino por el orden de los creados. Finalmente, representando el conocimiento del descanso de su Creador, en el cual descansa de todas sus obras, en el cual

no tiene tarde, mereció ser bendecido y santificado por esto. De donde la Escritura de alguna manera dedica el número septenario al Espíritu Santo, y la Iglesia lo conoce.

16. Este es, por lo tanto, el libro de la creación del cielo y la tierra, porque en el principio Dios hizo el cielo y la tierra, según una cierta formabilidad de la materia, por así decirlo, que consecuentemente debía ser formada por su palabra, precediendo a su formación, no en tiempo, sino en origen. Pues ciertamente cuando fue formada, primero se hizo el día cuando se hizo el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotara, como hemos tratado; o si algo más claro y congruente pudo ser visto y dicho.

CAPÍTULO VI.---Sobre el versículo, No había llovido, etc. Si de ahí se debe entender que todo fue creado simultáneamente.

17. Pero lo que sigue, No había llovido Dios sobre la tierra, y no había hombre que trabajara la tierra; a qué se refiere, y qué nos insinúa, es difícil de indagar. Como si por eso antes de que brotara, Dios hizo la hierba del campo, porque aún no había llovido sobre la tierra: pues si después de la lluvia hubiera hecho la hierba, la lluvia parecería más hacerla brotar que hecha por Él. ¿Qué pues? lo que brota después de la lluvia, ¿lo hace otro sino el mismo Dios? ¿Por qué no había hombre que trabajara la tierra? ¿Acaso no había hecho ya al hombre en el sexto día, y en el séptimo había descansado de todas sus obras? ¿O esto lo recuerda recapitulando, ya que cuando Dios hizo toda planta del campo, y toda hierba, aún no había llovido sobre la tierra, y aún no había hombre? Pues en el tercer día hizo estas cosas, pero al hombre en el sexto. Pero cuando Dios hizo toda planta y toda hierba del campo antes de que brotara sobre la tierra, no solo no había hombre que trabajara la tierra, sino que tampoco había hierba sobre la tierra, que ciertamente dice hecha antes de que brotara. ¿O por eso Dios hizo estas cosas en el tercer día, porque aún no había hombre que trabajando la tierra las hiciera? Como si muchas maderas y muchas clases de hierbas no nacieran de la tierra sin ninguna obra de los hombres.

18. ¿O por eso se mencionó ambos, tanto porque aún no había llovido sobre la tierra, como porque aún no había hombre que trabajara la tierra? Pues donde no hay obra humana, estas cosas nacen por la lluvia. También hay algunas que no nacen por la lluvia, a menos que se añada la obra humana. Por eso ahora ambos auxilios son necesarios para que todo nazca: entonces faltó en ambos; por eso Dios hizo estas cosas por el poder de su Palabra sin lluvia, sin obra humana. Pues incluso ahora Él las hace, pero ya por la lluvia y por las manos de los hombres; aunque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7).

19. ¿Qué es entonces lo que añade, Pero un manantial subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra? Pues aquel manantial, manando con tanta abundancia, como el Nilo en Egipto, podría ser para toda la tierra en lugar de lluvia. ¿Por qué entonces se ha destacado como algo grande que antes de que lloviera Dios hiciera aquellas cosas que brotan, cuando tanto como podría ayudar la lluvia, tanto el manantial regando la tierra? Pero incluso si algo menos, tal vez aquellas cosas menores, no obstante, no nacerían ninguna. ¿O acaso aquí también la Escritura habla como a los débiles de manera débil, y sin embargo insinúa algo que quien pueda lo entienda? Pues ciertamente como en este día, mencionado un poco más arriba, significó un día hecho por Dios, y entonces Dios hizo el cielo y la tierra, cuando se hizo el día; para que pudiéramos pensar cómo Dios hizo todo simultáneamente, aunque la enumeración anterior de seis días pareciera mostrar intervalos de tiempo: así cuando dijo, con el cielo y la tierra Dios hizo toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y

toda hierba del campo antes de que brotara, añadió, Porque aún no había llovido Dios sobre la tierra, ni había hombre que trabajara la tierra; como si dijera, No las hizo Dios así, como hace ahora tales cosas, cuando llueve, y cuando los hombres trabajan. Pues estas cosas ya se hacen por demoras de tiempo, que entonces no existían, cuando hizo todo simultáneamente, de donde también los tiempos comenzarían.

CAPÍTULO VII.---Del manantial que regaba toda la tierra, etc.

20. Pero lo que sigue, Pero un manantial subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra; aquí ya, según creo, se insinúa lo que se hace según los intervalos de tiempo desde aquella primera condición de las criaturas, donde todo fue hecho simultáneamente. Y correctamente comenzó desde aquel elemento, del cual nacen todos los géneros de animales, o de hierbas y árboles, para que actúen sus números temporales distribuidos según sus propias naturalezas. Pues todos los principios de las semillas, ya sea de donde toda carne, ya sea de donde todos los arbustos nacen, son húmedos, y crecen a partir de la humedad. Sin embargo, en ellos están los números más eficaces, arrastrando consigo potencias sucesivas de aquellas obras perfectas de Dios, de las cuales en el séptimo día descansó.

21. Sin embargo, se pregunta con razón qué manantial es este que es capaz de regar toda la faz de la tierra. Pues si existió, y fue obstruido o secado, se debe buscar la causa. Pues ahora vemos que no hay manantial que riegue toda la faz de la tierra. Tal vez, entonces, el pecado de los hombres mereció también este castigo, que la represión de tanta abundancia de aquel manantial quitara a las tierras la facilidad de fecundidad, para que se aumentara el trabajo de los habitantes. Esto podría afirmarse, aunque ninguna Escritura lo narre, por conjetura humana, si no fuera porque aquello ocurre, que el pecado de los hombres, al cual se impuso el castigo del trabajo, surgió después de las delicias del paraíso: pero el paraíso tenía su gran manantial, del cual se dice que manan cuatro grandes ríos conocidos por las naciones. ¿Dónde, entonces, estaba este manantial o estos ríos, cuando aquel único y máximo subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra? Pues ciertamente entonces no el Geón, que se dice Nilo, uno de aquellos cuatro, regaba Egipto, cuando el manantial subía de la tierra, y no solo Egipto, sino que saciaba toda la faz de la tierra.

22. ¿O se debe creer que primero Dios quiso regar toda la tierra con un solo manantial máximo, para que aquellas cosas que había creado principalmente en ella, con la ayuda recibida de la humedad, ya también a través de los espacios temporales nacieran, según la diversidad de sus géneros también con diversos números de días; y después de plantar el paraíso, reprimió aquel manantial, y llenó la tierra con muchos manantiales, como ahora vemos; y del único manantial del paraíso dividió cuatro grandes ríos; para que también la tierra llena de los géneros de sus criaturas, actuando los números congruentes de sus tiempos, tuviera también sus propios manantiales y ríos; y el paraíso plantado en un lugar más selecto, emitiera aquellos cuatro ríos desde la fuente de su manantial? ¿O desde aquel único manantial del paraíso, desbordando mucho más abundantemente, primero regó toda la tierra, y la fecundó para que nacieran a través de los números de los tiempos los géneros que había creado en ella sin intervalos de tiempo; y después reprimió en aquel lugar la vasta erupción de aguas, para que ya manaran desde diversos puntos de la tierra las corrientes de ríos y manantiales; y luego en la región de aquel manantial, ya no regando toda la tierra, sino emitiendo solo aquellos cuatro ríos memorables, plantó el paraíso, donde colocaría al hombre que había hecho?

CAPÍTULO VIII.---Lo que la Escritura calla, hasta qué punto es útil conjeturar al respecto.

23. Pues como no todo está escrito, cómo después de aquella primera condición de las cosas los tiempos corrieron, y las administraciones de las criaturas, que primero fueron hechas y completadas en aquel sexto día, se siguieron, sino cuanto juzgó suficiente el Espíritu, que estaba en el que escribía aquellas cosas que no solo valieran para el conocimiento de las cosas hechas, sino también para la prefiguración de las futuras; conjeturamos ignorantes qué pudo haber sucedido, lo que aquel no ignorante omitió; intentando tanto como podemos, según nuestra medida, lograr que no se piense que hay alguna absurdidad o contradicción en las Escrituras santas, que ofenda la opinión del lector, y mientras cree que no pudo suceder lo que la Escritura menciona que sucedió, o se aleje de la fe, o no se acerque a la fe.

CAPÍTULO IX.---Dificultad sobre el manantial que riega toda la tierra.

24. Por lo tanto, cuando preguntamos sobre este manantial, cómo lo que se dijo, Subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra, no parezca imposible; si lo que hemos dicho parece imposible a alguien, que busque él mismo otra cosa, sin embargo, que muestre que esta Escritura es veraz, que sin duda es veraz, aunque no se muestre. Pues si quiere argumentar, por lo cual la demuestre falsa; o él mismo no dirá nada verdadero sobre la condición y administración de las criaturas; o si dice la verdad, al no entenderla, pensará que es falsa: como si contendiera que por eso no pudo un solo manantial, por grande que fuera, regar toda la faz de la tierra; porque si no regaba las montañas, no regaba toda la faz de la tierra: pero si también regaba las montañas, ya no era una impartición de fertilidad, sino una inundación de diluvio; que si la tierra entonces era así, todo era mar, y aún no se había separado la tierra seca.

CAPÍTULO X.---Cómo debe entenderse aquel manantial que riega toda la tierra.

25. A quien se le responde, porque esto podría hacerse por turnos de tiempo, como en cierto tiempo el Nilo inunda las llanuras de Egipto, y en otro tiempo regresa a sus riberas: o si se cree que este de alguna parte desconocida y lejana del mundo recoge sus incrementos anuales de aguas y nieves invernales; ¿qué se puede decir del Océano con sus mareas alternas, qué de algunas costas, que se descubren ampliamente de las olas, y se cubren de nuevo, se puede decir? para no mencionar lo que se dice de la maravillosa alternancia de algunos manantiales, que en cierto intervalo de años inundan de tal manera que riegan toda aquella región, a la cual en otro tiempo apenas proporcionan suficiente agua para beber desde profundos pozos. ¿Por qué, entonces, sería increíble, si desde una sola fuente del abismo fluyendo y refluyendo alternativamente, entonces toda la tierra fue regada? Que si la magnitud del abismo mismo, excepto en aquella parte que se llama mar y con evidente amplitud y amargos oleajes rodea las tierras, en aquella sola parte que la tierra contiene en sus senos ocultos, de donde se distribuyen todas las fuentes y ríos en diversos cursos y venas, y brotan en sus propios lugares, quiso la Escritura llamar manantial, no manantiales, por la unidad de la naturaleza; y ascendiendo de la tierra a través de innumerables caminos de cavernas y grietas, regando toda la faz de la tierra, no con una especie continua como el mar o un lago, sino como vemos que las aguas van por los cauces de los ríos y los meandros de los arroyos, y con su exceso riegan lo cercano: ¿quién no lo aceptaría, sino quien sufre de un espíritu contencioso? Pues también puede entenderse que se dijo regada toda la faz de la tierra, como se dice, toda la faz de la vestidura coloreada, aunque no se haga de manera continua, sino de manera manchada: especialmente porque entonces en la novedad de las tierras, aunque no todo, se cree que había más llanuras, para que los flujos que brotaban pudieran dispersarse y extenderse más ampliamente.

26. Por lo tanto, sobre la magnitud o multitud de este manantial, que ya sea que tuvo una sola erupción de algún lugar, o por alguna unidad en los senos ocultos de la tierra, de donde brotan todas las aguas sobre la tierra de todas las fuentes grandes y pequeñas, se llamó un solo manantial, ascendiendo de la tierra a través de todas sus disertaciones y regando toda la faz de la tierra: o también, lo que es más creíble, porque no dijo, Un manantial subía, sino que dijo, Pero un manantial subía de la tierra, puso el singular por el plural; para que así entendamos muchos manantiales por toda la tierra regando sus propios lugares o regiones, como se dice soldado, y se entienden muchos, como se dijo langosta y rana en las plagas (Sal. CIV, 34), con las que los egipcios fueron golpeados, cuando había un número innumerable de langostas y ranas; ya no trabajemos más.

CAPÍTULO XI.---La primera creación de las cosas se hizo sin demora de tiempo: la administración no así.

27. Pero consideremos una y otra vez si puede sostenerse completamente nuestra afirmación de que Dios operó de manera diferente en la creación inicial de todas las criaturas, de cuyas obras descansó en el séptimo día; y de manera diferente en la administración actual de ellas, en la cual sigue operando hasta ahora: es decir, entonces todo fue hecho simultáneamente sin intervalos temporales; ahora, sin embargo, a través de pausas temporales, vemos los astros moverse de oriente a occidente, el cielo cambiar de verano a invierno, los brotes germinar en momentos específicos del día, crecer, reverdecer, secarse. También los animales, en tiempos y ciclos establecidos, son concebidos, se desarrollan, nacen, y pasan por las edades hasta la vejez y la muerte, y otras cosas temporales similares. ¿Quién opera estas cosas sino Dios, incluso sin ningún movimiento propio? pues a Él no le afecta el tiempo. Entre aquellas obras de Dios, de las cuales descansó en el séptimo día, y estas que sigue operando hasta ahora, la Escritura, interponiendo un artículo en su narración, se ha encargado de explicar aquellas, y ha comenzado a tejer estas. La explicación de aquellas obras se hizo así: Este es el libro de la creación del cielo y la tierra, cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotara. Porque Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara la tierra. La conexión de estas obras comenzó así: Pero un manantial subía de la tierra y regaba toda la faz de la tierra. Desde esta mención de la fuente y en adelante, las cosas que se narran fueron hechas a través de pausas temporales, no todas a la vez.

CAPÍTULO XII.---Las obras de Dios bajo triple consideración.

28. Así pues, las razones inmutables de todas las criaturas en el Verbo de Dios son de una manera, las obras de las cuales descansó en el séptimo día son de otra manera, y las que sigue operando desde entonces son de otra manera; de estas tres, lo último que mencioné es conocido por nosotros de alguna manera a través de los sentidos del cuerpo y la costumbre de esta vida. Pero las dos primeras, alejadas de los sentidos y del uso del pensamiento humano, primero deben ser creídas por la autoridad divina; luego, a través de lo que es conocido, deben ser comprendidas de alguna manera, tanto como cada uno pueda según su capacidad, ayudado divinamente por razones internas y eternas.

CAPÍTULO XIII.---Todo antes de ser hecho, en la Sabiduría de Dios.

29. Sobre aquellas primeras razones divinas, inmutables y eternas, ya que la misma Sabiduría de Dios, por la cual todo fue hecho, conocía las cosas antes de que fueran hechas, así lo testifica la Escritura: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era

Dios; este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan 1, 1-3). ¿Quién sería tan insensato como para decir que Dios no hizo lo que conocía? Pero si lo conocía, ¿dónde sino en sí mismo, con quien estaba el Verbo, por el cual todo fue hecho? Pues si lo conocía fuera de sí mismo, ¿quién le había enseñado? ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Rom. 11, 34-36).

30. Aunque lo que sigue en el Evangelio afirma suficientemente esta sentencia: el Evangelista añade y dice, Lo que fue hecho, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Juan 1, 4). Porque las mentes racionales, en cuyo género el hombre fue hecho a imagen de Dios, no tienen su verdadera luz sino en el mismo Verbo de Dios, por el cual todo fue hecho, del cual podrán ser partícipes, purificadas de toda iniquidad y error.

CAPÍTULO XIV.---Cómo distinguir aquello de Juan, Lo que fue hecho, etc.

31. No debe pronunciarse así, Lo que fue hecho en él, vida es, de modo que distingamos, Lo que fue hecho en él, y luego añadamos, vida es. Pues, ¿qué no fue hecho en él, cuando, mencionadas muchas criaturas terrenales, se dice en el Salmo, Todo lo hiciste con sabiduría (Sal. 103, 24); y el Apóstol dice, Porque en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles (Col. 1, 16). Por lo tanto, si lo distinguimos así, resultará que incluso la tierra misma, y todo lo que hay en ella, es vida. Y si es absurdo decir que todo vive, ¿cuánto más absurdo es decir que también son vida? especialmente porque distingue de qué tipo de vida habla, cuando añade, Y la vida era la luz de los hombres. Así pues, debe distinguirse de modo que, después de decir, Lo que fue hecho, luego añadamos, en él estaba la vida: no en sí mismo, es decir, en su naturaleza, por la cual fue hecho para ser una criatura; sino en él estaba la vida, porque todo lo que fue hecho por él, lo conocía antes de que fuera hecho; y por lo tanto, no como la criatura que hizo, sino como la vida y la luz de los hombres, que es la misma Sabiduría, y el mismo Verbo, el unigénito Hijo de Dios. Así pues, en él estaba la vida lo que fue hecho, como se dijo, Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan 5, 26).

32. No debe omitirse que los códices más correctos tienen, Lo que fue hecho, en él estaba la vida, para que se entienda, estaba la vida, como En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Lo que fue hecho, ya era vida en él, y no cualquier vida; pues incluso los animales se dice que viven, pero no pueden disfrutar de la participación de la sabiduría; sino que era vida, la luz de los hombres. Las mentes racionales purificadas por su gracia pueden alcanzar una visión tal, que nada hay superior ni más bienaventurado.

CAPÍTULO XV.---Todo es vida en Dios de alguna manera.

33. Pero incluso si leemos e interpretamos, Lo que fue hecho, en él está la vida; permanece esta sentencia, para que lo que fue hecho por él, se entienda que es vida en él, en la cual vida vio todo cuando lo hizo; y como lo vio, así lo hizo: no viendo fuera de sí mismo, sino en sí mismo enumeró todo lo que hizo. Y no hay otra visión de él y del Padre, sino una, como una es la sustancia. Pues también en el libro de Job, así se proclama la misma Sabiduría, por la cual todo fue hecho: Pero la sabiduría, ¿dónde se encuentra? ¿Y cuál es el lugar de la inteligencia? El mortal ignora su camino, ni se encuentra entre los hombres. Y poco después: Hemos oído su gloria; el Señor ha señalado su camino, y él conoce su lugar. Él ha perfeccionado todo lo que está bajo el cielo, y conoce todo lo que hay en la tierra, todo lo que ha hecho: los pesos de los vientos, las medidas del agua cuando lo hizo, como lo vio, lo enumeró (Job 28, 12, 22-25). Con estos y otros testimonios similares se prueba que todas

estas cosas, antes de ser hechas, estaban en el conocimiento del hacedor. Y ciertamente allí son mejores, donde son más verdaderas, donde son eternas e inmutables. Aunque debería bastar que alguien sepa, o al menos crea firmemente que Dios hizo todas estas cosas; no creo que sea tan insensato como para pensar que Dios hizo lo que no conocía. Pero si las conocía antes de hacerlas, ciertamente antes de ser hechas, estaban conocidas por él de manera eterna e inmutable, y son vida: hechas, sin embargo, de la manera en que cada criatura es en su género.

CAPÍTULO XVI.---Percibimos a Dios más fácilmente con la mente que a las criaturas.

34. Aunque esa naturaleza eterna e inmutable, que es Dios, teniendo en sí misma el ser, como se dijo a Moisés, Yo soy el que soy (Éxodo 3, 14); ciertamente de manera muy diferente a estas cosas que fueron hechas: porque aquello verdaderamente y primariamente es, lo que siempre es de la misma manera, y no solo no cambia, sino que no puede cambiar en absoluto; no siendo ninguna de las cosas que hizo, y teniendo todo primariamente, como él mismo es: pues no las haría si no las conociera antes de hacerlas; ni las conocería si no las viera; ni las vería si no las tuviera; ni las tendría, que aún no estaban hechas, si no fuera como él mismo no hecho: aunque, digo, esa sustancia es inefable, y no puede ser dicha de alguna manera al hombre por el hombre, sino usando ciertas palabras de lugares y tiempos, siendo antes de todos los tiempos y antes de todos los lugares; sin embargo, está más cerca de nosotros quien hizo, que muchas de las cosas que fueron hechas. En él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17, 28): pero muchas de estas cosas están alejadas de nuestra mente por la disimilitud de su género, porque son corporales; y nuestra mente misma no es capaz de verlas en las razones por las cuales fueron hechas, en Dios, para que por esto sepamos cuántas y cuáles son, aunque no las veamos por los sentidos del cuerpo. Pues están alejadas también de los sentidos de nuestro cuerpo, porque están lejos, o separadas de nuestra vista y tacto por otras interpuestas u opuestas. De lo cual resulta que hay más trabajo para encontrarlas, que para encontrar a aquel por quien fueron hechas, siendo incomparablemente más feliz sentirlo a él con una mente piadosa, aunque sea en una pequeña parte, que comprender todas aquellas cosas. Por lo cual, con razón se culpa en el libro de la Sabiduría a los investigadores de este mundo: Pues si tanto pudieron, que pudieron estimar el mundo; ¿cómo no encontraron más fácilmente a su Señor? (Sab. 13, 9). Porque los fundamentos de la tierra son desconocidos para nuestros ojos, y quien fundó la tierra, se acerca a nuestras mentes.

CAPÍTULO XVII.---Antes de los siglos, desde el siglo, en el siglo.

35. Ahora consideremos las cosas que Dios hizo todas a la vez, de las cuales descansó en el sexto día, para luego considerar sus obras, en las cuales sigue operando hasta ahora. Pues hay quienes piensan que solo el mundo mismo fue hecho por Dios, y que las demás cosas ya son hechas por el mismo mundo, como él lo ordenó y mandó; pero que Dios mismo no opera nada. Contra estos se presenta aquella sentencia del Señor: Mi Padre hasta ahora trabaja. Y para que nadie piense que él opera algo en sí mismo, no en este mundo: El Padre que mora en mí, hace sus obras; y como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere (Juan 5, 17, 20, 21). Luego, porque no solo las cosas grandes y principales, sino también estas terrenas y últimas, él mismo las opera, así dice el Apóstol: Necio, lo que siembras no es vivificado, si no muere; y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, tal vez de trigo, o de alguna de las otras; pero Dios le da un cuerpo como quiso, y a cada semilla su propio cuerpo (1 Cor. 15, 36-38). Así pues, creamos, o si podemos, también entendamos que Dios sigue operando hasta ahora, de modo que si su operación se retirara de las cosas que él creó, perecerían.

41. Pero ciertamente, si pensamos que él ahora instituye alguna criatura de tal manera que su género no fue incluido en aquella primera creación suya, abiertamente contradecimos a la Escritura que dice que completó todas sus obras en el sexto día (Gén. 2, 2). Pues según aquellos géneros de cosas que primero creó, es manifiesto que hace muchas cosas nuevas que entonces no hizo. Sin embargo, no puede creerse correctamente que instituya un nuevo género, ya que entonces completó todo. Por lo tanto, con su poder oculto mueve toda su creación, y con ese movimiento, mientras los ángeles cumplen sus órdenes, mientras los astros giran, mientras los vientos alternan, mientras el abismo de las aguas se agita con corrientes y diversas conglobaciones incluso a través del aire, mientras los brotes germinan y despliegan sus semillas, mientras los animales nacen y llevan sus vidas con diversos apetitos, mientras los inicuos son permitidos para ejercitar a los justos, despliega los siglos, que cuando fue creada por primera vez, como plegados los había incluido: los cuales, sin embargo, no se desplegarían en sus cursos si aquel que los creó dejara de administrarlos con su providente movimiento.

CAPÍTULO XXI.---Todo es gobernado por la providencia divina.

42. Debemos ser advertidos sobre cómo considerar las cosas que se forman y nacen en el tiempo. No en vano está escrito sobre la Sabiduría que se muestra alegremente a sus amantes en los caminos y les sale al encuentro con toda providencia (Sab. VI, 17). No deben ser escuchados aquellos que creen que las partes sublimes del mundo, es decir, desde el límite del aire más corpóreo hacia arriba, son gobernadas por la divina providencia; pero que esta parte inferior, terrenal y húmeda, más cercana a este aire que se humedece con las exhalaciones de la tierra y el agua, donde se levantan los vientos y las nubes, es movida por casualidades y movimientos fortuitos. Contra ellos habla el Salmo, que después de explicar la alabanza de los celestiales, se vuelve también a estas cosas inferiores, diciendo: Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos; fuego, granizo, nieve, hielo, viento tempestuoso, que cumplen su palabra (Sal. CXLVIII, 7, 8). Pues nada parece tan sujeto al azar como todas estas cualidades tormentosas y turbulentas, por las cuales se varía y transforma la faz de este cielo inferior, que no sin razón también se considera parte de la tierra. Pero cuando añade, Que cumplen su palabra, muestra suficientemente que el orden de estas cosas también está sujeto al divino mandato, y que más bien nos está oculto que falta a la naturaleza del universo. ¿Y qué? Cuando el Salvador dice que ni un gorrión cae a tierra sin la voluntad de Dios (Mat. X, 29), y que la hierba del campo, que pronto será echada al horno, Él mismo la viste (Id. VI, 30); ¿no confirma que no solo toda esta parte del mundo, destinada a cosas mortales y corruptibles, sino incluso sus partículas más viles y despreciables, son gobernadas por la divina providencia?

CAPÍTULO XXII.---Argumentos de la divina providencia.

43. Y ciertamente, aquellos que lo niegan, y no se someten a las santas escrituras de tan gran autoridad, si creen que esta parte del mundo, que piensan que está perturbada por movimientos fortuitos, no es gobernada por la sabiduría de la divina supremacía, y para probarlo abusan de un doble argumento, ya sea el que mencioné antes sobre la inconstancia de las tempestades, o sobre las felicidades e infelicidades de los hombres, que no ocurren según los méritos de la vida; si vieran el orden que aparece en los miembros de la carne de cualquier ser viviente, no digo los médicos, que por la necesidad de su arte han investigado diligentemente y enumerado estas cosas, sino cualquier persona de mediana inteligencia y consideración; ¿no clamarían que ni por un instante Dios, de quien es toda medida de proporciones, toda igualdad de números, todo orden de pesos, cesa de gobernar? ¿Qué puede

ser más absurdo, qué más insensato que pensar que está vacía del mandato y gobierno de la providencia aquella totalidad, cuyos extremos y partes más pequeñas ves formarse con tal disposición, que al ser consideradas con algo más de atención infunden un inefable horror de admiración? Y cuando la naturaleza del alma supera a la del cuerpo, ¿qué es más demente que pensar que no hay juicio de la divina providencia sobre las costumbres de los hombres, cuando en su carne se manifiestan y demuestran tantos indicios de su habilidad? Pero como estas cosas mínimas están a la vista de nuestros sentidos, y las investigamos fácilmente, en ellas resplandece el orden de las cosas: pero aquellas cuyo orden no podemos ver, las consideran desordenadas quienes no creen que existan, a menos que puedan verlas, o si creen, piensan que son algo como lo que están acostumbrados a ver.

CAPÍTULO XXIII.---Cómo Dios creó todo a la vez, y aún ahora sigue obrando.

44. Pero nosotros, cuyos pasos, para que no caigamos en esa perversidad, son guiados por la misma divina providencia a través de la Sagrada Escritura, intentemos investigar con la misma ayuda de las obras de Dios dónde creó todo a la vez, cuando descansó de sus obras completadas, cuyas especies sigue obrando hasta ahora a través del orden de los tiempos. Consideremos, pues, la belleza de cualquier árbol en su tronco, ramas, hojas, frutos: esta especie ciertamente no surgió de repente tan grande y tal como la conocemos, sino en el orden que también conocemos. Surgió de la raíz, que primero implantó el brote en la tierra; y de allí todo aquello se formó y creció distintamente. Ahora bien, ese brote provino de una semilla: en la semilla, por tanto, estaban todas esas cosas al principio, no en la magnitud corpórea, sino en la potencia y capacidad causal. Pues esa magnitud se acumuló con la abundancia de tierra y humedad. Pero en ese pequeño grano hay una fuerza más maravillosa y superior, por la cual el humor adyacente mezclado con la tierra pudo convertirse en la calidad de ese árbol, en la difusión de las ramas, en el verdor y forma de las hojas, en las formas y abundancia de los frutos, y en la ordenadísima distinción de todo. Pues ¿qué surge o cuelga de ese árbol que no haya sido extraído y sacado de un cierto tesoro oculto de esa semilla? Pero esa semilla proviene del árbol, aunque no de ese mismo, sino de otro, y ese a su vez de otra semilla. A veces, sin embargo, también el árbol proviene del árbol, cuando se toma y planta un esqueje. Por lo tanto, tanto la semilla proviene del árbol, como el árbol de la semilla, y el árbol del árbol. Pero la semilla de la semilla de ninguna manera, a menos que primero intervenga el árbol. El árbol, sin embargo, del árbol, aunque no intervenga la semilla. Así, en sucesiones alternas, uno del otro, pero ambos de la tierra, y no de ellos mismos la tierra: por lo tanto, su primer progenitor es la tierra. Así también los animales, puede ser incierto si las semillas provienen de ellos, o ellos de las semillas: sin embargo, cualquiera de estas cosas sea primero, es certísimo que proviene de la tierra.

45. Así como en el mismo grano estaban invisiblemente todas las cosas a la vez que surgirían en el árbol a través de los tiempos; así debe pensarse el mundo mismo, que cuando Dios creó todo a la vez, tenía a la vez todo lo que en él y con él fue hecho, cuando fue hecho el día: no solo el cielo con el sol y la luna y las estrellas, cuyas especies permanecen en movimiento rotatorio, y la tierra y los abismos, que sufren movimientos como inconstantes, y que, añadidos inferiormente, contribuyen con otra parte al mundo; sino también aquellas cosas que el agua y la tierra produjeron potencial y causalmente, antes de que surgieran a través de las demoras de los tiempos, como ya las conocemos en esas obras que Dios sigue obrando hasta ahora.

46. Siendo así, Este es el libro de la creación del cielo y la tierra, cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotara: no como lo hace con la obra que sigue obrando

hasta ahora a través de la lluvia y la agricultura humana; pues a esto se añadió, No había llovido Dios sobre la tierra, ni había hombre que trabajara la tierra: sino de aquel modo en que creó todo a la vez, y lo completó en el número de seis días, cuando el día que hizo, lo presentó seis veces a lo que hizo, no alternando en espacio temporalmente, sino ordenando en conocimiento causalmente. De cuyas obras en el séptimo día descansó, dignándose también ofrecer su descanso al conocimiento y gozo de ese día: y por eso no lo bendijo y santificó en ninguna de sus obras, sino en su descanso. De donde, sin instituir ninguna otra criatura, sino gobernando y moviendo con acto administrativo aquellas que hizo todas a la vez, obra sin cesar, descansando y obrando a la vez, como ya se ha tratado. De cuyas obras que sigue obrando hasta ahora, tomando el principio de narración a través de los volúmenes de los tiempos a explicar, dice la Escritura, Pero una fuente subía de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra. De esa fuente, ya que hemos dicho lo que creímos necesario decir, consideremos lo que sigue desde otro principio.

LIBRO SEXTO. Sobre el versículo 7 del capítulo 2 del Génesis, Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra, etc., se investiga cómo o cuándo fue formado el hombre del barro: luego, posponiendo por un momento la consideración del alma, se habla del cuerpo de Adán.

CAPÍTULO PRIMERO.---Si esto, Y formó Dios, etc., debe entenderse de la primera formación del hombre hecha el sexto día, o de otra hecha después y a través de un intervalo de tiempo.

1. Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su rostro aliento de vida; y el hombre se convirtió en un ser viviente. Aquí primero debe verse si esto es una recapitulación, para que ahora se diga cómo fue hecho el hombre que leemos fue hecho en el sexto día; o si entonces, cuando hizo todo a la vez, también hizo al hombre latentemente en estas cosas, como la hierba del campo antes de que brotara: para que de ese modo él también, cuando ya estaba hecho de otra manera en un cierto secreto de la naturaleza, como aquellas cosas que creó a la vez cuando fue hecho el día, con el paso del tiempo también se hiciera de este modo, en el que lleva la vida en esta forma visible, ya sea bien o mal; como la hierba que fue hecha antes de que brotara sobre la tierra, con el paso del tiempo y la irrigación de aquella fuente brotó, para que estuviera sobre la tierra.

2. Intentemos primero aceptar esto según la recapitulación. Pues tal vez el hombre fue hecho en el sexto día, como el día mismo fue hecho primero, como el firmamento, como la tierra y el mar. Pues no se debe decir que estas cosas ya hechas en ciertos principios estaban ocultas, y luego con el paso del tiempo surgieron y brillaron en esta forma en la que el mundo está construido; sino que desde el principio del siglo, cuando fue hecho el día, el mundo fue creado, en cuyos elementos fueron creadas a la vez las cosas que después surgirían con el paso del tiempo, ya sean arbustos o animales según su género. Pues tampoco se debe creer que las estrellas fueron hechas primero en los elementos del mundo y luego surgieron con el paso del tiempo, y brillaron en estas formas que resplandecen celestiales; sino que todo fue creado a la vez en el número de seis días de perfección, cuando fue hecho el día. ¿Fue entonces así también el hombre en esta especie visible en la que vive en su naturaleza, y actúa ya sea bien o mal? ¿O también él en lo oculto como la hierba del campo antes de que brotara, para que esto le fuera a brotar después con el paso del tiempo, lo que fue hecho del polvo?

CAPÍTULO II.---La cuestión se explora a partir del contexto de la Escritura.

3. Aceptemos, pues, que fue hecho en el mismo sexto día en esta forma visible y perceptible del barro, pero que entonces no se mencionó lo que ahora se insinúa recapitulando, y veamos

si la misma Escritura concuerda con nosotros. Ciertamente está escrito así, cuando aún se narraban las obras del sexto día: Y dijo Dios, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre todos los ganados, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra. Y creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó, y los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla; y tened potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y todos los ganados, y toda la tierra, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra (Gen. I, 26-28). Ya, pues, había sido formado del barro, y ya dormido, la mujer había sido hecha de su costado, pero esto no se mencionó entonces, lo que ahora se menciona recapitulando. Pues no fue hecho el varón el sexto día, y con el paso del tiempo después fue hecha la hembra; sino que lo hizo, dice; varón y hembra los hizo, y los bendijo. ¿Cómo, pues, ya estando el hombre colocado en el paraíso, le fue hecha la mujer? ¿O también esto fue pasado por alto y la Escritura lo recordó? Pues en ese sexto día también fue plantado el paraíso, y allí fue colocado el hombre, y fue dormido para que Eva fuera formada, y ella formada despertó, y le puso nombre. Pero estas cosas no podrían hacerse sino a través de demoras temporales. Por lo tanto, no fueron hechas así como fueron creadas todas a la vez.

CAPÍTULO III.---La misma cuestión se discute a partir de otros lugares de la Escritura.

4. Por más que el hombre imagine la facilidad con la que Dios también hizo estas cosas a la vez, ciertamente conocemos que las palabras del hombre no pueden ser emitidas con voz sino a través de demoras temporales. Por lo tanto, cuando escuchamos las palabras del hombre, ya sea con los animales, o cuando le puso nombre a la mujer, o cuando después dijo, Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne (Gen. II, 24); por cualesquiera sílabas que estas palabras hayan sonado, ni siquiera dos sílabas cualesquiera en estas palabras pudieron sonar a la vez: cuánto menos todas estas cosas con aquellas que fueron creadas a la vez, a la vez hacerse. Por lo tanto, o todas esas cosas no fueron hechas a la vez desde el mismo principio supremo de los siglos, sino a través de demoras e intervalos de tiempo, y aquel día no fue primero creado con sustancia espiritual sino corporal, ya sea con el circuito de la luz de alguna manera, o con emisión y contracción, haciendo mañana y tarde: o si, considerando todas las cosas que han sido tratadas en los discursos anteriores, la razón probable ha persuadido, que aquel día espiritual fue llamado luz de alguna manera sabia, cuya presencia a través del conocimiento ordenado se ofrecía a la condición de las cosas en el número de seis, y que las palabras de la Escritura concuerdan con esta sentencia cuando dice después, Cuando fue hecho el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotara (Ibid., 4, 5); también atestigua lo que está escrito en otro lugar, El que vive eternamente, creó todas las cosas a la vez (Eclí. XVIII, 1): no hay duda de que esto que el hombre fue formado del barro de la tierra, y que le fue formada la mujer de su costado, ya no pertenece a la condición en la que todas las cosas fueron hechas a la vez, de las cuales, completadas, Dios descansó en el séptimo día; sino a esa operación que se hace ya a través de los volúmenes de los siglos, en la que sigue obrando hasta ahora.

5. A esto se añade que las mismas palabras con las que se narra cómo Dios plantó el paraíso, y en él colocó al hombre que había hecho, y le trajo los animales para que les pusiera nombre, en los cuales, al no encontrarse ayuda semejante a él, entonces le formó una mujer de su costado, nos advierten suficientemente que estas cosas no pertenecen a aquella operación de Dios de la que descansó en el séptimo día, sino más bien a esta en la que sigue obrando a través del curso de los tiempos. Pues cuando se plantó el paraíso, así narra: Y plantó Dios un

paraíso en Edén al oriente, y puso allí al hombre que había formado. Y Dios hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista, y bueno para comer (Gen. II, 8, 9).

CAPÍTULO IV.---La misma cuestión se examina en Gen. II, 8, 9.

Cuando dice, Hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista; manifiesta ciertamente que de otra manera ahora hizo brotar de la tierra el árbol, de otra manera entonces cuando el tercer día la tierra produjo hierba de pasto, que siembra semilla según su género, y árbol frutal según su género. Esto es, Hizo brotar de nuevo, sobre aquello que ya había hecho brotar: entonces ciertamente potencial y causalmente en la obra que pertenece a crear todas las cosas a la vez, de las cuales, completadas, descansó en el séptimo día; ahora, sin embargo, visiblemente en la obra que pertenece al curso de los tiempos, como sigue obrando hasta ahora.

6. A menos que tal vez alguien diga que no todo género de árbol fue creado el tercer día, sino que algo fue diferido para ser creado el sexto día, cuando el hombre fue hecho y colocado en el paraíso. Pero las cosas que fueron creadas el sexto día, la Escritura las declara clarísimamente; a saber, el alma viviente según cada género, de cuadrúpedos y reptiles y bestias, y el mismo hombre a imagen de Dios varón y hembra. Por lo tanto, pudo pasar por alto cómo fue hecho el hombre, que sin embargo fue hecho ese día, para insinuar recapitulando después cómo también fue hecho, es decir, del polvo de la tierra, y la mujer de su costado; pero no pasar por alto ningún género de criatura, ya sea en lo que dijo Dios, Hágase, o, Hagamos, o en lo que se dice, Así fue hecho, o, Hizo Dios. De lo contrario, en vano se han distinguido tan diligentemente todas las cosas por cada día, si puede quedar alguna sospecha de mezcla de días, para que, siendo la hierba y el árbol atribuidos al tercer día, creamos que algunos árboles también fueron creados el sexto día, que la Escritura calló ese mismo sexto día.

CAPÍTULO V.---Sobre la misma cuestión.

7. Finalmente, ¿qué responderemos sobre las bestias del campo y las aves del cielo que Dios trajo a Adán para ver cómo las llamaría? Está escrito así: Y dijo el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda adecuada para él. Y Dios formó de la tierra todas las bestias del campo y todas las aves del cielo, y las trajo a Adán para ver cómo las llamaría: y todo lo que Adán llamó a cada ser viviente, ese fue su nombre. Y Adán puso nombre a todos los ganados, a todas las aves del cielo y a todas las bestias del campo. Pero para Adán no se encontró una ayuda semejante a él. Y Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y mientras dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar, y el Señor Dios formó la costilla que había tomado de Adán en una mujer (Gén. II, 18-22). Si, por lo tanto, consecuentemente, cuando en los ganados y bestias del campo y aves del cielo no se encontró una ayuda semejante al hombre, Dios le hizo una ayuda semejante de la costilla de su costado; esto sucedió cuando aún había formado de la tierra a esas bestias del campo y aves del cielo, y las había traído a él: ¿cómo puede entenderse que esto se hizo el sexto día, cuando en ese día la tierra produjo un ser viviente según la palabra de Dios; y las aves, el quinto día, las aguas las produjeron igualmente según la palabra de Dios? No se diría aquí, Y Dios formó de la tierra todas las bestias del campo y todas las aves del cielo, a menos que la tierra ya hubiera producido todas las bestias del campo el sexto día, y el agua todas las aves del cielo el quinto día. De manera diferente, entonces, en ese momento, es decir, potencialmente y causalmente, como correspondía a esa obra en la que creó todo simultáneamente, de la cual descansó en el séptimo día: y de manera diferente ahora, como las vemos, que crea a través

de espacios temporales, como hasta ahora opera. Y por lo tanto, ya a través de estos días bien conocidos de luz corporal, que se hacen por el circuito del sol, Eva fue hecha del costado de su marido. Entonces, Dios aún formó de la tierra bestias y aves, en las cuales, al no encontrarse una ayuda semejante a Adán, ella fue formada. En tales días, Dios también formó al hombre del barro.

8. No se debe decir que el varón fue hecho el sexto día y la mujer en días posteriores; ya que en ese mismo sexto día se dijo claramente, Varón y hembra los creó, y los bendijo, y las demás cosas que se dicen de ambos y para ambos. De manera diferente, entonces, ambos en ese momento, y ahora ambos de manera diferente: entonces, según el poder por la palabra de Dios como sembrado en el mundo, cuando creó todo simultáneamente, de lo cual descansó en el séptimo día, de lo cual todo se haría ya en sus tiempos a través del orden de los siglos; ahora, según la operación proporcionada a los tiempos, por la cual hasta ahora opera, y era necesario que ya en su tiempo Adán fuera hecho del barro de la tierra, y su mujer del costado del hombre.

CAPÍTULO VI.---Explica su opinión más claramente, para que no se entienda mal.

9. En esta distribución de las obras de Dios, en parte pertenecientes a esos días invisibles en los que creó todo simultáneamente, en parte a estos añadidos, en los que opera diariamente todo lo que de aquellos como envolturas primordiales se desarrolla en el tiempo, si no hemos seguido las palabras de la Escritura de manera inoportuna y absurda, que nos llevaron a distinguir estas cosas: se debe tener cuidado de que, debido a la percepción algo difícil de estas cosas, que los más lentos no pueden alcanzar, no se piense que sentimos y decimos algo que sabemos que ni sentimos ni decimos. Aunque en los discursos precedentes, tanto como pude, he preparado al lector; sin embargo, creo que muchos se confunden en estos lugares, y piensan que el hombre existió antes en esa obra de Dios, en la que todo fue creado simultáneamente, de manera que llevara alguna vida, que discerniera, creyera, entendiera la locución de Dios dirigida a él, cuando Dios dijo, He aquí que os he dado toda planta que da semilla. Sepa, pues, quien piense esto, que no he sentido ni dicho esto.

10. Pero nuevamente, si dijera que el hombre no existió de esa manera en la primera condición de las cosas, cuando Dios creó todo simultáneamente, como no solo el hombre de edad perfecta, sino ni siquiera un infante, ni solo un infante, sino ni siquiera un feto en el útero de la madre, ni solo esto, sino ni siquiera una semilla visible del hombre; pensará que no existió en absoluto. Vuelva, pues, a la Escritura; encontrará que el hombre fue hecho el sexto día a imagen de Dios, y que fueron hechos varón y hembra. También busque cuándo fue hecha la mujer; encontrará que fue fuera de esos seis días: pues fue hecha cuando Dios formó de la tierra aún las bestias del campo y las aves del cielo; no cuando las aguas produjeron las aves, y la tierra produjo un ser viviente, en el cual también están las bestias. Pero entonces fue hecho el hombre, tanto varón como hembra: por lo tanto, tanto entonces como después. Pues no entonces, y no después; o verdaderamente después, y no entonces: ni otros después, sino los mismos de manera diferente entonces, de manera diferente después. Me preguntará cómo. Responderé, Después visiblemente, como la constitución de la especie humana nos es conocida; no obstante, no por padres generando, sino él del barro, ella de su costilla. Me preguntará entonces cómo. Responderé, Invisiblemente, potencialmente, causalmente, como se hacen las cosas futuras no hechas.

11. Aquí tal vez no entienda. Pues se le sustraen todas las cosas que conoce, hasta la misma corpulencia de las semillas. Pues ni siquiera algo así era el hombre ya, cuando en la primera condición de los seis días fue hecho. Se da, ciertamente, de las semillas alguna similitud para

esta cosa, debido a aquellas cosas que están en ellas futuras entrelazadas; sin embargo, antes que todas las cosas visibles, las causas son esas semillas: pero no entiende. ¿Qué, pues, haré, sino, tanto como pueda, aconsejar saludablemente que crea en la Escritura de Dios y que el hombre fue hecho entonces, cuando Dios, cuando fue hecho el día, hizo el cielo y la tierra, de lo cual en otro lugar la Escritura dice, El que vive eternamente, creó todo simultáneamente (Ecli. XVIII, 1); y entonces cuando ya no simultáneamente, sino creando cada cosa en sus tiempos, lo formó del barro de la tierra, y de su hueso a la mujer? pues ni de este modo los entiende hechos en ese sexto día, ni tampoco no hechos en ese sexto día, la Escritura lo permite.

CAPÍTULO VII.---No se puede decir que las almas fueron creadas antes que los cuerpos.

12. Tal vez, entonces, las almas de ellos fueron hechas en ese sexto día, donde también se entiende correctamente la imagen de Dios en el espíritu de sus mentes, para que después se formaran los cuerpos? Pero tampoco esto permite creer la misma Escritura. Primero, por aquella consumación de las obras; que no veo cómo puede entenderse, si faltó algo entonces no causalmente creado, que después se crearía visiblemente. Luego, porque el mismo sexo de varón y hembra no puede existir sino en los cuerpos. Y si alguien pensara que debe tomarse en una sola alma según el entendimiento y la acción como ambos sexos; ¿qué hará con aquellas cosas que Dios dio como alimento ese mismo día de los frutos de los árboles, que no es ciertamente adecuado para el hombre que tiene cuerpo? Pues si alguien quisiera también tomar este alimento figuradamente, se apartará de la propiedad de las cosas hechas, que primeramente en tales narraciones debe fundarse con toda observación.

CAPÍTULO VIII.---Dificultad sobre la voz de Dios dirigida al hombre el sexto día.

13. ¿Cómo, pues, les hablaba, dice, a quienes aún no oían, ni entendían; porque ni siquiera existían quienes percibieran las palabras? Podría responder que Dios los habló así, como Cristo a nosotros aún no nacidos, incluso mucho después futuros, y no solo a nosotros, sino también a todos aquellos que serán después de nosotros. Pues a todos decía, a quienes veía que serían suyos, He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20): como era conocido por Dios el profeta a quien dijo, Antes de que te formara en el útero, te conocí (Jer. I, 5); como fue diezmado Leví cuando estaba en los lomos de Abraham (Heb. VII, 9, 10). Pues ¿por qué no así también el mismo Abraham en Adán, y el mismo Adán en las primeras obras del mundo, que Dios creó todo simultáneamente? Pero las palabras del Señor por la boca de su carne, y las palabras de Dios por las bocas de los Profetas se pronuncian con voz corporal temporal, y con todas sus sílabas toman y consumen las pausas adecuadas de los tiempos: pero cuando Dios decía, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y tenga potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre todos los ganados, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que reptan sobre la tierra; y, Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla; y tened potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y sobre todos los ganados, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que reptan sobre la tierra; y, He aquí que os he dado toda planta que da semilla, sembrando semilla que está sobre toda la tierra, y todo árbol frutal, que tiene en sí fruto de semilla seminal, que será para vosotros como alimento (Gén. I, 26-29); su misma palabra, antes de todo sonido del aire, antes de toda voz de carne y nube, en aquella suma de su Sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas, no resonaba como en oídos humanos, sino que inscribía en las cosas hechas las causas de las cosas por hacer, y con omnipotente potencia hacía futuras, y al hombre que en su tiempo sería formado, lo establecía en el tiempo como en semilla o como en raíz, cuando establecía de donde comenzarían los siglos, por aquel que es antes de los siglos. Pues unas criaturas preceden a otras criaturas, unas en

tiempo, otras en causas: pero él precede a todo lo que hizo, no solo en excelencia, por ser también el hacedor de las causas, sino también en eternidad. Pero sobre esto, en lugares más oportunos de las Escrituras, tal vez se deba discutir más plenamente.

CAPÍTULO IX.---Cómo era conocido Jeremías por Dios antes de ser formado. Méritos de los no nacidos.

14. Ahora, sobre el hombre lo que se ha comenzado se debe terminar, manteniendo esa moderación, para que en el profundo sentido de la Escritura prestemos más diligencia en buscar, que temeridad en afirmar. Pues que Dios conocía a Jeremías antes de formarlo en el útero, no cabe duda: pues dice claramente, Antes de que te formara en el útero, te conocí. Pero dónde lo conocía antes de formarlo así, aunque para nuestra debilidad sea difícil o imposible de alcanzar; ya sea en algunas causas más cercanas, como Leví fue diezmado en los lomos de Abraham; o en el mismo Adán, en quien el género humano fue instituido como radicalmente; y en él mismo, ya sea cuando fue formado del barro, o cuando fue causalmente hecho en esas obras que fueron creadas todas simultáneamente; o más bien antes de toda criatura, como eligió y predestinó a sus santos antes de la constitución del mundo (Efes. I, 4); o más bien en todas las causas precedentes, ya sean las que mencioné, ya sean las que no mencioné, antes de que fuera formado en el útero; no creo que deba buscarse con más escrupulosidad, siempre que conste que Jeremías, desde que fue traído a esta luz por sus padres, desde entonces llevó una vida propia, en la que creciendo con el aumento de la edad, pudiera vivir ya sea mal o bien; pero antes de eso de ninguna manera, no solo antes de ser formado en el útero, sino ni siquiera ya formado allí, antes de nacer. Pues no tiene ninguna duda aquella sentencia apostólica sobre los gemelos en el útero de Rebeca que aún no habían hecho nada bueno o malo (Rom. IX, 11).

15. Sin embargo, no en vano está escrito, ni el infante está limpio de pecado, cuya vida es de un día sobre la tierra (Job XIV, 4, según LXX); y aquello en el Salmo, En iniquidades fui concebido, y en pecados mi madre me alimentó en el útero (Sal. L, 7); y que en Adán todos mueren, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). Ahora, sin embargo, tengamos claro que, cualesquiera que sean los méritos de los padres que se transmiten a la descendencia, cualquiera que sea la gracia de Dios que santifica a alguien antes de nacer, no hay iniquidad en Dios, ni hace nadie bien o mal que pertenezca a su propia persona, antes de nacer: y que aquella sentencia en la que algunos piensan que las almas pecaron en otro lugar más o menos, y que por los diversos méritos de los pecados fueron arrojadas a diferentes cuerpos, no concuerda con la sentencia apostólica; pues se dijo claramente que no hicieron nada bueno o malo los que aún no habían nacido.

16. Por lo tanto, alguna cuestión debe ser reconsiderada en su lugar, sobre qué ha contraído toda la descendencia del pecado de los primeros padres, que fueron los dos únicos del género humano: sin embargo, no hay cuestión de que el hombre no pudo tener tales méritos antes de ser formado del polvo de la tierra, antes de vivir en su tiempo, de manera que pudiera vivir ya sea bien o mal: así como Esaú y Jacob, a quienes el Apóstol dijo que aún no nacidos no habían hecho nada bueno o malo (Id. IX, 11), no podríamos decir que trajeron algún mérito de los padres, si ni siquiera esos padres hubieran hecho algo bueno o malo; ni el género humano hubiera pecado en Adán, si Adán mismo no hubiera pecado; pero Adán no hubiera pecado, si ya no viviera en su tiempo, en el cual pudiera vivir ya sea bien o mal: así que en vano se busca su pecado, o su buena acción, cuando aún en las cosas creadas simultáneamente estaba causalmente constituido, ni ya vivía su propia vida, ni estaba en padres que vivieran así. Pues en aquella primera condición del mundo, cuando Dios creó todo

simultáneamente, el hombre fue hecho que sería futuro, la razón de crear al hombre, no la acción del creado.

CAPÍTULO X.---Las cosas existentes de varios modos.

17. Pero estas cosas de manera diferente en el Verbo de Dios, donde estas no son hechas, sino eternas; de manera diferente en los elementos del mundo, donde todo fue hecho simultáneamente futuro; de manera diferente en las cosas que según las causas creadas simultáneamente, no ya simultáneamente sino en su tiempo cada una es creada, en las cuales Adán ya formado del barro, y animado por el soplo de Dios, como la hierba brotada; de manera diferente en las semillas, en las cuales nuevamente se repiten como causas primordiales, tomadas de las cosas que según las causas, que primero creó, existieron, como la hierba de la tierra, la semilla de la hierba. En todas estas cosas, ya hechas, han recibido los modos y actos de su tiempo, que de las razones ocultas e invisibles, que en la criatura causalmente yacen, han salido a formas manifiestas y naturalezas: como la hierba brotada sobre la tierra, y el hombre hecho en alma viviente, y otras cosas de este tipo, ya sean arbustos o animales, pertenecientes a esa operación de Dios que hasta ahora opera. Pero también estas cosas llevan consigo como si nuevamente a sí mismas invisiblemente en una cierta fuerza oculta de generación, que extrajeron de aquellos principios de sus causas, en los cuales el mundo fue creado cuando fue hecho el día, antes de que en manifiesta especie de su género brotaran, fueron insertadas.

CAPÍTULO XI.---Las obras de la creación el sexto día cómo ya consumadas, y aún iniciadas.

18. Pues si aquellas primeras obras de Dios, cuando creó todo simultáneamente, no fueran perfectas en su modo, ciertamente se añadirían después aquellas cosas que faltaran para ser perfeccionadas; para que alguna perfección del universo consistiera de ambas como si fueran partes de un todo, como si fueran partes de un todo, cuya conjunción completara el mismo todo del cual eran partes. Nuevamente, si fueran perfectas de esa manera, como se perfeccionan, cuando en su tiempo cada una en formas manifiestas y actos se procrean; ciertamente o nada de ellas después se haría a través de los tiempos, o esto se haría, que de estas que ya en su tiempo surgen, Dios no cesa de operar. Ahora, sin embargo, porque ya están de alguna manera consumadas, y de alguna manera iniciadas esas mismas cosas que Dios creó todo simultáneamente cuando hizo el mundo: consumadas porque no tienen nada en sus propias naturalezas, en las cuales llevan a cabo el curso de sus tiempos, que no haya sido ya creado aquí por él en el orden de las causas; iniciadas, porque algunas eran como semillas de futuros, a través del transcurso del siglo desde lo oculto en lo manifiesto en lugares adecuados a ser expuestas: las mismas palabras de la Escritura son suficientemente significativas para advertir esto, si alguien en ellas despierta. Pues también dice que están consumadas y que están iniciadas: pues si no estuvieran consumadas, no estaría escrito, Y fueron consumados el cielo y la tierra, y toda su composición: y Dios consumó en el sexto día sus obras, que hizo: y descansó Dios en el séptimo día de todas sus obras, que hizo; y bendijo Dios el séptimo día, y lo santificó; y nuevamente si no estuvieran iniciadas, no seguiría así, porque en ese día descansó de todas sus obras que Dios inició hacer.

19. Aquí, por lo tanto, si alguien pregunta cómo consumó y cómo inició: pues no consumó unas y otras inició, sino las mismas ciertamente de las cuales descansó en el séptimo día, de lo que hemos dicho anteriormente está claro. Pues entendemos que Dios consumó estas cosas, cuando creó todo simultáneamente de manera tan perfecta, que nada le quedaba aún por crear en el orden de los tiempos, que no hubiera sido ya creado aquí por él en el orden de las causas: pero inició, para que lo que aquí había prefijado en las causas, después lo

cumpliera en los efectos. Por lo tanto, formó Dios al hombre polvo de la tierra, o barro de la tierra, es decir, del polvo o barro de la tierra; e inspiró o insufló en su rostro el espíritu de vida, y el hombre fue hecho en alma viviente. No entonces predestinado; pues esto antes del siglo en la presciencia del Creador: ni entonces causalmente o consumadamente iniciado, o iniciado consumadamente; pues esto desde el siglo en las razones primordiales, cuando todo fue creado simultáneamente: sino creado en su tiempo, visiblemente en el cuerpo, invisiblemente en el alma, consistente de alma y cuerpo.

CAPÍTULO XII.---El cuerpo del hombre si fue formado de manera singular por Dios.

20. Veamos ahora cómo Dios creó al hombre, primero su cuerpo de la tierra; después también veremos sobre el alma, si es que podemos. Pensar que Dios formó al hombre del barro con manos corporales es una idea demasiado infantil, tanto que si la Escritura lo hubiera dicho, deberíamos creer que quien escribió usó una metáfora, más que pensar que Dios está limitado por los mismos rasgos de miembros que vemos en nuestros cuerpos. Pues se ha dicho: "Tu mano destruyó las naciones" (Salmo 43, 3); y, "Sacaste a tu pueblo con mano fuerte y brazo extendido" (Salmo 135, 11-12); pero el nombre de este miembro se usa en lugar del poder y la virtud de Dios, ¿quién es tan necio que no lo entienda?

21. Tampoco debe escucharse lo que algunos piensan, que el hombre es la obra principal de Dios porque las demás cosas las dijo y fueron hechas; pero a este lo hizo Él mismo: más bien, porque lo hizo a su imagen. Pues aquellas cosas que dijo y fueron hechas, así está escrito (Salmo 148, 5), porque fueron hechas por su Verbo, como puede decirse a los hombres por medio del hombre con palabras que se piensan temporalmente y se pronuncian con voz. Pero Dios no habla así, a menos que hable a través de una criatura corporal, como a Abraham, como a Moisés, como a través de la nube sobre su Hijo. Antes de toda criatura, para que existiera la misma criatura, fue dicho por aquel Verbo que en el principio era Dios con Dios: y porque todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho (Juan 1, 1, 3), ciertamente también el hombre fue hecho por Él. Pues ciertamente hizo el cielo con el verbo, porque dijo y fue hecho: sin embargo, está escrito, "Y los cielos son obra de tus manos" (Salmo 101, 26). Y de este mismo fondo del mundo está escrito: "Porque suyo es el mar, y Él lo hizo, y sus manos formaron la tierra seca" (Salmo 94, 5). Por lo tanto, no debe atribuirse esto al honor del hombre, como si Dios hubiera dicho las demás cosas y fueron hechas, pero a este lo hizo Él mismo; o que las demás cosas las hizo con el verbo, pero a este con sus manos. Sino que esto sobresale en el hombre, porque Dios hizo al hombre a su imagen, por lo que le dio una mente intelectual, con la cual supera a los animales; de lo cual ya discutimos en un lugar anterior. En este honor puesto, si no entiende para actuar bien, será comparado con los mismos animales a los que fue preferido. Pues así está escrito: "El hombre en honor no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos" (Salmo 48, 13). Pues también los animales los hizo Dios, pero no a su imagen.

22. Tampoco debe decirse: Dios hizo al hombre, pero a los animales los mandó y fueron hechos: pues tanto a este como a aquellos los hizo por su Verbo, por el cual todas las cosas fueron hechas (Juan 1, 3). Pero porque el mismo Verbo es también su Sabiduría y su Poder; se dice también que es su mano, no un miembro visible, sino la potencia de hacer. Pues esta misma Escritura que dice que Dios formó al hombre del barro de la tierra, dice también que formó de la tierra a las bestias del campo, cuando las trajo junto con las aves del cielo a Adán, para ver cómo las llamaría. Pues así está escrito: "Y Dios formó de la tierra todas las bestias" (Génesis 1, 25). Si, por lo tanto, tanto al hombre de la tierra como a las bestias de la tierra Él mismo formó, ¿qué tiene el hombre de más excelente en esto, sino que fue creado a

imagen de Dios? Sin embargo, esto no según el cuerpo, sino según el intelecto de la mente, del cual hablaremos después. Aunque también en el mismo cuerpo tiene una cierta propiedad que indica esto, que fue hecho con una estatura erguida, para que con esto mismo se le recordara que no debe seguir las cosas terrenales, como los animales, cuyo placer todo es de la tierra, de donde todo está inclinado y postrado hacia el vientre. Por lo tanto, su cuerpo también se ajusta a su alma racional, no según los rasgos y figuras de los miembros, sino más bien según lo que está erguido hacia el cielo, para contemplar lo que en el cuerpo del mismo mundo es superior: así como el alma racional debe erguirse en aquello que en las cosas espirituales es por naturaleza más excelente, para que piense en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Colosenses 3, 2).

CAPÍTULO XIII.---En qué edad o estatura fue creado Adán.

23. Pero, ¿cómo lo hizo Dios del barro de la tierra; si de repente en una edad perfecta, es decir, viril y juvenil, o como ahora se forma en los vientres de las madres? Pues no lo hace otro, sino aquel que dijo: "Antes de formarte en el vientre, te conocí" (Jeremías 1, 5): para que Adán tuviera solo esto propio, que no nació de padres, sino que fue hecho de la tierra; sin embargo, de tal manera que en su perfección y en su crecimiento por edades se completaran estos números de tiempo que vemos atribuidos a la naturaleza del género humano. ¿O más bien no debe buscarse esto? Pues cualquiera de las dos cosas que haya hecho, hizo lo que convenía que un Dios omnipotente y sabio pudiera y debiera hacer. Pues así atribuyó leyes ciertas de los tiempos a los géneros y cualidades de las cosas que se manifiestan desde lo oculto, que su voluntad está sobre todo. Pues con su poder dio números a la criatura, no ató su poder a esos mismos números. Pues su Espíritu se movía sobre el mundo al hacerlo (Génesis 1, 2), de tal manera que también se mueve sobre lo hecho, no en lugares corporales, sino en la excelencia de su poder.

24. Pues, ¿quién no sabe que el agua absorbida por la tierra, cuando llega a las raíces de la vid, se conduce al engorde de su madera, y en ella toma la cualidad por la cual se convierte en uva, que poco a poco brota; y al crecer en ella se convierte en vino, y al madurar se endulza, que aún fermenta al ser exprimido, y con cierta vejez se fortalece para llegar al uso de beber de manera más útil y placentera? ¿Acaso el Señor necesitó de la madera o de la tierra, o de estas demoras del tiempo, cuando convirtió el agua en vino de manera maravillosa y tan buen vino que incluso un comensal ebrio lo alabó (Juan 2, 9-10)? ¿Acaso el creador del tiempo necesitó la ayuda del tiempo? ¿No se consolidan todas las naturalezas de los reptiles con ciertos números de días acomodados a cada género? ¿Acaso se esperaron estos días para que la vara se convirtiera en dragón en la mano de Moisés y Aarón (Éxodo 7, 10)? Y cuando estas cosas se hacen, no se hacen contra la naturaleza, sino para nosotros, a quienes el curso de la naturaleza se nos ha dado a conocer de otra manera; no, sin embargo, para Dios, para quien es naturaleza lo que ha hecho.

CAPÍTULO XIV.---Las razones causales primero implantadas en el mundo, de qué tipo fueron.

25. Sin embargo, puede preguntarse con razón cómo fueron instituidas aquellas razones causales que implantó en el mundo cuando creó todas las cosas al mismo tiempo: si de tal manera que, como vemos que todo lo que nace, ya sea de plantas o de animales, en sus formaciones y crecimientos, recorre sus diferentes espacios de tiempo según la diversidad de sus géneros; o de tal manera que, como se cree que Adán fue hecho sin ningún progreso de crecimiento en edad viril, se conformaran de inmediato. Pero, ¿por qué no creemos que tenían ambas cosas, para que de ellas sucediera lo que al hacedor le placiera? Pues si decimos

de esa manera, comenzará a parecer que se hizo contra ellas, no solo también aquello del agua en vino, sino todos los milagros que se hacen contra el curso habitual de la naturaleza: pero si de esta manera, será mucho más absurdo que estas mismas formas y especies diarias de la naturaleza recorran sus espacios de tiempo contra aquellas primeras razones causales de todo lo que nace. Por lo tanto, queda que fueron creadas aptas para ambos modos; ya sea para este por el cual lo temporal transcurre de la manera más habitual, o para aquel por el cual se hacen cosas raras y maravillosas, como a Dios le plazca hacer lo que convenga al tiempo.

CAPÍTULO XV.---El primer hombre no fue formado de otra manera que como las causas primordiales lo tenían.

26. Sin embargo, el hombre fue hecho de tal manera como aquellas primeras causas tenían que se hiciera el primer hombre, que no debía nacer de padres, que no existían, sino ser formado del barro, según la razón causal en la que fue hecho primero. Pues si fue hecho de otra manera, Dios no lo hizo en las obras de aquellos seis días: en los cuales cuando se dice que fue hecho, Dios ciertamente hizo la misma causa por la cual en su tiempo el hombre iba a ser, y según la cual iba a ser hecho por aquel que al mismo tiempo había consumado lo comenzado por la perfección de las razones causales, y había comenzado lo que debía ser consumado por el orden de los tiempos. Si, por lo tanto, en aquellas primeras causas de las cosas, que el Creador implantó primero en el mundo, no solo puso que iba a formar al hombre del barro, sino también cómo iba a formarlo, ya sea como en el vientre de la madre, o en forma juvenil; sin duda lo hizo como había preestablecido allí; pues no haría contra su disposición: pero si solo puso allí la fuerza de la posibilidad, para que el hombre se hiciera de cualquier manera que se hiciera, para que también pudiera ser así, porque también podía ser así; pero guardó en su voluntad el único modo en que iba a hacerlo, no lo entretendió en la constitución del mundo: es evidente que incluso así el hombre no fue hecho contra lo que estaba en aquella primera condición de las causas; porque allí estaba también el poder hacerse así, aunque no estaba allí el ser hecho así necesario: pues esto no estaba en la condición de la criatura, sino en el beneplácito del Creador, cuya voluntad es la necesidad de las cosas.

CAPÍTULO XVI.---En la naturaleza de la cosa está que algo pueda ser; que vaya a ser, solo en la voluntad de Dios.

27. Pues también nosotros, según la capacidad de la debilidad humana, ya en las mismas cosas surgidas en el tiempo podemos conocer qué hay en la naturaleza de cada una, lo que hemos percibido por experiencia; pero ignoramos si también será. Pues ciertamente está en la naturaleza de este, por ejemplo, joven que envejezca; pero no sabemos si esto también está en la voluntad de Dios. Pero tampoco estaría en la naturaleza, si no hubiera estado primero en la voluntad de Dios, quien creó todas las cosas. Y ciertamente es una razón oculta de la vejez en el cuerpo juvenil, o de la juventud en el cuerpo infantil: pues no se ve con los ojos, como la misma infancia en el niño, como la juventud en el joven; pero se recoge con otro tipo de conocimiento que hay algo latente en la naturaleza, por lo cual se educan en manifiesto los números ocultos, ya sea de la juventud desde la infancia, o de la vejez desde la juventud. Por lo tanto, esta razón es oculta, por la cual se hace que esto pueda ser, pero a los ojos; a la mente, sin embargo, no es oculta: pero si esto también es necesario, no lo sabemos en absoluto. Y aquella por la cual se hace que pueda ser, sabemos que está en la naturaleza del mismo cuerpo: pero aquella por la cual se hace que sea necesario, es evidente que no está allí.

CAPÍTULO XVII.---De los futuros, cuáles son verdaderamente futuros.

28. Pero tal vez está en el mundo, para que sea necesario que este hombre envejezca. Pero si no está en el mundo, está en Dios. Pues esto es necesario que suceda lo que Él quiere, y esas cosas son verdaderamente futuras que Él ha previsto. Pues muchas cosas son futuras según causas inferiores; pero si también están así en la presciencia de Dios, son verdaderamente futuras: pero si allí están de otra manera, así más bien serán futuras, como están allí, donde quien prevé no puede ser engañado. Pues se dice futura la vejez en el joven, pero sin embargo no es futura, si antes ha de morir: pero esto será así, como se tienen otras causas, ya sea entrelazadas en el mundo, o reservadas en la presciencia de Dios. Pues según algunas causas de los futuros, Ezequías iba a morir, a quien Dios añadió quince años a su vida (Isaías 38, 5); haciendo ciertamente lo que antes de la constitución del mundo sabía que iba a hacer, y lo guardaba en su voluntad. Por lo tanto, no hizo lo que no iba a ser: pues esto era más bien lo que iba a ser, lo que sabía que iba a hacer. Sin embargo, esos años añadidos no se dirían correctamente añadidos, si no se añadiera algo que se tenía de otra manera en otras causas. Según algunas causas inferiores, por lo tanto, ya había terminado su vida: pero según aquellas que están en la voluntad y presciencia de Dios, quien desde la eternidad sabía lo que iba a hacer en ese tiempo (y esto era verdaderamente futuro), iba a terminar su vida cuando terminó su vida. Porque aunque se le concedió al que oraba, también así iba a orar de tal manera que a tal oración se le concediera, Él ciertamente lo sabía, cuya presciencia no podía ser engañada: y por eso lo que sabía que iba a suceder, era necesario que sucediera.

CAPÍTULO XVIII.---Se concluye que Adán no fue formado contra lo que estaba instituido en las causas primordiales.

29. Por lo tanto, si las causas de todos los futuros están implantadas en el mundo, cuando fue hecho aquel día, cuando Dios creó todas las cosas al mismo tiempo; Adán no fue hecho de otra manera, cuando fue formado del barro, como es más creíble ya en la perfección de la virilidad, que estaba en aquellas causas, donde Dios hizo al hombre en las obras de los seis días. Pues allí estaba no solo para que pudiera hacerse así, sino también para que fuera necesario hacerlo así. Pues Dios no hizo contra la causa, que sin duda voluntariamente había establecido, como no hace contra su voluntad. Pero si no estableció todas las causas en la criatura primero creada, sino que guardó algunas en su voluntad; no están ciertamente aquellas que guardó en su voluntad, dependientes de la necesidad de estas que creó: sin embargo, no pueden ser contrarias aquellas que guardó en su voluntad, a aquellas que instituyó con su voluntad; porque la voluntad de Dios no puede ser contraria a sí misma. Por lo tanto, estas las creó de tal manera que de ellas pueda ser aquello, cuyas causas son, pero no es necesario que sea: pero aquellas las ocultó de tal manera que de ellas es necesario que sea esto, que de estas hizo que pueda ser.

CAPÍTULO XIX.---A Adán no se le formó un cuerpo espiritual sino animal por Dios.

30. También suele preguntarse si primero se formó al hombre un cuerpo animal del barro, como el que ahora tenemos, o espiritual, como lo tendremos resucitados. Aunque esto se transformará en aquello; pues se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual: sin embargo, se discute qué se hizo primero al hombre, porque si se hizo animal, no recibiremos esto que perdimos en él, sino tanto mejor cuanto lo espiritual debe ser preferido a lo animal, cuando seremos iguales a los ángeles de Dios (Mateo 22, 30). Pero los ángeles pueden ser preferidos a otros también en justicia; ¿acaso también al Señor? De quien, sin embargo, se ha dicho: "Lo hiciste un poco menor que los ángeles" (Salmo 8, 6). ¿Por qué, sino por la debilidad de la carne que tomó de la Virgen, tomando forma de siervo (Filipenses 2, 7), en la cual muriendo nos redimiera de la servidumbre? Pero, ¿por qué discutir más sobre esto? Pues no es oscura la sentencia del Apóstol sobre este asunto; quien cuando quiso aportar un

testimonio, para probar que hay cuerpo animal, no tanto de su propio cuerpo o del cuerpo de cualquier hombre que se veía en el presente, como de este mismo lugar de la Escritura recordó y aportó, diciendo: "Si hay cuerpo animal, hay también espiritual; pues así está escrito: El primer hombre Adán fue hecho en alma viviente; el último Adán en espíritu vivificante. Pero no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal; después, lo espiritual. El primer hombre de la tierra, terrenal; el segundo hombre del cielo, celestial. Como el terrenal, tales también los terrenales; y como el celestial, tales también los celestiales. Y como hemos llevado la imagen del terrenal, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo" (1 Corintios 15, 44-49). ¿Qué se puede decir a esto? Por lo tanto, llevamos ahora la imagen del hombre celestial por la fe, teniendo en la resurrección lo que creemos: pero la imagen del hombre terrenal la llevamos desde el mismo comienzo de la generación humana.

CAPÍTULO XX.---Dificultad contra la sentencia anterior. Opinión de que el cuerpo de Adán fue primero animal, luego espiritual en el paraíso.

31. Aquí surge otra cuestión, cómo somos renovados, si no somos llamados por Cristo a lo que primero éramos en Adán. Aunque muchas cosas no se renuevan a su estado original, sino a mejor, sin embargo, se renuevan desde un estado inferior al que tenían antes. ¿De dónde, pues, aquel hijo estaba muerto, y revivió; estaba perdido, y fue hallado (Lucas 15, 32): de dónde se le ofrece la primera túnica, si no recibe la inmortalidad que perdió Adán? Pero, ¿cómo perdió la inmortalidad, si tenía un cuerpo animal? Pues no será cuerpo animal, sino espiritual, cuando esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal se vista de inmortalidad (1 Corintios 15, 53). Algunos, coartados por estas dificultades, para que también se mantenga aquella sentencia en la que se dio el ejemplo del cuerpo animal, para que se dijera, "El primer hombre Adán fue hecho en alma viviente, el último Adán en espíritu vivificante"; y esta renovación y recepción de la inmortalidad, no absurdamente se diga que será en lo que Adán perdió: pensaron que primero el hombre era de cuerpo animal; pero mientras estaba en el paraíso, fue cambiado, como también nosotros seremos cambiados en la resurrección. Esto no lo menciona el libro del Génesis; pero para que puedan concordar ambos testimonios de las Escrituras entre sí, ya sea aquel que se dijo del cuerpo animal, o aquellos que sobre nuestra renovación se encuentran en gran número en las santas Escrituras, creyeron esto como una consecuencia necesaria.

CAPÍTULO XXI.---Se rechaza esa opinión.

32. Pero si es así, en vano intentamos entender el paraíso y aquellos árboles y sus frutos, más allá de su significado figurado, como hechos históricos. ¿Quién podría creer que alimentos de ese tipo, provenientes de los frutos de los árboles, fueran necesarios para cuerpos inmortales y espirituales? Sin embargo, si no se puede encontrar otra interpretación, preferimos entender el paraíso de manera espiritual, antes que pensar que el hombre no se renueva, cuando la Escritura lo menciona tantas veces; o suponer que recibe lo que no se muestra que haya perdido. A esto se añade que la misma muerte del hombre, que según muchos testimonios divinos mereció por el pecado, indica que habría sido sin muerte si no hubiera pecado. ¿Cómo entonces sin muerte sería mortal? ¿O cómo no sería mortal si su cuerpo era animal?

CAPÍTULO XXII.---Algunos erróneamente piensan que Adán mereció la muerte del alma, no del cuerpo, por el pecado.

33. Por eso, algunos piensan que no mereció la muerte del cuerpo por el pecado, sino la muerte del alma, que causó la iniquidad. Creen que, debido a su cuerpo animal, habría salido

de este cuerpo hacia el descanso que ahora tienen los santos que ya han dormido, y al final del mundo recibiría de nuevo los mismos miembros de manera inmortal; de modo que la muerte del cuerpo no parecería haber ocurrido por el pecado, sino naturalmente, como en los demás animales. Sin embargo, el Apóstol se opone a esto y dice: "El cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom. VIII, 10, 11). Por lo tanto, la muerte del cuerpo también es por el pecado. Si Adán no hubiera pecado, tampoco habría muerto corporalmente; por lo tanto, habría tenido un cuerpo inmortal. ¿Cómo entonces sería inmortal si era animal?

CAPÍTULO XXIII.---Contra aquellos que dicen que el cuerpo de Adán se hizo espiritual en el paraíso.

34. Pero nuevamente no ven, quienes piensan que su cuerpo fue transformado en el paraíso de animal a espiritual, que nada impide que, si no hubiera pecado, después de la vida en el paraíso, que habría vivido justa y obedientemente, recibiera la misma transformación del cuerpo en la vida eterna, donde ya no necesitaría alimentos corporales. ¿Por qué entonces es necesario verse obligado a entender el paraíso figuradamente, no propiamente, porque el cuerpo no podría morir sin pecado? Es cierto que no habría muerto corporalmente si no hubiera pecado; pues el Apóstol dice claramente: "El cuerpo está muerto a causa del pecado"; sin embargo, podría haber sido animal antes del pecado, y después de una vida de justicia, cuando Dios quisiera, hacerse espiritual.

CAPÍTULO XXIV.---Cómo en la renovación recibimos lo que Adán perdió.

35. Entonces, preguntan, ¿cómo se dice que somos renovados si no recibimos lo que perdió el primer hombre, en quien todos mueren? Esto ciertamente lo recibimos de alguna manera, y no lo recibimos de otra manera. No recibimos, por tanto, la inmortalidad del cuerpo espiritual que el hombre aún no tenía; pero recibimos la justicia, de la cual el hombre cayó por el pecado. Seremos renovados, por lo tanto, de la antigüedad del pecado, no en el cuerpo animal original en el que estaba Adán, sino en uno mejor, es decir, en un cuerpo espiritual, cuando seamos hechos iguales a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 30), aptos para la morada celestial, donde no necesitaremos alimento que se corrompe. Por lo tanto, somos renovados en el espíritu de nuestra mente (Efes. IV, 23) según la imagen de aquel que nos creó, la cual Adán perdió al pecar. Pero también seremos renovados en la carne, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, para que sea un cuerpo espiritual; en el cual Adán aún no había sido transformado, pero habría sido transformado si no hubiera merecido la muerte del cuerpo animal al pecar.

36. Finalmente, el Apóstol no dice: "El cuerpo es mortal a causa del pecado"; sino, "El cuerpo está muerto a causa del pecado".

CAPÍTULO XXV.---El cuerpo de Adán mortal e inmortal al mismo tiempo.

Porque antes del pecado, podía decirse mortal por una causa, e inmortal por otra: es decir, mortal porque podía morir; inmortal porque podía no morir. Pues una cosa es no poder morir, como ciertas naturalezas inmortales que Dios creó: otra cosa es poder no morir, según el modo en que el primer hombre fue creado inmortal; lo cual le era concedido por el árbol de la vida, no por la constitución de su naturaleza: del cual árbol fue separado cuando pecó, para que pudiera morir, quien si no hubiera pecado podría no morir. Por lo tanto, era mortal por la

condición de su cuerpo animal, pero inmortal por el beneficio del Creador. Pues si el cuerpo era animal, ciertamente era mortal, porque podía morir; aunque también era inmortal, porque podía no morir. Porque no será inmortal, en el sentido de que no pueda morir en absoluto, a menos que sea espiritual, lo cual se nos promete que será en la resurrección. Por lo tanto, aquel cuerpo animal y por eso mortal, que por la justicia se haría espiritual y por eso completamente inmortal, se hizo por el pecado no mortal, lo cual ya era antes, sino muerto, lo cual podría no haber sido si el hombre no hubiera pecado.

CAPÍTULO XXVI.---El cuerpo de Adán y el nuestro son diferentes.

37. Entonces, ¿cómo dice el Apóstol que nuestro cuerpo está muerto, cuando aún hablaba de los vivos, si no es porque ya la misma condición de morir se adhirió a la descendencia por el pecado de los padres? Pues este cuerpo también es animal, como lo fue el del primer hombre; pero este ya es mucho peor en el mismo género animal: pues tiene la necesidad de morir, que aquel no tenía. Aunque aún quedaba que fuera transformado, y hecho espiritual recibiera la plena inmortalidad, donde no necesitaría alimento corruptible; sin embargo, si el hombre viviera justamente, y su cuerpo fuera transformado en una condición espiritual, no iría a la muerte. Pero en nosotros, incluso viviendo justamente, el cuerpo morirá; por esta necesidad, que viene del pecado del primer hombre, el Apóstol no dijo que nuestro cuerpo es mortal, sino muerto, porque todos morimos en Adán (Rom. V, 12; y I Cor. XV, 22). También dice: "Como es la verdad en Jesús, despojaos del hombre viejo según la conducta anterior; el que se corrompe según las concupiscencias del engaño"; esto es, hecho Adán por el pecado. Mira entonces lo que sigue: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo; el que es creado según Dios, en justicia y santidad de la verdad" (Efes. IV, 21-24): he aquí lo que Adán perdió por el pecado.

CAPÍTULO XXVII.---Cómo somos renovados en mente y cuerpo a lo que Adán perdió.

Por lo tanto, somos renovados en esto, según lo que Adán perdió, es decir, según el espíritu de nuestra mente: pero según el cuerpo que se siembra animal y resucitará espiritual, seremos renovados en algo mejor, lo que Adán aún no fue.

38. El Apóstol también dice: "Despojándoos del hombre viejo con sus actos, vestíos del nuevo que se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó" (Col. III, 9, 10). Esta imagen impresa en el espíritu de la mente la perdió Adán por el pecado; la cual recibimos por la gracia de la justicia; no el cuerpo espiritual e inmortal, en el cual él aún no estaba, y en el cual estarán todos los santos resucitados de entre los muertos: pues este es el premio de aquel mérito que perdió. Por lo tanto, aquella primera túnica (Luc. XV, 22), o es la misma justicia de la que cayó; o, si significa el vestido de la inmortalidad corporal, también esta la perdió, ya que por el pecado no pudo alcanzarla. Pues se dice que perdió a su esposa, y perdió el honor, quien no recibió lo que esperaba, al ofender a aquel de quien lo esperaba.

CAPÍTULO XXVIII.---Adán, aunque espiritual en mente, fue animal en cuerpo incluso en el paraíso.

39. Según esta opinión, Adán tuvo un cuerpo animal, no solo antes del paraíso, sino también estando en el paraíso: aunque en el hombre interior fue espiritual, según la imagen de aquel que lo creó; lo cual perdió al pecar, y mereció también la muerte del cuerpo, quien no pecando habría merecido la transformación en un cuerpo espiritual. Pues si también vivió animalmente en su interior, no podemos decir que somos renovados a esto de él. Porque a

quienes se les dice, "Renovaos en el espíritu de vuestra mente", se les dice esto para que se hagan espirituales: lo cual, si él no fue ni siquiera en su mente, ¿cómo somos renovados a lo que el hombre nunca fue? Sin embargo, los Apóstoles y todos los justos aún tenían un cuerpo animal, pero vivían espiritualmente en su interior; renovados, por supuesto, en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que los creó: no obstante, no por eso ya no podían pecar, si consentían en la iniquidad. Pues el Apóstol muestra que incluso los espirituales pueden caer en la tentación del pecado, cuando dice: "Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gál. VI, 1). Dije esto, para que a nadie le parezca imposible que Adán pecara, si era espiritual en mente, aunque fuera animal en cuerpo. Siendo así las cosas, sin embargo, no afirmamos aún nada apresuradamente, sino que esperamos más bien si también el resto de la Escritura no impide esta interpretación.

CAPÍTULO XXIX.---Sobre el alma se tratará en el siguiente libro.

40. Pues sigue una cuestión sobre el alma muy difícil, en la que muchos han trabajado, y nos han dejado donde trabajar. Ya sea porque no he podido leer todo de todos, quienes sobre este asunto según la verdad de nuestras Escrituras han podido llegar a algo claro y sin duda; o porque es una cuestión tan grande, que incluso quienes la resuelven verdaderamente, no son fácilmente entendidos por aquellos como yo: confieso que nadie aún me ha persuadido de tal manera sobre el alma, que no piense que hay más que investigar. Sin embargo, si ahora voy a encontrar y resolver algo cierto, lo ignoro. Pero lo que pueda, si el Señor ayuda mi esfuerzo, trataré de explicar en el siguiente volumen.

LIBRO SÉPTIMO. En el cual se ilustra el pasaje del Génesis, capítulo 2, versículo 7: "Y sopló en su rostro aliento de vida", etc., con una abundante disertación sobre el alma.

CAPÍTULO PRIMERO.---Se emprende el tratado sobre el alma.

1. Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su rostro aliento de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente. Estas palabras de la Escritura nos propusimos considerar al principio del libro anterior, y sobre el mismo hombre hecho, especialmente sobre su cuerpo, hemos discutido lo que nos pareció suficiente según las Escrituras. Pero como sobre el alma humana hay una cuestión no pequeña, pensamos diferirla a este libro, sin saber cuánto nos ayudaría el Señor, deseosos de hablar correctamente; sabiendo, sin embargo, que sin su ayuda, no hablaríamos correctamente. Hablar correctamente es, por tanto, hablar veraz y congruentemente, sin refutar audazmente, sin afirmar temerariamente, mientras aún es dudoso si es verdadero o falso, ya sea de la fe o de la ciencia cristiana; lo que puede enseñarse ya sea por la razón más clara de las cosas, o por la autoridad más cierta de las Escrituras, afirmándolo sin vacilación.

2. Y primero veamos lo que está escrito: "Sopló, o insufló en su rostro aliento de vida". Pues algunos códices tienen: "Espíritu, o inspiró en su rostro". Pero como los griegos tienen ἐνεφύσησεν, no hay duda de que debe decirse "sopló" o "insufló". Sin embargo, busquemos en el discurso anterior sobre las manos de Dios, cuando se pensaba en el hombre formado del barro: ¿qué, entonces, debe decirse ahora en lo que está escrito: "Dios sopló", sino que así como no formó con manos corporales, tampoco sopló con boca y labios?

3. Sin embargo, esta palabra de la Escritura en una cuestión muy difícil nos ayuda mucho, según creo.

CAPÍTULO II.---Se argumenta que el alma no es de la misma naturaleza que Dios, a partir del pasaje propuesto de la Escritura.

Pues como algunos han creído a partir de esta palabra que el alma es algo de la misma sustancia de Dios, es decir, de la misma naturaleza que Él, pensando esto porque cuando el hombre sopla, algo de sí mismo expulsa en el soplo; de aquí más bien debemos ser advertidos para rechazar esta sentencia enemiga de la fe católica. Pues creemos que la naturaleza y sustancia de Dios, que en la Trinidad es creída por muchos, entendida por pocos, es completamente inmutable. Por otro lado, ¿quién duda que la naturaleza del alma puede cambiarse para peor o para mejor? Por lo tanto, es una opinión sacrílega creer que es de la misma sustancia que Dios. Pues, ¿qué otra cosa se cree de este modo sino que Él también es mutable? Por lo tanto, debe creerse y entenderse, y de ninguna manera dudarse, lo que la fe recta sostiene, que el alma es así de Dios como una cosa que Él hizo, no como de la naturaleza de la cual Él es, ya sea que la haya engendrado, o de cualquier manera la haya producido.

CAPÍTULO III.---Se insiste en el mismo argumento.

4. Y, ¿cómo, dicen, está escrito: "Sopló en su rostro, y el hombre se convirtió en un alma viviente"; si el alma no es parte de Dios, o en absoluto la sustancia de Dios? Más bien, de esta palabra se muestra claramente que no es así. Pues cuando el hombre sopla, el alma ciertamente mueve la naturaleza del cuerpo que le está sujeta, y de ella, no de sí misma, hace el soplo. A menos que estos sean tan torpes que no sepan que este aliento recíproco, que tomamos y devolvemos de este aire circundante, también se hace soplo cuando soplamos voluntariamente. Pero si incluso no de este aire, que está afuera, tomado y devuelto, sino de la misma naturaleza de nuestro cuerpo de la que consta, soplando expulsáramos algo, no es la misma naturaleza del cuerpo y del alma; lo cual ellos también ciertamente consienten. Por lo tanto, también así, una cosa es la sustancia del alma, que gobierna y mueve el cuerpo; otra cosa es el soplo, que al gobernar o mover hace del cuerpo que le está sujeto, no de sí misma a la que el cuerpo está sujeto. Por lo tanto, ya que Dios no es llamado el alma del mundo corpóreo, como si el mundo mismo fuera el cuerpo de un solo ser animado, correctamente no se diría que Él soplando hizo el alma del hombre, a menos que fuera corpórea, de este aire que le está sujeto de su cuerpo: sin embargo, lo que hizo y dio soplando, no deberíamos pensar que lo dio de sí mismo, sino así de la criatura sujeta a Él, como el alma de una cosa semejante que le está sujeta, es decir, del cuerpo, no de sí misma hace el soplo.

5. Podríamos ciertamente decir que ni siquiera el soplo de Dios es el alma del hombre, sino que Dios soplando hizo el alma en el hombre: pero para que no se piense que son mejores las cosas que hizo con la palabra, que lo que hizo con el soplo, porque también en nosotros es mejor la palabra que el soplo; no hay nada, por ahora, según la razón antes mencionada, por lo que debemos dudar en llamar al alma misma el soplo de Dios, siempre que se entienda que no es la naturaleza y sustancia de Dios, sino que esto mismo es soplar, que es hacer el soplo; lo que es hacer el soplo, es hacer el alma. A esta sentencia se ajusta lo que Dios dice por Isaías: "Porque el espíritu de mí procederá, y todo soplo yo hice". Pues no cualquier soplo corporal dice, lo enseñan las palabras siguientes. Pues después de haber dicho: "Todo soplo yo hice"; "Y por el pecado", dice, "un poco lo contristé, y lo herí" (Isa. LVII, 16, 17, según LXX). ¿Qué, entonces, dice soplo, sino el alma, que por el pecado fue herida y contristada? ¿Qué, pues, es "Todo soplo yo hice", sino "Toda alma yo hice"?

CAPÍTULO IV.---Dios no hizo el alma de sí mismo soplando, ni de los elementos.

6. Si, por lo tanto, dijéramos que Dios es como el alma del mundo corpóreo, al cual el mundo mismo sería como el cuerpo de un solo ser animado, correctamente no diríamos que Él soplando hizo el alma del hombre, a menos que fuera corpórea, de este aire que le está sujeto de su cuerpo: sin embargo, lo que hizo y dio soplando, no deberíamos pensar que lo dio de sí mismo, sino así de la criatura sujeta a Él, como el alma de una cosa semejante que le está sujeta, es decir, del cuerpo, no de sí misma hace el soplo. Ahora bien, porque no decimos que el cuerpo del mundo es sujeto a Dios, sino que Él está sobre toda criatura, ya sea corporal o espiritual; no debe creerse que hizo el alma de sí mismo, ni de los elementos corporales.

CAPÍTULO V.---Si el alma es de la nada.

7. Pero si de lo que absolutamente no era, es decir, de la nada; o de alguna cosa que ya había sido hecha por Él espiritualmente, pero aún no era alma, puede ser justamente cuestionado. Pues si no creemos que Dios aún crea algo de la nada, después de haber creado todas las cosas a la vez, y por eso creemos que descansó de todas las obras que comenzó a hacer, para que lo que hiciera después, lo hiciera de estas; no veo cómo podemos entender que aún hace almas de la nada. ¿O debe decirse que en aquellas obras de los primeros seis días hizo aquel día oculto, o si esto más bien debe creerse, la naturaleza espiritual e intelectual, es decir, la unidad angélica, y el mundo, es decir, el cielo y la tierra; y en aquellas naturalezas ya existentes creó las razones de otras futuras, no las mismas naturalezas: de lo contrario, si ya hubieran sido creadas allí como iban a ser, no serían aún futuras? Si esto es así, aún no había en las cosas creadas ninguna naturaleza del alma humana, y entonces comenzó a ser, cuando Dios soplando la hizo, y la puso en el hombre.

8. Pero no por eso se ha eliminado la cuestión que aún se pregunta si esa naturaleza, que se llama alma, y que antes no existía, fue creada de la nada, como si su soplo no hubiera sido hecho de alguna sustancia subyacente, tal como decíamos del soplo que el alma hace de su propio cuerpo; sino que el soplo fue hecho completamente de la nada cuando Dios quiso soplar, y así se hizo el alma del hombre: o si ya existía algo espiritual, aunque lo que fuera que existiera aún no era la naturaleza del alma, y de eso se hizo el soplo de Dios que sería la naturaleza del alma; así como tampoco la naturaleza del cuerpo humano ya existía antes de que Dios la formara del barro o polvo de la tierra. Pues el polvo o el barro no eran carne humana; pero sin embargo, había algo de lo que se haría lo que aún no existía. CAPÍTULO VI.---Si, como en el cuerpo, también en el alma precedió alguna materia.

9. ¿Es entonces creíble que en aquellas primeras obras de los seis días Dios creó no solo la razón causal del futuro cuerpo humano, sino también la materia de la que se haría, es decir, la tierra, de cuyo barro o polvo sería modelado, y que en el caso del alma solo creó allí la razón según la cual se haría, pero no también alguna materia de su propio género de la que se haría? Pues si el alma fuera algo inmutable, de ninguna manera deberíamos buscar su materia: pero ahora su mutabilidad indica suficientemente que se vuelve deforme por los vicios y engaños, y se forma por las virtudes y la doctrina de la verdad, pero ya en su propia naturaleza que es el alma; así como también la carne en su naturaleza, que ya es carne, se adorna con salud y se afea con enfermedades y heridas. Pero así como esta, excepto que ya es carne en la cual la naturaleza progresa para ser hermosa o retrocede para ser deforme, también tuvo materia, es decir, tierra, de la que se haría para ser completamente carne: así quizás pudo también el alma, antes de que se hiciera esa misma naturaleza que se llama alma, cuya belleza es virtud o cuya deformidad es vicio, tener alguna materia de su propio género espiritual, que aún no era alma; así como la tierra de la que se hizo la carne ya era algo, aunque no era carne.

10. Pero ya la tierra llenaba la parte más baja del mundo antes de que de ella se hiciera el cuerpo del hombre, contribuyendo al universo con todo lo suyo, de modo que aunque de ella no se hiciera carne de ningún ser animado, sin embargo, con su especie completaba la estructura y masa del mundo, según lo que se dice que el mundo es cielo y tierra.

CAPÍTULO VII.---No se puede decir cómo sería aquella materia del alma.

Pero aquella materia espiritual, si hubo alguna de la que se hiciera el alma, o si hay alguna de la que se hagan las almas, ¿qué es ella misma? ¿qué nombre, qué especie, qué uso tiene en las cosas creadas? ¿Vive o no? Si vive, ¿qué hace? ¿qué aporta a los efectos del universo? ¿Lleva una vida bienaventurada, o miserable, o ninguna de las dos? ¿Vivifica algo? ¿o también está vacante de esta obra, y reposa ociosa en un cierto secreto del universo, sin sentido vigilante ni movimiento vital? Pues si aún no había vida alguna, ¿cómo sería una cierta materia incorpórea y no viva de la futura vida? O es falso, o está demasiado oculto. Pero si ya vivía ni bienaventuradamente ni miserablemente, ¿cómo era racional? Si entonces se hizo racional cuando de esa materia se hizo la naturaleza del alma humana; ¿era entonces la materia del alma racional, es decir, humana, una vida irracional? ¿Qué, entonces, la diferenciaba de la del animal? ¿O ya era racional en potencia, no aún en facultad? Pues si vemos que el alma infantil, ya ciertamente el alma del hombre, aún no ha comenzado a usar la razón, y sin embargo la llamamos racional; ¿por qué no se cree que en aquella materia de la que se hizo el alma, el movimiento de sentir estaba en reposo, así como en esta infantil, que ya ciertamente es el alma del hombre, el movimiento de razonar aún está en reposo?

CAPÍTULO VIII.---No se puede admitir que aquella materia fuera bienaventurada.

11. Pues si ya era una vida bienaventurada de la que se hizo el alma del hombre; entonces se hizo peor: y por eso ya no es aquella materia de esta, sino que esta es una defluencia de aquella. Pues cuando alguna materia se forma, especialmente por Dios, sin duda se forma en algo mejor. Pero incluso si pudiera entenderse que la defluencia del alma humana fue de alguna vida bienaventurada hecha por Dios, tampoco se debería creer que comenzó a existir en algún acto de sus méritos, sino desde que comenzó a vivir su propia vida, mientras el alma se hizo animando la carne, y usando sus sentidos como mensajeros, y sintiendo que vive en sí misma por su propia voluntad, intelecto, memoria. Pues si hay algo de lo que Dios inspiró esta defluencia a la carne formada, como soplando para hacer el alma, y eso mismo es bienaventurado; de ninguna manera se mueve, ni se cambia, ni pierde algo, cuando de él fluye aquello de lo que se hace el alma.

CAPÍTULO IX.---Tampoco aquella materia es un alma irracional.

No es un cuerpo, para que al exhalar se disminuya.

12. Pero si el alma irracional es de algún modo la materia de la que se hace el alma racional, es decir, humana, se pregunta nuevamente de dónde se hace también esa irracional; porque tampoco la hace sino el creador de todas las naturalezas. ¿O es de materia corporal? ¿Por qué no entonces también esta? A menos que alguien niegue que Dios puede hacer de manera directa lo que se concede que se haga gradualmente. Por lo tanto, sea cual sea la interposición que se aplique, si el cuerpo es la materia del alma irracional, y el alma irracional es la materia del alma racional, sin duda el cuerpo es la materia del alma racional. Lo cual no sé que nadie haya osado sentir jamás, excepto quien coloca también al alma en el género de algún cuerpo.

13. Además, hay que tener cuidado de que no se crea que puede haber una cierta traslación del alma de un animal al hombre (lo cual es completamente contrario a la verdad y a la fe católica), si concedemos que el alma irracional subyace como materia de la que se hace el alma racional. Pues así sucederá que si esta se transforma en algo mejor, será del hombre; aquella también, si se transforma en algo peor, será del animal. De lo cual incluso los posteriores de algunos filósofos se avergonzaron, y dijeron que no lo habían sentido así, sino que no se les había entendido correctamente. Y creo que es así, como si alguien también de nuestras Escrituras lo sintiera, donde se dice: El hombre en honor no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos (Salmo 48, 13): o donde también se lee: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Salmo 73, 19). Pues no todos los herejes leen las Escrituras católicas; y no son herejes por otra razón, sino porque no las entienden correctamente, y afirman obstinadamente sus falsas opiniones contra su verdad. Pero sea como sea la opinión de los filósofos sobre las revoluciones de las almas, no conviene a la fe católica creer que las almas de los animales pasan a los hombres, o las de los hombres a los animales.

CAPÍTULO X.---Por la similitud de costumbres no se logra que el alma del hombre pase al animal.

14. Ciertamente, los hombres se hacen semejantes a los animales en su modo de vida, y las mismas cosas humanas lo claman, y las Escrituras lo testifican. De donde es aquello que mencioné: El hombre en honor no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos: pero ciertamente en esta vida, no después de la muerte. Por lo tanto, no quería que su alma fuera entregada al poder de tales bestias, quien decía: No entregues a las bestias el alma que te confiesa; tales como el Señor indica que deben ser evitados, donde dice que están vestidos con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mateo 7, 15): o al mismo diablo y sus ángeles; pues también él ha sido llamado león y dragón (Salmo 90, 13).

15. ¿Qué argumento presentan los filósofos que piensan que las almas de los hombres pueden ser transferidas a los animales, o las de los animales a los hombres después de la muerte? Ciertamente esto, que la similitud de costumbres lleva a ello, como los avaros a las hormigas, los rapaces a los milanos, los crueles y soberbios a los leones, los seguidores de la inmunda voluptuosidad a los cerdos: y si hay algo similar. Esto es lo que presentan, y no consideran que por esta razón de ninguna manera puede suceder que el alma del animal después de la muerte se transfiera al hombre. Pues de ninguna manera el cerdo será más semejante al hombre que al cerdo; y cuando los leones se domestican, se hacen más semejantes a los perros o incluso a las ovejas que a los hombres. Como los animales no se apartan de las costumbres de los animales, y los que se hacen algo diferentes de los demás, sin embargo, son más semejantes a su género que al humano, y difieren mucho más de los hombres que de los animales: nunca serán las almas de los hombres, si lo que es más semejante atrae. Si este argumento es falso, ¿cómo será verdadera aquella opinión; puesto que no presentan nada más, por lo que, aunque no sea verdadera, al menos se considere verosímil? Por lo cual yo mismo más fácilmente creería, lo que también sus posteriores seguidores, que aquellos hombres que primero pusieron esto en sus libros, quisieron entender en esta vida, que por una cierta perversidad de costumbres y torpeza los hombres se hacen semejantes a los animales, y así de algún modo se transforman en animales, para que con esta deshonra expuesta, los apartaran de la depravación de las pasiones.

CAPÍTULO XI.---Ficticias transmigraciones de algunas almas. Opinión de los maniqueos peor que la de los filósofos.

16. Pues aquellas cosas que se dicen haber sucedido, como que algunos recordaran en qué cuerpos de animales estuvieron, o se narran falsamente, o por engaños de los demonios esto se hizo en sus almas. Pues si sucede en sueños, que con una memoria engañosa el hombre recuerde haber sido lo que no fue, o haber hecho lo que no hizo; ¿qué maravilla si por un cierto juicio justo y oculto de Dios, se permite a los demonios poder hacer algo así en los corazones incluso de los que están despiertos?

17. Los maniqueos, sin embargo, que se consideran o quieren ser considerados cristianos, en esta opinión de la traslación o revolución de las almas son peores y más detestables que aquellos filósofos gentiles, o si hay otros hombres vanos que lo piensen, porque aquellos distinguen la naturaleza del alma de la naturaleza de Dios, pero estos, al no decir que el alma es otra cosa que la misma sustancia de Dios, y lo que Dios es, no temen decir que es turpemente mutable, de modo que no hay género de hierba o de gusano donde no crean que está mezclada, o que no pueda ser revolvida con una insensata opinión. Sin embargo, si apartando de su mente las cuestiones de las cosas más oscuras, que al tratar con un corazón carnal, es necesario que caigan y se deslicen en opiniones falsas, nocivas y monstruosas, mantuvieran firmemente aquello que está naturalmente y verdaderamente implantado en toda alma racional, que Dios es completamente inmutable e incorruptible; toda su fábula de mil formas se disolvería de repente, que en sus mentes vanas y sacrílegas no han inventado sino sobre la mutabilidad más turpe de Dios.

18. Por lo tanto, no es materia del alma humana el alma irracional.

CAPÍTULO XII.---El alma no es de un elemento corpóreo.

¿Qué es entonces, de dónde se hizo el alma con el soplo de Dios? ¿Era acaso algún cuerpo terrenal y húmedo? De ninguna manera: de aquí más bien se hizo la carne. Pues ¿qué otra cosa es el barro sino tierra húmeda? Ni se debe creer que el alma se hizo solo de humedad, como si la carne se hiciera de tierra y el alma de agua. Pues es demasiado absurdo pensar que el alma del hombre se hizo de donde se hizo la carne del pez y del ave.

19. ¿Entonces quizás del aire? A este elemento también le corresponde el soplo; pero el nuestro, no el de Dios. Por lo cual dijimos antes que esto podría considerarse congruente, si creyéramos que el alma del mundo es como la de un gran ser animado, que Dios la sopló del aire de su cuerpo, como la nuestra sopla de la suya. Pero como se sabe que Dios está por encima de todo cuerpo del mundo, y por encima de todo espíritu que creó, con una distancia completamente incomparable; ¿cómo puede decirse esto correctamente? ¿O quizás cuanto más presente está Dios a toda su creación con su singular omnipotencia, tanto más pudo hacer del aire un soplo, que fuera el alma del hombre? Pero como el alma no es corpórea, y cualquier cosa que se haga de los elementos corpóreos del mundo, necesariamente es corpórea, y en los elementos del mundo también se cuenta este aire; ni siquiera si se dijera que el alma se hizo del elemento de aquel fuego puro y celestial, debería creerse. Pues no han faltado quienes afirmen que todo cuerpo puede transformarse en cualquier cuerpo. Pero que algún cuerpo, ya sea terrenal o celestial, se convierta en alma, y se haga naturaleza incorpórea, no sé que nadie lo haya sentido, ni la fe lo tiene.

CAPÍTULO XIII.---Sentencia de los médicos sobre el cuerpo humano.

20. Además, si no debe despreciarse lo que los médicos no solo dicen, sino que también afirman probar, aunque toda carne lleva a la vista la solidez terrenal, sin embargo, tiene en sí

también algo de aire, que se contiene en los pulmones, y se difunde desde el corazón por las venas, que llaman arterias; y el fuego no solo la calidad ferviente, cuya sede está en el hígado, sino también la luminosa, que muestran como destilarse y elevarse al lugar alto del cerebro, como al cielo de nuestro cuerpo; de donde también emanan los rayos de los ojos, y desde cuyo medio, como desde un cierto centro, no solo a los ojos, sino también a los demás sentidos se conducen finos conductos, a las orejas, a las narices, al paladar, para oír, oler y gustar; y dicen que el mismo sentido del tacto que está por todo el cuerpo, se dirige desde el mismo cerebro a través de la médula del cuello, y la que se contiene en los huesos, con los que se une la espina dorsal, para que de allí se difundan por todos los miembros ciertos riachuelos muy finos, que hacen el sentido del tacto.

CAPÍTULO XIV.---El alma no es de los elementos.

Como entonces con estos como mensajeros recibe el alma todo lo que no le oculta de las cosas corporales, pero ella misma es algo tan diferente, que cuando quiere entender, ya sea lo divino, o a Dios, o incluso a sí misma, y considerar sus propias virtudes, para comprender algo verdadero y cierto, se aparta de esta misma luz de los ojos, y sintiendo que para este negocio no solo no es de ayuda, sino que incluso es un impedimento, se eleva a la contemplación de la mente; ¿cómo es algo del mismo género, cuando la cumbre de ese género no es sino la luz que emana de los ojos, con la cual no se ayuda sino para percibir las formas y colores corporales; y tiene ella innumerables cosas muy diferentes de todo el género de los cuerpos, que solo puede ver con el intelecto y la razón, a los cuales ningún sentido de la carne aspira?

CAPÍTULO XV.---El alma es incorpórea.

21. Por lo tanto, la naturaleza del alma humana no es ni de tierra, ni de agua, ni de aire, ni de fuego alguno; pero sin embargo, administra la materia de su cuerpo más denso, es decir, una cierta tierra húmeda, que se convierte en la calidad de la carne, a través de la naturaleza de un cuerpo más sutil, es decir, a través de la luz y el aire. Pues no hay sentido en el cuerpo sin estos dos, ni movimiento espontáneo del cuerpo por el alma. Así como debe ser primero conocer que hacer, así es primero sentir que moverse. El alma, por lo tanto, como es una cosa incorpórea, actúa primero sobre el cuerpo que es vecino del incorpóreo, como es el fuego, o más bien la luz y el aire, y a través de estos actúa sobre las demás cosas que son más densas del cuerpo, como el humor y la tierra, de donde se solidifica la corpulencia de la carne, que están más sujetas a sufrir que dotadas para hacer.

CAPÍTULO XVI.---Por qué se dice que el hombre se hizo en un alma viviente.

22. No me parece, por lo tanto, que se diga que el hombre se hizo en un alma viviente, sino porque comenzó a sentir en el cuerpo; lo cual es un indicio certísimo de carne animada y viviente. Pues también se mueven los arbustos, no solo por una fuerza externa que los impulsa, como cuando son agitados por los vientos, sino por aquel movimiento por el cual se agita internamente todo lo que pertenece al crecimiento y forma del árbol, por el cual se conduce el jugo a la raíz, y se convierte en ella en lo que constituye la naturaleza de la hierba o de la madera: nada de esto sin un movimiento interno. Pero este movimiento no es espontáneo, como aquel que se une al sentido para la administración del cuerpo, como en todo género de animales, que llama la Escritura alma viviente (Génesis 1, 21). Pues también nosotros, si no tuviéramos en nosotros ese movimiento, nuestros cuerpos no crecerían, ni producirían uñas y cabellos. Pero si esto solo fuera en nosotros sin sentido y sin aquel movimiento espontáneo, no se diría que el hombre se hizo en un alma viviente.

CAPÍTULO XVII.---Por qué se dice que Dios sopló en el rostro del hombre.

23. Por lo tanto, como la parte anterior del cerebro, de donde se distribuyen todos los sentidos, está colocada hacia la frente, y en el rostro están los mismos órganos del sentir, excepto el sentido del tacto que se difunde por todo el cuerpo; que sin embargo también tiene su camino desde la misma parte anterior del cerebro, que se conduce hacia atrás por la coronilla y el cuello hasta la médula de la columna vertebral, de la que hablábamos un poco antes, de donde tiene sin duda el sentido en el tacto también el rostro, como todo el cuerpo, excepto los sentidos de ver, oír, oler, gustar, que están prelocalizados solo en el rostro: por eso creo que está escrito que Dios sopló en el rostro del hombre el soplo de vida, cuando se hizo en un alma viviente. Pues la parte anterior se antepone con razón a la posterior; porque esta guía, aquella sigue, y de esta es el sentido, de aquella el movimiento, como el consejo precede a la acción.

CAPÍTULO XVIII.---Los tres ventrículos del cerebro.

24. Y dado que el movimiento corporal, que sigue al sentido, no existe sin intervalos de tiempo, y no podemos manejar los intervalos de tiempo con movimiento espontáneo sin la ayuda de la memoria; por eso se muestran tres como si fueran ventrículos del cerebro: uno anterior hacia la cara, del cual proviene todo sentido; otro posterior hacia el cuello, del cual proviene todo movimiento; y un tercero entre ambos, en el cual demuestran que la memoria está activa, para que cuando el movimiento sigue al sentido, el hombre no desconecte lo que debe hacer, si ha olvidado lo que hizo. Dicen que esto ha sido probado por ciertos indicios, cuando estas partes mismas, afectadas por alguna enfermedad o defecto, al fallar en sus funciones de sentir, mover los miembros o recordar los movimientos del cuerpo, han demostrado suficientemente su valor individual, y al aplicarles tratamiento para restaurar su función, se ha comprobado su eficacia. Pero el alma actúa en estas como en órganos; no es ninguna de estas cosas en sí misma: sino que vivifica y gobierna todo, y a través de estas cosas cuida del cuerpo y de esta vida, en la cual el hombre fue hecho un alma viviente.

CAPÍTULO XIX.---La preeminencia del alma sobre las cosas corporales.

25. Por tanto, de dónde proviene ella misma, es decir, de qué materia Dios hizo este soplo, que se llama alma, mientras se investiga, no debe surgir nada corporal. Pues así como Dios supera a toda criatura, así el alma supera a toda criatura corporal en dignidad natural. Sin embargo, a través de la luz y el aire, que también en este mundo son cuerpos preeminentes, y tienen más la excelencia de hacer que la corpulencia de padecer, como el humor y la tierra, administra el cuerpo. Pues la luz corporal anuncia algo: pero a quien lo anuncia, no es lo mismo que aquello; y esta es el alma a quien lo anuncia, no aquella que lo anuncia. Y cuando siente con molestia las aflicciones del cuerpo, se ofende porque su acción, con la que está presente para gobernarlo, se ve impedida por su temperamento perturbado, y esta ofensa se llama dolor. Y el aire que está infundido en los nervios obedece a la voluntad para mover los miembros, pero no es en sí mismo la voluntad. Y esa parte media anuncia el movimiento de los miembros, para que se retenga en la memoria, no es en sí misma la memoria. Finalmente, cuando estos sus ministerios, por cualquier defecto o perturbación, fallan de cualquier manera, cesando los mensajeros de sentir y los ministros de mover, como si no tuviera razón para estar presente, se retira. Pero si no fallan de tal manera como suele suceder en la muerte, su intención se turba, como si intentara restaurar lo que se desmorona, sin poder hacerlo. Y

en las cosas en las que se turba, se reconoce de dónde proviene la parte de los ministerios que está causando el problema, para que, si es posible, la medicina acuda en su ayuda.

CAPÍTULO XX.---El alma es distinta de los órganos del cuerpo.

26. Pues que ella misma es distinta de estos sus ministerios corporales, o vasos, o órganos, o como mejor se puedan llamar, se evidencia claramente en que a menudo se aparta con la intensa intención de la meditación de todas las cosas, de modo que, con los ojos abiertos y sanos, ignora muchas cosas que están ante ella; y si la intención es mayor, mientras caminaba, de repente se detiene, apartando sin duda el gesto de mandar del ministerio del movimiento con el que se movían los pies: pero si la intención de la meditación no es tan grande como para fijar al caminante en un lugar, pero sí lo suficiente como para que no preste atención a esa parte media del cerebro que anuncia los movimientos del cuerpo; a veces olvida de dónde viene y adónde va, y pasa inadvertidamente por la villa a la que se dirigía, con la naturaleza de su cuerpo sana, pero su atención distraída en otra cosa. Por lo tanto, estas partículas corporales del cielo corporal, es decir, de la luz y el aire, que primero reciben los gestos del alma vivificante, porque son más cercanas a la naturaleza incorpórea que el humor y la tierra, para que toda la masa sea administrada por su ministerio próximo, si Dios las mezcló o las unió al cuerpo viviente de este cielo circundante y superpuesto, o si las hizo del limo como la carne, no es una cuestión relevante. Pues es creíble que todo cuerpo puede transformarse en cualquier cuerpo: pero creer que cualquier cuerpo puede transformarse en alma es absurdo.

CAPÍTULO XXI.---El alma no proviene de ningún cuerpo, ni es un cuerpo.

27. Por lo tanto, no debe escucharse aquello que algunos han pensado, que hay un quinto tipo de cuerpo del cual proviene el alma, que no es tierra, ni agua, ni aire, ni fuego, ya sea este más turbulento y terrenal, o aquel celestial puro y luminoso; sino algo desconocido que carece de un nombre habitual, pero que sin embargo es un cuerpo (Cic. lib. 1 Tusc. quaest.). Pues si quienes sienten esto, llaman cuerpo a lo que nosotros también, es decir, a cualquier naturaleza que ocupe espacio en longitud, latitud y altura, ni esto es el alma, ni debe creerse que de ahí fue hecha. Pues cualquier cosa que sea así, para no decir muchas cosas, en cualquier parte de sí misma puede ser dividida o circunscrita por líneas: lo cual, si el alma lo sufriera, de ninguna manera podría conocer tales líneas, que no pueden ser cortadas a lo largo, como sabe que no pueden encontrarse en el cuerpo.

28. Ni se le ocurre a sí misma algo así, cuando no puede desconocerse a sí misma, incluso cuando se busca para conocerse. Pues cuando se busca a sí misma, sabe que se busca a sí misma; lo cual no podría saber si no se conociera a sí misma. Pues no se busca a sí misma desde otro lugar que no sea desde sí misma. Por lo tanto, cuando conoce que se busca a sí misma, ciertamente se conoce a sí misma; y todo lo que conoce, lo conoce completamente: por lo tanto, cuando conoce que se busca a sí misma, se conoce completamente, por lo tanto, se conoce completamente a sí misma: pues no conoce otra cosa, sino a sí misma completamente. ¿Por qué entonces sigue buscándose a sí misma, si conoce que se busca a sí misma? Pues si no se conociera a sí misma, no podría conocer que se busca a sí misma: pero esto en el presente; pero lo que busca de sí misma, busca qué fue antes, o qué será en el futuro. Por lo tanto, deje de sospechar por ahora que es un cuerpo; porque si fuera algo así, se conocería a sí misma de esa manera, quien se conoce a sí misma más que al cielo y la tierra, que conoce a través de los ojos de su cuerpo.

29. Omíto decir que aquello de ella que también se entiende que poseen los animales, o las aves del cielo cuando regresan a sus hogares o nidos, donde se capturan las imágenes de todas las cosas corporales, de ninguna manera es similar a cualquier cuerpo; y ciertamente esto debería ser más similar al cuerpo, donde se contienen las similitudes de las cosas corporales. Pero si esto no es un cuerpo, porque es cierto que esas similitudes de cuerpos no solo se retienen allí en la memoria, sino que también se pueden formar innumerables a voluntad; cuánto menos puede el alma ser similar a un cuerpo en cualquier otra de sus facultades.

30. Pero si dicen que es un cuerpo por cualquier otra noción, todo lo que es, es decir, toda naturaleza y sustancia; no debe admitirse esta locución, para que no encontremos cómo, al hablar, distinguir las cosas que no son cuerpos de los cuerpos: sin embargo, no debe trabajarse demasiado por el nombre. Pues también decimos que, sea lo que sea el alma, no es de estos cuatro elementos más conocidos, que son cuerpos manifiestos; pero tampoco es lo que es Dios. Sin embargo, no se dice mejor qué es, que alma o espíritu de vida. Por eso se añade, de vida, porque este aire también a menudo se llama espíritu. Aunque también llamaron alma a ese mismo aire, de modo que ya no se puede encontrar un nombre que distinga propiamente esta naturaleza, que no es cuerpo, ni Dios, ni vida sin sentido, como se puede creer en los árboles, ni vida sin mente racional, como es en los animales; sino vida ahora menor que la de los ángeles, y futura como la de los ángeles, si aquí vive según el precepto de su creador.

31. Pero de dónde es, es decir, de qué materia fue hecha, o de qué naturaleza perfecta y bienaventurada fluyó, o si fue hecha completamente de la nada, aunque se dude y se investigue; sin embargo, no debe dudarse en absoluto que, si algo fue antes, fue hecho por Dios lo que fue, y que ahora fue hecha por Dios para que sea un alma viva: o no fue nada, o esto que es no fue. Pero aquella parte, en la que buscábamos como si fuera su materia de la que fue hecha, ya la hemos tratado suficientemente.

CAPÍTULO XXII.---Si la razón causal del alma fue creada en los días del Génesis.

32. Ahora, si no fue en absoluto, debe investigarse cómo puede entenderse que se decía que su razón causal existía en las primeras obras de los seis días de Dios, cuando Dios hizo al hombre a su imagen, lo cual no se entiende correctamente sino según el alma. Sin embargo, se debe temer que, cuando decimos que Dios no creó entonces las mismas naturalezas y sustancias que habrían de ser, mientras creaba todo al mismo tiempo, sino ciertas razones causales de ellas futuras, se piense que decimos cosas vanas. Pues, ¿cuáles son estas razones causales, según las cuales ya se podría decir que Dios hizo al hombre a su imagen, cuyo cuerpo aún no había formado del limo, al cual aún no había hecho alma soplando? Y aunque del cuerpo humano hubiera alguna razón oculta, por la cual habría de formarse, había también materia de la cual formarse, es decir, tierra, en la cual puede verse que esa razón yacía como en semilla: pero para hacer el alma, es decir, el soplo que sería el alma del hombre, ¿qué razón causal fue primeramente creada, cuando Dios dijo, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (lo cual no puede entenderse correctamente sino según el alma), si no había naturaleza donde fuera creada?

33. Pues si esta razón estaba en Dios, no en la criatura; entonces aún no estaba creada: ¿cómo entonces se dijo, Dios hizo al hombre a imagen de Dios (Gén. I, 26, 27)? Pero si ya estaba en la criatura, es decir, en aquellas cosas que Dios creó todas al mismo tiempo, ¿en qué criatura estaba? ¿en la espiritual, o en la corporal? Si en la espiritual, ¿hacía algo en los cuerpos del mundo, ya sean celestiales o terrestres? ¿O estaba en ella vacante antes de que el hombre

fuera creado en su propia naturaleza, como en el mismo hombre, ya llevando su propia vida, está latente y ociosa la razón de engendrar, que no opera sino a través del coito y la concepción? ¿O esa naturaleza de la criatura espiritual, en la cual estaba latente esta razón, no hacía nada de su obra? ¿Y para qué fue creada? ¿Para contener la razón del futuro alma humana, o de las futuras almas, como si no pudieran existir en sí mismas, sino en alguna criatura ya viviente con vida propia, como la razón de engendrar no puede estar sino en algunas naturalezas ya existentes y perfectas? Por lo tanto, se instituyó alguna criatura espiritual como madre del alma, en la cual está la razón del futuro alma, que no existe de allí, sino cuando Dios la hace para ser inspirada en el hombre. Pues ni del hombre crea y forma el feto de semilla o de la prole ya formada sino Dios, a través de la Sabiduría que alcanza en todas partes por su pureza, de modo que nada impuro se le acerca (Sab. VII, 24 y 25), mientras se extiende con fuerza de un extremo al otro, y dispone todas las cosas suavemente (Id. VIII, 1). Pero no sé cómo puede entenderse que se creó alguna criatura espiritual para esto solamente, que no se mencionaría en las condiciones de Dios hechas en esos seis días, cuando Dios se dice que hizo al hombre el sexto día, que aún no había hecho en su propia naturaleza, sino que aún estaba en razón causal en aquella criatura que no se mencionó. Pues más bien debió mencionarse ella misma, que así fue consumada, que no estaba aún por hacerse según la razón precedente de su causa.

CAPÍTULO XXIII.---Si la razón causal del alma fue insertada en la naturaleza angélica.

34. ¿O tal vez en la naturaleza de aquel día, que primero creó, si se entiende correctamente que ese día es el espíritu intelectual, Dios insertó esta razón causal del alma que había de hacerse, cuando el sexto día hizo al hombre a su imagen; fijando la causa y razón según la cual lo haría después de esos siete días; de modo que se crea que creó la razón causal del cuerpo humano en la naturaleza de la tierra, pero la del alma en la naturaleza de aquel día? Pero, ¿qué otra cosa se dice cuando se dice esto, sino que el espíritu angélico es como el padre del alma humana, si así está en él la razón precreada del alma humana, como en el hombre la de su futura prole: de modo que los padres de los cuerpos humanos sean los hombres, pero de las almas los ángeles, siendo el creador de las almas y cuerpos Dios, pero de los cuerpos de los hombres, de las almas de los ángeles; o del primer cuerpo de la tierra, y del primer alma de la naturaleza angélica, donde había prefigurado sus razones causales cuando primero hizo al hombre en aquellas cosas que creó todas al mismo tiempo; pero después ya los hombres de los hombres, cuerpo de cuerpo, alma de alma? Es duro decir esto, que el alma es hija de los ángeles o de los ángeles: pero mucho más duro, del cielo corporal; cuánto más, del mar y de la tierra. Mucho menos, por lo tanto, en alguna criatura corporal, se precreó la razón causal del alma, cuando Dios hizo al hombre a su imagen, antes de que lo formara de limo y lo animara con su soplo, si se cree absurdamente que precreó el alma causalmente en la naturaleza angélica.

CAPÍTULO XXIV.---Si el alma fue creada antes de ser insertada en el cuerpo.

35. Veamos, por lo tanto, si tal vez pueda ser verdad, lo cual ciertamente me parece más tolerable a la opinión humana, que Dios en aquellas primeras obras que creó todas al mismo tiempo, también creó el alma humana, que en su tiempo inspiraría a los miembros del cuerpo formado del limo, cuya razón creó causalmente en aquellas cosas creadas al mismo tiempo, según la cual se haría, cuando fuera necesario, el cuerpo humano. Pues ni aquello que se dijo, a su imagen, sino en el alma; ni aquello que se dijo, macho y hembra, sino en el cuerpo lo entendemos correctamente. Por lo tanto, créase, si ninguna autoridad de las Escrituras o razón de la verdad lo contradice, que el hombre fue hecho así el sexto día, de modo que la razón del cuerpo humano estaba causalmente en los elementos del mundo; pero el alma ya fue creada,

como el día fue creado primero, y creada permanecía oculta en las obras de Dios, hasta que en su tiempo, soplando, es decir, inspirando, la insertara en el cuerpo formado del limo.

CAPÍTULO XXV.---Si el alma existía fuera del cuerpo, si vino por su propio impulso al cuerpo.

36. Pero aquí surge nuevamente una cuestión no despreciable. Pues si ya estaba hecha el alma, y permanecía oculta, ¿dónde podría estar mejor que allí? ¿Qué fue entonces la causa para que el alma, viviendo inocentemente, fuera insertada en la vida de esta carne, en la cual pecando, ofendería al mismo que la creó; de donde justamente la seguiría la aflicción del trabajo y el tormento de la condenación? ¿O se debe decir que por su propia voluntad se inclinó a administrar el cuerpo, en la cual vida del cuerpo, ya que se puede vivir tanto justa como injustamente, lo que eligiera tendría, ya sea la recompensa de la justicia, o el castigo de la iniquidad, para que no sea contrario a aquella sentencia apostólica, que dice que los no nacidos no han hecho nada bueno ni malo (Rom. IX, 11)? Pues esa inclinación de la voluntad hacia el cuerpo, aún no es acción de justicia o iniquidad, de la cual se debe dar cuenta en el juicio de Dios, recibiendo cada uno según lo que haya hecho por el cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10). ¿Por qué entonces no se cree ya también aquello, que vino al cuerpo por el mandato de Dios; donde si quisiera actuar según su precepto, recibiría la recompensa de la vida eterna, y de la sociedad de los ángeles: pero si lo despreciara, sufriría las penas más justas, ya sea de trabajo prolongado, o de fuego eterno? ¿O porque esto mismo, haber obedecido a Dios queriéndolo, ya es ciertamente una buena acción, y será contrario a que los no nacidos no han hecho nada bueno ni malo?

CAPÍTULO XXVI.---Si el alma, si fue insertada en el cuerpo por su propio impulso, no fue presciente del futuro. Libre albedrío.

37. Si esto es así, confesaremos también que el alma no fue creada en ese género de cosas, para que fuera presciente de su futura obra, ya sea justa o injusta. Pues es increíble que pudiera inclinarse por su propia voluntad a la vida del cuerpo, si supiera que pecaría de tal manera en algunas cosas, que sería justamente castigada con un suplicio perpetuo. Ciertamente, el Creador es alabado justamente en todas las cosas que hizo todas muy buenas. Pues no solo debe ser alabado por aquellas a las que dio presciencia; cuando se le alaba justamente también porque creó a los animales, a los cuales la naturaleza humana es superior incluso en los que pecan. Pues la naturaleza del hombre es de Dios, no la iniquidad, con la que él mismo se envuelve usando mal el libre albedrío: lo cual, sin embargo, si no lo tuviera, en el orden de las cosas sería menos excelente. Pues se debe considerar al hombre viviendo justamente incluso sin ser presciente de lo futuro, y allí debe verse, la excelencia de la buena voluntad no se impide para vivir rectamente y agradar a Dios, porque vive ignorante del futuro por fe. Por lo tanto, quien no quisiera que existiera tal criatura en las cosas, contradice la bondad de Dios. Pero quien no quiere que sufra penas por sus pecados, es enemigo de la equidad.

CAPÍTULO XXVII.---El alma se inclina naturalmente hacia el cuerpo.

38. Pero si el alma se hace para ser enviada al cuerpo, se puede preguntar si, si no quisiera, sería obligada. Pero es mejor creer que esto lo quiere naturalmente, es decir, que se crea en ella la naturaleza para que lo quiera, como es natural para nosotros querer vivir: pero vivir mal ya no es de la naturaleza, sino de la voluntad perversa, que justamente es seguida por el castigo.

39. Por lo tanto, es inútil buscar de qué materia fue hecha el alma, si se puede entender correctamente que fue creada en aquellas primeras obras, cuando se hizo el día. Así como aquellas cosas que no existían fueron hechas, así también esta entre ellas. Y si hubo alguna materia moldeable, tanto corporal como espiritual, no obstante, esta misma no fue instituida sino por Dios, de quien son todas las cosas, que precedería a su formación no en el tiempo, sino en el origen, como la voz precede al canto; ¿qué se cree más congruentemente sino que el alma fue hecha de materia espiritual? CAPÍTULO XXVIII. — Dificultades cuando se dice que el alma de Adán no fue creada antes de ser inspirada en su cuerpo.

40. Pero si alguien no quiere pensar que fue hecha sino cuando ya fue inspirada en el cuerpo formado, que vea qué responde cuando se pregunta de dónde fue hecha. O bien dirá que Dios hizo o hace algo de la nada después de aquella consumación de sus obras; y debe considerar cómo explica que el hombre fue hecho a imagen de Dios el sexto día (lo cual no puede entenderse correctamente sino según el alma), es decir, en qué naturaleza fue hecha la razón causal de aquello que aún no existía: o dirá que el alma fue hecha no de la nada, sino de algo ya existente; y se esforzará en investigar cuál es esa naturaleza, si corporal o espiritual, según las cuestiones que hemos tratado anteriormente; permaneciendo también aquella dificultad, de modo que aún se pregunte en qué sustancia de las criaturas creadas en los seis días, hizo la razón causal del alma, que aún no había hecho de la nada o de algo.

41. Si quiere evitar esto de tal manera que diga que el hombre también fue hecho del barro el sexto día, pero que esto se recordó después recapitulando; que vea qué dice sobre la mujer, porque dijo: "macho y hembra los hizo, y los bendijo" (Gén. I, 27, 28). Y si responde que ella también fue hecha ese día del hueso del hombre, que considere cómo afirma que las aves fueron hechas el sexto día, las cuales fueron llevadas a Adán, cuando la Escritura insinúa que todo tipo de aves fue creado el quinto día de las aguas; también el sexto día los árboles que fueron plantados en el paraíso, cuando la misma Escritura atribuye este género de criatura al tercer día. Considere también las palabras, qué significa: "Hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer"; como si aquellos que la tierra había hecho brotar el tercer día no fueran hermosos a la vista y buenos para comer, cuando en estas obras Dios hizo todo muy bueno: qué significa también: "Formó Dios de la tierra todas las bestias del campo y todas las aves del cielo" (Gén. II, 19); como si no hubieran sido todas aquellas que fueron producidas primero, o más bien ninguna antes había sido producida. Pues no se dijo: "Y formó Dios de la tierra las demás bestias del campo y las demás aves del cielo", como si la tierra hubiera producido menos el sexto día o el agua el quinto día; sino que dijo: "todas las bestias y todas las aves". Considere también cómo Dios hizo todo en seis días; primero, el mismo día; segundo, el firmamento; tercero, la apariencia del mar y la tierra, y de la tierra la hierba y los árboles; cuarto, las luminarias y las estrellas; quinto, los animales del agua; sexto, los de la tierra; y después se dice: "Cuando se hizo el día, Dios hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo": cuando al hacerse el día, no hizo sino el mismo día. Cómo también hizo toda planta del campo antes de que estuviera sobre la tierra, y toda hierba antes de que brotara (Gén. II, 4, 5). Pues entonces se hizo cuando brotó, no antes de que brotara, ¿quién no lo diría, si no fuera por las palabras de la Escritura? Recuerde también que está escrito: "El que vive eternamente, creó todas las cosas a la vez" (Eclo. XVIII, 1); y vea cómo pueden decirse creadas a la vez, aquellas cuya creación dista en espacios temporales, no solo de horas, sino también de días. También debe mostrar cómo ambas cosas son verdaderas, lo que puede parecer contrario, que Dios descansó el séptimo día de todas sus obras, como dice el libro del Génesis (Gén. II, 2), y que hasta ahora trabaja, como dice el Señor (Juan V, 17). Considere también cómo lo que se dice consumado, se dice también comenzado.

42. Por todos estos testimonios de la divina Escritura, que nadie duda que es veraz sino el infiel o impío, hemos sido llevados a la sentencia de que dijéramos que Dios desde el principio del mundo creó primero todas las cosas a la vez, algunas con las naturalezas ya creadas, otras con causas precreadas; así como el omnipotente hizo no solo las presentes, sino también las futuras, y de esas obras descansó, para que con su administración y gobierno creara también los órdenes de los tiempos y de las cosas temporales: quien las había consumado por la terminación de todos los géneros, y las había comenzado por la propagación de los siglos, para que por las consumadas descansara, y por las comenzadas hasta ahora trabajara. Pero si estas cosas pueden entenderse mejor, no solo no me opongo, sino que también lo apoyo.

43. Sin embargo, ahora sobre el alma, que Dios inspiró al hombre soplando en su rostro, no confirmo nada, sino que es de Dios de tal manera que no es sustancia de Dios; y es incorpórea, es decir, no es cuerpo, sino espíritu; no engendrada de la sustancia de Dios, ni procedente de la sustancia de Dios, sino hecha por Dios; ni hecha de tal manera que en su naturaleza se convierta en alguna naturaleza de cuerpo o de alma irracional; y por lo tanto, de la nada: y que es inmortal según un cierto modo de vida, que de ninguna manera puede perder; según una cierta mutabilidad, por la cual puede hacerse mejor o peor, no sin razón también puede entenderse mortal; porque la verdadera inmortalidad solo la tiene aquel de quien propiamente se ha dicho: "El único que tiene inmortalidad" (I Tim. VI, 16). Las demás cosas que he dicho en este libro discutiendo, sirvan al lector para que o bien sepa cómo deben buscarse sin temeridad de afirmar aquellas cosas que la Escritura no habla abiertamente; o, si no le agrada este modo de búsqueda, sepa cómo he buscado yo, para que si puede enseñarme no lo rechace, si no puede, busque conmigo de quién ambos aprendamos.

LIBRO OCTAVO. Sobre lo que se lee en Gén. 2, vers. 8: "Y plantó Dios un paraíso en Edén", etc., hasta aquello, vers. 17: "Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comeréis de él", etc.

CAPÍTULO PRIMERO. — El paraíso plantado en Edén debe entenderse tanto propiamente como figuradamente.

1. Y plantó Dios un paraíso en Edén al oriente, y puso allí al hombre que había formado. No ignoro que muchos han dicho muchas cosas sobre el paraíso; sin embargo, hay tres opiniones generales sobre este asunto. Una de aquellos que quieren entender el paraíso solo corporalmente: otra de aquellos que solo espiritualmente; la tercera de aquellos que entienden el paraíso de ambas maneras; a veces corporalmente, a veces espiritualmente. Brevemente, confieso que me agrada la tercera opinión. Según esta, he asumido ahora hablar del paraíso, lo que el Señor se dignará conceder, para que el hombre hecho del barro, que ciertamente es el cuerpo humano, se entienda colocado en un paraíso corporal: para que así como el mismo Adán, aunque significa algo más según lo que el Apóstol dijo que era figura del futuro (Rom. V, 14), sin embargo, se entiende expresado en su propia naturaleza, quien vivió un cierto número de años, y murió con una numerosa descendencia, como mueren los demás hombres, aunque no como los demás nacido de padres, sino que como era necesario al principio fue hecho de la tierra; así también el paraíso, en el que Dios lo colocó, se entienda como un lugar, ciertamente una tierra donde habitaría el hombre terrenal.

2. La narración en estos libros no es del género de locución de cosas figuradas, como en el Cantar de los Cantares, sino completamente de cosas realizadas, como en los libros de los Reyes y otros semejantes. Pero porque allí se dicen cosas que el uso de la vida humana tiene muy conocidas, no es difícil, más bien es muy fácil, entenderlas primero literalmente, para

que luego de ellas se extraiga qué significaron también las cosas realizadas en cuanto a los futuros: pero aquí, porque se dicen cosas que no ocurren a los que miran el curso habitual de la naturaleza, algunos no quieren entenderlas propiamente, sino figuradamente; y quieren comenzar la historia, es decir, la narración de cosas propiamente realizadas, desde el punto en que Adán y Eva, expulsados del paraíso, se unieron y engendraron. Como si fuera habitual para nosotros, o que vivieron tantos años, o que Enoc fue trasladado, o que una anciana y estéril dio a luz, y otras cosas semejantes.

3. Pero, dicen, es diferente la narración de hechos maravillosos, de la de las criaturas instituidas. Pues allí esas mismas cosas inusuales muestran que hay modos de las cosas como naturales, y otros de los milagros, que se llaman maravillas; pero aquí se insinúa la misma institución de las naturalezas. A lo que se responde, pero por eso son inusuales, porque son primeras. Pues ¿qué hay tan sin ejemplo y sin igual hecho en la constitución de las cosas mundanas como el mundo? ¿Acaso por eso no se debe creer que Dios hizo el mundo, porque ya no hace mundos; o que no hizo el sol, porque ya no hace soles? Y esto no sobre el paraíso, sino sobre el mismo hombre debió responderse a los perturbados: ahora bien, como creen que él mismo fue hecho por Dios de tal manera que ningún otro fue hecho así; ¿por qué no quieren creer que el paraíso fue hecho de la manera en que ahora ven que los bosques se hacen?

4. Hablo, pues, a aquellos que siguen la autoridad de estas Escrituras: pues algunos de ellos no quieren entender el paraíso propiamente, sino figuradamente. Porque aquellos que se oponen totalmente a estas Escrituras, ya hemos tratado con ellos de otra manera (Lib. de Gen. cont. Manich.): aunque también defendemos esto en esta misma obra nuestra, en la medida de nuestras fuerzas, de tal manera que aquellos que no creen estas cosas movidos razonablemente, por un ánimo obstinado o torpe, se niegan a creerlas, no encuentren sin embargo ninguna razón por la cual puedan demostrar que son falsas. Pero estos nuestros que tienen fe en estos Libros divinos, y no quieren entender el paraíso según la propiedad de la letra, un lugar ciertamente muy agradable sombreado por bosques fructíferos, y grande y fecundo por una gran fuente, cuando ven que ninguna obra humana hace crecer tantos y tan grandes bosques por la obra oculta de Dios; me sorprende cómo creen que el mismo hombre fue hecho de la manera en que nunca lo han visto. O si él mismo también debe entenderse figuradamente, ¿quién engendró a Caín, y Abel, y Set? ¿O también ellos fueron solo figuradamente, no también hombres nacidos de hombres? Por lo tanto, que consideren de cerca hacia dónde tiende esta presunción, y se esfuercen con nosotros en aceptar todo lo que se narra como realizado en la expresión de la propiedad. Pues ¿quién no les favorecerá después entendiendo qué también estas cosas advierten en significación figurada, ya sea de las mismas naturalezas o afectos espirituales, o también de las cosas futuras? Ciertamente, si de ninguna manera pudieran, sin comprometer la fe de la verdad, entenderse estas cosas que se nombran corporalmente aquí, también corporalmente; ¿qué otra cosa quedaría, sino que más bien entendamos que fueron dichas figuradamente, que culpar impiamente la Escritura santa? Sin embargo, si no solo no impiden, sino que también afirman más sólidamente la narración del divino discurso estas cosas entendidas también corporalmente; no habrá, creo, nadie tan pertinazmente infiel, que cuando vea que están expuestas según la regla de la fe propiamente, prefiera permanecer en su antigua opinión, si acaso le había parecido que solo podían entenderse figuradamente.

CAPÍTULO II. — Por qué en otra ocasión expuso el Génesis según la alegoría contra los maniqueos.

5. Pues yo también contra los maniqueos, que erran no aceptando estas Escrituras del Antiguo Testamento como deben, sino rechazándolas y blasfemándolas totalmente, escribí dos libros en el tiempo reciente de mi conversión; queriendo rápidamente refutar sus delirios, o elevar su intención a buscar en las Escrituras que odian, la fe cristiana y evangélica. Y porque entonces no me ocurría todo cómo podrían entenderse propiamente, y más bien parecía que no podían entenderse, o apenas podían o difícilmente; para no retrasarme, expliqué con la mayor brevedad y claridad posible qué significaban figuradamente aquellas cosas que no pude encontrar literalmente, para que no desanimados por una larga lectura o por la oscuridad de la discusión, no se preocuparan por tomarlas en sus manos. Sin embargo, recordando lo que principalmente quise y no pude, que no figuradamente sino propiamente se entendieran primero todas las cosas, y no desesperando totalmente de que también así pudieran entenderse, lo puse así en la primera parte del segundo libro. Ciertamente, digo, quien quiera entender todo lo que se ha dicho según la letra, es decir, no de otra manera que como suena la letra, y puede evitar las blasfemias, y predicar todo lo que es congruente con la fe católica; no solo no debe envidiársele, sino que debe considerarse un intérprete principal y muy laudable. Pero si no se da ninguna salida, para que piadosa y dignamente de Dios se entiendan las cosas que están escritas, a menos que creamos que fueron dichas figuradamente y en enigmas; teniendo la autoridad apostólica, por la cual tantos enigmas de los libros del Antiguo Testamento se resuelven, mantengamos el modo que intentamos, con la ayuda de aquel que nos exhorta a pedir, buscar y llamar (Mat. VII, 7): para que expliquemos todas estas figuras de las cosas según la fe católica, ya sea que pertenezcan a la historia, ya sea que pertenezcan a la profecía; no prejuzgando un mejor y más diligente tratamiento, ya sea por nosotros, ya sea por otros, a quienes el Señor se digna revelar (De Gen. contra Manich. lib. 2, cap. 2). Esto dije entonces. Ahora, sin embargo, porque el Señor quiso que al mirar y considerar estas cosas más diligentemente, no en vano, según creo, pensara que también por mí pueden mostrarse escritas según la propiedad, no según la locución alegórica, como hemos podido mostrar lo que está arriba, así también investiguemos lo que sigue sobre el paraíso.

CAPÍTULO III. — De vers. 8 y 9, donde nuevamente sobre la creación del árbol.

6. Plantó, pues, Dios un paraíso en las delicias (esto es en Edén) al oriente, y puso allí al hombre que había formado. Pues así está escrito, porque así fue hecho. Luego recapitula, para mostrar cómo fue hecho esto mismo que brevemente puso; esto es, cómo Dios plantó el paraíso, y allí colocó al hombre que había formado. Pues así sigue: "Y Dios hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista, y bueno para comer". No dijo, "Y Dios hizo brotar de la tierra otro árbol o el resto de los árboles"; sino que dijo: "Hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista, y bueno para comer". Ya, pues, la tierra había producido todo árbol hermoso a la vista, y bueno para comer, esto es, el tercer día: pues el sexto día había dicho: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra; y todo árbol fructífero, que tiene en sí fruto de semilla, que os será para comer" (Gén. I, 29). ¿Acaso, pues, les dio entonces otra cosa, quiso darles ahora otra cosa? No lo creo: sino que de estos géneros están instituidos estos árboles en el paraíso, que ya la tierra había producido el tercer día, aún los produjo en su tiempo: porque entonces, lo que está escrito, que la tierra los había producido, fue hecho causalmente en la tierra; esto es, porque entonces había recibido la virtud de producirlos, con la cual virtud ahora también la tierra produce tales cosas manifiestamente y en su tiempo.

7. Las palabras de Dios el sexto día diciendo: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra", y las demás, no son palabras pronunciadas con voz sonora o temporal, sino como en su Verbo está la potencia de crear. Decir, pues, a los hombres, qué dijo Dios sin sonidos temporales, no pudo sino a través de sonidos temporales.

Pues era futuro que el hombre ya formado del barro, y animado por su soplo, y todo lo que de él hubiera surgido de la raza humana, usara de ellos para comer, que sobre la tierra iban a brotar de aquella virtud de generar, que la tierra ya había recibido. Cuyas razones causales futuras, al crear en la criatura, hablaba como si ya existiera, con la verdad interna e íntima, que ni ojo vio, ni oído oyó, pero su Espíritu reveló al que escribe.

CAPÍTULO IV. — De la otra parte del vers. 9, el árbol de la vida y que fue realmente creado, y simbolizó la sabiduría.

8. Es necesario considerar con mayor atención lo que sigue: "Y el árbol de la vida en medio del paraíso, y el árbol del conocimiento del bien y del mal", para que no nos veamos obligados a interpretarlo alegóricamente, como si estos árboles no hubieran existido, sino que significaran otra cosa bajo el nombre de árbol. Pues se ha dicho de la sabiduría: "Es árbol de vida para los que la abrazan" (Prov. III, 18). Sin embargo, aunque Jerusalén es eterna en los cielos, también en la tierra se fundó una ciudad que la simbolizara; y Sara y Agar, aunque significaban dos Testamentos, eran también dos mujeres (Gál. IV, 24-26); y aunque Cristo nos riega con el flujo espiritual a través de la pasión del madero, también existió la roca que, golpeada con un madero, manó agua para el pueblo sediento, de la cual se diría: "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4). Todas esas cosas significaron algo distinto de lo que eran, pero también existieron corporalmente. Y cuando fueron mencionadas por el narrador, no era un lenguaje figurado, sino una narración expresa de cosas cuya prefiguración era simbólica. Por lo tanto, también existía el árbol de la vida, al igual que la roca era Cristo: Dios no quiso que el hombre viviera en el paraíso sin los misterios de las cosas espirituales presentadas corporalmente. Así, en los demás árboles tenía alimento, pero en ese tenía un sacramento; ¿qué significaba sino la sabiduría, de la cual se ha dicho: "Es árbol de vida para los que la abrazan"? De la misma manera que de Cristo se diría: "La roca que mana es para los que tienen sed de ella". Con razón se llama así a lo que precedió para significarlo. Él es el cordero que se inmola en la Pascua; sin embargo, aquello no solo se figuraba diciendo, sino también haciendo. Pues aquella oveja no era no-oveja; ciertamente era oveja, y se sacrificaba y se comía (Éxod. XII, 3-11); y sin embargo, con ese hecho verdadero, también se figuraba algo más. No como aquel becerro cebado, que fue sacrificado para el banquete del hijo menor que regresaba (Luc. XV, 23). Allí, en efecto, la narración misma es de figuras, no una significación figurada de cosas realizadas. Pues no lo narró el evangelista, sino el mismo Señor: el evangelista narró que el Señor lo había narrado. Por lo tanto, lo que narró el evangelista, también se hizo; a saber, que el Señor habló tales cosas: pero la narración del Señor fue una parábola, de la cual nunca se exige que se muestren realizadas literalmente las cosas que se expresan en palabras. Cristo es también la piedra ungida por Jacob (Gén. XXVIII, 18), y la piedra rechazada por los constructores, que se ha convertido en la piedra angular (Sal. CXVII, 22): pero aquello también se hizo en hechos, mientras que esto solo se predijo en figuras. Pues aquello lo escribió el narrador de cosas pasadas, esto solo el anunciador de cosas futuras.

CAPÍTULO V. ---Sobre el mismo árbol de la vida, que fue tanto figura como realidad verdadera.

9. Así también la Sabiduría, el mismo Cristo, es el árbol de la vida en el paraíso espiritual, al cual envió desde la cruz al ladrón (Luc. XXIII, 43): pero fue creado, para significarlo, el árbol de la vida también en el paraíso corporal; porque lo dijo aquella Escritura que, narrando cosas realizadas en sus tiempos, también narró que el hombre fue hecho corporalmente y establecido allí viviendo en cuerpo. O si alguien piensa que las almas, cuando se separan del

cuerpo, están contenidas en lugares corporalmente visibles, aunque estén sin cuerpo, que defienda su opinión: no faltarán quienes así lo apoyen, hasta el punto de afirmar que aquel rico sediento estaba en un lugar corporal, y no dudarán en proclamar que el alma misma es completamente corpórea, debido a la lengua seca y la gota de agua deseada del dedo de Lázaro (Id. XVI, 24), con quienes yo no me enfrento temerariamente en una cuestión tan grande. Pues es mejor dudar de lo oculto que litigar sobre lo incierto. No dudo que aquel rico debe ser entendido en el ardor de los castigos y aquel pobre en el refrigerio de los gozos. Pero cómo debe entenderse aquella llama del infierno, aquel seno de Abraham, aquella lengua del rico, aquel dedo del pobre, aquella sed del tormento, aquella gota de refrigerio, tal vez apenas se encuentra por quienes buscan con mansedumbre, pero nunca por quienes disputan con contención. Sin duda, debe responderse rápidamente, para que esta profunda cuestión, que requiere muchas palabras, no nos retrase: Si las almas están contenidas en lugares corporales, incluso despojadas de cuerpos; pudo aquel ladrón ser introducido en aquel paraíso donde estuvo el cuerpo del primer hombre; para que, en un lugar más adecuado de las Escrituras, si alguna necesidad lo exige, también sobre este asunto podamos, de alguna manera, expresar lo que queramos investigar o considerar.

10. Ahora bien, no dudo, ni creo que nadie dude, que la sabiduría no es un cuerpo, y por lo tanto tampoco un árbol: pero que pudo ser significada por un árbol, es decir, por una criatura corporal, como un sacramento en el paraíso corporal, no lo cree quien o no ve tantos sacramentos corporales de cosas espirituales en las Escrituras, o sostiene que el primer hombre no debió vivir con algún sacramento de este tipo; cuando el Apóstol dice incluso de lo que se dijo de la mujer, que creemos que fue hecha de su costado: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne" (Gén. II, 24); es un gran sacramento en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 31, 32). Sin embargo, es sorprendente y casi intolerable cómo quieren que el paraíso sea dicho figuradamente, y no quieren que también haya sido hecho figuradamente. Si conceden que, como en el caso de Agar y Sara, como en el de Ismael e Isaac, estas cosas también fueron hechas y, sin embargo, también figuradas; no veo por qué no admiten que el árbol de la vida fue realmente un árbol, y sin embargo simbolizaba la sabiduría.

11. También añadido que, aunque era un alimento corporal, aquel árbol proporcionaba tal sustento que el cuerpo del hombre se mantenía con una salud estable, no como con otro alimento, sino con alguna inspiración oculta de salubridad. Pues aunque el pan común es habitual, sin embargo, tuvo algo más aquel del cual Dios, con una sola torta, libró al hombre de la necesidad de hambre durante un período de cuarenta días (III Reg. XIX, 8). ¿O acaso dudaremos en creer que, por el alimento de algún árbol, por la gracia de una significación más elevada, Dios proporcionó al hombre que su cuerpo no se deteriorara ni por enfermedad ni por edad, ni siquiera cayera en decadencia; quien otorgó al mismo alimento humano un estado tan maravilloso, que en vasijas de barro la harina y el aceite que se agotaban alimentaron, y no se agotaron (Id. XVII, 16)? Ahora bien, que alguien del tipo de los contenciosos se levante y diga que Dios debió hacer tales milagros en nuestras tierras, pero no debió hacerlo en el paraíso: como si no hubiera hecho allí un milagro mayor al crear al hombre del polvo o a la mujer del costado del hombre, que al resucitar muertos aquí.

CAPÍTULO VI.---El árbol del conocimiento del bien y del mal, un árbol verdadero e inofensivo. Obediencia. Desobediencia.

12. Procedamos a considerar el árbol del conocimiento del bien y del mal. Sin duda, este también era un árbol visible y corporal, como los demás árboles. Por lo tanto, no hay duda de que era un árbol; pero debemos investigar por qué recibió este nombre. Sin embargo, cuanto

más lo considero, no puedo expresar cuánto me agrada la opinión de que aquel árbol no era nocivo como alimento; pues quien había hecho todo muy bueno (Gén. I, 31), no había establecido nada malo en el paraíso: pero el mal para el hombre fue la transgresión del mandamiento. Sin embargo, era necesario que el hombre, puesto bajo el dominio de Dios, fuera prohibido de algo, para que la virtud de merecer a su Señor fuera la misma obediencia, que puedo decir con toda verdad que es la única virtud para toda criatura racional que actúa bajo el poder de Dios; y el primer y mayor vicio es el deseo de usar su propio poder, cuyo nombre es desobediencia. Por lo tanto, el hombre no tendría conciencia ni sentiría que tenía un Señor, a menos que se le ordenara algo. Así que aquel árbol no era malo, sino que se llamó árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si el hombre comía de él después de la prohibición, en él se realizaría la transgresión del mandamiento, en la cual el hombre aprendería por la experiencia del castigo la diferencia entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia. Por lo tanto, esto no debe entenderse figuradamente, sino que debe aceptarse como un árbol verdadero; al cual no se le dio el nombre por el fruto o la semilla que producía, sino por el hecho mismo que seguiría al tocarlo contra el mandato.

CAPÍTULO VII.---Sobre los versículos 10, 11, 13 y 14; allí deben aceptarse verdaderos ríos. El Tíber antes Abula. El Nilo, que antes era Geón. El Ganges, que antes era Fisón.

13. Un río salía de Edén, que regaba el paraíso, y de allí se dividía en cuatro partes. A uno de ellos se le llama Fisón; este es el que rodea toda la tierra de Evilat, donde hay oro: el oro de esa tierra es bueno, y allí hay carbunclo y piedra prásina. Y el nombre del segundo río es Geón; este es el que rodea toda la tierra de Etiopía. El tercer río es el Tigris; este es el que fluye frente a los asirios. El cuarto río es el Éufrates. Sobre estos ríos, ¿por qué debería esforzarme más en confirmar que son verdaderos ríos, y no dichos figuradamente como si solo significaran algo sus nombres, cuando son bien conocidos en las regiones por las que fluyen y son famosos entre casi todas las naciones? Más bien, dado que se sabe que son verdaderamente así (pues la antigüedad cambió los nombres de dos de ellos, como el río que antes se llamaba Albula ahora se llama Tíber; Geón es el que ahora se llama Nilo; Fisón era el que ahora llaman Ganges; pero los otros dos, Tigris y Éufrates, han mantenido sus nombres antiguos), debemos ser advertidos de que también debemos aceptar las demás cosas en primer lugar según la propiedad de la letra, no pensar en ellas como un lenguaje figurado, sino en las cosas mismas que se narran así y que también significan algo. No porque no pudiera una parábola de lenguaje asumir algo de una cosa que no se sabe que exista propiamente, como cuando el Señor habla de aquel que descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones (Luc. X, 30): ¿quién no siente y claramente ve que es una parábola, y que todo ese lenguaje es figurado? Sin embargo, las dos ciudades que se nombran allí, hoy se muestran en sus lugares propios. Pero de esta manera aceptaríamos también estos cuatro ríos, si las demás cosas que se narran del paraíso nos obligaran a aceptarlas no propiamente sino figuradamente: pero ahora, cuando no hay razón para prohibirnos entender primero las cosas mismas propiamente, ¿por qué no seguimos más bien la autoridad de la Escritura simplemente en la narración de hechos, entendiendo primero los hechos verdaderamente realizados, y luego investigando lo que significan?

14. ¿O nos moveremos por el hecho de que se dice de estos ríos que las fuentes de algunos son conocidas y las de otros completamente desconocidas, y por eso no puede aceptarse literalmente que se dividen de un solo río del paraíso? Cuando más bien debe creerse que, dado que el lugar mismo del paraíso está remotísimo del conocimiento humano, de allí se dividen las cuatro partes de las aguas, como lo testifica la Escritura más fiel; pero esos ríos, cuyas fuentes se dicen ser conocidas, en algún lugar han ido bajo tierra, y después de largos tramos de regiones han surgido en otros lugares, donde se dice que son conocidas como en

sus fuentes. Pues, ¿quién ignora que algunas aguas suelen hacer esto? Pero esto se sabe donde no corren mucho tiempo bajo tierra. Así que un río salía de Edén, es decir, del lugar de las delicias, y regaba el paraíso, es decir, todos los árboles hermosos y fructíferos que sombreaban toda la tierra de esa región.

CAPÍTULO VIII.---Sobre el versículo 15; si el hombre fue puesto en el paraíso para dedicarse a la agricultura.

15. Y tomó el Señor Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso, para que lo trabajara y lo guardara. Y el Señor Dios mandó a Adán, diciendo: De todo árbol que hay en el paraíso comerás; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás de él. El día que comas de él, morirás. Cuando anteriormente dijo brevemente que Dios había plantado el paraíso y había establecido allí al hombre que había formado, recapituló para narrar cómo se estableció el paraíso. Ahora, pues, también recapitulando, recordó cómo Dios puso allí al hombre que había hecho. Veamos, entonces, qué significa lo que se dijo: "para que lo trabajara y lo guardara". ¿Qué trabajara y qué guardara? ¿Acaso el Señor quiso que el primer hombre trabajara en la agricultura? ¿O no es creíble que lo condenara al trabajo antes del pecado? Así lo pensaríamos, si no viéramos a algunos dedicarse a la agricultura con tanto placer del alma, que para ellos es un gran castigo ser apartados de ella. Por lo tanto, cualquier deleite que tenga la agricultura, entonces ciertamente era mucho mayor, cuando nada adverso ocurría, ni en la tierra ni en el cielo. No había aflicción del trabajo, sino alegría de la voluntad, cuando lo que Dios había creado, con la ayuda del trabajo humano, prosperaba más alegre y abundantemente; por lo cual el mismo Creador era más abundantemente alabado, quien había dado a la mente en el cuerpo animal la razón de trabajar, y la facultad, tanto como bastara a la voluntad del alma, no cuanto la necesidad del cuerpo lo obligara a la fuerza.

16. Pues, ¿qué espectáculo más grande y maravilloso hay, o dónde puede la razón humana, de alguna manera, hablar con la naturaleza de las cosas, que cuando, al poner semillas, plantar esquejes, trasplantar arbolitos, injertar brotes, se interroga, por así decirlo, qué puede y qué no puede cada fuerza de raíz y brote; de dónde puede, de dónde no puede; qué vale en ella la invisible e interior potencia de los números, qué la diligencia aplicada externamente: y en esa misma consideración percibir que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7); porque también esa obra que se añade externamente, se añade por aquel que, sin embargo, creó, y que gobierna y ordena invisiblemente a Dios.

CAPÍTULO IX.---La obra de la agricultura alegóricamente.

17. De aquí ya se eleva el ojo de la mente al mismo mundo, como a un gran árbol de cosas, y en él también se encuentra la doble operación de la providencia, en parte natural, en parte voluntaria. Natural, ciertamente, por la oculta administración de Dios, que también da crecimiento a los árboles y hierbas; voluntaria, por las obras de los ángeles y los hombres. Según aquella primera, se ordenan superiormente las cosas celestiales, e inferiormente las terrenales; brillan los astros y las luminarias, se agitan las alternancias del día y la noche, la tierra fundada se inunda y rodea de aguas, el aire se extiende más alto, se conciben y nacen arbustos y animales, crecen y envejecen, mueren, y cualquier otra cosa que se lleva a cabo en las cosas por un movimiento interior y natural. En esta otra, se dan señales, se enseña y se aprende, se cultivan los campos, se administran las sociedades, se ejercen las artes, y cualquier otra cosa que se lleva a cabo ya sea en la sociedad celestial, ya sea en esta terrena y mortal, de tal manera que se consulta a los buenos incluso a través de los malos ignorantes. Y en el mismo hombre, esa misma doble potencia de la providencia prevalece: primero respecto

al cuerpo, naturalmente, es decir, por el movimiento por el cual se hace, crece, envejece; voluntariamente, por el cual se le provee para el sustento, el abrigo y la curación. De manera similar, respecto al alma, naturalmente se actúa para que viva, para que sienta; voluntariamente, para que aprenda, para que consienta.

18. Así como en el árbol la agricultura actúa externamente para que lo que se lleva a cabo internamente por la naturaleza prospere; así en el hombre, respecto al cuerpo, la medicina sirve externamente a lo que la naturaleza actúa internamente: y respecto al alma, para que la naturaleza se beatifique internamente, la doctrina se ministra externamente. Lo que es la negligencia de cultivar para el árbol, es la incuria de curar para el cuerpo, es la pereza de aprender para el alma: y lo que es el humor inútil para el árbol, es el alimento pernicioso para el cuerpo, es la persuasión de la iniquidad para el alma. Dios, por lo tanto, sobre todas las cosas, que creó todas las cosas, y gobierna todas las cosas, crea todas las naturalezas buenas, ordena todas las voluntades justamente. ¿Qué, entonces, se aparta de la verdad, si creemos que el hombre fue establecido en el paraíso para trabajar en la agricultura, no con trabajo servil, sino con honesto placer del alma? Pues, ¿qué obra más inocente para los que descansan, y qué más plena de gran consideración para los prudentes?

CAPÍTULO X.---Qué significa "Para que lo trabajara y lo guardara".

19. Pero, ¿qué guardara? ¿Acaso el mismo paraíso? ¿Contra quiénes? Ciertamente no se temía ningún invasor vecino, ningún perturbador de límites, ningún ladrón, ningún agresor. ¿Cómo, entonces, entenderemos que el paraíso corporal pudo ser guardado corporalmente por el hombre? Pero tampoco dijo la Escritura: "Para que trabajara y guardara el paraíso"; sino: "Para que lo trabajara y lo guardara". Aunque si se expresa más cuidadosamente del griego al pie de la letra, está escrito: "Y tomó el Señor Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso para que lo trabajara y lo guardara". Pero si puso al mismo hombre a trabajar, esto es lo que entendió quien tradujo "para que lo trabajara"; o al mismo paraíso a trabajar, es decir, para que el hombre trabajara el paraíso, suena ambiguo: y parece exigir más la locución que no se diga "Trabajara el paraíso", sino "en el paraíso".

20. Sin embargo, no sea que se haya dicho "Para que trabajara el paraíso", como se dijo anteriormente "No había hombre que trabajara la tierra" (pues es la misma locución, trabajar la tierra, que trabajar el paraíso); tratemos la sentencia ambigua en ambos sentidos. Pues si no es necesario que entendamos "Guardar el paraíso", sino "en el paraíso"; ¿qué, entonces, guardar en el paraíso? Pues ya hemos discutido, según parece, qué trabajar en el paraíso. ¿O para que lo que trabajara en la tierra a través de la agricultura, lo guardara en sí mismo a través de la disciplina; es decir, para que así como el campo le obedecía al cultivarlo, así también él obedeciera a su Señor que le mandaba, para que, habiendo recibido el mandamiento, diera el fruto de la obediencia, no las espinas de la desobediencia? Finalmente, puesto que no quiso guardar en sí mismo la semejanza del paraíso cultivado por él, condenado recibió un campo semejante a él: "Espinas y cardos te producirá" (Gén. III, 18).

21. Si entendemos que el hombre debía trabajar y guardar el paraíso, podría trabajar en él, como dijimos antes, mediante la agricultura; pero guardarlo no contra malvados o enemigos, que no existían, sino quizás contra las bestias. ¿Cómo sería esto? ¿O por qué? ¿Acaso las bestias ya atacaban al hombre, lo cual no sucedería sin pecado? Él mismo, de hecho, les puso nombres a todas las bestias que le fueron llevadas, como se menciona después; él también, el sexto día, recibió alimentos comunes con todos por la ley de la palabra de Dios. O si ya había algo que temer de las bestias, ¿cómo podría un solo hombre proteger ese paraíso? Pues no era

un lugar pequeño, el cual un gran manantial regaba. Él debería guardarlo, si pudiera fortificar el paraíso con una muralla tan grande que la serpiente no pudiera entrar: pero es extraño si antes de fortificarlo, pudiera excluir a todas las serpientes de allí.

22. Por lo tanto, ¿por qué pasamos por alto el entendimiento? El hombre fue puesto en el paraíso para trabajarlo, como se discutió antes, mediante una agricultura no laboriosa, sino deliciosa, y que recordara a la mente prudente cosas grandes y útiles: y para que guardara el mismo paraíso para sí mismo, para no admitir nada por lo cual mereciera ser expulsado de allí. Finalmente, recibió también un mandamiento, para que mediante su cumplimiento guardara el paraíso para sí mismo, es decir, que al conservarlo no fuera expulsado de allí. Pues correctamente se dice que alguien no guardó lo suyo, cuando actuó de tal manera que lo perdió, aunque otro lo conserve, quien lo encontró o mereció recibirlo.

23. Hay otro sentido en estas palabras, que creo que no sin razón debe ser preferido, que Dios trabajara y guardara al mismo hombre. Pues así como el hombre trabaja la tierra, no para hacerla ser tierra, sino para que sea cultivada y fructífera: así Dios al hombre, mucho más, a quien Él mismo creó para que sea hombre, Él mismo lo trabaja para que sea justo, si el hombre no se aparta de Él por soberbia; esto es apostatar de Dios, lo que la Escritura llama el inicio de la soberbia: "El inicio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios" (Eclesiástico 10, 14). Porque Dios es el bien inmutable, pero el hombre es una cosa mutable tanto en el alma como en el cuerpo; a menos que se vuelva al bien inmutable, que es Dios, no puede ser formado para ser justo y feliz. Y por lo tanto, Dios, el mismo que crea al hombre para que sea hombre, Él mismo trabaja y guarda al hombre para que también sea bueno y feliz. Por lo tanto, con la misma expresión con la que se dice que el hombre trabaja la tierra, que ya era tierra, para que sea adornada y fecunda, se dice que Dios trabaja al hombre, que ya era hombre, para que sea piadoso y sabio, y lo guarda, porque el hombre por su propio poder en sí mismo, deleitándose en lo que está sobre él y despreciando su dominio, no puede estar seguro.

CAPÍTULO XI.---Por qué aquí se añade la expresión, Señor. Verdadero Señor.

24. Por lo tanto, no creo que sea en vano, sino que nos advierte de algo, y de algo grande, que desde el mismo comienzo de este libro divino, desde que comenzó así, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", hasta este lugar, nunca se ha puesto "Señor Dios"; sino solo "Dios": pero ahora, cuando se llegó al punto de colocar al hombre en el paraíso, y que mediante un mandamiento lo trabajara y guardara, la Escritura habló así: "Y tomó el Señor Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso para trabajarlo y guardarlo": no porque no fuera el Señor de las criaturas mencionadas anteriormente; sino porque esto no se escribía por los ángeles, ni por las otras cosas que fueron creadas, sino por el hombre, para advertirle cuánto le conviene tener al Señor Dios, es decir, vivir obedientemente bajo su dominio, en lugar de abusar licenciosamente de su propio poder, no quiso poner esto antes en ninguna parte, sino cuando se llegó al punto de colocarlo en el paraíso para trabajarlo y guardarlo: para que no dijera como todas las demás cosas anteriormente, "Y tomó Dios al hombre que había hecho"; sino que dijera, "Y tomó el Señor Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso para trabajarlo, para que fuera justo, y guardarlo, para que estuviera seguro, bajo su propio dominio, que no es útil para Él sino para nosotros. Pues Él no necesita de nuestra servidumbre, pero nosotros necesitamos de su dominio, para que nos trabaje y nos guarde; y por eso Él es el único verdadero Señor, porque no le servimos para su utilidad, sino para la nuestra y nuestra salvación. Pues si Él necesitara de nosotros, por eso mismo no sería un verdadero Señor, ya que su necesidad sería ayudada por nosotros, bajo la cual también Él serviría. Con razón dijo en el Salmo: "Dije al Señor, Tú eres mi Dios; porque no necesitas de

mis bienes" (Salmo 15, 2). Y no debe entenderse así lo que dijimos, que le servimos para nuestra utilidad y salvación, como si esperáramos de Él algo diferente a Él mismo, que es nuestra máxima utilidad y salvación. Pues así lo amamos gratuitamente según aquella voz: "Pero para mí, el bien es adherirme a Dios" (Salmo 72, 28).

CAPÍTULO XII.---El hombre no puede hacer nada bueno sin Dios. Alejamiento de Dios.

25. Pues el hombre no es algo tal que, una vez hecho, pueda hacer algo bueno por sí mismo, si lo abandona quien lo hizo; sino que toda su acción buena es volverse hacia aquel por quien fue hecho, y ser hecho justo, piadoso, sabio y feliz por Él siempre: no ser hecho y luego alejarse, como ser sanado por un médico del cuerpo y luego irse: porque el médico del cuerpo fue un operario externo, sirviendo a la naturaleza que opera internamente bajo Dios, quien obra toda salvación con aquella doble obra de providencia, de la que hablamos antes (Cap. 9). Por lo tanto, el hombre no debe volverse hacia el Señor de tal manera que, una vez hecho justo por Él, se aleje, sino de tal manera que siempre sea hecho por Él. Pues precisamente al no alejarse de Él, es justificado, iluminado y beatificado por su presencia, obrando y guardando Dios, mientras domina al obediente y sujeto.

26. Pues como decíamos, no es como el hombre trabaja la tierra, para que sea cultivada y fecunda, quien una vez que ha trabajado se va, dejándola ya arada, sembrada, regada, o lo que sea, permaneciendo la obra que se hizo, aunque el operario se haya ido, así Dios no obra al hombre justo, es decir, justificándolo, de tal manera que si se va, permanezca en el que se va lo que hizo: sino más bien como el aire no se hace luminoso por la presencia de la luz, sino que se hace; porque si se hiciera, y no se hiciera, también en ausencia de la luz permanecería luminoso; así el hombre es iluminado por la presencia de Dios, pero en su ausencia se oscurece inmediatamente; de quien no se aleja por distancias de lugares, sino por la aversión de la voluntad.

27. Por lo tanto, que Él obre y guarde al hombre bueno, quien es inmutablemente bueno. Siempre debemos ser hechos por Él, y siempre ser perfeccionados, adhiriéndonos a Él, y permaneciendo en esa conversión que es hacia Él, de quien se dice, "Pero para mí, el bien es adherirme a Dios"; y a quien se dice, "Guardaré mi fortaleza para ti" (Salmo 58, 10). Pues somos su hechura, no solo para ser hombres, sino también para ser buenos. Pues el Apóstol, cuando recomendaba la gracia por la cual fuimos salvados, a los fieles convertidos de la impiedad (Efesios 2, 8-10): "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". Y en otro lugar, cuando dijo, "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor"; para que no pensaran que debían atribuirlo a sí mismos, como si ellos mismos se hicieran justos y buenos, inmediatamente añadió: "Porque Dios es el que obra en vosotros" (Filipenses 2, 12, 13). Tomó, por lo tanto, el Señor Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso para trabajarlo, es decir, para obrar en él, y guardarlo.

CAPÍTULO XIII.---Por qué el hombre fue prohibido del árbol del conocimiento del bien y del mal.

28. Y mandó el Señor Dios a Adán, diciendo: "De todo árbol que hay en el paraíso, comerás para alimento; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás de él. Porque el día que comas de él, morirás". Si ese árbol tuviera algo malo, de lo cual Dios prohibió al hombre, parecería envenenado por la naturaleza de ese mismo mal para la muerte. Pero como todos los árboles en el paraíso fueron plantados buenos (Génesis 1, 12), quien hizo todo muy

bueno, y no había allí ninguna naturaleza de mal, porque en ninguna parte hay naturaleza de mal (lo cual discutiremos más detalladamente, si el Señor quiere, cuando comencemos a hablar de esa serpiente); del árbol que no era malo fue prohibido, para que la misma conservación del mandamiento fuera un bien para él, y la transgresión un mal.

29. Y no pudo ser mejor y más cuidadosamente recomendado cuánto mal es la sola desobediencia, cuando el hombre fue hecho culpable de iniquidad porque tocó aquello que, si no hubiera sido prohibido, no habría pecado. Pues quien dice, por ejemplo, "No toques esta hierba, si acaso es venenosa y anuncia la muerte", si la toca, sigue la muerte al despreciador del mandamiento; pero incluso si nadie lo hubiera prohibido, y él la hubiera tocado, igualmente habría muerto. Pues esa cosa sería contraria a su salud y vida, ya sea que se le prohibiera o no. Asimismo, cuando alguien prohíbe tocar algo, que no perjudicaría al que lo toca si no se prohibiera, ni a nadie más cuando sea tocado; ¿por qué se prohíbe, sino para mostrar el bien de la obediencia por sí misma, y el mal de la desobediencia por sí misma?

30. Finalmente, nada más fue deseado por el pecador, sino no estar bajo el dominio de Dios, cuando se cometió aquello en lo que, para que no se cometiera, solo debía atenderse la orden del que domina. Si solo se atendiera esa orden, ¿qué otra cosa se atendería sino la voluntad de Dios? ¿Qué otra cosa se amaría sino la voluntad de Dios? ¿Qué otra cosa se antepondría a la voluntad humana sino la voluntad de Dios? El Señor, ciertamente, vea por qué mandó; debe hacerse por el siervo lo que mandó, y entonces quizás se vea por el que merece por qué mandó. Pero para no buscar más tiempo la causa de este mandamiento, si esta misma es una gran utilidad para el hombre porque sirve a Dios, al mandar Dios hace útil lo que quiera mandar, de quien no se debe temer que pueda mandar lo que es inútil.

CAPÍTULO XIV.---De la experiencia del mal por el desprecio del mandamiento divino.

31. Y no puede ser que la propia voluntad no caiga sobre el hombre con un gran peso de ruina, si la exalta anteponiéndola a la voluntad superior. Esto lo experimentó el hombre al despreciar el mandamiento de Dios, y con esta experiencia aprendió qué diferencia había entre el bien y el mal, el bien de la obediencia, y el mal de la desobediencia, es decir, de la soberbia y la contumacia, de la imitación perversa de Dios y de la libertad nociva. Esto, sin embargo, en qué árbol pudo suceder, tomó su nombre de la misma cosa, como ya se dijo antes (Cap. 6). Pues el mal no lo sentiríamos sin experiencia, porque no habría ninguno si no lo hubiéramos hecho. Pues no hay ninguna naturaleza de mal, sino que la pérdida del bien ha tomado este nombre. Pues el bien inmutable es Dios: pero el hombre, en cuanto a su naturaleza, en la que Dios lo creó, es un bien, pero no inmutable como Dios. Pero el bien mutable, que está después del bien inmutable, se convierte en un bien mejor cuando se adhiere al bien inmutable, amando y sirviendo con voluntad racional y propia. Por eso, esta naturaleza también es de gran bien, porque también recibió esto, que puede adherirse a la naturaleza del bien supremo. Pero si no quiere, se priva del bien, y esto es para él un mal, del cual también por la justicia de Dios sigue el castigo. Pues ¿qué es tan injusto como que le vaya bien al desertor del bien? Y de ninguna manera puede ser que así sea: pero a veces no se siente el mal de la pérdida del bien superior, cuando se tiene lo que se amó como bien inferior. Pero es justicia divina que quien voluntariamente perdió lo que debió amar, pierda con dolor lo que amó, mientras el creador de las naturalezas es alabado en todas partes. Pues aún es un bien que duela la pérdida del bien: porque si no quedara algún bien en la naturaleza, no habría dolor por el bien perdido en el castigo.

32. Pero quien sin la experiencia del mal prefiere el bien, es decir, que antes de sentir la pérdida del bien, elige mantenerlo para no perderlo, debe ser alabado sobre todos los

hombres. Pero si esto no fuera de una alabanza singular, no se atribuiría a aquel niño, que hecho Emmanuel de la estirpe de Israel, Dios con nosotros (Mateo 1, 23), nos reconcilió con Dios, mediador entre los hombres y Dios (1 Timoteo 2, 5), Verbo con Dios, carne con nosotros (Juan 1, 1, 14), Verbo carne entre Dios y nosotros. Pues de él dice el profeta: "Antes de que el niño sepa el bien o el mal, despreciará la maldad para elegir el bien" (Isaías 7, 16, según la LXX). ¿Cómo desprecia o elige lo que no sabe, sino porque estas dos cosas se conocen de manera diferente por la prudencia del bien, y de manera diferente por la experiencia del mal? Por la prudencia del bien se conoce el mal, aunque no se sienta. Pues se mantiene el bien, para no sentir el mal por su pérdida. Asimismo, por la experiencia del mal se conoce el bien; porque siente lo que ha perdido, a quien le va mal por el bien perdido. Por lo tanto, antes de que el niño supiera por experiencia, ya sea el bien que le faltara, o el mal que sintiera por la pérdida del bien, despreciaba el mal para elegir el bien, es decir, no quiso perder lo que tenía, para no sentir al perder lo que no debía perder. Ejemplo singular de obediencia; pues no vino a hacer su voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió (Juan 6, 38): no como aquel que eligió hacer su voluntad, no la de aquel que lo hizo. Con razón, así como por la desobediencia de uno muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno muchos son constituidos justos (Romanos 5, 19); porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15, 22).

CAPÍTULO XV.---Por qué el árbol del conocimiento del bien y del mal se llama así.

33. Sin embargo, algunos se han agudizado inútilmente, cuando preguntan cómo pudo llamarse árbol del conocimiento del bien y del mal, antes de que el hombre transgrediera el mandamiento en él, y con esa misma experiencia conociera qué diferencia había entre el bien que perdió y el mal que admitió. Pues el árbol tomó tal nombre, para que al no tocarlo según la prohibición, se evitara lo que al tocarlo contra la prohibición se sentiría. Pues no porque comieron de él contra el mandamiento, por eso se hizo aquel árbol del conocimiento del bien y del mal; sino que ciertamente, incluso si hubieran sido obedientes, y no hubieran usurpado nada de él contra el mandamiento, se llamaría correctamente así, lo que les sucedería allí si lo usurparan. Así como si se llamara árbol de la saciedad, porque de él los hombres podrían saciarse; ¿acaso si nadie se acercara, por eso sería incongruente ese nombre? ya que cuando se acercaran y se saciaran, entonces probarían cuán correctamente se llamaba así aquel árbol.

CAPÍTULO XVI.---El hombre pudo entender qué era el mal antes de experimentarlo.

34. Y ¿cómo, dicen, entendería el hombre lo que se le decía del árbol del conocimiento del bien y del mal, cuando no sabía en absoluto qué era el mal? Quienes piensan esto poco atienden a cómo muchas cosas desconocidas se entienden por los contrarios conocidos, de modo que incluso las palabras de cosas que no son, cuando se interponen en el discurso, ningún oyente se confunde. Pues esto que no es en absoluto, se llama nada; y estas dos sílabas nadie no entiende, quien escucha y habla latín. ¿De dónde, sino cuando el sentido contempla lo que es, y por su privación, como contrario, se reconoce también lo que no es? Así también cuando se dice vacío, contemplando la plenitud del cuerpo, por su privación, como contrario, entendemos lo que se dice vacío; así como con el sentido del oído juzgamos no solo sobre las voces, sino también sobre el silencio: así por la vida que estaba en el hombre, podía evitar su contrario, es decir, la privación de la vida que se llama muerte; y la misma causa por la cual perdería lo que amaba, es decir, cualquier hecho suyo por el cual perdiera la vida, con cualquier sílaba que se llamara, como cuando se dice en latín pecado o mal, lo entendería como un signo de lo que discerniría con la mente. Pues ¿cómo entendemos cuando se dice resurrección, que nunca hemos experimentado? ¿No es porque sentimos lo que es vivir, y llamamos muerte a la privación de eso, de donde el regreso a lo que sentimos,

llamamos resurrección? y si con cualquier otro nombre en cualquier lengua se llama lo mismo, ciertamente se insinúa a la mente un signo en la voz de los que hablan, que al sonar reconoce lo que también sin el signo pensaría. Pues es sorprendente cómo la naturaleza evita la pérdida de las cosas que tiene, incluso sin haberlas experimentado. Pues ¿quién enseñó a los animales a evitar la muerte, sino el sentido de la vida? ¿quién al niño pequeño a aferrarse a su portador, si se le amenaza con ser arrojado desde lo alto? lo cual comienza desde cierto momento, pero sin haber experimentado algo así.

35. Así pues, para aquellos primeros hombres la vida ya era dulce, y ciertamente evitaban perderla; y eso mismo, de cualquier manera o sonido que Dios lo significara, podían entenderlo: no se les podría persuadir de pecar de otra manera, a menos que primero se les persuadiera de que no morirían por ese acto, es decir, que no perderían lo que tenían y de lo que se alegraban; de lo cual se hablará en su lugar. Que presten atención, por tanto, aquellos a quienes les inquieta, cómo pudieron entender a Dios nombrando o amenazando lo que no habían experimentado; y vean que nosotros reconocemos los nombres de todas las cosas no experimentadas, solo a partir de lo contrario que ya conocemos, si son privaciones, o de lo similar, si son especies, sin ninguna duda. A menos que a alguien le preocupe cómo pudieron hablar o entender al que hablaba, quienes no habían aprendido ni creciendo entre hablantes, ni por alguna enseñanza; como si fuera algo grande para Dios enseñarles a hablar, a quienes había hecho de tal manera que también podrían aprenderlo de los hombres, si hubiera de quienes.

CAPÍTULO XVII.---Si el mandamiento fue dado a ambos, Adán y Eva.

36. Con razón se pregunta si Dios dio este mandamiento solo al hombre, o también a la mujer. Pero aún no se ha narrado cómo fue hecha la mujer. ¿O acaso ya había sido hecha? pero lo que primero había sucedido, después se narra recapitulando. Las palabras de la Escritura son así: "Y el Señor Dios mandó a Adán, diciendo"; no dijo, "les mandó a ellos": luego sigue, "De todo árbol que hay en el paraíso comerás"; no dijo, "comeréis". Luego añade, "Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comeréis de él": aquí ya habla en plural como si fuera a ambos, y termina el mandamiento en plural diciendo, "El día que comáis de él, moriréis". ¿O acaso, sabiendo que le haría una mujer, ordenó de manera tan ordenada que el mandamiento del Señor llegara a la mujer a través del hombre? Esta disciplina la mantiene el Apóstol en la Iglesia, diciendo: "Si quieren aprender algo, pregunten a sus maridos en casa" (1 Cor. XIV, 35).

CAPÍTULO XVIII.---Cómo habló Dios al hombre.

37. También se puede preguntar cómo habló Dios al hombre que había hecho, ya dotado de sentido y mente, para que pudiera escuchar y entender al que hablaba. Pues de otra manera no podría recibir el mandamiento, cuya transgresión lo haría culpable, a menos que lo recibiera entendiendo. ¿Cómo, entonces, le habló Dios? ¿Acaso internamente en la mente según el entendimiento, es decir, para que entendiera sabiamente la voluntad y el mandamiento de Dios sin sonidos corporales ni similitudes corporales de cosas? Pero no creo que Dios hablara así al primer hombre. La Escritura narra tales cosas, que más bien creemos que Dios habló al hombre en el paraíso, como también después habló a los Patriarcas, como a Abraham, como a Moisés, es decir, en alguna especie corporal. De ahí que oyeron su voz caminando en el paraíso al atardecer, y se escondieron (Gén. III, 8).

CAPÍTULO XIX.---Para entender la operación de Dios en las criaturas, qué se debe pensar primero de Él.

38. Se propone, por tanto, un gran tema que no debe pasarse por alto, para que contemplemos cuanto podamos, cuanto Él mismo se digne ayudar y conceder, la obra de la providencia divina dividida en dos partes, que anteriormente, cuando hablábamos de la agricultura, tocamos de manera transitoria, para que desde allí el ánimo del lector comience a acostumbrarse a contemplar esto, lo cual ayuda mucho para que no pensemos nada indigno de la misma sustancia de Dios. Decimos, por tanto, que el mismo Dios supremo, verdadero, único y solo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, Dios y su Verbo y el Espíritu de ambos, la misma Trinidad, ni confundida ni separada, es el Dios que solo tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver (1 Tim. VI, 16), ni puede ser contenido por el espacio finito o infinito de los lugares ni variado por el volumen finito o infinito de los tiempos. Pues en su sustancia, en la que es Dios, no hay algo que sea más breve en parte que en todo, como es necesario que sea lo que se mueve en lugares con un eje inmóvil: así como toda la palma está desde el nudillo; o no hay en su sustancia algo que ya no sea, o que será lo que aún no es, como en las naturalezas que pueden sufrir la mutabilidad del tiempo.

CAPÍTULO XX.---La criatura corporal por lugar y tiempo, la espiritual solo por tiempo, el Creador mismo de ninguna manera mutable.

39. Así pues, viviendo en una eternidad inmutable, creó todas las cosas al mismo tiempo, de las cuales corrieran los tiempos, y se llenaran los lugares, y con los movimientos temporales y locales de las cosas se desarrollaran las edades. En estas cosas creó algunas espirituales, otras corporales, formando la materia que ni otro ni ninguno, sino él mismo completamente instituyó informe y formable, para que su formación no la precediera el tiempo, sino el origen. Sin embargo, puso la criatura espiritual por encima de la corporal; porque la espiritual solo puede ser cambiada por los tiempos, pero la corporal por los tiempos y los lugares. Por ejemplo, el alma se mueve por el tiempo, ya sea recordando lo que había olvidado, o aprendiendo lo que no sabía, o queriendo lo que no quería: pero el cuerpo se mueve por los lugares, ya sea de la tierra al cielo, o del cielo a la tierra, o de oriente a occidente, o de cualquier otra manera similar. Sin embargo, todo lo que se mueve por lugar, no puede sino moverse también por tiempo: pero no todo lo que se mueve por tiempo, es necesario que también se mueva por lugar. Así como la sustancia que se mueve por tiempo y lugar, es precedida por la sustancia que solo se mueve por tiempo; así la misma es precedida por aquella que no se mueve ni por lugar ni por tiempo. Y por lo tanto, así como el cuerpo es movido por el espíritu creado que solo se mueve por tiempo; así el espíritu creado es movido por el Creador del Espíritu que no se mueve ni por tiempo ni por lugar: pero el espíritu creado se mueve a sí mismo por tiempo, y por tiempo y lugar al cuerpo; pero el Espíritu creador se mueve a sí mismo sin tiempo ni lugar, mueve al espíritu creado por tiempo sin lugar, mueve al cuerpo por tiempo y lugar.

CAPÍTULO XXI.---Cómo Dios inmóvil mueve a las criaturas, comprendido por el ejemplo del alma.

40. Por lo tanto, quien intente entender cómo el verdadero eterno y verdaderamente inmortal e inmutable Dios, él mismo no movido por tiempo ni lugar, mueve temporal y localmente a su criatura; no creo que pueda lograrlo, a menos que primero entienda cómo el alma, es decir, el espíritu creado, no movido por lugar, sino solo por tiempo, mueve al cuerpo por tiempo y lugar. Si no puede captar lo que se hace en sí mismo, ¿cuánto menos lo que está por encima?

41. Pues el alma, afectada por la costumbre de los sentidos carnales, también cree que se mueve a sí misma con el cuerpo por lugar, mientras lo mueve por lugar. Si pudiera examinar cuidadosamente, como los ejes de los miembros de su cuerpo, cómo están dispuestos articuladamente, desde donde se apoyan los inicios de los movimientos; encontrará que lo que se mueve por los espacios de los lugares, no se mueve sin aquellos que están fijos en lugar. Pues no se mueve solo el dedo, a menos que la mano esté fija, desde cuyo nudillo como el codo, así el codo desde el nudillo del hombro, el hombro desde la escápula cuando se mueve, con los ejes fijos en los que se apoya el movimiento, se mueve por el espacio del lugar. Así la planta tiene un nudillo en el talón, que estando fijo se mueve; así la pierna en la rodilla y todo el pie en la cadera: y no hay movimiento de ningún miembro en absoluto, que la voluntad mueva, a menos que sea desde algún eje del nudillo, que el impulso de la misma voluntad primero fija, para que desde lo que no se mueve por el espacio del lugar, pueda ser movido lo que se mueve. Finalmente, ni al caminar se levanta el pie, a menos que otro fijo sostenga todo el cuerpo, hasta que el que se movió desde el lugar de donde se lleva, al lugar a donde se lleva, se apoye en el eje fijo de su nudillo.

42. Además, si en el cuerpo ningún miembro es movido por lugar por la voluntad, a menos que sea desde el nudillo de ese miembro que no mueve, cuando tanto la parte del cuerpo que se mueve, como la que se fija para que se mueva, tienen sus cantidades corporales, con las que ocupan los espacios de sus lugares; cuánto más el mismo impulso del alma, al que los miembros sirven, para que lo que le plazca se fije, desde donde lo que debe moverse se apoye; cuando el alma no es de naturaleza corpórea, ni llena el cuerpo con espacio local, como el agua llena una esponja; sino que de maneras maravillosas está mezclada con el cuerpo vivificándolo con ese impulso incorpóreo, con el que también manda al cuerpo, con cierta intención no con masa: cuánto más, digo, el mismo impulso de su voluntad no se mueve por lugar, para mover al cuerpo por lugar, cuando mueve todo por partes, y no mueve algunas por lugar sino por aquellas que no mueve por lugar.

CAPÍTULO XXII.---Cómo mueve Dios, cómo el alma.

43. Si es difícil entender esto, que se crea ambos, que la criatura espiritual no movida por lugar mueve al cuerpo por lugar, y que Dios no movido por tiempo mueve a la criatura espiritual por tiempo. Pero si alguien no quiere creer esto sobre el alma, lo cual sin duda no solo creería, sino que también entendería, si pudiera concebirla como es, incorpórea: pues ¿a quién no se le ocurre fácilmente que no se mueve por lugar lo que no se extiende por los espacios del lugar? pero todo lo que se extiende por los espacios del lugar es cuerpo; y por lo tanto es consecuente que el alma no se considere movida por lugar, si se cree que no es cuerpo: pero, como comencé a decir, si alguien no quiere creer esto sobre el alma, no debe ser demasiado presionado. Pero si no cree que la sustancia de Dios no se mueve ni por tiempo ni por lugar, aún no cree perfectamente en lo inmutable.

CAPÍTULO XXIII.---Dios siempre quieto, sin embargo, todo lo hace.

44. Pero porque la naturaleza de la Trinidad es completamente inmutable, y por eso tan eterna, que nada puede ser coeterno con ella, ella misma en sí misma y por sí misma sin ningún tiempo ni lugar, sin embargo, mueve temporal y localmente a la criatura que le está sujeta, creando naturalezas con bondad, ordenando voluntades con poder: para que en las naturalezas no haya ninguna que no sea de él; en las voluntades, ninguna buena que no le esté sujeta, ninguna mala que no pueda usar bien. Pero porque no dio a todas las naturalezas el libre albedrío de la voluntad, aquellas a las que lo dio son más poderosas y superiores;

aquellas naturalezas que no tienen voluntad, necesariamente están sujetas a aquellas que la tienen, y esto por la ordenación del Creador, que nunca castiga la mala voluntad de tal manera que destruya la dignidad de la naturaleza. Por lo tanto, todo cuerpo y toda alma irracional no tiene libre albedrío de la voluntad, están sujetas a aquellas naturalezas que están dotadas de libre albedrío; no todas a todas, sino como distribuye la justicia del Creador. Así pues, la providencia de Dios, gobernando y administrando toda la creación, tanto las naturalezas como las voluntades, las naturalezas para que sean, las voluntades para que no sean infructuosas las buenas, ni impunes las malas; somete primero todo a sí mismo, luego la criatura corporal a la espiritual, la irracional a la racional, la terrestre a la celestial, la femenina a la masculina, la menos fuerte a la más fuerte, la más necesitada a la más abundante. En las voluntades, las buenas a sí mismo, las demás a las que le sirven; para que la mala voluntad sufra lo que la buena ha hecho por mandato de Dios, ya sea por sí misma, o por la mala, en las cosas que naturalmente están también sujetas a las malas voluntades, es decir, en los cuerpos. Pues en sí mismas las malas voluntades tienen su castigo interior, la misma iniquidad suya.

CAPÍTULO XXIV.---Qué criaturas están sujetas a los ángeles bienaventurados.

45. Por lo tanto, a los ángeles sublimes, sujetos a Dios y sirviéndole bienaventuradamente, está sujeta toda naturaleza corpórea, toda vida irracional, toda voluntad ya sea débil o perversa; para que hagan con los sujetos o con los sujetos lo que el orden de la naturaleza exige en todo, por mandato de aquel a quien están sujetas todas las cosas. Por lo tanto, ellos ven en él la verdad inmutable, y según ella dirigen sus voluntades. Así pues, ellos participan de la eternidad, la verdad, la voluntad de él siempre, sin tiempo ni lugar. Sin embargo, se mueven por su mandato también temporalmente, él no movido temporalmente. No de tal manera que se aparten o fluyan de su contemplación; sino que al mismo tiempo lo contemplan sin lugar ni tiempo, y cumplen sus mandatos en los inferiores, moviéndose por tiempo, pero moviendo el cuerpo por tiempo y lugar, tanto como conviene a su acción. Y por eso Dios, con la obra bipartita de su providencia, preside sobre toda la creación; a las naturalezas, para que sean; a las voluntades, para que no hagan nada sin su mandato o permiso.

CAPÍTULO XXV.---La naturaleza del universo, y cómo sus partes son administradas por Dios.

46. Por lo tanto, la naturaleza del universo corporal no es ayudada externamente corporalmente. Pues no hay ningún cuerpo fuera de ella, de lo contrario no es el universo. Sin embargo, internamente es ayudada incorpóreamente, Dios haciendo que sea completamente naturaleza; porque de él y por él y en él son todas las cosas (Rom. XI, 36). Las partes del mismo universo son ayudadas internamente incorpóreamente, o más bien son hechas, para que sean naturalezas; y externamente corporalmente, para que se mantengan mejor, como con alimentos, agricultura, medicina, y cualquier cosa que también se haga para el ornato, para que no solo sean seguras y más fecundas, sino también más decorosas.

47. Sin embargo, la naturaleza espiritual creada, si es perfecta y bienaventurada, como la de los ángeles santos, en cuanto a sí misma, para que sea, y sea sabia, no es ayudada sino internamente incorpóreamente. Pues Dios le habla internamente de manera maravillosa e inefable, ni por escritura fijada con instrumentos corporales, ni por voces resonando en los oídos corporales, ni por similitudes de cuerpos, como en sueños, o en algún éxtasis, lo que en griego se llama ἑκστασις, y ya usamos esa palabra en latín: porque este tipo de visiones, aunque se hace más internamente que aquellas que se anuncian al alma a través de los

sentidos del cuerpo; sin embargo, porque es similar a ellas, de tal manera que cuando se hace, no puede distinguirse de ellas o solo rara y difícilmente puede, y porque es más externa que aquello que la mente racional e intelectual contempla en la misma verdad inmutable, y juzga con esa luz sobre todas estas cosas; creo que debe ser considerado entre aquellas cosas que se hacen externamente. Por lo tanto, la criatura espiritual e intelectual perfecta y bienaventurada, como dije, en cuanto a sí misma, para que sea, y sea sabia y bienaventurada, no es ayudada sino internamente por la eternidad, la verdad, el amor del Creador. Externamente, si debe decirse que es ayudada, tal vez solo es ayudada por el hecho de que se ven mutuamente, y se alegran de su sociedad en Dios, y porque al ver también en ellas mismas todas las criaturas, en todas partes da gracias y alaba al Creador. Pero en cuanto a la acción de la criatura angélica, por la cual la providencia de Dios cuida de los géneros de todas las cosas, y especialmente del humano; ella ayuda externamente, tanto por aquellas visiones que son similares a las corporales, como por los mismos cuerpos que están sujetos al poder angélico.

CAPÍTULO XXVI.---Dios siempre el mismo e inmóvil administra todo.

48. Por lo tanto, dado que Dios omnipotente y omnipresente, con inmutable eternidad, verdad, voluntad siempre el mismo, no movido por tiempo ni lugar, mueve por tiempo a la criatura espiritual, mueve también por tiempo y lugar a la criatura corporal; para que con ese movimiento administre externamente las naturalezas que internamente ha establecido, y a través de las voluntades sujetas a él, que mueve por tiempo, y a través de los cuerpos sujetos a él y a esas voluntades, que mueve por tiempo y lugar, en ese tiempo y lugar cuya razón en el mismo Dios es vida sin tiempo ni lugar: cuando, por lo tanto, Dios hace algo así, no debemos pensar que su sustancia, en la que es Dios, es mutable por tiempos y lugares, o móvil por tiempos y lugares, sino reconocer estas cosas en la obra de la providencia divina; no en aquella obra por la que crea naturalezas, sino en aquella por la que administra externamente las creadas internamente, siendo él mismo, sin intervalo o espacio de lugares, con inmutable y excelente poder interior a toda cosa, porque en él están todas las cosas, y exterior a toda cosa, porque él está sobre todas las cosas. También sin intervalo o espacio de tiempos, con inmutable eternidad es más antiguo que todas las cosas, porque él es antes de todas las cosas, y más nuevo que todas las cosas, porque él mismo es después de todas las cosas.

CAPÍTULO XXVII.---Cómo habló Dios a Adán.

49. Por lo tanto, cuando escuchamos a la Escritura diciendo, "Y el Señor Dios mandó a Adán, diciendo: De todo árbol que hay en el paraíso comerás; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comeréis de él. El día que comáis de él, moriréis"; si buscamos el modo en que Dios habló estas cosas, el modo en sí mismo no puede ser propiamente comprendido por nosotros: sin embargo, debemos tener con certeza que Dios habla o por su sustancia, o por la criatura que le está sujeta; pero por su sustancia no habla sino para crear todas las naturalezas, a las espirituales y también intelectuales no solo para crear, sino también para iluminar, cuando ya pueden captar su locución, tal como es en su Verbo que en el principio estaba con Dios, y el Verbo era Dios, por el cual todas las cosas fueron hechas (Juan I, 1-3). Pero a aquellos que no pueden captar esto, cuando Dios habla, no habla sino por la criatura, ya sea solo espiritual, ya sea en sueños, ya sea en éxtasis en similitud de cosas corporales; o también por la misma corporal, cuando a los sentidos del cuerpo aparece alguna especie, o resuenan voces.

50. Si, por lo tanto, Adán era tal que podía comprender aquella comunicación de Dios, que ofrece a las mentes angélicas a través de su propia sustancia, no cabe duda de que su mente fue movida por el tiempo de una manera maravillosa e inefable, no por el movimiento mismo a través del tiempo, y le imprimió un mandato útil y saludable de la verdad, y le mostró inefablemente la verdad de la pena que se debía al transgresor: así como se escuchan o ven todos los buenos mandamientos en la misma Sabiduría inmutable, que se transfiere a las almas santas (Sab. VII, 27) desde algún tiempo, aunque ella misma no se mueve en el tiempo. Pero si Adán era justo de tal manera que aún necesitaba la autoridad de otra criatura más santa y sabia, a través de la cual conociera la voluntad y el mandato de Dios, como los Profetas para nosotros, como los Ángeles para ellos; ¿por qué dudamos de que Dios le haya hablado a través de alguna criatura de este tipo, con signos de voz que pudiera entender? Pues lo que se escribió después, cuando pecaron, que oyeron la voz del Señor Dios caminando en el paraíso (Gén. III, 8), porque no fue hecho por la misma sustancia de Dios, sino por una criatura sujeta a Él, de ninguna manera lo duda quien tiene la fe católica. Por esto quise discutir un poco más extensamente sobre este asunto, porque algunos herejes piensan que la sustancia del Hijo de Dios es visible por sí misma sin asumir un cuerpo, y por eso opinan que fue visto por los Padres antes de tomar cuerpo de la Virgen, como si se dijera solo del Dios Padre, a quien nadie de los hombres ha visto ni puede ver (I Tim. VI, 16); porque el Hijo fue visto antes de tomar la forma de siervo, incluso por su propia sustancia: esta impiedad debe ser rechazada lejos de las mentes católicas. Pero sobre esto discutiremos más plenamente en otro momento, si al Señor le place: ahora, al terminar este volumen, lo que sigue, cómo la mujer fue creada del costado de su marido, debe prepararse en lo siguiente.

LIBRO NOVENO. Sobre lo que se lee, Gén. cap. 2, vers. 18: Y dijo el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo, etc., hasta aquello, vers. 24: Y serán dos en una sola carne.

CAPÍTULO PRIMERO.---Por qué se dijo, Y formó Dios aún de la tierra, etc. Sobre el término Tierra.

1. Y dijo el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. Y formó Dios aún de la tierra todas las bestias del campo, y todas las aves del cielo, y las trajo a Adán, para ver cómo las llamaría. Y todo lo que Adán llamó a cada alma viviente, ese es su nombre. Y Adán puso nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo. Pero para Adán no se encontró ayuda semejante a él. Y Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y durmió. Y tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar: y edificó el Señor Dios la costilla que tomó de Adán en una mujer; y la trajo a Adán. Y dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; esta será llamada mujer, porque del hombre fue tomada. Y por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne. Si algo ayuda al lector, lo que en los libros anteriores se ha considerado y escrito, no debemos detenernos más en esto, que formó aún Dios de la tierra todas las bestias del campo, y todas las aves del cielo: pues, ¿por qué se dijo, aún, es decir, por la primera condición de las criaturas consumada en seis días, en la cual todas las cosas fueron causalmente perfectas e iniciadas al mismo tiempo, para que luego las causas se llevaran a sus efectos, ya lo hemos insinuado en lo precedente (Lib. 6, cap. 5). Y si alguien piensa que esto debe resolverse de otra manera, que preste atención diligentemente a todas aquellas cosas que consideramos para que pensáramos esto; y si puede extraer de allí una opinión más probable, no solo no debemos resistirnos, sino que también debemos alegrarnos.

2. Si a alguien le preocupa que no dijera, Formó Dios aún de la tierra todas las bestias del campo, y de las aguas todas las aves del cielo, sino que como si ambos géneros fueran

formados de la tierra, Y formó, dice, Dios aún de la tierra todas las bestias del campo, y todas las aves del cielo; que vea que debe entenderse de dos maneras: o que ahora calló de dónde formó las aves del cielo, porque también callado podría ocurrir, para que no se entienda que Dios formó ambos de la tierra, sino solo las bestias del campo; para que entendamos de dónde formó las aves del cielo, aunque la Escritura calle, como quien sabe que en la primera condición de las razones causales fueron producidas de las aguas: o que la tierra fue llamada universalmente así junto con las aguas, como se llamó en aquel salmo, donde terminadas las alabanzas celestiales, se hizo la conversión del discurso a la tierra, y se dijo, Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos, etc. (Sal. CXLVIII, 7), y después no se dijo, Alabad al Señor desde las aguas. Allí están todos los abismos, que sin embargo alaban al Señor desde la tierra: allí también los reptiles y las aves aladas, que no obstante alaban al Señor desde la tierra. Según esta apelación universal de la tierra, según la cual también se dice de todo el mundo, Dios que hizo el cielo y la tierra, ya sea de lo seco o de las aguas, todo lo que fue creado, se entiende verdaderamente creado de la tierra.

CAPÍTULO II.---Cómo dijo Dios: No es bueno, etc.

3. Ahora veamos cómo debe entenderse lo que dijo Dios, No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él: si lo dijo temporalmente con voces y sílabas emitidas; o si se recordó la misma razón que estaba principalmente en el Verbo de Dios, para que así se hiciera la mujer: razón que también la Escritura asumía cuando decía, Y dijo Dios, Hágase esto o aquello, cuando primeramente se creaban todas las cosas. O tal vez en la mente del mismo hombre dijo esto Dios, como habla a algunos de sus siervos en los mismos siervos suyos. De este tipo de siervos suyos era también aquel que dijo en el Salmo: Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios (Sal. LXXXIV, 9). O alguna revelación sobre este asunto se hizo al mismo hombre en el mismo hombre por un ángel en similitudes de voces corporales, aunque la Escritura no dijo si en sueños o en éxtasis; así suelen hacerse estas cosas: o de alguna otra manera, como se revela a los Profetas; de donde es aquello, Y me dijo el ángel que hablaba en mí (Zac. II, 3). o por una criatura corporal sonó la misma voz, como desde la nube, Este es mi Hijo (Mat. III, 17). Por lo tanto, no podemos comprender con certeza qué de todo esto sucedió; sin embargo, debemos tener con toda certeza que Dios dijo esto, y si lo dijo con voz corporal o con una similitud temporalmente expresada de cuerpo, no lo dijo por su sustancia, sino por alguna criatura sujeta a su imperio, como tratamos en el libro precedente (Cap. 27).

4. Pues Dios fue visto también después por hombres santos, a veces con la cabeza blanca como lana, a veces la parte inferior del cuerpo como bronce (Apoc. I, 14, 15), a veces de una manera y a veces de otra: sin embargo, es certísimo para aquellos que creen fielmente o incluso entienden excelentemente que la sustancia de la Trinidad es inmutablemente eterna, que no se mueve ni por tiempo ni por lugar, y que mueve por tiempo y por lugar, que no ofreció esas visiones a los hombres por la sustancia que Él es, sino por lo que creó y le está sujeto, y que mostró y dijo lo que quiso a través de similitudes de formas y voces corporales. Por lo tanto, no busquemos ya cómo dijo esto, sino más bien entendamos qué dijo. Pues la ayuda que debía hacerse al hombre semejante a él, la tiene la misma verdad eterna, por la cual fueron creadas todas las cosas; y en ella lo escucha quien puede conocer en ella qué fue creado y por qué.

CAPÍTULO III.---La mujer hecha como ayuda para la descendencia.

5. Pero si se pregunta, para qué propósito debía hacerse esta ayuda, no se presenta nada más probable que para procrear hijos, como la tierra es ayuda para la semilla, para que de ambos

nazca un brote: pues esto se dijo también en la primera condición de las cosas, Los hizo varón y hembra, y los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla (Gén. I, 27, 28). Esta razón de la condición y unión del varón y la hembra y la bendición, no falló ni después del pecado del hombre y su castigo. Es la misma según la cual ahora la tierra está llena de hombres que la dominan.

6. Aunque ya se menciona que se unieron y engendraron después de haber sido expulsados del paraíso; sin embargo, no veo qué pudo haber impedido que también tuvieran matrimonios honorables en el paraíso, y un lecho sin mancha (Hebr. XIII, 4): esto, con Dios proveyendo a quienes vivían fiel y justamente, y le servían obediente y santamente, para que sin ningún ardor inquieto de lujuria, sin ningún trabajo o dolor de parto, se generaran hijos de su semilla; no para que los hijos sucedieran a los padres al morir, sino para que, permaneciendo aquellos que engendraron en algún estado de forma, y tomando vigor corporal del árbol de la vida, que estaba plantado allí, también aquellos que se engendraran fueran llevados a ese mismo estado, hasta que, completado un número cierto, si todos vivieran justamente y obedientemente, entonces se hiciera aquella transformación, para que sin ninguna muerte los cuerpos animales convertidos en otra calidad, por servir al espíritu que los regía a cada movimiento, y vivificados solo por el espíritu sin ningún sustento de alimentos corporales, se llamaran espirituales. Esto pudo haber sucedido, si la transgresión del mandato no hubiera merecido el castigo de la muerte.

7. Pues quienes no creen que esto pudo haber sucedido, no atienden a nada más que a la costumbre de la naturaleza ya corriendo así después del pecado y el castigo humano: pero no debemos estar en el género de aquellos que no creen sino lo que están acostumbrados a ver. ¿Quién duda que a un hombre que vive obediente y piadosamente se le pudo haber concedido lo que dijimos, quien no duda que a las vestiduras de los israelitas se les impartió un cierto estado en su género, para que durante cuarenta años no sufrieran deterioro por la vejez (Deut. XXIX, 5)?

CAPÍTULO IV.---Por qué los primeros padres no se unieron en el paraíso.

8. ¿Por qué, entonces, no se unieron hasta que salieron del paraíso? Se puede responder rápidamente, Porque tan pronto como fue creada la mujer, antes de que se unieran, ocurrió aquella transgresión, por cuyo mérito destinados a la muerte, también salieron de aquel lugar de felicidad. Pues la Escritura no expresó el tiempo que pasó entre que fueron hechos y que de ellos nació Caín. También se puede decir que Dios aún no había ordenado que se unieran. Pues, ¿por qué no se esperaba la autoridad divina para este asunto, donde ningún deseo como estímulo de la carne desobediente urgía? Por eso Dios no lo había ordenado, porque según su presciencia disponía todas las cosas, en la cual sin duda preveía también su caída, de donde ya debía propagarse la raza humana mortal.

CAPÍTULO V.---La mujer hecha como ayuda no por otra razón que la de la descendencia.

9. O si no es hecha la mujer como ayuda para engendrar hijos, ¿para qué otra ayuda fue hecha? Si para trabajar juntos la tierra; aún no había trabajo para necesitar ayuda, y si fuera necesario, un varón sería una mejor ayuda: esto también se puede decir del consuelo, si tal vez le aburría la soledad. Pues, ¿cuánto más congruente sería para convivir y conversar dos amigos juntos que un hombre y una mujer habitaran? Si era necesario que uno mandara y otro obedeciera para vivir juntos en paz, para que las voluntades contrarias no perturbaran la paz de los que cohabitan; tampoco faltaría el orden para mantener esto, por el cual uno sería primero, otro después, especialmente si el posterior fuera creado del primero, como fue

creada la mujer. ¿O alguien dirá que Dios no pudo hacer tanto al varón como a la mujer de la costilla del hombre, si así lo quisiera? Por lo tanto, no encuentro para qué otra ayuda fue hecha la mujer para el hombre, si se excluye la causa de procrear.

CAPÍTULO VI.---La sucesión de los hijos si Adán no hubiera pecado.

10. Pues si era necesario que los padres cedieran a sus hijos de esta vida, para que así toda la raza humana se llenara con un número cierto a través de decesiones y sucesiones, también pudieron los hombres, habiendo engendrado hijos y cumplido con justicia el deber humano, ser trasladados a cosas mejores, no por la muerte, sino por alguna transformación, o aquella suma en la cual, habiendo recibido los cuerpos, los santos serán como los ángeles en los cielos (Mat. XXII, 30); o si no es apropiado dar esa hasta que todos juntos en el fin del mundo, alguna inferior a la que será: que sin embargo tendría un estado mejor que el que tiene este cuerpo, o incluso aquellos que fueron hechos primero, del varón del limo de la tierra, de la mujer de la carne del varón.

11. Pues no se debe pensar que Elías o ya es como serán los santos, cuando, habiendo terminado el día de la obra, recibirán el denario juntos (Id. XX, 10); o como son los hombres que aún no han emigrado de esta vida, de la cual, sin embargo, él no emigró por muerte, sino por traslación (IV Reg. II, 11). Ya tiene algo mejor, pues, que podría tener en esta vida; aunque aún no tiene lo que tendrá al final de esta vida bien vivida: pues por nosotros proveyeron cosas mejores, para que no sin nosotros fueran perfeccionados (Hebr. XI, 40). O si alguien piensa que Elías no pudo merecer esto, si hubiera tomado esposa y procreado hijos (se cree que no tuvo, porque la Escritura no lo dijo, aunque tampoco dijo nada de su celibato); ¿qué responderá sobre Enoc, quien, habiendo engendrado hijos, agradó a Dios y no murió, sino que fue trasladado (Gén. V, 24)? ¿Por qué, entonces, Adán y Eva, si vivieran justamente y procrearán hijos castamente, no podrían cederles por traslación, no por muerte? Pues si Enoc y Elías, habiendo muerto en Adán, y llevando en la carne la descendencia de la muerte, se cree que para pagar esa deuda, también volverán a esta vida, y, lo que se ha diferido tanto tiempo, morirán (Malach. IV, 5; y Apoc. XI, 3-7), ahora, sin embargo, están en otra vida, donde antes de la resurrección de la carne, antes de que el cuerpo animal se transforme en espiritual, no decaen por enfermedad ni vejez: ¿cuánto más justamente y probablemente se les concedería a aquellos primeros hombres, viviendo sin ningún pecado suyo o de sus padres, que en algún estado mejor cederían a los hijos engendrados, de donde, al final del mundo, con toda la posteridad de los santos, se transformarían en forma angélica, no por la muerte de la carne, sino por el poder de Dios mucho más felizmente?

CAPÍTULO VII.---La mujer por causa de procrear. De dónde la alabanza de la virginidad y el matrimonio. El triple bien del matrimonio.

12. Por lo tanto, no veo para qué otra ayuda fue hecha la mujer para el hombre, si se excluye la causa de procrear hijos: lo cual, sin embargo, no sé por qué se excluye. Pues, ¿de dónde tiene la virginidad fiel y piadosa un gran mérito y honor ante Dios, sino porque en este tiempo ya, habiendo abundante copia de todas las naciones para llenar el número de los santos, la libido de percibir la sucia voluptuosidad no se apropia de lo que ya no requiere la necesidad de prole suficiente? Por lo tanto, la debilidad de ambos sexos, inclinada a la ruina de la deshonestidad, es recibida correctamente por la honestidad del matrimonio, para que lo que podría ser un deber para los sanos, sea un remedio para los enfermos. Pues no porque la incontinenencia sea un mal, por eso el matrimonio, o por el cual se unen los incontinentes, no es un bien: más bien, no por ese mal es culpable este bien, sino que por este bien es venial ese mal; porque lo que tienen de bueno las bodas, y por lo que son buenas las bodas, nunca puede

ser pecado. Esto, sin embargo, es tripartito; fe, prole, sacramento. En la fe se atiende a que no se conciba con otra u otro fuera del vínculo conyugal: en la prole, que se reciba con amor, se nutra con bondad, se eduque con religiosidad: en el sacramento, que el matrimonio no se separe, y que el que ha sido dejado o la que ha sido dejada no se una a otro por causa de la prole. Esta es como la regla de las bodas, por la cual se adorna la fecundidad de la naturaleza, o se gobierna la depravación de la incontinencia. De lo cual, porque hemos disertado suficientemente en ese libro que recientemente publicamos sobre el Bien del Matrimonio, donde también distinguimos la continencia de las viudas y la excelencia de la virginidad según la dignidad de sus grados, nuestro estilo no debe ser ocupado más tiempo aquí.

CAPÍTULO VIII.---Huir de los vicios hacia lo contrario.

13. Pues ahora buscamos para qué ayuda fue hecha la mujer para el hombre, si no les era lícito unirse en el paraíso para engendrar hijos. Pues quienes piensan esto, tal vez piensan que todo coito es pecado. Es difícil, en efecto, que mientras los hombres evitan perversamente los vicios, no corran precipitadamente hacia lo contrario de ellos. Pues así como, aborreciendo la avaricia, se hace pródigo; o aborreciendo la lujuria, se hace avaro; o se hace inquieto, cuya pereza has reprendido; o cuya inquietud, perezoso; o quien, reprendido, comienza a odiar su audacia, huye hacia la timidez; o quien intenta no ser tímido, como si rompiera un vínculo, se hace temerario, mientras no miden los crímenes con razón, sino con opinión: así, mientras los hombres no saben qué se condena por derecho divino en los adulterios y fornicaciones, también detestan el coito conyugal por causa de procrear.

CAPÍTULO IX.---La mujer por causa de engendrar hijos, incluso si no hubiera habido necesidad de morir por el pecado.

14. Aquellos que no lo hacen, pero sin embargo sienten la fecundidad de la carne dada divinamente para la sucesión de la mortalidad; tampoco ellos creen que los primeros hombres pudieran haber tenido relaciones, a menos que, debido al pecado que cometieron y por el cual morirían, necesitaran sucesores a través de la procreación: no consideran que, si era correcto buscar sucesores para los que iban a morir, mucho más correcto habría sido buscar compañeros para los que vivirían. Pues una vez llena la tierra con la raza humana, sería correcto buscar descendencia solo para suceder a los que mueren; pero para que la tierra se llenara a través de dos personas, ¿cómo podrían ellos cumplir con el deber de la sociedad si no fuera procreando? ¿O acaso alguien es tan ciego de mente que no ve cuánto adorna la tierra la raza humana, incluso cuando pocos viven recta y loablemente; y cuánto vale el orden de la república, que en cierto modo, al vincular la paz terrenal, también contiene a los pecadores? Pues los hombres no están tan depravados como para no superar incluso a los animales y las aves; y ¿a quién no le agrada considerar cómo todos estos géneros decoran esta parte inferior del mundo según su lugar? ¿Y quién es tan insensato como para pensar que podría estar menos adornada si se llenara de justos que no mueren?

15. Pues como la ciudad celestial de los ángeles es numerosísima, no se unirían correctamente en matrimonio a menos que murieran. El Señor, previendo que esta numerosidad perfecta también se asociaría a los ángeles en la resurrección de los santos, dijo: "En la resurrección ni se casarán ni se darán en matrimonio; porque no comenzarán a morir, sino que serán iguales a los ángeles de Dios" (Mateo 22, 30). Aquí, sin embargo, cuando la tierra debía ser llenada por los hombres, y era necesario que se llenara a partir de uno solo, para recomendar especialmente el vínculo de la unidad y la necesidad más estrecha de

parentesco, ¿para qué otro propósito se buscó el sexo femenino como ayuda, sino para que la naturaleza femenina, como la fertilidad de la tierra, ayudara a sembrar la raza humana?

CAPÍTULO X.---La enfermedad de la lujuria a partir del pecado.

16. Aunque es más honesto y mejor creer que entonces el cuerpo de aquellos hombres, constituidos como animales en el paraíso, aún no condenado por la ley de la muerte, no tenía el apetito de placer carnal que ahora tienen estos cuerpos, que ya han sido llevados por la descendencia de la muerte. Pues no fue en vano que, cuando comieron del árbol prohibido, Dios dijo: no, "Si coméis, moriréis", sino "El día que comáis, moriréis" (Génesis 2, 17); para que ese mismo día hiciera en ellos lo que el Apóstol lamenta diciendo: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Romanos 7, 22, 25). Pues no le bastaba decir: "¿Quién me librará de este cuerpo mortal?", sino que dijo: "de este cuerpo de muerte". Como también dijo: "El cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado" (Romanos 8, 10); y no dijo allí mortal, sino muerto; aunque ciertamente también es mortal, porque morirá. No se debe creer que esos cuerpos eran así, sino que, aunque eran animales, no eran aún espirituales, pero tampoco muertos, es decir, que necesariamente debían morir: lo cual ocurrió el día en que tocaron el árbol contra el mandato.

17. Así como en nuestros propios cuerpos se dice que hay cierta salud según su modo, que si se perturba de tal manera que una enfermedad letal ya devora las entrañas, al ser vista, los médicos pronuncian que la muerte es inminente; ciertamente el cuerpo es llamado mortal incluso entonces, pero de manera diferente a cuando estaba sano, aunque sin duda alguna moriría en algún momento: así, aquellos hombres llevaban cuerpos animales, pero no morirían a menos que pecaran, y recibirían la forma angélica y la calidad celestial; pero tan pronto como transgredieron el mandato, en sus miembros, como si fuera una enfermedad letal, la muerte misma fue concebida; y cambió aquella calidad, por la cual dominaban el cuerpo de tal manera que no decían: "Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente"; porque aunque aún no era un cuerpo espiritual, sino animal, aún no era de esta muerte, con la cual y en la cual nacimos. Pues, ¿qué otra cosa, no digo nacidos, sino concebidos, comenzamos sino una cierta enfermedad, por la cual necesariamente moriremos? Pues no es tan necesario que alguien muera de una enfermedad como la hidropesía, la disentería o la elefantiasis, como lo es para quien ha comenzado a tener este cuerpo, en el cual todos los hombres son por naturaleza hijos de ira (Efesios 2, 3), porque esto no lo hizo sino el castigo del pecado.

18. Siendo así las cosas, ¿por qué no creemos que aquellos hombres antes del pecado podían gobernar sus miembros genitales para procrear hijos, así como los demás, que en cualquier obra el alma mueve sin molestia y casi sin el prurito del placer? Pues si el Creador omnipotente e infablemente digno de alabanza, que es grande incluso en sus obras más pequeñas, otorgó a las abejas que así operen la generación de sus hijos, como la forma de la cera y el licor de la miel; ¿por qué parecería increíble que hubiera hecho cuerpos tales para los primeros hombres, que si no hubieran pecado, y no hubieran concebido inmediatamente una enfermedad por la cual morirían, gobernarían sus miembros con el mismo mandato con que se gobiernan los pies al caminar, de modo que ni se sembrara con ardor ni se pariera con dolor? Ahora, sin embargo, al transgredir el mandato, merecieron tener en sus miembros el movimiento de aquella ley que lucha contra la ley de la mente, de la muerte concebida; que el

matrimonio ordena, la continencia contiene y refrena, para que, así como del pecado se hizo el castigo, así del castigo se haga el mérito.

CAPÍTULO XI.---El sexo femenino conformado para la descendencia, pero no para ser procreado con lujuria, a menos que el hombre hubiera pecado. Obediencia.

19. Así que, hecha la mujer para el hombre, del hombre, en ese sexo, en esa forma y distinción de miembros, que son conocidas en las mujeres; que dio a luz a Caín y Abel, y a todos sus hermanos, de los cuales nacerían todos los hombres, entre los cuales también dio a luz a Set (Génesis 4, 1 y 25), por quien se llegó a Abraham y al pueblo de Israel, y a la nación ya conocida por todas las naciones, y por los hijos de Noé todas las naciones; quien dude de esto, hace tambalear todo lo que creemos, y debe ser alejado de las mentes de los fieles. Por tanto, cuando se pregunta para qué ayuda fue hecho ese sexo para el hombre, considerando diligentemente todo lo que puedo, no se me ocurre otra cosa que la causa de la descendencia, para que a través de su linaje se llenara la tierra; pero no de la manera en que ahora se procrean los hombres, cuando hay una ley de pecado en los miembros que lucha contra la ley de la mente, aunque sea superada por la gracia de Dios: pues no se puede creer que esto haya sido posible, sino en el cuerpo de esta muerte, que es un cuerpo muerto a causa del pecado. ¿Y qué castigo más justo que el de no servir al cuerpo a cada mandato, es decir, su siervo al alma, como ella misma se negó a servir a su Señor; ya sea que Dios cree ambas cosas de los padres, el cuerpo del cuerpo, el alma del alma; o que haga las almas de otra manera: ciertamente no para una obra imposible ni con una pequeña recompensa, para que cuando el alma, sometida a Dios por piedad, haya vencido esta ley del pecado, que está en los miembros de este cuerpo de muerte, que el primer hombre recibió como castigo, por la gracia, reciba la recompensa celestial con mayor gloria, demostrando cuán grande es la alabanza de la obediencia, que pudo superar con virtud el castigo de la desobediencia ajena.

CAPÍTULO XII.---Los animales realmente fueron llevados a Adán para que les pusiera nombres: pero en este hecho se figura algo.

20. Pero ya que se ha investigado suficientemente, según creo, para qué ayuda fue hecha la mujer para el hombre; veamos ahora por qué se hizo que todas las bestias del campo y todas las aves del cielo fueran llevadas a Adán, para que les pusiera nombres; y así surgiera como una necesidad de crearle una mujer de su costado, ya que entre esos animales no se encontró una ayuda semejante a él. Me parece que esto se hizo por alguna significación profética, pero sin embargo se hizo, para que, confirmado el hecho, se dejara libre la interpretación de la figura. Pues, ¿qué significa esto mismo de que Adán puso nombres a los animales volátiles y terrestres, pero no también a los peces y a todos los que nadan? Pues si se consultan las lenguas humanas, así se llaman todas estas cosas, como los hombres les han puesto nombres al hablar. No solo estas que están en las aguas y en la tierra, sino también la misma tierra, y el agua, y el cielo, y las que se ven en el cielo, y las que no se ven, sino que se creen, por la diversidad de las lenguas de las naciones, se llaman con diferentes nombres. Ciertamente aprendimos que al principio había una sola lengua, antes de que la soberbia de aquella torre construida después del diluvio dividiera a la sociedad humana en diversos sonidos de signos (Génesis 11, 1-8). Pero, ¿qué importa cuál haya sido esa lengua? Ciertamente, Adán hablaba entonces esa lengua, y en esa lengua, si aún permanece, están esas voces articuladas con las que el primer hombre puso nombres a los animales terrestres y volátiles. ¿Acaso es de algún modo creíble que en esa misma lengua los nombres de los peces no fueron instituidos por el hombre, sino divinamente, que el hombre aprendería después por enseñanza de Dios? Y si así se hubiera hecho, sin duda resonaría una significación mística. Pero se debe creer que, a medida que se conocían los géneros de peces, se les ponían nombres: pero entonces, cuando

se llevaron a los animales domésticos, las bestias y las aves al hombre, para que, reunidos ante él y distinguidos por géneros, les pusiera nombres, a los cuales también, poco a poco, y mucho más rápidamente que a los peces, si esto no se hubiera hecho, podría ponerles nombres; ¿qué fue la causa, sino la razón de significar algo que valiera para la predicción de futuros? A lo cual principalmente atiende el orden de esta narración.

21. Además, ¿acaso ignoraba Dios que no había creado nada en las naturalezas de los animales que pudiera ser una ayuda semejante al hombre? ¿O era necesario que el mismo hombre también lo supiera, y tuviera a su esposa más recomendada por el hecho de que en toda carne creada bajo el cielo, y viviendo de este aire como él, no encontró nada semejante a él? Es extraño si no podía saber esto, a menos que todos fueran llevados ante él y examinados. Pues si creía en Dios, podría decirle esto de la misma manera en que le dio el mandato, como también lo interrogó y juzgó cuando pecó. Pero si no creía, ciertamente tampoco podía saber si aquel a quien no creía le había llevado todo; o si tal vez en algunas partes más remotas de la tierra había ocultado algunas cosas semejantes a él que no le había mostrado. Por tanto, no creo que deba dudarse que esto se hizo por alguna razón de significación profética, pero sin embargo se hizo.

22. Ni con esta obra hemos asumido investigar los enigmas proféticos, sino recomendar la fe de los hechos históricos en su propiedad, para que lo que pueda parecer imposible a los vanos e incrédulos, o que parezca contradecir la autoridad de la sagrada Escritura como un testimonio contrario, lo demuestre, según mis fuerzas, con la ayuda de Dios, que ni es imposible ni contrario; y lo que parece posible, y no tiene ninguna apariencia de contradicción, pero que sin embargo puede parecer superfluo o incluso tonto a algunos, demuestre que no se hizo por el orden natural o habitual de los hechos, sino que, al ser preferido a nuestros corazones por la autoridad fidelísima de las sagradas Escrituras, porque no puede ser tonto, se crea que es místico, aunque su exposición o investigación la hayamos exhibido en otro lugar, o la pospongamos para otro tiempo.

CAPÍTULO XIII.---La formación de la mujer se hizo de la manera en que se narra, para que se preanunciara algo.

23. ¿Qué significa, entonces, también aquello de que la mujer fue hecha del costado del hombre? Supongamos que esto debía hacerse así para recomendar la fuerza de la misma unión; ¿acaso también era necesario que se hiciera mientras él dormía, por la misma razón o necesidad? ¿Y que se extrajera un hueso, en cuyo lugar se supliera carne? Pues, ¿acaso no podía extraerse la misma carne, para que de allí, más congruentemente, siendo el sexo más débil, se formara la mujer? ¿O acaso, habiendo añadido tantas cosas, Dios pudo edificar una costilla en una mujer, y no pudo hacerlo con carne o pulpa, quien hizo al mismo hombre del polvo de la tierra? O si ya debía extraerse una costilla, ¿por qué no se repuso otra costilla en su lugar? ¿Por qué tampoco se dijo: Formó, o, hizo, como en todas las obras anteriores; sino que dijo: "edificó el Señor Dios aquella costilla", no como un cuerpo humano, sino como una casa? No hay duda, por tanto, de que, puesto que estas cosas se hicieron y no pueden ser tontas, se hicieron para significar algo, anunciando misericordiosamente desde el mismo principio del género humano el fruto del siglo futuro, que Dios preveía en sus obras, para que en cierto tiempo, reveladas y escritas por sus siervos, ya sea a través de las sucesiones de los hombres, o por su Espíritu o el ministerio de los ángeles, dieran testimonio tanto de las cosas futuras que se prometen como de las cumplidas que se reconocen: lo cual aparecerá más y más en lo que sigue.

CAPÍTULO XIV.---Cómo fueron llevados los animales a Adán.

24. Veamos, pues, lo que hemos asumido en esta obra, no según la prefiguración de las cosas futuras, sino según la significación no alegórica, sino propia de los hechos, cómo pueden entenderse estas cosas: "Y formó Dios", dice, "aún de la tierra todas las bestias del campo, y todas las aves del cielo"; de lo cual ya hemos discutido lo que se ha visto y cuanto se ha visto. "Y los llevó todos a Adán, para que viera cómo los llamaría". ¿Cómo los llevó Dios a Adán, para que no pensemos carnalmente, debe ayudarnos lo que tratamos en el libro anterior sobre la obra bipartita de la providencia divina (Cap. 9, 19-26). Pues no se debe creer que esto se hizo como lo hacen los cazadores o los que atrapan aves, que llevan a las redes cualquier animal que capturan; o que alguna voz de mandato se hizo desde una nube con palabras que las almas racionales, al oírlas, suelen entender y obedecer. Pues esto no lo recibieron las bestias ni las aves: sin embargo, en su género obedecen a Dios; no por el arbitrio racional de la voluntad, sino como él mueve todas las cosas en los tiempos oportunos, no movido él temporalmente, a través de los ministerios angélicos, que captan en su palabra lo que debe hacerse en cada tiempo: y él, no movido temporalmente, las mueve temporalmente para que en las cosas que les están sujetas, sus mandatos se cumplan.

25. Pues toda alma viva, no solo la racional, como en los hombres, sino también la irracional, como en los animales y las aves, y los peces, se mueve por lo que ve. Pero el alma racional, por el arbitrio de la voluntad, consiente o no consiente en lo que ve: pero la irracional no tiene este juicio; sin embargo, por su género y naturaleza, al ver algo, se mueve. Y no está en el poder de ninguna alma qué visiones le lleguen, ya sea al sentido del cuerpo o al mismo espíritu interior: por las cuales visiones se mueve el apetito de cualquier ser animado. Y así, cuando esas visiones se ministran desde arriba por la obediencia de los ángeles, llega el mandato de Dios no solo a los hombres, ni solo a las aves y los animales, sino también a los que están ocultos bajo las aguas, como al cetáceo que tragó a Jonás (Jonás 2, 1): y no solo a estos mayores, sino también a un pequeño gusano; pues también leemos que se le ordenó divinamente que roiera la raíz de la calabaza bajo cuya sombra descansaba el profeta (Jonás 4, 6, 7). Pues si Dios otorgó al hombre, instruyéndolo así, que incluso llevando la carne del pecado, pueda no solo someter a sus usos a los animales y bestias, ni solo a las aves domésticas, sino también a las que vuelan libremente, incluso a las fieras más salvajes, y capturarlas, y domesticarlas, y gobernarlas maravillosamente con el poder de la razón, no del cuerpo; captando sus apetitos y dolores, y moderándolos poco a poco, atrayéndolos, oprimiéndolos y soltándolos, despojándolos de su costumbre salvaje y vistiéndolos como con costumbres humanas: cuánto más pueden hacerlo los ángeles, que con el mandato de Dios, visto en su inmutable verdad que contemplan eternamente, moviéndose por el tiempo, y los cuerpos sujetos a ellos por tiempo y lugar, con agilidad maravillosa, pueden hacer que toda alma viva, con las visiones por las cuales se mueve, y el apetito de la necesidad carnal, sea llevada sin saberlo a donde es necesario que vaya.

CAPÍTULO XV.---La formación de la mujer no por otro que Dios.

26. Veamos ya, pues, cómo se hizo la misma formación de la mujer, que mística también se llamó edificación. Pues la naturaleza de la mujer fue creada, aunque de la viril, que ya existía, no por algún movimiento de las naturalezas ya existentes. Pero los ángeles no pueden crear ninguna naturaleza en absoluto: pues solo uno es el creador de cualquier naturaleza, ya sea grande o pequeña, Dios, es decir, la misma Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por tanto, se pregunta de otra manera cómo fue adormecido Adán, y su costilla fue extraída de la estructura del cuerpo sin ningún sentido de dolor. Pues estas cosas quizás se digan que pudieron hacerse por los ángeles; pero formar o edificar la costilla para que fuera mujer, hasta tal punto no pudo hacerlo sino Dios, de quien subsiste toda la naturaleza, que ni siquiera creo

que el suplemento de carne en el cuerpo del hombre, que sucedió en lugar de aquella costilla, haya sido hecho por los ángeles, como tampoco el mismo hombre del polvo de la tierra: no porque no haya obra de los ángeles para que algo sea creado, sino que no por eso son creadores; porque tampoco llamamos creadores a los agricultores de los cultivos y árboles. Pues ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (1 Corintios 3, 7). A este crecimiento pertenece también en el cuerpo humano, que al quitarse el hueso, el lugar fue suplido con carne, por esa obra de Dios, por la cual sustenta las naturalezas para que sean, por la cual también creó a los mismos ángeles.

27. Así pues, la labor del agricultor es conducir el agua cuando riega, pero no es su tarea que el agua fluya por las pendientes; eso corresponde a aquel que dispuso todo con medida, número y peso (Sab. XI, 21). Asimismo, es tarea del agricultor injertar un brote en el árbol y plantarlo en la tierra; pero no es su labor que absorba la savia, que brote, que una parte se fije en el suelo para estabilizar la raíz, y otra se eleve al aire para nutrir su fortaleza y extender sus ramas; eso corresponde a quien da el crecimiento. El médico también aplica alimento al cuerpo enfermo y medicamento al herido: primero, no de las cosas que creó, sino de las que encontró creadas por la obra del Creador; luego, pudo preparar y administrar comida o bebida, formar un emplasto y aplicarlo con medicamento; ¿acaso puede operar y crear fuerzas o carne a partir de lo que aplica? La naturaleza actúa con un movimiento interior, oculto para nosotros. Sin embargo, si Dios retirara la operación íntima que la sustenta y la hace, de inmediato, como extinguida, no quedaría nada.

28. Por tanto, dado que Dios administra toda su creación con una obra de providencia dividida en dos partes, de la que hablamos en el libro anterior (Cap. 9, 19-26), tanto en los movimientos naturales como en los voluntarios, ningún ángel puede crear la naturaleza, al igual que no puede crearse a sí mismo. La voluntad angélica, obedientemente sometida a Dios y ejecutando su mandato, puede, al igual que en la agricultura o la medicina, ministrar a los movimientos naturales de las cosas sujetas como materia, para que, según aquellas razones principales no creadas en el Verbo de Dios, o según aquellas creadas causalmente en las obras de los primeros seis días, algo sea creado en el tiempo. ¿Quién se atrevería a afirmar qué ministerio ofrecieron los ángeles a Dios en la formación de la mujer? Sin embargo, diría con certeza que aquel suplemento de carne en lugar de la costilla, y la conformación del cuerpo y el alma de la mujer, sus miembros, todas sus vísceras, todos sus sentidos, y todo lo que la constituía como criatura, ser humano y mujer, no fue hecho sino en aquella obra de Dios, que Dios no realizó a través de los ángeles, sino por sí mismo, y que no dejó de operar, sino que continúa operando de tal manera que ni la naturaleza de otras cosas ni la de los mismos ángeles subsistiría si no operara.

CAPÍTULO XVI.---La lentitud del ingenio humano no alcanza las obras de Dios.

29. Pero dado que no conocemos carne animada y sensible, en la medida en que hemos podido experimentar la naturaleza de las cosas según la capacidad humana, que nazca sino de estos elementos materiales, es decir, agua y tierra, o de los frutos de los árboles o de las carnes de los animales, como innumerables géneros de gusanos o reptiles, o ciertamente del coito de los padres, y no sabemos de ninguna carne nacida de la carne de cualquier animal que sea tan similar a ella que solo se distinga por el sexo; buscamos en las cosas de esta creación una semejanza con la mujer hecha del costado del hombre, y no podemos encontrarla: no por otra razón, sino porque conocemos cómo operan los hombres en esta tierra; pero no sabemos cómo los ángeles, de alguna manera, cultivan en este mundo. Pues ciertamente, si el curso de la naturaleza operara el género de los arbustos sin la industria de

los hombres, no conoceríamos otra cosa que los árboles y las hierbas nacen de la tierra, y de sus semillas, que caen de nuevo en la tierra: ¿acaso nos sería conocido el valor del injerto, para que un árbol de un género con su propia raíz lleve frutos ajenos, y, al unirse, ya sean suyos? Esto lo aprendimos por la obra de los agricultores, aunque ellos de ninguna manera son creadores de árboles, sino que prestan un cierto oficio y ministerio al curso de la naturaleza que Dios creó. Pues nada existiría por sus obras si en la obra de Dios no hubiera una razón íntima de la naturaleza. ¿Qué, entonces, es sorprendente si no conocemos a un ser humano hecho de un hueso de otro ser humano, cuando ignoramos cómo sirven los ángeles al Dios creador; quienes tampoco conoceríamos un árbol hecho de un brote de árbol en un tronco ajeno, si también ignoráramos de manera similar cómo sirven los agricultores al Dios creador?

30. Sin embargo, de ninguna manera dudamos que tanto los hombres como los árboles no tienen otro creador que Dios, y creemos fielmente que la mujer fue hecha del hombre sin intervención de coito, aunque tal vez la costilla del hombre fue ministrada por los ángeles en la obra del Creador: así como creemos fielmente que también el hombre fue hecho de una mujer sin intervención de coito, cuando la semilla de Abraham fue dispuesta por los ángeles en la mano del mediador (Gál. III, 19). Ambos son increíbles para los infieles; pero, ¿por qué a los fieles les parece creíble lo que se hizo de Cristo en cuanto a la propiedad del hecho, y solo en cuanto a la significación figurada lo que se escribió de Eva? ¿O acaso sin coito alguno pudo hacerse un hombre de una mujer, y no pudo hacerse una mujer de un hombre? ¿Y el útero virginal tenía de dónde hacer un hombre, pero el costado viril no tenía de dónde hacer una mujer, cuando aquí el Señor nació de una sierva, y allí de un siervo se formó una sierva? El Señor también pudo crear su carne de la costilla o de algún miembro de la Virgen; pero quien pudo mostrar en su cuerpo que hizo esto de nuevo, lo que ya se había hecho, mostró más útilmente en el cuerpo de su madre que no hay nada vergonzoso en lo que es casto.

CAPÍTULO XVII.---Si la razón de la formación de la mujer preexistía en la condición causal del hombre hasta el sexto día.

31. Pero si se pregunta cómo se sostiene aquella condición causal en la que Dios hizo al primer hombre a su imagen y semejanza (pues allí también se dijo: Varón y hembra los creó [Gén. I, 27]): si ya aquella razón, que Dios creó y concretó en las primeras obras del mundo, tenía que según ella ya necesariamente debía hacerse la mujer del costado del hombre; o si solo tenía que podía hacerse, pero que necesariamente debía hacerse así, no estaba ya condicionado allí, sino que estaba oculto en Dios: si esto, pues, se pregunta, diré lo que me parece sin temeridad de afirmar; lo cual, sin embargo, cuando lo haya dicho, tal vez aquellos que prudentemente consideran estas cosas, a quienes ya ha instruido la fe cristiana, incluso si ahora las conocen por primera vez, juzgarán que no debe dudarse.

32. Todo este curso de la naturaleza más común tiene ciertas leyes naturales, según las cuales el espíritu de vida, que es criatura, tiene ciertos apetitos suyos determinados de alguna manera, que incluso la mala voluntad no puede exceder. Y los elementos de este mundo corporal tienen su fuerza y calidad definidas, qué puede o no puede cada uno, qué puede hacerse o no hacerse de cada uno. De estos principios de las cosas, todo lo que se genera, también toma su origen y proceso en su tiempo, y los fines y declinaciones de cada género. De ahí que de un grano de trigo no nazca una haba, o de una haba trigo, o de un animal un hombre, o de un hombre un animal. Pero sobre este movimiento y curso natural de las cosas, el poder del Creador tiene en sí mismo la capacidad de hacer de todas estas cosas algo diferente de lo que tienen sus razones seminales, pero no lo que no puso en ellas para que de

ellas pudiera hacerse incluso por él. Pues no es omnipotente por una potencia temeraria, sino por la virtud de la sabiduría; y hace de cada cosa en su tiempo lo que antes hizo en ella para que pudiera. Por tanto, hay un modo diferente de las cosas por el cual aquella hierba germina así, aquella así; aquella edad da a luz, aquella no da a luz; el hombre puede hablar, el animal no puede. Las razones de estos y tales modos no solo están en Dios, sino que también han sido puestas e incorporadas en las cosas creadas por él. Pero para que un árbol cortado de la tierra, seco, pulido, sin raíz alguna, sin tierra y agua, florezca de repente y produzca fruto (Núm. XVII, 8), para que una mujer estéril en su juventud dé a luz en su vejez (Gén. XVIII, 11, y XXI, 2), para que una asna hable (Núm. XXII, 28), y si hay algo semejante, ciertamente dio a las naturalezas que creó, para que de ellas también estas cosas pudieran hacerse (pues ni siquiera él haría de ellas lo que él mismo prefiguró que no podría hacerse de ellas, ya que él mismo no es más poderoso que él mismo): sin embargo, lo dio de otra manera, para que no lo tuvieran en el movimiento natural, sino en aquel en el que fueron creadas de tal manera que su naturaleza estuviera más sujeta a una voluntad más poderosa.

CAPÍTULO XVIII.---La razón de la formación de la mujer preexistía de manera que era conveniente al Misterio.

33. Por tanto, Dios tiene en sí mismo ocultas las causas de ciertos hechos, que no insertó en las cosas creadas; y las cumple no con aquella obra de providencia, por la cual sustenta las naturalezas para que sean, sino con aquella por la cual las administra como quiso, las cuales creó como quiso. Allí está también la gracia, por la cual los pecadores son salvados. Pues en cuanto a la naturaleza depravada por su voluntad iniqua, no tiene retorno por sí misma, sino por la gracia de Dios, por la cual es ayudada y restaurada. Pues no deben desesperarse los hombres en aquella sentencia, en la que está escrito: Todos los que andan por ella, no volverán (Prov. II, 19). Pues se dijo según el peso de su iniquidad, para que lo que vuelve, quien vuelve, no se lo atribuya a sí mismo, sino a la gracia de Dios, no por obras, para que no se ensalce (Efes. II, 9).

34. Por eso, el Apóstol dijo que el misterio de esta gracia estaba oculto, no en el mundo, donde están ocultas las razones causales de todas las cosas que naturalmente han de surgir, como estaba oculto Leví en los lomos de Abraham, cuando también él fue diezmado (Hebr. VII, 9, 10); sino en Dios, que creó todas las cosas. Por lo tanto, también todas las cosas que para significar esta gracia, no por el movimiento natural de las cosas, sino que fueron hechas maravillosamente, sus causas ocultas estaban en Dios: de las cuales, si una era que la mujer fue hecha del costado del hombre, y esto mientras dormía, quien fue firmada por él, como si estuviera firmada por su hueso, pero él por ella fue débil, porque en lugar de la costilla no fue suplida una costilla sino carne; esto no lo tuvo la primera condición de las cosas, cuando en el sexto día se dijo: Varón y hembra los creó, para que la mujer fuera hecha de esta manera; sino que solo lo tuvo porque también podía hacerse así, para que no se hiciera algo contra las causas que instituyó con su voluntad, con una voluntad mutable. Pero lo que se haría, para que no fuera de otra manera, estaba oculto en Dios, que creó todas las cosas.

35. Pero dado que lo dijo oculto, para que se manifestara a los principados y potestades en los cielos por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios (Efes. III, 9, 10); se cree razonablemente que, así como aquella semilla a la que se prometió, fue dispuesta por los ángeles en la mano del mediador, así todas las cosas que para anunciar o preanunciar la venida de esa semilla en la naturaleza de las cosas, fueron hechas maravillosamente fuera del curso habitual de la naturaleza, fueron hechas con los ángeles ministrando: para que, sin embargo, en todas partes el creador o restaurador de las criaturas no sea otro que quien, con cualquier plantador o regador, solo Dios da el crecimiento (I Cor. III, 7).

CAPÍTULO XIX.---Éxtasis de Adán.

36. Y por tanto, también aquel éxtasis que Dios infundió en Adán, para que adormecido se durmiera, se entiende correctamente que fue infundido para que su mente también participara de alguna manera de la corte angélica, y entrando en el santuario de Dios entendiera en lo último (Sal. LXXII, 17). Finalmente, al despertar, como lleno de profecía, cuando vio a la mujer, su costilla llevada a él, exclamó de inmediato, lo que el Apóstol encomienda como un gran sacramento (Efes. V, 31, 32): Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del hombre fue tomada: y por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne. Aunque la misma Escritura testifica que estas palabras fueron del primer hombre, sin embargo, el Señor en el Evangelio declaró que Dios lo dijo. Pues dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio, varón y hembra los hizo: y dijo, Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne? (Mat. XIX, 4) para que entendamos que por el éxtasis que precedió en Adán, pudo decir esto divinamente como profeta. Pero ya este es el término de este libro, para que lo que sigue, desde otro comienzo, renueve la intención de los lectores.

LIBRO DÉCIMO. En el cual se trata del origen de las almas.

CAPÍTULO PRIMERO.---Opinión de algunos sobre que el alma de la mujer fue hecha del alma del hombre.

1. Ya el orden mismo parece exigir que disertemos sobre el pecado del primer hombre; pero dado que la Escritura narró cómo fue hecha la carne de la mujer, pero calló sobre el alma, nos ha hecho mucho más atentos para investigar diligentemente cómo pueden refutarse, o no, aquellos que creen que el alma se hace del alma del hombre, así como la carne de la carne, transfiriéndose las semillas de ambas cosas de los padres a los hijos. Pues de aquí se mueven primeramente a decir que Dios hizo un alma, soplando en el rostro del hombre, a quien había formado del polvo, para que de ella ya se crearan las demás almas de los hombres, así como de su carne toda carne de los hombres. Porque primero fue formado Adán, luego Eva: y de él ciertamente se dijo de dónde tuvo el cuerpo, de dónde el alma; el cuerpo, evidentemente, del polvo de la tierra, el alma del soplo de Dios: pero de ella, hecha del costado de él, no se dice que Dios la animara soplando de manera similar, como si ambas cosas fueran tomadas de él, quien ya había sido animado. O bien debía callarse, dicen, también sobre el alma del hombre, para que, como pudiéramos, la entendiéramos dada divinamente, o ciertamente creyéramos: o si esto no se calló para que no pensáramos que el alma del hombre fue hecha de la tierra como su carne, también debía no callarse sobre el alma de la mujer, para que no se pensara que fue de la traducción, si esto no es verdad. Por tanto, dicen, se calló que soplara en el rostro de la mujer, porque es verdad que el alma fue propagada del hombre.

2. A esta sospecha se le puede responder fácilmente. Pues si por eso piensan que el alma de la mujer fue hecha del alma del hombre, porque no está escrito que Dios soplara en el rostro de la mujer; ¿por qué creen que la mujer fue animada del hombre, cuando ni siquiera eso está escrito? Por lo tanto, si Dios hace todas las almas de los hombres nacientes, como hizo la primera, la Escritura calló sobre las demás, porque lo que se recordó que se hizo en una, también podría entenderse prudentemente de las demás. Por tanto, si debíamos ser advertidos de algo sobre este asunto por esta Escritura, más bien si algo diferente se hacía en la mujer, que no se hizo en el hombre, para que su alma fuera tomada de su carne animada, no como el cuerpo de él, que fue de otro lugar, y su alma de otro; esto mismo que se hacía de otra

manera, la Escritura no debió callarlo, para que no pensáramos que se hizo lo mismo que ya habíamos aprendido de él. Por consiguiente, porque no dijo que el alma de la mujer fue hecha del alma del hombre, más convenientemente se cree que quiso advertirnos con eso mismo, que no pensáramos aquí otra cosa que lo que sabíamos del alma del hombre, es decir, que fue dada de manera similar a la mujer: especialmente cuando había un lugar de ocasión muy evidente, para que si no entonces cuando fue formada, al menos después ciertamente se dijera, donde Adán dice: Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gén. II, 23). Pues, ¿cuánto más cariñosamente y amorosamente diría, Y alma de mi alma? Sin embargo, con esto no se ha resuelto ya una cuestión tan grande, para que tengamos uno de estos como manifiesto y cierto.

CAPÍTULO II.---Lo que se investigó en los libros anteriores sobre el origen del alma.

3. Por lo tanto, primero debemos considerar si la Sagrada Escritura de este libro, tratada desde su inicio, nos permite dudar: entonces, tal vez correctamente buscaremos, o qué opinión es preferible elegir, o en la incertidumbre de este asunto qué camino debemos seguir. Ciertamente, en el sexto día Dios hizo al hombre a su imagen; donde también se dijo: Varón y hembra los creó (Gén. I, 27). Lo primero, donde se menciona la imagen de Dios, lo entendíamos según el alma; lo segundo, donde se diferencia el sexo, según la carne (Lib. 6 y 7). Y puesto que tantos y tan grandes testimonios, que allí fueron considerados y tratados, no nos permitían aceptar que en ese mismo sexto día también se formó al hombre del barro y a la mujer de su costado, sino que esto ocurrió después de aquellas primeras obras de Dios, en las cuales creó todo simultáneamente (Ecli. XVIII, 1); investigamos qué debíamos creer sobre el alma del hombre, y después de discutir todas las partes de nuestra disquisición, nos pareció más creíble o tolerable decir que el alma del hombre fue hecha en aquellas obras, mientras que la razón de su cuerpo en el mundo corpóreo era como una semilla: para no vernos obligados a decir, en contra de las palabras de la Escritura, que todo fue hecho en el sexto día, es decir, tanto al hombre del barro como a la mujer de su costado; o que en aquellas obras de los seis días de ninguna manera se hizo al hombre; o que solo se hizo la razón causal del cuerpo humano, pero no la del alma, siendo más bien según ella que el hombre es a imagen de Dios: o ciertamente, aunque no en contra de las palabras claramente establecidas de la Escritura, sin embargo, sería duro e intolerable decir que la razón del alma humana fue hecha en esa criatura espiritual que fue creada solo para esto, cuando esa criatura, en la cual se diría que se hizo esa razón, no se menciona en las obras de Dios; o que la razón del alma fue hecha en alguna criatura que se menciona en esas obras, como en los hombres que ya existen, la razón de los hijos por nacer está oculta: y así creeríamos que es hija de los ángeles, o, lo que es más intolerable, de algún elemento corpóreo. CAPÍTULO III.---Triple modo de origen de las almas.

4. Pero ahora, si por esto se afirma que la mujer no recibió el alma del hombre, sino que, al igual que él, la recibió de Dios, porque Dios hace cada una para cada uno, no se habría hecho el alma de la mujer en aquellas primeras obras: o si se hubiera hecho la razón general de todas las almas, como en los hombres la razón de engendrar, se vuelve a lo duro y molesto, que digamos que las almas de los hombres son hijas de los ángeles, o, lo que es más indigno, del cielo corpóreo, o incluso de algún elemento inferior. Por lo tanto, debemos considerar, aunque esté oculto qué es lo verdadero, qué al menos puede decirse de manera más tolerable: si lo que acabo de decir, o en aquellas primeras obras de Dios se hizo un alma del primer hombre, de cuya descendencia se crearían todas las almas humanas; o si se hacen nuevas almas de vez en cuando, de las cuales ninguna razón o causa fue hecha en aquellas primeras obras de los seis días de Dios. De estos tres, los dos primeros no contradicen aquellas

primeras condiciones, donde todo fue creado simultáneamente. Pues ya sea que en alguna criatura, como en un padre, se haya hecho la razón del alma, para que todas las almas sean generadas de ella, pero creadas por Dios cuando se dan a cada ser humano, como los cuerpos de los padres; o no se haya hecho la razón del alma como la razón de la prole en un padre, sino que el alma misma fue hecha cuando se hizo el día, como el mismo día, como el cielo y la tierra, y las luminarias del cielo; se dijo congruentemente: Dios hizo al hombre a su imagen.

5. Sin embargo, cómo este tercer punto no contradice la opinión de que el hombre fue hecho a imagen de Dios en el sexto día, y creado visiblemente después del séptimo día, no es tan fácil de ver. Pues decir que se hacen nuevas almas, que ni ellas mismas ni su razón, como en un padre de prole, fueron hechas en ese sexto día con estas obras, de las cuales, una vez completadas e iniciadas, Dios descansó en el séptimo día; si lo decimos, debemos tener cuidado de no hacer que la Escritura recomiende en vano que Dios completó todas sus obras en seis días, que hizo muy buenas, si aún iba a crear algunas naturalezas, que ni ellas mismas ni sus razones fueron hechas causalmente allí: a menos que se entienda que tiene en sí mismo la razón de las almas que se harán individualmente para ser dadas a cada uno que nazca, no que las haya creado en alguna criatura; pero porque el alma no es una criatura de otro género que aquella según la cual el hombre fue hecho a imagen de Dios en el sexto día, no se puede decir correctamente que Dios haga ahora lo que entonces no completó. Pues ya entonces había hecho el alma, tal como las hace ahora; y por eso no hace ahora un nuevo género de criatura, que entonces no creó en sus obras completadas: ni esta operación suya es contraria a aquellas razones causales de las cosas futuras, que entonces infundió en el universo, sino más bien según ellas; puesto que a los cuerpos humanos, cuya propagación se extiende en sucesión continua desde aquellas primeras obras, les conviene que se les inserten almas tales como las que ahora hace e inserta.

6. Por lo tanto, ya sin temer que, contra las palabras de este libro, que están escritas sobre aquella primera condición de los seis días, prevalezca la probabilidad de cualquiera de estas tres opiniones, parece que debemos sentir; asumamos un tratamiento más diligente de esta cuestión, tanto como Dios ayude: no sea que pueda suceder que, si no obtenemos una opinión clara, de la cual no deba dudarse más, al menos obtengamos una tan aceptable sobre este asunto, que no sea absurdo mantenerla hasta que algo cierto se aclare. Y si ni siquiera esto pudiéramos, con los momentos de los documentos tambaleándose por igual en todas partes, al menos no parecerá que nuestra duda haya evitado el trabajo de buscar, sino la temeridad de afirmar: para que, si alguien ya está seguro correctamente, se digne enseñarme; si alguien, en verdad, no por la autoridad del divino elocuente, ni por la razón perspicua, sino por su propia presunción, se ha hecho seguro, no se digne dudar conmigo.

CAPÍTULO IV.---Qué es cierto sobre la naturaleza y origen del alma.

7. Y primero, mantengamos firmemente que la naturaleza del alma no se convierte en la naturaleza del cuerpo, de modo que lo que ya fue alma, se convierta en cuerpo; ni en la naturaleza del alma irracional, de modo que lo que fue alma del hombre, se convierta en la de un animal; ni en la naturaleza de Dios, de modo que lo que fue alma, se convierta en lo que es Dios: y así, recíprocamente, ni el cuerpo, ni el alma irracional, ni la sustancia que es Dios, se convierten y se hacen alma humana. También debe ser igualmente cierto que el alma no es sino una criatura de Dios. Por lo tanto, si Dios no hizo el alma del hombre ni del cuerpo, ni del alma irracional, ni de sí mismo, queda que la haga de la nada, o de alguna criatura espiritual, sin embargo racional. Pero querer demostrar que algo se hace de la nada después de las obras completadas, en las cuales creó todo simultáneamente, es violento; y no sé si

puede obtenerse con documentos claros. Tampoco se nos debe exigir lo que el hombre no puede comprender; o si ya puede, es raro que pueda persuadir a alguien, a menos que sea tal, que incluso sin que ningún hombre intente enseñarle, pueda entender algo así. Por lo tanto, es más seguro no tratar sobre estas cosas con conjeturas humanas, sino buscar testimonios divinos.

CAPÍTULO V.---El alma no es de los ángeles, ni de los elementos, ni de la sustancia de Dios.

8. Por lo tanto, no encuentro ninguna autoridad de los libros canónicos que diga que Dios crea almas de los ángeles, como si fueran padres. Mucho menos, entonces, de los elementos corpóreos del mundo: a menos que tal vez lo mueva aquello que en el profeta Ezequiel, cuando se muestra la resurrección de los muertos, con los cuerpos restaurados, se convoca al espíritu de los cuatro vientos del cielo para que, al soplar, vivifiquen y resuciten. Pues así está escrito: Y el Señor me dijo: Profetiza sobre el espíritu; profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así dice el Señor, Ven de las cuatro partes de los vientos del cielo, e infunde en estos muertos, y vivan. Y profeticé, como el Señor me mandó, y entró el espíritu de vida en ellos, y revivieron, y se pusieron de pie, una gran multitud (Ezequiel XXXVII, 9. 10). Donde me parece que se significó proféticamente que los hombres resucitarán no solo de aquel campo donde se demostraba el hecho, sino de todo el orbe de la tierra, y esto fue figurado por el soplo de las cuatro partes del mundo. Pues tampoco aquel soplo del cuerpo del Señor era la sustancia del Espíritu Santo, cuando sopló y dijo: Recibid el Espíritu Santo (Juan XX, 22); sino que sin duda se significó que el Espíritu Santo procede de él, como aquel soplo procedió de su cuerpo. Pero como el mundo no se adapta a Dios a la unidad de persona, como aquella carne al Verbo su unigénito Hijo; no podemos decir que el alma sea de la sustancia de Dios, del mismo modo que aquel soplo de los cuatro vientos fue hecho de la naturaleza del mundo: pero sin embargo creo que fue algo diferente de lo que significó; lo cual puede entenderse correctamente por el ejemplo del soplo que procede del cuerpo del Señor: aunque el profeta Ezequiel en aquel lugar no previó la resurrección de la carne, tal como será propiamente, sino la inesperada restauración de un pueblo desesperado por el Espíritu del Señor, que llenó el orbe de la tierra (Sab. I, 7), en una revelación figurada.

CAPÍTULO VI.---Dos opiniones sobre el alma a ser examinadas con testimonios de la Escritura.

9. Veamos, por lo tanto, a cuál de las dos opiniones favorecen más los testimonios divinos: si a la que dice que Dios hizo un alma y la dio al primer hombre, de la cual haría las demás, como de su cuerpo los demás cuerpos humanos; o a la que dice que hace cada una para cada uno, como a él una, no de aquella las demás. Pues aquello que dice por Isaías, Yo hice todo aliento (Isaías LVII, 16), ya que lo que sigue muestra suficientemente que lo dice del alma, puede aplicarse a ambos. Porque ya sea de una sola alma del primer hombre, o de algún secreto suyo, sin duda él mismo hace todas las almas.

10. Y aquello que está escrito, Que formó individualmente sus corazones (Salmo XXXII, 15), si queremos entender por corazones las almas, tampoco esto se opone a ninguna de las dos opiniones sobre las que ahora dudamos. Pues ya sea de aquella única que sopló en el rostro del primer hombre, él mismo forma individualmente, como también los cuerpos; o ya sea que forme y envíe individualmente, o las forme en aquellos mismos a quienes las envió: aunque esto no me parece dicho, sino por la gracia de la renovación de nuestras almas a imagen de Dios. De donde dice el Apóstol: Porque por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efesios II, 8-10). Pues no podemos entender que

nuestros cuerpos sean creados o formados por esta gracia de la fe, sino como se dice en el Salmo, Crea en mí un corazón puro, oh Dios (Salmo L, 12).

11. De aquí también creo que es aquello, Que formó el espíritu del hombre en él (Zacarías XII, 1); como si fuera una cosa enviar el alma hecha, y otra hacerla en el mismo hombre, es decir, rehacerla y renovarla. Pero también esto, si no lo entendemos de la gracia en la que somos renovados, sino de la naturaleza en la que nacemos, puede aplicarse a ambas opiniones: porque ya sea que de aquella única del primer hombre, como semilla del alma, Dios la forme en el hombre, para que vivifique el cuerpo; o ya sea que el espíritu de vida, no de aquella descendencia, sino infundido de otro lugar en el cuerpo, Dios lo forme también por los sentidos mortales de la carne, para que el hombre se haga en alma viviente.

CAPÍTULO VII.---A cuál opinión favorece aquello, He obtenido un alma buena, etc.

12. Sin duda, aquello del libro de la Sabiduría, donde dice, He obtenido un alma buena, y siendo más bueno, vine a un cuerpo incontaminado (Sabiduría VIII, 19, 20); requiere una consideración más diligente. Pues parece más atestiguar la opinión de que no se propagan de una, sino que se cree que las almas vienen de arriba a los cuerpos. Sin embargo, ¿qué significa, He obtenido un alma buena? como si en aquella fuente de las almas, si existe alguna, unas almas fueran buenas, otras no buenas, que salieran por alguna suerte, cuál se le asigna a cada hombre; o que Dios haga en el momento de los concebidos o nacidos unas buenas, otras no buenas, de las cuales cada uno tenga por suerte la que le toque. Es extraño si esto al menos ayuda a aquellos que creen que las almas hechas en otro lugar son enviadas individualmente por Dios a cada cuerpo humano, y no más bien a aquellos que dicen que las almas son enviadas a los cuerpos según los méritos de las obras que hicieron antes del cuerpo. Pues, ¿cómo pueden pensarse que unas son buenas, otras no buenas, al venir a los cuerpos, sino según sus obras? Pues no según la naturaleza, en la cual son hechas por aquel que hace todas las naturalezas buenas. Pero lejos de nosotros contradecir al Apóstol, que dice que aún no nacidos no han hecho nada bueno o malo, de donde confirma que no pudo decirse por obras, sino por el que llama, El mayor servirá al menor; cuando trataba de los gemelos aún en el vientre de Rebeca (Romanos IX, 10-13). Por lo tanto, apartemos un poco este testimonio del libro de la Sabiduría: pues no deben ser ignorados, ya sea que se equivoquen o que tengan razón, quienes creen que esto fue dicho especialmente y singularmente del alma de aquel mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús. Lo cual, si es necesario, consideraremos después, para que si no puede convenir a Cristo, busquemos cómo debemos entenderlo, para no ir contra la fe apostólica, pensando que las almas tienen algún mérito de sus obras antes de comenzar a vivir en los cuerpos.

CAPÍTULO VIII.---Que ninguna de las dos opiniones contradiga aquello, Quitarás su espíritu, etc.

13. Ahora veamos cómo se dijo, Quitarás su espíritu, y perecerán, y volverán a su polvo. Enviarás tu espíritu, y serán creados; y renovarás la faz de la tierra (Salmo CIII, 29, 30). Pues para aquellos que sostienen que las almas son creadas de los padres como los cuerpos, esto parece significar, cuando se entiende así, que dijo su espíritu porque lo recibieron los hombres de los hombres: que cuando mueren, no puede serles devuelto por los hombres, para que resuciten; porque no se toma de nuevo, como cuando nacieron, de los padres, sino que Dios lo devolverá, quien resucita a los muertos (II Macabeos VII, 23). Y por lo tanto, dijo su espíritu cuando mueren, pero de Dios cuando resucitan. Lo cual pueden entender aquellos que no creen que las almas vienen de los padres, sino que son enviadas por Dios, según su opinión, que dijo su espíritu cuando mueren, porque estaba en ellos, y de ellos sale; pero de

Dios cuando resucitan, porque de él es enviado, de él es devuelto: por lo tanto, este testimonio no contradice a ninguno de los dos.

14. Yo, sin embargo, creo que es mejor entender esto dicho de la gracia de Dios, por la cual somos renovados interiormente. Pues de todos los soberbios que viven según el hombre terrenal, y presumen de su vanidad, de alguna manera se quita su propio espíritu, cuando se despojan del hombre viejo, y se debilitan, para ser perfeccionados expulsada la soberbia, diciendo al Señor por humilde confesión, Recuerda que somos polvo (Salmo CII, 14): a quienes se les había dicho, ¿Por qué se enorgullece la tierra y la ceniza? (Eclesiástico X, 9). Pues mirando con el ojo de la fe la justicia de Dios, para no querer establecer la suya propia (Romanos X, 3), se desprecian a sí mismos, como dice Job, y se disuelven, y se consideran tierra y ceniza: esto es, Y volverán a su polvo. Pero al recibir el Espíritu de Dios, dicen: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gálatas II, 20). Así se renueva la faz de la tierra, por la gracia del Nuevo Testamento, con la multitud de los santos.

CAPÍTULO IX.---Que también aquello, Y vuelva, etc., se mantenga entre ambas opiniones.

15. También aquello que está escrito en el Eclesiastés, Y vuelva el polvo a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio (Eclesiastés XII, 7), no favorece a ninguna de las dos opiniones contra la otra, sino que se mantiene entre ambas. Pues cuando estos dicen que de aquí se prueba que el alma no se da de los padres, sino de Dios, porque vuelto el polvo a su tierra, es decir, la carne, que fue hecha del polvo, el espíritu volverá a Dios que lo dio; aquellos responden: Ciertamente así es. Pues el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio al primer hombre, cuando sopló en su rostro (Génesis II, 7), vuelto el polvo, es decir, el cuerpo humano, a la tierra, de donde fue hecho primero (Génesis III, 19). Pues no iba a volver el espíritu a los padres, aunque de allí fue creado de aquel uno que fue dado al primer hombre; como tampoco la carne misma después de la muerte vuelve a los padres, de quienes ciertamente se sabe que fue propagada. Así como, por lo tanto, la carne no vuelve a los hombres de quienes fue creada, sino a la tierra de donde fue formada para el primer hombre; así también el espíritu no vuelve a los hombres de quienes fue transferido, sino a Dios de quien fue dado a la primera carne.

16. Este testimonio nos advierte claramente que Dios creó el alma del primer hombre de la nada, no de una criatura ya existente, como el cuerpo de la tierra: y por eso, cuando regresa, no tiene a dónde volver, sino al Creador que se la dio; no a la criatura de la que fue hecha, como el cuerpo a la tierra. No hay criatura de la que fue hecha, porque fue hecha de la nada; y por lo tanto, regresa al Creador de quien fue hecha de la nada. No todos regresan, porque hay de quienes se dice, "Espíritu que camina y no regresa" (Salmo LXXVII, 30).

CAPÍTULO X.---La cuestión del alma no se resuelve fácilmente a partir de las Escrituras.

17. Por lo tanto, es difícil reunir todos los testimonios de las Sagradas Escrituras sobre este asunto; y aunque se pudiera hacer, no solo recordarlos sino también tratarlos, se extendería en gran longitud de discurso: pero a menos que se presente algo tan cierto como lo que se presenta para mostrar que Dios creó el alma, o que se la dio al primer hombre, no sé cómo se resolvería esta cuestión mediante el testimonio de la palabra divina. Si estuviera escrito que Dios sopló de manera similar en el rostro de la mujer formada, y se convirtió en un alma viviente; ya se añadiría mucha luz, por la cual creeríamos que el alma no se da a la carne formada del hombre a partir de los padres: sin embargo, aún se esperaría qué se debe sostener propiamente en la descendencia, que es el modo habitual para nosotros del hombre a partir

del hombre. La primera mujer fue hecha de manera diferente, y por eso aún se podría decir que el alma no fue dada divinamente a Eva a partir de Adán, porque no nació de él como descendencia. Pero si la Escritura recordara que al hombre que primero nació de ellos, el alma no fue tomada de los padres, sino dada desde arriba, ya en los demás, incluso si la Escritura callara, se debería entender.

CAPÍTULO XI.---Si aquella sentencia, "Por un solo hombre", etc., puede aplicarse a ambas opiniones. El bautismo de los infantes.

18. Ahora consideremos también si lo que está escrito, "Por un solo hombre el pecado entró en este mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron", y poco después, "Así como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, así también por la justicia de uno vino la justificación de vida a todos los hombres. Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos" (Rom. V, 12, 18, 19), no confirma ninguna de las opiniones, sino que puede aplicarse a ambas. Porque de estas palabras del Apóstol, quienes defienden la propagación de las almas, intentan sostener su opinión de esta manera: Si el pecado o el pecador puede entenderse solo según la carne, no estamos obligados a creer que el alma proviene de los padres en estas palabras; pero si, aunque sea por la tentación de la carne, no peca sino el alma, ¿cómo se debe entender lo que se dijo, "en quien todos pecaron", si el alma no fue propagada de Adán como la carne? ¿O cómo fueron constituidos pecadores por la desobediencia de él, si solo fueron en él según la carne, no también según el alma?

19. Porque debemos tener cuidado de que Dios no parezca ser el autor del pecado, si da el alma a la carne en la que necesariamente debe pecar; o que pueda haber un alma, excepto la de Cristo, para la cual no sea necesaria la gracia cristiana para ser liberada del pecado, porque no pecó en Adán, si se dice que todos pecaron en él solo según la carne que fue creada de él, no también según el alma: lo cual es tan contrario a la fe eclesiástica, que los padres corren a recibir la gracia del santo Bautismo incluso con los pequeños e infantes; en los cuales, si se disuelve este vínculo del pecado que es solo de la carne, no también del alma, con razón se pregunta qué les perjudicaría si en esa edad salieran del cuerpo sin Bautismo. Porque si por este Sacramento se cuida de su cuerpo, no también de su alma, deberían ser bautizados también los muertos: pero como vemos que la Iglesia universalmente retiene esto, que se corre con los vivos, y se socorre a los vivos, para que cuando hayan muerto no se pueda hacer nada que les aproveche; no vemos qué otra cosa se pueda entender, sino que cada pequeño no es sino Adán tanto en cuerpo como en alma, y por eso necesita la gracia de Cristo. Porque esa edad en sí misma no ha hecho nada ni bueno ni malo; por lo tanto, allí el alma es inocentísima, si no fue propagada de Adán: por lo cual, ¿cómo puede ir justamente a la condenación, si sale del cuerpo sin Bautismo, quien pueda demostrar esta opinión sobre el alma, es admirable.

CAPÍTULO XII.---La causa de la concupiscencia carnal no está solo en la carne, sino también en el alma.

20. Porque está escrito muy verdadera y veracísimamente, "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne" (Gál. V, 17): pero sin embargo, creo que nadie, docto o indocto, duda que la carne no puede desear nada sin el alma. Y por lo tanto, la causa de la misma concupiscencia carnal no está solo en el alma, pero mucho menos está solo en la carne. Porque se hace de ambos: de la alma, porque sin ella no se siente ninguna delectación; de la carne, porque sin ella no se siente la delectación carnal. Por lo tanto, el Apóstol llama carne

que desea contra el espíritu a la delectación carnal, que el espíritu tiene de la carne y con la carne contra la delectación que tiene solo. Porque solo tiene, si no me equivoco, aquel deseo, no mezclado con el placer de la carne, o con la codicia de cosas carnales, por el cual desea y desfallece el alma en los atrios del Señor (Sal. LXXXIII, 3). También solo tiene aquel, del cual se le dice, "Deseaste la sabiduría; guarda el mandamiento, y el Señor te la dará" (Eclo. I, 33). Porque cuando el espíritu manda a los miembros del cuerpo que sirvan a este deseo, en el cual solo se enciende, como cuando se toma un libro, cuando se escribe algo, se lee, se discute, se escucha, cuando finalmente se parte el pan al hambriento, y se prestan otros servicios de humanidad y misericordia; la carne muestra obediencia, no mueve concupiscencia. A estos y a deseos buenos de este tipo, en los cuales solo el alma desea, cuando algo se opone que deleita a la misma alma según la carne, entonces se dice que la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.

21. Porque así se dijo carne en lo que el alma hace según ella, cuando dice, "La carne desea"; como se dijo, "El oído oye, y el ojo ve". Porque ¿quién no sabe que más bien el alma oye a través del oído, y ve a través del ojo? Así hablamos también cuando decimos, "Tu mano ayudó al hombre"; cuando se da algo con la mano extendida, para ayudar a alguien. Pero si incluso del mismo ojo de la fe, al cual pertenece creer lo que no se ve a través de la carne, se dijo, "Toda carne verá la salvación de Dios" (Luc. III, 6); ciertamente no se refiere sino al alma, por la cual vive la carne, cuando incluso ver piadosamente a Cristo a través de nuestra carne, es decir, la forma que tomó por nosotros, no pertenece a la concupiscencia, sino al ministerio de la carne, no sea que alguien quiera entender lo que se dijo, "Toda carne verá la salvación de Dios", de esa manera: cuanto más congruentemente se dice que la carne desea, cuando el alma no solo da vida animal a la carne, sino que también según la misma carne desea algo; lo cual no está en su poder no desear, mientras el pecado está en los miembros, es decir, una cierta violenta tentación de la carne en el cuerpo de esta muerte, viniendo de la venganza de aquel pecado, del cual tomamos la propagación, según la cual todos antes de la gracia son hijos de ira (Efes. II, 3). Contra este pecado luchan los que están bajo la gracia, no para que no esté en su cuerpo, mientras sea tan mortal, que incluso muerto se diga con razón, sino para que no reine. No reina, sin embargo, cuando no se obedece a sus deseos, es decir, a los que se desean según la carne contra el espíritu. Por lo tanto, ¿acaso dijo el Apóstol, "No haya pecado en vuestro cuerpo mortal" (pues sabía que estaba en él la delectación del pecado, que llama pecado, es decir, la naturaleza depravada desde la primera transgresión)? sino, "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos; ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado" (Rom. VI, 12, 13).

CAPÍTULO XIII.---Cuán clara es esa sentencia sobre la concupiscencia de la carne. Pecados de los niños.

22. Según esta sentencia, no decimos algo absurdísimo, que la carne desee sin el alma; ni consentimos con los maniqueos, que al ver que la carne no puede desear sin el alma, pensaron que otra alma suya de otra naturaleza contraria a Dios tiene la carne, de donde desea contra el espíritu. Ni nos vemos obligados a decir que alguna alma no necesita la gracia de Cristo, cuando se nos dice: ¿Qué mereció el alma del niño, para que le sea perjudicial salir del cuerpo sin recibir el sacramento del Bautismo cristiano, si no cometió ningún pecado propio, ni es de aquella que pecó primero en Adán?

23. Porque no tratamos de niños mayores, a quienes algunos no quieren atribuir pecado propio, sino desde el artículo del año catorce, cuando comienzan a pubertar. Lo cual con razón creeríamos, si no hubiera pecados, sino los que se cometen con los miembros genitales: pero ¿quién se atreverá a afirmar que los robos, las mentiras, los perjurios, no son pecados,

sino quien quiere cometer tales cosas impunemente? Pero de estos está llena la edad infantil, aunque en ellos no parezcan ser castigados como en los mayores, porque se espera que con los años que se añaden, en los cuales la razón se fortalece, puedan entender mejor los preceptos saludables, y obedecerles más libremente. Pero ahora no tratamos de niños, cuya carnal y pueril voluptuosidad, ya sea del cuerpo o del alma, si la verdad y la equidad la atacan, con qué fuerzas de palabras y hechos se oponen; para la cual, a menos que sea por falsedad e iniquidad, que parecerá favorecerles, ya sea para obtener lo que atrae, o para evitar lo que ofende. Hablamos de infantes, no porque nazcan a menudo de adulterios (pues en los malos hábitos no se deben culpar los dones de la naturaleza; ni por eso no debieron germinar los granos, porque los sembró la mano del ladrón: ni en verdad la iniquidad de los mismos padres les perjudicará, si se corrigen convirtiéndose a Dios; cuánto menos a los hijos, si viven rectamente).

CAPÍTULO XIV.---Se discute el argumento a favor de la opinión de las almas por traducción, tomado de la culpa y el bautismo de los infantes.

Pero esa edad aquí plantea una cuestión vehemente, cuya alma, cuando no tiene pecado alguno de su propio libre albedrío, se pregunta cómo puede ser justificada por la obediencia de aquel único hombre, si por la desobediencia de otro único no es culpable. Esta es la voz de aquellos que quieren que las almas de los hombres sean creadas de los padres, no ciertamente sino por el creador Dios, pero como también los cuerpos. Porque tampoco estos los crean los padres, sino aquel que dijo: "Antes de que te formara en el vientre, te conocí" (Jer. I, 5).

24. A quienes se les responde, que Dios da nuevas almas a los cuerpos de los hombres, individualmente, para que en la carne del pecado, viniendo del pecado original, viviendo rectamente, y subyugando las concupiscencias carnales bajo la gracia de Dios, obtengan mérito, por el cual con el mismo cuerpo sean transferidos a mejor en el tiempo de la resurrección, y vivan en Cristo eternamente con los ángeles. Pero es necesario que, cuando se coaptan de manera maravillosa a los miembros terrenales y mortales, y especialmente propagados de la carne del pecado, para que primero puedan vivificarlos, luego también con el acceso de la edad puedan gobernarlos, como si se vieran abrumadas por el olvido. Lo cual, si fuera de alguna manera indigestible, se atribuiría al Creador: pero cuando el alma, poco a poco recuperándose de este letargo del olvido, puede convertirse a su Dios, y por la misma piedad de la conversión, luego por la perseverancia en guardar su mandamiento, merecer su misericordia y verdad; ¿qué le perjudica sumergirse un poco en ese sueño, del cual despertando poco a poco a la luz de la inteligencia, para la cual fue hecha el alma racional, puede elegir por buena voluntad la vida buena? lo cual ciertamente no podrá, a menos que la gracia de Dios por el Mediador la ayude. Si el hombre descuida esto, no solo será Adán según la carne, sino también según el espíritu: pero si lo cuida, será Adán solo según la carne; pero viviendo rectamente según el espíritu, merecerá recibir purificado de la mancha del pecado aquello que fue tomado culpable de Adán, por aquel cambio que la resurrección promete a los santos.

25. Pero antes de que pueda vivir según el espíritu por la edad, necesita el Sacramento del Mediador, para que lo que por su fe aún no puede, se haga por aquellos que lo aman. Porque por su Sacramento se disuelve también en la edad infantil la pena original del pecado; de la cual, a menos que sea ayudado, incluso el joven no dominará la concupiscencia carnal; ni, habiéndola subyugado, alcanzará el mérito de la vida eterna, sino por el don de aquel a quien se esfuerza por merecer. Por eso es necesario que también el infante sea bautizado vivo, para que no perjudique al alma la sociedad de la carne del pecado, con la cual participada hace que el alma del infante no pueda saborear nada según el espíritu. Porque la misma afección

también pesa sobre el alma despojada del cuerpo, a menos que cuando está en el cuerpo, sea expiada por el único sacrificio del Mediador, el verdadero sacerdote.

CAPÍTULO XV.---El mismo argumento se examina más a fondo.

26. ¿Qué, entonces, dice alguien, si sus padres no se preocupan por esto, ya sea por infidelidad o negligencia? Esto también puede decirse de los mayores. Porque pueden morir repentinamente, o enfermarse donde nadie les ayude a ser bautizados. Pero aquellos, dice, también tienen pecados propios, de los cuales necesitan remisión, que si no son perdonados, nadie dirá con razón que son castigados injustamente por lo que cometieron en su vida por su propia voluntad: pero aquella alma, a la cual cierta contaminación tomada de la carne del pecado, si no fue creada de aquella primera alma pecadora, de ninguna manera puede imputarse (pues no por ningún pecado, sino por la naturaleza con la que fue hecha así, y dada por Dios a la carne); ¿por qué será alienada de la vida eterna, si nadie le ayuda al infante a ser bautizado? ¿O tal vez no le perjudicará? ¿Qué, entonces, le aprovecha a quien se le ayuda, si no perjudica a quien no se le ayuda?

27. Aquí, por su causa, lo que puedan responder quienes, según las Sagradas Escrituras, o lo que se encuentra en ellas, o lo que no les es contrario, intentan afirmar que las almas nuevas no son tomadas de los padres y dadas a los cuerpos; aún no he oído, ni en ninguna parte he leído, lo confieso. No por eso ciertamente se debe abandonar el asunto de los ausentes, si algo que parece ayudarles se me ocurre. Porque aún pueden decir que Dios, previendo cómo viviría cada alma si viviera más tiempo en el cuerpo, le procura la administración del lavacro salvador, cuya piedad futura prevé, cuando llegara a los años capaces de fe, si no fuera necesario que por alguna causa oculta fuera prevenido por la muerte. Por lo tanto, es oculto, y alejadísimo del ingenio humano, o ciertamente del mío, por qué nace un infante, o muere inmediatamente o pronto: pero esto es tan oculto, que no ayuda ni a unos ni a otros, de cuyas opiniones ahora discutimos. Porque, habiendo sido rechazada la opinión de que se cree que las almas son arrojadas a los cuerpos por los méritos de una vida anterior, para que parezca que mereció ser liberada más rápidamente, la que no pecó mucho, no contradigamos al Apóstol, que testifica que los no nacidos no han hecho nada bueno ni malo (Rom. IX, 11); ni aquellos que afirman la traducción del alma pueden mostrar por qué la muerte de unos se acelera, y la de otros se retrasa, ni quienes quieren que se den nuevas a cada uno. Por lo tanto, esta causa es oculta, y a ambos por igual, según creo, ni les favorece ni les es adversa.

CAPÍTULO XVI.---Sobre el mismo argumento.

28. Por lo tanto, quienes eran presionados por las muertes de los infantes, por qué es necesario el sacramento del Bautismo para todos, cuyas almas no son tomadas de aquella cuya desobediencia constituyó a muchos pecadores; cuando responden que todos son constituidos pecadores según la carne, pero según el alma solo aquellos que vivieron mal en el tiempo en que también pudieron vivir bien; pero que todas las almas, es decir, incluso las de los infantes, por eso tienen necesario el sacramento del Bautismo, sin el cual no es conveniente emigrar de esta vida incluso en esa edad, porque la contaminación del pecado de la carne del pecado, con la cual se inserta el alma en estos miembros, le perjudicará después de la muerte, a menos que cuando aún está en la misma carne, sea expiada por el Sacramento del Mediador; y que a ella se le procure divinamente esta ayuda, a quien Dios previó que, si viviera hasta los años congruentes con la fe, viviría piadosa y fielmente, a quien por algo que él mismo sabe, quiso que naciera en el cuerpo, y pronto la sacó del cuerpo: cuando, por lo tanto, responden esto, ¿qué se les puede contradecir, sino que nos hacemos inciertos de la salvación de aquellos que, habiendo llevado una vida buena, murieron en la paz de la Iglesia;

si no solo según lo que cada uno vivió, sino también según lo que viviría, si pudiera vivir más tiempo, cada uno debe ser juzgado? puesto que valen ante Dios los méritos malos, no solo de los delitos pasados, sino también de los futuros, de cuya culpa ni la muerte libera, si antes de que fueran cometidos sobreviene; ni se le ha concedido nada a quien fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento (Sab. IV, 11). Porque Dios, previendo aquella futura maldad, ¿por qué no lo juzgará según ella más bien, si juzgó que debía ayudar al alma del infante que iba a morir, para que no le perjudicara la suciedad participada del cuerpo del pecado, por el Bautismo, porque previó que, si viviera, viviría piadosa y fielmente?

29. Por lo tanto, este argumento puede ser refutado más fácilmente porque es mío: sin embargo, aquellos que afirman estar seguros de esta opinión pueden presentar otros argumentos, ya sean testimonios de las Escrituras o documentos de la razón, que eliminen esta ambigüedad, o al menos demuestren que no es contrario a lo que entienden de las palabras del Apóstol, quien, al recomendar con gran énfasis la gracia por la cual somos salvados, dice: "Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (I Cor. XV, 22); y, "Así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de un solo hombre muchos serán constituidos justos"; y queriendo que se entienda que esos muchos pecadores son todos, sin excepción, dice anteriormente sobre Adán: "En quien todos pecaron" (Rom. V, 19, 12): de donde ciertamente no es absurdo creer que las almas de los infantes no pueden ser separadas, tanto por lo que se dice "todos", como por el hecho de que se les socorre a través del Bautismo, a menos que sean refutadas por alguna razón manifiesta y clara que no contradiga las Sagradas Escrituras, o por la autoridad de las mismas Escrituras.

CAPÍTULO XVII.---El testimonio del libro de la Sabiduría se examina en ambas direcciones.

30. Ahora veamos, en la medida en que lo permita la necesidad de esta obra, qué es aquello que pospusimos hace un momento. Está escrito en el libro de la Sabiduría: "Era un niño ingenioso y obtuve un alma buena; y siendo aún mejor, vine a un cuerpo incontaminado" (Sab. VIII, 19, 20). Aunque este testimonio parece ayudar a aquellos que dicen que las almas no son creadas por los padres, sino que vienen al cuerpo o descienden enviadas por Dios; sin embargo, esto impide su opinión, ya que dice: "Obtuve un alma buena": cuando sin duda creen que las almas que Dios envía a los cuerpos fluyen de una sola fuente como arroyos, o se hacen de una naturaleza igual; no obstante, no creen que unas sean buenas o mejores, y otras no buenas o menos buenas. ¿De dónde, entonces, provienen las almas buenas o mejores, o no buenas o menos buenas, si no es por los hábitos según el libre albedrío, o por la diferencia en la constitución de los cuerpos, mientras unas son más, otras menos gravadas por el cuerpo, que se corrompe y agobia al alma (Sab. IX, 15)? Pero no había ninguna acción de las almas individuales por la cual se distinguieran sus hábitos antes de venir a los cuerpos; ni pudo decir que obtuvo un alma buena debido a un cuerpo menos gravoso, quien dijo: "Obtuve un alma buena; y siendo aún mejor, vine a un cuerpo incontaminado". Pues dijo que se añadió a la bondad que tenía, habiendo obtenido un alma buena, para que también viniera a un cuerpo incontaminado. Por lo tanto, era bueno antes de venir al cuerpo, pero ciertamente no por la diferencia de hábitos, porque no había mérito de vida anterior; no por la diferencia del cuerpo, porque era bueno antes de venir al cuerpo. ¿De dónde, entonces?

31. Sin embargo, para aquellos que afirman que las almas son creadas a partir de la descendencia de aquella alma transgresora, aunque no parece favorecerles lo que se dice: "Vine al cuerpo", sin embargo, en los demás aspectos se adapta no incongruentemente; de modo que cuando dijo: "Era un niño ingenioso", explicando por qué era ingenioso,

inmediatamente añadió: "Y obtuve un alma buena", evidentemente por la inteligencia paterna o la constitución corporal. Luego, dijo: "Siendo aún mejor, vine a un cuerpo incontaminado": lo cual, si se entiende como materno, ni siquiera lo que se dice: "Vine al cuerpo", se opondrá a esta opinión, ya que se entiende que vino del alma y cuerpo paterno al cuerpo materno incontaminado, evidentemente ya sea por la sangre menstrual; pues se dice que los ingenios se ven afectados por esto; o por la contaminación adúltera. Así, estas palabras de este libro favorecen más a aquellos que hablan de la descendencia de las almas; o si también estos pueden interpretarlas a su favor, alternan entre ambos.

CAPÍTULO XVIII.---Sobre el alma de Cristo: si puede aplicarse a Él lo que se dice: "Era un niño ingenioso", etc.

32. Si queremos entender esto sobre el Señor según la criatura humana, que fue asumida por el Verbo, hay en el mismo contexto de la lectura cosas que no se ajustan a esa excelencia; especialmente aquello, porque el mismo que habla en este libro, un poco antes de estas palabras de las que ahora tratamos, confesó que fue coagulado en sangre del semen de un hombre (Sab. VII, 2): de lo cual el modo de nacimiento de la Virgen está ciertamente excluido, ya que ningún cristiano duda de que Cristo no concibió carne del semen de un hombre. Pero porque está en los Salmos, donde dice: "Han horadado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos; ellos me miran y me observan: se reparten mis vestiduras, y sobre mi ropa echan suertes", que propiamente se ajustan a Él solo; allí también dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Lejos de mi salvación están las palabras de mis transgresiones" (Sal. XXI, 17, 18, 19, 2), que nuevamente no se ajustan a Él, a menos que se transfigure en sí mismo el cuerpo de nuestra humildad, ya que somos miembros de su cuerpo: y porque en el mismo Evangelio, "el niño crecía en edad y sabiduría": si también estas cosas que se leen en el libro de la Sabiduría alrededor de esta sentencia pueden aplicarse al mismo Señor debido a la humilde forma de siervo y la unidad del cuerpo de la Iglesia con su cabeza; ¿qué más ingenioso que aquel niño, cuya sabiduría admiraban los ancianos a los doce años (Luc. II, 42-52)? y ¿qué alma mejor que aquella, que, aunque prevalezcan no compitiendo, sino probando, quienes afirman la descendencia de las almas, no será consecuente que también ella haya venido de la descendencia de aquel transgresor; para que por la desobediencia de aquel hombre también Él sea constituido pecador, por cuya única obediencia, liberados de aquella culpa, muchos son constituidos justos? y ¿qué más incontaminado que aquel vientre de la Virgen, cuya carne, aunque vino de la propagación del pecado, no obstante no concibió de la propagación del pecado; para que ni siquiera el cuerpo de Cristo fuera separado en el vientre de María por aquella ley que, puesta en los miembros del cuerpo de la muerte, se opone a la ley de la mente? que los santos padres casados refrenando, no la relajaron en el concubito más de lo que era lícito; ni, sin embargo, soportaron su impulso más de lo que era lícito. Por lo tanto, aunque el cuerpo de Cristo fue asumido de la carne de una mujer, que fue concebida de aquella propagación de la carne del pecado, sin embargo, porque no fue concebido en ella de la misma manera en que ella fue concebida, no era carne del pecado, sino semejanza de carne del pecado. Pues no recibió de allí la culpa de morir, que aparece en el movimiento de la carne no voluntario, aunque superándolo con la voluntad, contra el cual el espíritu desea (Gál. V, 17): sino que recibió de allí, no lo que era suficiente para la contaminación de la transgresión, sino para pagar la muerte indebida y mostrar la resurrección prometida; de las cuales una nos vale para no temer, la otra para esperar.

33. Finalmente, si se me pregunta de dónde recibió el alma Jesús Cristo, preferiría escuchar de mejores y más doctos sobre esto: pero, sin embargo, según mi capacidad, respondería más libremente, de donde Adán, que de Adán. Pues si el polvo tomado de la tierra, en la que

ningún hombre había trabajado, mereció ser animado divinamente; cuánto más el cuerpo tomado de la carne, en la que tampoco ningún hombre había trabajado, obtuvo un alma buena, cuando allí se levantaba para caer, aquí descendía para levantar. Y tal vez por eso dijo: "Obtuve un alma buena" (si es que esto debe entenderse de Él), porque las cosas que se dan por suerte, suelen darse divinamente: o, lo que se debe decir con confianza, para que no se pensara que también aquella alma fue elevada a tal altura por algunas obras precedentes, que con ella el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 14), para eliminar la sospecha de méritos precedentes, se añadió el nombre de suerte.

CAPÍTULO XIX.---El alma de Cristo no estuvo en los lomos de Abraham, por lo tanto, no es de la descendencia.

34. Hay en la Epístola que se titula a los Hebreos, un pasaje digno de consideración diligente. Pues al distinguir el sacerdocio de Cristo del sacerdocio de Leví a través de Melquisedec, en quien se anticipó la figura de esta cosa futura, dice: "Considerad, pues, cuán grande es este, a quien aun Abraham el patriarca dio el diezmo de lo mejor. Y ciertamente los que de los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la Ley, es decir, de sus hermanos, aunque ellos también hayan salido de los lomos de Abraham: pero aquel cuya genealogía no es contada de ellos, tomó diezmos de Abraham, y bendijo al que tenía las promesas. Y sin contradicción alguna, el menor es bendecido por el mayor: y aquí ciertamente reciben diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive, y como se debe decir, por Abraham, y Leví que recibe diezmos, fue diezmado: porque aún estaba en los lomos de su padre" (Hebr. VII, 4-10). Si, por lo tanto, esto también vale para esta distinción, cuánto preeminente es el sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio levítico, que el sacerdote Cristo fue prefigurado por aquel que diezmó a Abraham, en quien también Leví fue diezmado, ciertamente Cristo no fue diezmado por él. Pero si Leví fue diezmado porque estaba en los lomos de Abraham; Cristo no fue diezmado porque no estaba en los lomos de Abraham. Sin embargo, si no tomamos que Leví estaba en Abraham según el alma, sino solo según la carne; también allí estaba Cristo, porque Cristo según la carne es de la simiente de Abraham; y por lo tanto, también él fue diezmado. ¿Qué es, entonces, lo que se aporta como una gran diferencia del sacerdocio de Cristo del sacerdocio de Leví, que Leví fue diezmado por Melquisedec, estando en los lomos de Abraham, donde también estaba Cristo, de donde fueron diezmados igualmente; a menos que sea necesario entender que Cristo no estaba allí según algún modo? Pero, ¿quién negará que estaba allí según la carne? Por lo tanto, no estaba allí según el alma. Por lo tanto, el alma de Cristo no es de la descendencia de la transgresión de Adán, de lo contrario también ella habría estado allí.

CAPÍTULO XX.---Qué responder al argumento ahora presentado en defensa de la descendencia de las almas.

35. Aquí surgen aquellos que defienden la descendencia de las almas, y dicen que su opinión está confirmada, si se establece que Leví estaba también según el alma en los lomos de Abraham, en quien Melquisedec lo diezmó, para que Cristo pueda ser distinguido de él en esta diezmación: quien, como no fue diezmado, y sin embargo estaba en los lomos de Abraham según la carne, queda que no estaba allí según el alma, y por lo tanto es consecuente que Leví estaba allí según el alma. Esto no me concierne mucho, que estoy más dispuesto a escuchar la comparación de ambos que a confirmar ya la opinión de cualquiera de ellos. Mientras tanto, quise separar el alma de Cristo de la descendencia de aquella primera alma transgresora por este testimonio. Tal vez encontrarán quienes les respondan por las demás cosas, y digan, lo que también me mueve no poco, que aunque el alma de ningún hombre esté en los lomos de su padre, sin embargo, estando Leví en los lomos de Abraham

según la carne, fue diezmado, y estando Cristo allí según la carne, no fue diezmado. Pues según aquella razón seminal estaba allí Leví, por la cual razón iba a venir a la madre a través del concúbito, según la cual razón no estaba allí la carne de Cristo, aunque según la misma razón estaba allí la carne de María. Por lo tanto, ni Leví ni Cristo estaban en los lomos de Abraham según el alma: pero según la carne, tanto Leví como Cristo; pero Leví según la concupiscencia carnal, Cristo según la sola sustancia corporal. Pues en la semilla hay tanto corpulencia visible como razón invisible, ambas procedieron de Abraham, o incluso de Adán mismo hasta el cuerpo de María; porque también fue concebido y nacido de esa manera: pero Cristo tomó la sustancia visible de la carne de la carne de la Virgen; la razón de su concepción no vino del semen viril, sino de una manera muy diferente y desde arriba. Por lo tanto, según lo que tomó de su madre, también estaba en los lomos de Abraham.

36. Por lo tanto, fue diezmado en Abraham, quien aunque solo según la carne, así estaba en sus lomos, como también lo estaba Abraham en los lomos de su propio padre; es decir, quien nació de su padre Abraham de la misma manera que Abraham nació de su propio padre, por la ley en los miembros que se opone a la ley de la mente y la concupiscencia invisible, aunque los castos y buenos derechos del matrimonio no permiten que prevalezca, excepto en la medida en que pueden prever la generación de descendencia: pero no fue diezmado aquel cuya carne de allí no tomó el fervor de la herida, sino la materia del remedio. Pues como la misma diezmación se refería a prefigurar la medicina, aquello en la carne de Abraham fue diezmado lo que fue curado, no aquello de lo que fue curado. Porque la misma carne no solo de Abraham, sino del mismo primer hombre terrenal, tenía a la vez la herida de la transgresión y el remedio de la herida: la herida de la transgresión en la ley de los miembros que se opone a la ley de la mente, que se transcribe como por razón seminal en toda carne propagada desde allí; pero el remedio de la herida en que, sin obra concupiscencial, en sola materia corporal, por la razón divina de la concepción y formación, fue asumido de la Virgen, para la compañía de la muerte sin iniquidad, y el ejemplo de la resurrección sin falsedad. Por lo tanto, creo que incluso aquellos que defienden la descendencia de las almas estarán de acuerdo en que el alma de Cristo no es de la descendencia del alma de aquel primer transgresor; pues quieren que el semen del alma también se transfunda a través del semen del padre que concibe, de lo cual Cristo está exento: y que si hubiera estado en Abraham según el alma, también habría sido diezmado; pero no fue diezmado, como testifica la Escritura, que también distingue su sacerdocio del sacerdocio levítico.

CAPÍTULO XXI.---Cristo, si hubiera estado en Abraham según el alma, no podría no haber sido diezmado.

37. ¿O tal vez dirán: Así como pudo estar allí según la carne y no ser diezmado, por qué no también según el alma sin diezmación? Aquí se responde, porque ciertamente la simple sustancia del alma no se incrementa con los aumentos corporales, ni siquiera aquellos que la consideran un cuerpo, de los cuales en parte son principalmente aquellos que opinan que es creada por los padres. Por lo tanto, en la semilla del cuerpo puede haber una fuerza invisible, que maneja números de manera incorpórea, no discernible por los ojos sino por el intelecto de aquella corpulencia que se siente por la vista y el tacto: y la misma cantidad del cuerpo humano, que ciertamente excede incomparablemente el tamaño de la semilla, muestra suficientemente que de allí se puede tomar algo que no tenga aquella fuerza seminal, sino solo la sustancia corporal, que fue asumida y formada divinamente en la carne de Cristo, no de la propagación de los que conciben. Pero, ¿quién puede afirmar esto del alma, que tiene tanto la materia de la semilla manifiesta como la razón de la semilla oculta? Pero, ¿por qué me esfuerzo en una cosa que tal vez no puede ser persuadida a nadie con palabras, a menos que sea un ingenio tan grande y tal que pueda superar el intento del hablante, y no esperar

todo del discurso? Por lo tanto, resumiré brevemente: si también se puede hacer del alma (lo cual, cuando hablábamos de la carne, tal vez se entendió), así es de la descendencia del alma de Cristo, que no atrajo consigo la mancha de la transgresión, pero si no pudiera ser de allí sin esta culpa, no es de allí. Ya sobre la llegada de las demás almas, si son de los padres o de arriba, que venzan quienes puedan: yo todavía dudo entre ambos, y me muevo, a veces así, a veces de otra manera, con la única salvedad de que no crea que el alma es un cuerpo, ni alguna cualidad corporal o coaptación, si así debe llamarse, que los griegos llaman *ἀρμωία*, ni confío en que creeré esto con cualquiera que hable, con la ayuda de Dios en mi mente.

CAPÍTULO XXII.---El lugar de Juan se acomoda a ambas opiniones sobre el origen del alma: "Lo que es nacido", etc.

38. Hay otro testimonio que no debe ser descuidado, que pueden presentar a su favor quienes creen que las almas vienen de arriba, diciendo el mismo Señor: "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Juan III, 6). ¿Qué hay más determinante que esta sentencia, dicen, que no puede nacer el alma de la carne? Pues, ¿qué otra cosa es el alma, sino el espíritu de vida, creado ciertamente, no creador? Contra quienes aquellos otros: ¿Qué otra cosa, dicen, sentimos nosotros, que decimos carne de carne, alma de alma? Pues de ambos consta el hombre, del cual sentimos que ambos vienen, carne del cuerpo del que obra, espíritu del espíritu del que concibe: para omitir por ahora, que el Señor no hablaba de la generación carnal, sino de la regeneración espiritual.

CAPÍTULO XXIII.---De las dos opiniones sobre el alma, cuál prevalece. La costumbre de la Iglesia en el Bautismo de los niños.

39. Habiendo tratado estos temas tanto como el tiempo nos lo ha permitido, declararé que todos los argumentos y testimonios son iguales o casi iguales de ambos lados, si no fuera porque la opinión de aquellos que creen que las almas son creadas a partir de los padres prevalece en el asunto del bautismo de los niños. Todavía no se me ocurre qué respuesta se les podría dar; si Dios me concede alguna idea más adelante, y si me da la capacidad de escribir para los estudiosos de estos temas, no me rehusaré. Sin embargo, ahora advierto que no se debe despreciar el testimonio de los niños, como si pudiera ser refutado y, si la verdad está en contra, ser ignorado. O bien no se debe investigar nada sobre este asunto, y basta con que nuestra fe nos asegure a dónde vamos a llegar viviendo piadosamente, aunque no sepamos de dónde venimos; o si el alma racional desea saber esto sobre sí misma, que no haya obstinación en discutir, sino diligencia en buscar, humildad en pedir, perseverancia en llamar; para que, si Él sabe que esto nos conviene, quien mejor que nosotros sabe lo que nos conviene, nos lo conceda, quien da buenos dones a sus hijos (Mat. VII, 7, 11). Sin embargo, la costumbre de la madre Iglesia de bautizar a los niños no debe ser despreciada de ninguna manera, ni considerada superflua, ni creída de otra manera que como una tradición apostólica. Pues incluso esa pequeña edad tiene un gran peso de testimonio, ya que fue la primera en merecer derramar sangre por Cristo.

CAPÍTULO XXIV.---Qué deben evitar aquellos que opinan que las almas provienen de los padres.

40. Aconsejo, en la medida de mis posibilidades, a aquellos que han sido influenciados por la opinión de que las almas se propagan a partir de los padres, que se consideren a sí mismos tanto como puedan, y que por ahora entiendan que sus cuerpos no son sus almas. No hay naturaleza más cercana, que al ser examinada diligentemente, pueda permitirnos concebir a

Dios, quien permanece inmutable por encima de toda su creación, de manera incorpórea, que aquella que fue hecha a su imagen: y nada más cercano, o quizás nada tan consecuente, que al creer que el alma es un cuerpo, también se crea que Dios es un cuerpo. Pues acostumbrados y apegados a los sentidos corporales, no quieren creer que el alma sea otra cosa que un cuerpo, para que si no es un cuerpo, no sea nada: y por lo tanto, temen más creer que Dios no es un cuerpo, cuanto más temen creer que Dios no es nada. Así se dejan llevar por fantasías o fantasmas de imágenes, que la mente elabora a partir de cuerpos, de modo que al serles retiradas, temen perecer como si fuera en el vacío. Así es necesario que pinten la justicia y la sabiduría en sus corazones con formas y colores, que no pueden concebir como incorpóreos: sin embargo, no dicen, cuando la justicia o la sabiduría se mueven, ya sea para alabarlas o para actuar según ellas, qué color, qué estatura, qué rasgos o qué formas han contemplado. Pero sobre esto ya hemos dicho mucho en otros lugares, y si Dios quiere, donde el asunto lo requiera, hablaremos. Ahora, lo que comenzamos a decir, si algunos no dudan de que las almas provienen de los padres, o dudan si es así, que no se atrevan a creer o decir que el alma es un cuerpo; especialmente por lo que dije, para que no piensen que Dios mismo es otra cosa que un cuerpo, aunque sea el más excelente, aunque sea de una naturaleza propia que supera a las demás, pero cuerpo al fin.

CAPÍTULO XXV.---El error de Tertuliano sobre el alma.

41. Finalmente, Tertuliano, porque creyó que el alma era un cuerpo, no por otra razón sino porque no pudo concebirla como incorpórea, y por eso temió que si no era un cuerpo, no fuera nada, tampoco pudo pensar de otra manera sobre Dios: quien ciertamente, siendo agudo, a veces es superado por la verdad vista en contra de su opinión. ¿Qué pudo decir más verdadero que lo que dijo en un lugar, que todo lo corporal es pasible (Tertul. en lib. de Anima, cap. 7)? Por lo tanto, debió cambiar su opinión, en la que poco antes había dicho que incluso Dios es un cuerpo. Pues no creo que haya sido tan insensato como para creer que la naturaleza de Dios es pasible, de modo que Cristo no solo en la carne, ni en la carne y el alma, sino en el mismo Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas, sea creído pasible y mutable: lo cual está lejos del corazón cristiano. Asimismo, cuando le dio al alma incluso un color aéreo y luminoso, llegó a los sentidos con los que intentó estructurarla como un cuerpo, y dijo: Este será el hombre interior, otro exterior, doblemente uno, teniendo también él sus ojos y oídos, con los que el pueblo debía escuchar y ver al Señor; teniendo también los demás miembros, por los cuales actúa en pensamientos y en sueños (Ibid., cap. 9).

42. He aquí con qué oídos y con qué ojos debía el pueblo escuchar y ver a Dios, con los que el alma actúa en sueños: pues si alguien viera a Tertuliano en sueños, nunca diría que fue visto por él, y que habló con él, a quien él mismo no hubiera visto a su vez. Finalmente, si el alma se ve a sí misma en sueños, cuando, estando los miembros de su cuerpo yaciendo en un solo lugar, ella vaga por diversas imágenes que ve; ¿quién la ha visto alguna vez en sueños de color aéreo y luminoso, a menos que sea como las demás cosas que ve de manera similar falsamente? Pues también puede ver esto: pero está lejos de creerla así cuando despierta; de lo contrario, cuando se vea de otra manera, lo cual es más frecuente, o su alma habrá cambiado, o tampoco entonces se ve la sustancia del alma, sino la imagen incorpórea del cuerpo, que de manera maravillosa se forma como en el pensamiento. ¿Quién de los etíopes no se ha visto casi siempre negro en sueños; o si se ha visto de otro color, no se ha maravillado más, si tenía memoria de ello? Sin embargo, no sé si alguna vez se habría visto de color aéreo y luminoso, si nunca lo hubiera leído o escuchado.

43. ¿Qué decir de que los hombres son llevados por tales visiones, y quieren imponernos desde las Escrituras que algo así es, no el alma, sino el mismo Dios, tal como se mostró

figuradamente a los espíritus de los santos, tal como también se pone en el discurso alegórico? pues esas visiones son similares a tales dichos. Y así erran, estableciendo en su corazón imágenes de una opinión vana, sin entender que los santos juzgaron sobre sus visiones de tal manera como juzgarían si leyeran o escucharan tales cosas dichas divinamente en figuras: como las siete espigas y las siete vacas, son siete años (Gen. XLI, 26); como el lienzo atado por cuatro puntas, como un disco lleno de varios animales, es el orbe de la tierra con todas las naciones (Act. X, 11): así todo lo demás, y mucho más lo que de cosas incorpóreas, se significa no por cosas corporales, sino por imágenes.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre los incrementos del alma, lo que Tertuliano pensó.

44. Sin embargo, Tertuliano no quiso que el alma creciera en sustancia como el cuerpo; aportando incluso la causa de su temor: "Para que no se diga que también decrece en sustancia", dice, "y así se crea que también puede perecer". Y sin embargo, porque la extiende localmente a través del cuerpo, no encontró salida para sus incrementos, que quiere igualar en cantidad al cuerpo a partir de una pequeña semilla; y dice: "Pero su fuerza, en la que se retienen los dones naturales peculiares, con el módulo de sustancia intacto, con el que fue inflada desde el principio, se desarrolla gradualmente con la carne". Esto quizás no lo entenderíamos, si no lo aclarara con una similitud de lo que vemos. "Imagina", dice, "un peso fijo de oro o plata, aún en bruto: tiene un hábito recogido, y aunque menor de lo que será, sin embargo, contiene dentro de la línea del módulo todo lo que es la naturaleza del oro o la plata: luego, cuando la masa se extiende en una lámina, se hace mayor que al principio, por la dilatación del peso fijo, no por adición, mientras se extiende, no mientras se aumenta; y aunque así también se aumenta, mientras se extiende. Pues aunque se aumenta en hábito, no se permite en estado. Entonces también el mismo esplendor del oro o la plata se desarrolla, que antes estaba en la masa, pero más oscuro, no obstante no nulo: entonces también se añaden otros y otros hábitos según la facilidad de la materia, a donde la lleve quien la trabaja, sin añadir nada al módulo excepto la forma. Así también los incrementos del alma deben considerarse no sustantivos, sino provocativos" (Lib. de Anima, cap. 37).

45. ¿Quién creería que con este corazón podría ser tan elocuente? pero estas cosas son temibles, no risibles. Pues, ¿acaso sería forzado a esto, si pudiera concebir algo que sea, y no sea un cuerpo? ¿Qué más absurdo que pensar que una masa de algún metal puede crecer por un lado mientras se golpea, a menos que disminuya por el otro; o aumentar en anchura, a menos que disminuya en grosor? o que haya algún cuerpo que, manteniendo la cantidad de su naturaleza, crezca por todas partes, a menos que se haga más raro? ¿Cómo, entonces, llenará el alma desde esa gota de semilla la magnitud del cuerpo que anima, si también es un cuerpo cuya sustancia no crece con ningún acceso? ¿Cómo, digo, llenará la carne que vivifica, a menos que sea tanto más rara cuanto más grande sea lo que anima? Temió, por supuesto, que también pereciera disminuyendo, si creciera; y no temió que pereciera haciéndose más rara, mientras creciera. Pero, ¿por qué detenerme más, cuando el discurso se extiende en un modo más prolijo de lo que requiere la necesidad de concluir, y mi opinión ya es suficientemente conocida, tanto lo que tengo por cierto, como lo que aún dudo, y por qué dudo? Por lo tanto, que este volumen ya se concluya, para que veamos lo que sigue.

LIBRO UNDÉCIMO. Sobre el capítulo 2 del Génesis, versículo 25: "Y estaban desnudos", etc., y sobre todo el capítulo 3, cuya causa de ilustración se dice sobre la condición y caída del diablo.

CAPÍTULO PRIMERO.---Se recita el texto del Génesis y se explica el versículo 25 del capítulo 2.

1. Y estaban desnudos ambos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban. Pero la serpiente era la más astuta de todas las bestias que hay sobre la tierra, que hizo el Señor Dios. Y dijo la serpiente a la mujer: ¿Por qué ha dicho Dios: No comeréis de todo árbol del paraíso? Y dijo la mujer a la serpiente: Del fruto del árbol que está en el paraíso comemos, pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis. Y dijo la serpiente a la mujer: No moriréis; pues sabía Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos para ver, y deseable para alcanzar sabiduría. Y tomando de su fruto, comió, y dio a su marido con ella, y comieron. Y se abrieron los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos, y cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz del Señor Dios que paseaba en el paraíso al atardecer, y se escondieron Adán y su mujer de la presencia del Señor Dios, entre los árboles del paraíso. Y llamó el Señor Dios a Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Y él respondió: Oí tu voz en el paraíso, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí. Y le dijo: ¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sino del árbol del cual te mandé que no comieras, de él comiste? Y dijo Adán: La mujer que me diste por compañera, ella me dio del árbol, y comí. Y dijo el Señor Dios a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí. Y dijo el Señor Dios a la serpiente: Porque has hecho esto, maldita serás entre todos los animales y entre todas las bestias del campo. Sobre tu pecho y tu vientre andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia: ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón. A la mujer dijo: Multiplicaré tus dolores y tus gemidos. Con dolor darás a luz hijos, y hacia tu marido será tu deseo, y él te dominará. A Adán le dijo: Porque escuchaste la voz de tu mujer, y comiste del árbol del cual te mandé que no comieras, maldita será la tierra por tu causa: con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás. Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, porque ella es la madre de todos los vivientes. Y el Señor Dios hizo para Adán y su mujer túnicas de piel, y los vistió. Y dijo el Señor Dios: He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. Y ahora, para que no extienda su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo expulsó el Señor Dios del paraíso de la delicia, para que trabajara la tierra de la cual fue tomado. Y expulsó al hombre, y colocó al oriente del paraíso de la delicia querubines, y una espada flamígera que se revolvía, para guardar el camino del árbol de la vida.

2. Antes de que tratemos el texto propuesto de la Escritura en orden, creo que es necesario advertir, como ya he recordado haber dicho en otra parte de esta obra, que debemos exigir que se defienda lo que narra el escritor mismo como hecho, según la propiedad de la letra. Pero si en las palabras de Dios, o de alguna persona asumida para el oficio profético, se dice algo que no puede entenderse literalmente sin absurdo, sin duda debe tomarse figuradamente por alguna significación; sin embargo, no es lícito dudar de que se haya dicho: pues esto se exige de la fe del narrador, y de la promesa del expositor (Lib. 8, c. 1-7).

3. Eran ambos desnudos: es verdad, los cuerpos de los dos humanos que vivían en el paraíso estaban completamente desnudos. Y no se avergonzaban: ¿qué habría de avergonzarles, cuando no sentían ninguna ley en sus miembros que se opusiera a la ley de su mente (Rom. VII, 23)? lo cual les siguió como castigo del pecado después de la perpetración de la transgresión, usurpando la desobediencia lo prohibido, y la justicia castigando lo cometido. Antes de que esto sucediera, estaban desnudos, como se ha dicho, y no se avergonzaban: no había movimiento en el cuerpo que mereciera vergüenza; no pensaban que debían cubrir

nada, porque no sentían que debían refrenar nada. Cómo habrían de procrear hijos, ya se ha discutido antes (Supra, lib. 9, c. 3-11): sin embargo, no debe creerse que de la manera en que procrearon después de que el crimen cometido fue seguido por la mencionada retribución; cuando antes de morir, ya en el cuerpo de los humanos desobedientes, la justa reciprocidad de los miembros desobedientes agitaba el tumulto concebido por la muerte. Adán y Eva aún no eran tales, cuando ambos estaban desnudos, y no se avergonzaban.

CAPÍTULO II.---La sabiduría de la serpiente, cuál es y de dónde proviene.

4. La serpiente era allí la más astuta de todas las bestias que había sobre la tierra, que hizo el Señor Dios. Pues se ha dicho, trasladando la palabra, "prudentísima", o como tienen la mayoría de los códigos latinos, "sapiéntísima", no en el sentido propio en que se suele entender la sabiduría en el bien, ya sea de Dios, de los ángeles, o del alma racional; como si dijéramos sabias a las abejas o a las hormigas, por sus obras que parecen imitar la sabiduría. Aunque esta serpiente no podría ser llamada sapiéntísima por su alma irracional, sino por el espíritu ajeno, es decir, diabólico, que ya la llenaba. Pues por más que los ángeles transgresores hayan sido arrojados de las alturas celestiales por el mérito de su perversidad y soberbia, son naturalmente más excelentes que todas las bestias por la eminencia de la razón. ¿Qué maravilla, entonces, si el diablo, ya llenando a la serpiente con su instinto, y mezclando su espíritu con ella, al modo en que suele llenar a los vates de los demonios, la había hecho la más sapiéntísima de todas las bestias según el alma viva e irracional de los vivientes? Pues el nombre de sabiduría se usa en el mal de manera abusiva, como se usa en el bien la astucia; aunque propiamente y más usualmente en la lengua latina, al menos, se llama sabios a los que son laudables, y astutos a los que son maliciosos. De ahí que algunos, como encontramos en muchos códigos, al traducir no la palabra, sino más bien el sentido, prefirieron decir que esta serpiente era más astuta que todas las bestias, en lugar de más sabia. Pero lo que tiene la propiedad hebrea, si allí en el mal pueden decirse e interpretarse propiamente sabios, que lo vean quienes la conocen bien. Sin embargo, leemos claramente en otro lugar de las Escrituras santas que hay sabios para el mal, no para el bien (Jerem. IV, 22); y el Señor dice que los hijos de este siglo son más sabios que los hijos de la luz, para procurarse a sí mismos en el futuro, aunque sea con fraude, no con justicia (Luc. XVI, 8).

CAPÍTULO III.---El diablo no fue permitido tentar sino a través de la serpiente.

5. Y ciertamente no debemos pensar que el diablo eligió la serpiente para persuadir y tentar al pecado; sino que, habiendo en él, por su voluntad perversa e envidiosa, el deseo de engañar, no pudo hacerlo sino a través de aquel animal por el cual se le permitió. Pues la voluntad de hacer daño puede ser de su propio ánimo perverso; pero el poder no es sino de Dios, y esto por una justicia oculta y profunda, ya que no hay iniquidad en Dios.

CAPÍTULO IV.---Por qué se permitió la tentación del hombre.

6. Si se pregunta por qué Dios permitió que el hombre fuera tentado, sabiendo que cedería al tentador, no puedo penetrar la profundidad de su consejo, y confieso que esto está muy por encima de mis fuerzas. Hay, por tanto, alguna causa quizás más oculta, reservada a los más santos y mejores, por la gracia de aquel más que por sus méritos: pero, sin embargo, en la medida en que se me concede entender o se me permite decir, no me parece que hubiera sido de gran alabanza para el hombre si pudiera vivir bien solo porque nadie le aconsejara vivir mal; ya que en su naturaleza tenía el poder, y en su voluntad la capacidad de no consentir al que le aconsejaba, con la ayuda de aquel que resiste a los soberbios y da gracia a los humildes

(Santiago IV, 6). ¿Por qué, entonces, no permitiría que fuera tentado, sabiendo que cedería, cuando lo haría por su propia voluntad y culpa, y sería ordenado por su equidad a través del castigo: para mostrar así a las almas soberbias, para la instrucción de los futuros santos, cuán rectamente él usaba las voluntades de las almas, incluso las malas, cuando ellas usaban perversamente las buenas naturalezas? CAPÍTULO V.---El hombre derribado por el tentador, porque era soberbio.

7. No se debe pensar que este tentador habría derribado al hombre si no hubiera precedido en el alma del hombre cierta elevación que debía ser reprimida, para que a través de la humillación del pecado, aprendiera lo que falsamente había presumido de sí mismo. Pues se ha dicho muy verdaderamente: Antes de la ruina se exalta el corazón, y antes de la gloria se humilla (Prov. XVI, 18). Y tal vez esta sea la voz del hombre en el Salmo: Yo dije en mi abundancia, No seré movido para siempre. Luego, ya experimentado en el mal que tiene la presunción soberbia de su propio poder, y en el bien que es la ayuda de la gracia de Dios: Señor, dice, en tu voluntad has dado fortaleza a mi decoro; pero apartaste tu rostro, y quedé turbado (Salmo XXIX, 7, 8). Pero ya sea que esto se haya dicho de este hombre o de otro, a un alma que se exalta y confía demasiado en su propia virtud, también se le debía demostrar mediante la experiencia del castigo cuán mal se comporta la naturaleza hecha si se aparta de su Hacedor. De aquí se recomienda especialmente qué bien es Dios, cuando a nadie que se aparte de él le va bien: porque incluso los que se deleitan en placeres mortales no pueden estar sin temor a los dolores; y los que no sienten el mal de su abandono por un mayor estupor de soberbia, parecen mucho más miserables a otros que saben discernir estas cosas; para que si no quieren recibir la medicina para evitar tales males, al menos sirvan de ejemplo para que otros puedan evitarlos. Pues como dice el apóstol Santiago, Cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia: luego la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, cuando ha sido consumado, engendra la muerte (Santiago I, 14, 15). De donde, sanado el tumor de la soberbia, se resucita, si la voluntad que faltó antes de la experiencia para permanecer con Dios, al menos después de la experiencia está presente para volver a Dios.

CAPÍTULO VI.---Por qué Dios permitió que el hombre fuera tentado.

8. Sin embargo, algunos se conmueven por esta tentación del primer hombre, porque Dios permitió que sucediera, como si ahora no vieran a todo el género humano siendo tentado sin cesar por las insidias del diablo. ¿Por qué permite también esto Dios? ¿Acaso porque se prueba y ejercita la virtud, y es más gloriosa la palma de no haber consentido siendo tentado, que no haber podido ser tentado: cuando incluso aquellos que, abandonando al Creador, siguen al tentador, tientan más y más a los que permanecen en la palabra de Dios, y les ofrecen un ejemplo de evitación contra la concupiscencia, e infunden un temor piadoso contra la soberbia? De donde dice el Apóstol: Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gálatas VI, 1). Es sorprendente cuánto se recomienda esta humildad, por la cual nos sometemos al Creador, para que no presumamos de nuestras fuerzas como si no necesitáramos su ayuda, a través de todas las Escrituras divinas con un cuidado continuo. Por tanto, cuando incluso los justos progresan a través de los injustos, y los piadosos a través de los impíos, es en vano decir: Dios no crearía a aquellos que sabía que serían malos. ¿Por qué no crearía a aquellos que sabía que serían útiles para el progreso de los buenos, para que nacieran útiles para ejercitar y advertir sus buenas voluntades, y fueran justamente castigados por su mala voluntad?

CAPÍTULO VII.---Por qué el hombre no fue creado de tal manera que nunca quisiera pecar.

9. Dicen: Habría hecho al hombre de tal manera que no quisiera pecar en absoluto. Concedemos que es mejor la naturaleza que no quiere pecar en absoluto; que ellos concedan también que no es mala la naturaleza que fue hecha de tal manera que podría no pecar si no quisiera, y que es justa la sentencia por la cual fue castigada, ya que pecó por voluntad y no por necesidad. Así como la verdadera razón enseña que es mejor la naturaleza a la que en absoluto le deleita lo ilícito; así también la verdadera razón enseña que es buena aquella que tiene en su poder cohibir la deleitación ilícita, si surge, de tal manera que no solo se regocija por las demás cosas lícitas y bien hechas, sino también por la cohibición de la deleitación perversa. Por tanto, siendo esta naturaleza buena, aquella mejor, ¿por qué habría de hacer Dios solo aquella, y no ambas? Y por tanto, quienes estaban preparados para alabar a Dios solo por aquella, deben alabarlo más abundantemente por ambas. Aquella está en los santos ángeles, esta en los santos hombres. Pero aquellos que eligieron para sí las partes de la iniquidad, y con voluntad culpable pervirtieron la naturaleza laudable, no porque fueron previstos, por eso no debieron ser creados. Pues también ellos tienen su lugar, que llenan en las cosas para utilidad de los santos. Porque Dios no necesita la justicia de ningún hombre recto; cuánto menos la iniquidad del perverso.

CAPÍTULO VIII.---Por qué fueron creados aquellos que se sabía que serían malos.

10. ¿Quién, con sobria consideración, diría: Sería mejor no crear a quien se sabía que podría corregirse por la iniquidad de otro, que crear incluso a quien se sabía que debía ser condenado por su iniquidad? Esto es decir, sería mejor que no existiera quien, usando bien el mal de otro, fuera misericordiosamente coronado, que existiera incluso el malvado que sería justamente castigado por su propio mérito. Pues cuando la razón cierta demuestra dos bienes no iguales, sino uno superior, otro inferior; no entienden los de corazón lento, cuando dicen, Ambos deberían ser así; que no dicen otra cosa que, Solo debería ser aquel. Y así, cuando quieren igualar los géneros de bienes, disminuyen el número; y al aumentar desmesuradamente un género, eliminan el otro. ¿Quién los escucharía si dijeran: Puesto que el sentido de la vista es más excelente que el del oído, deberían haber cuatro ojos y no oídos? Así, si es más excelente aquella criatura racional que sin comparación de ningún castigo, sin ninguna soberbia se somete a Dios; pero alguna en los hombres ha sido creada de tal manera que no puede reconocer el beneficio de Dios en sí misma, sino viendo el castigo de otro, para que no piense altivamente, sino que tema (Rom. XI, 20), es decir, no confíe en sí misma, sino que confíe en Dios; ¿quién, entendiendo correctamente, diría, Esta debería ser como aquella; y no vería que no dice otra cosa que, Esta no debería ser, sino solo aquella? Si esto se dice de manera inepta e insensata, ¿por qué entonces no crearía Dios también a aquellos que sabía que serían malos, queriendo mostrar su ira y demostrar su poder, y por esto soportando con mucha paciencia los vasos de ira, que están preparados para la perdición, para hacer conocidas las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que preparó para la gloria (Id. IX, 22, 23)? Así, quien se gloría, no se gloría sino en el Señor (II Cor. X, 17), cuando reconoce que no es suyo, sino de él, no solo el ser, sino también el que no le vaya bien sino por él, de quien tiene el ser.

11. Por tanto, se dice muy inoportunamente: No habría quienes Dios otorgara tanta beneficencia de su misericordia, si no pudieran ser de otra manera, a menos que también existieran aquellos en quienes demostrara la justicia de la venganza.

CAPÍTULO IX.---Sobre la misma dificultad.

¿Por qué no deberían existir ambos, cuando en ambos se predica con justicia la bondad y la equidad de Dios?

12. Pero si Dios quisiera, también estos serían buenos. Cuánto mejor quiso Dios esto, que fueran lo que quisieran: pero que los buenos no fueran infructuosos, y los malos no fueran impunes, y en eso mismo fueran útiles para otros. Pero sabía que su voluntad sería mala. Ciertamente lo sabía, y como su presciencia no puede fallar, por eso no es suya, sino de ellos, la mala voluntad. ¿Por qué entonces los creó, sabiendo que serían así? Porque así como previó qué mal harían, también previó qué bien haría él de sus malas acciones. Así los hizo, que les dejó algo para que ellos también hicieran, para que, eligiendo culpablemente, lo encontraran a él obrando laudablemente sobre ellos. De sí mismos tienen la mala voluntad, de él la naturaleza buena y el justo castigo; el lugar que les corresponde, el auxilio de la ejercitación y el ejemplo de temor para otros.

CAPÍTULO X.---Dios puede convertir la voluntad de los malos en bien: por qué no lo hace.

13. Pero dicen, podría convertir también la voluntad de ellos en bien, porque es omnipotente. Claro que podría. ¿Por qué entonces no lo hizo? Porque no quiso. ¿Por qué no quiso, está en él. Pues no debemos saber más de lo que conviene saber (Rom. XII, 3). Sin embargo, creo que antes hemos mostrado suficientemente que no es un bien pequeño la criatura racional, incluso esta que, por comparación con los malos, evita el mal: género de buena criatura que ciertamente no existiría, si Dios hubiera convertido en bien las malas voluntades de todos, y no infligiera a ninguna iniquidad el castigo debido; y así no existiría sino solo aquel género, que no progresaría por comparación de ningún pecado o castigo de los malos. Así, al aumentar la cantidad del género más excelente, se disminuiría el número de los mismos géneros de bienes.

CAPÍTULO XI.---Dios no necesita de las penas de los malos, pero de ellas consulta la salvación de los buenos.

14. Entonces, dicen, ¿hay algo en las obras de Dios que necesite del mal de otro para progresar hacia el bien? ¿Acaso los hombres se han ensordecido y cegado, no sé por qué afán de contienda, para no oír ni ver que, castigados algunos, muchísimos se corrigen? ¿Qué pagano, qué judío, qué hereje no prueba esto diariamente en su casa? Pero cuando se trata de la discusión e investigación de la verdad, los hombres no quieren dirigir sus sentidos a la obra de la providencia divina que les impone la disciplina; para que, si no se corrigen los que son castigados, al menos los demás teman por su ejemplo, y la justa perdición de unos sirva para la salvación de otros. ¿Acaso es Dios autor de la malicia o iniquidad de aquellos de cuya justa pena consulta, a quienes ha decidido que deba consultarse de esta manera? No, ciertamente: pero cuando sabía que serían malos por sus propios vicios, no dejó de crearlos; destinándolos a la utilidad de aquellos que creó en este género, para que no pudieran progresar hacia el bien sin comparación con los malos. Pues si no existieran, ciertamente no serían útiles para nada. ¿No es un gran bien que existan, quienes ciertamente son útiles a ese género; género que quien no quiere que exista, no hace otra cosa sino que él mismo no esté en él?

15. Grandes son las obras del Señor; buscadas en todas sus voluntades (Salmo CX, 2): prevé que serán buenos, y los crea; prevé que serán malos, y los crea: ofreciéndose a sí mismo para ser disfrutado por los buenos, otorgando muchos de sus dones también a los malos, perdonando misericordiosamente: castigando justamente; y también castigando misericordiosamente, perdonando justamente: sin temer nada de la malicia de nadie, sin necesitar nada de la justicia de nadie; sin consultarse a sí mismo ni de las obras de los buenos, y consultando a los buenos incluso de las penas de los malos. ¿Por qué entonces no permitiría que el hombre fuera tentado por aquella tentación para ser probado, convencido, castigado,

cuando la soberbia concupiscencia de su propio poder pariera lo que había concebido, y se confundiera con su propio fruto, y con justo castigo disuadiera del mal de la soberbia y desobediencia a los descendientes, para quienes se preparaban estas cosas para ser escritas y anunciadas?

CAPÍTULO XII.---Por qué se permitió que la tentación se hiciera a través de la serpiente.

16. Si se pregunta por qué especialmente se permitió que el diablo tentara a través de la serpiente; ya esto se hizo por significación, ¿quién no lo advierte en la Escritura de tanta autoridad, actuando en la profecía con tantos testimonios de divinidad, como los hechos que ya han llenado el mundo? No porque el diablo quisiera significar algo para nuestra instrucción, sino porque no podía acercarse a tentar a menos que se le permitiera, ¿podría hacerlo de otra manera que no fuera por lo que se le permitía acercarse? Por tanto, cualquier cosa que aquella serpiente significara, debe atribuirse a la providencia bajo la cual incluso el diablo tiene su deseo de hacer daño; pero la facultad no es sino la que se le da, ya sea para subvertir y perder los vasos de ira, o para humillar o probar los vasos de misericordia. Conocemos de dónde es la naturaleza de la serpiente: pues la tierra produjo en la palabra de Dios todos los animales, bestias y serpientes; toda esta criatura que tiene en sí un alma viviente irracional, está sometida por la ley del orden divino a toda criatura racional, ya sea de buena o mala voluntad (Gén. I, 20-26). ¿Qué, pues, es de extrañar si se permitió al diablo hacer algo a través de la serpiente, cuando Cristo mismo permitió que los demonios entraran en los cerdos (Mat. VIII, 32)?

CAPÍTULO XIII.---Contra los maniqueos que no quieren que el diablo sea considerado entre las criaturas de Dios.

17. Más bien, se suele investigar con más escrúpulo sobre la misma naturaleza del diablo, que algunos herejes, ofendidos por la molestia de su mala voluntad, intentan alienar completamente de la creación del sumo y verdadero Dios, y darle otro principio que esté contra Dios. Pues no pueden entender que todo lo que es, en cuanto es alguna sustancia, es bueno, y no puede ser sino del verdadero Dios, de quien es todo bien: pero la mala voluntad se mueve desordenadamente, prefiriendo los bienes inferiores a los superiores; y así sucedió que el espíritu de la criatura racional, deleitado con su propio poder por su excelencia, se hinchaba de soberbia, por la cual cayera de la bienaventuranza del paraíso espiritual, y se consumiera de envidia. En lo cual, sin embargo, es bueno esto mismo que vive, y vivifica el cuerpo, ya sea aéreo, como el espíritu del mismo diablo o de los demonios, o terrenal, como el alma del hombre, de cualquier maligno y perverso. Así, al no querer que algo que Dios hizo peque por su propia voluntad, dicen que la misma sustancia de Dios primero por necesidad, y luego inexpiablemente por voluntad, se corrompió y pervirtió. Pero sobre el error más demente de estos ya hemos dicho mucho en otras ocasiones.

CAPÍTULO XIV.---Causa de la caída angélica. Soberbia; envidia.

18. En esta obra, sin embargo, se debe investigar según la Sagrada Escritura, qué se debe decir del diablo. Primero, si desde el principio del mundo, deleitado con su propio poder, se apartó de aquella sociedad y caridad, por la cual son bienaventurados los ángeles que disfrutaban de Dios; o si en algún momento estuvo en la santa asamblea de los ángeles, también él igualmente justo, e igualmente bienaventurado. Pues algunos dicen que su caída de las sedes celestiales fue porque envidió al hombre hecho a imagen de Dios. Pero la envidia sigue a la soberbia, no la precede: pues la causa de la soberbia no es la envidia, sino la causa de la envidia es la soberbia. Pues la soberbia es el amor de la propia excelencia, y la envidia es el

odio de la felicidad ajena, está claro de dónde nace cada una. Pues amando cada uno su propia excelencia, o envidia a los iguales, porque se le igualan; o a los inferiores, para que no se le igualen; o a los superiores, porque no se le iguala. Por tanto, soberbiando se es envidioso, no envidiando se es soberbio.

CAPÍTULO XV.---La soberbia y el amor privado son fuentes de los males. Dos amores. Dos ciudades. Promete la obra sobre la Ciudad de Dios.

19. Con razón la Escritura definió el inicio de todo pecado como la soberbia, diciendo: El inicio de todo pecado es la soberbia (Ecli. X, 15). A este testimonio no se le opone aquel que el Apóstol dice, La raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI, 10); si entendemos la avaricia en general, por la cual cada uno desea algo más de lo que conviene, por su propia excelencia, y un cierto amor de lo propio: al cual la lengua latina sabiamente le dio el nombre, llamándolo privado, lo cual se evidencia más por detrimento que por incremento. Pues toda privación disminuye. De donde, por tanto, la soberbia quiere sobresalir, de allí se empuja a sí misma a la estrechez y pobreza, cuando por un amor dañino de sí misma se reduce de lo común a lo propio. Sin embargo, la avaricia especial, que más comúnmente se llama amor al dinero. Con cuyo nombre el Apóstol, significando el género por la especie, quería que se entendiera la avaricia universal diciendo, La raíz de todos los males es la avaricia. Pues por esta cayó el diablo, quien ciertamente no amó el dinero, sino su propio poder. Por tanto, el amor perverso de sí mismo priva al espíritu hinchado de la santa sociedad, y lo constriñe a la miseria ya deseando saciarse por la iniquidad. De aquí que en otro lugar, cuando dijo, Porque habrá hombres amadores de sí mismos; inmediatamente añadió, amadores del dinero (II Tim. III, 2), descendiendo de aquella avaricia general cuya cabeza es la soberbia, a esta especial que es propia de los hombres. Pues no serían también los hombres amadores del dinero, si no pensarán que son más excelentes cuanto más ricos. A esta enfermedad se opone la caridad que no busca lo suyo, es decir, no se alegra en la excelencia privada: por tanto, con razón no se envanece (I Cor. XIII, 5, 4).

20. Hay dos amores, de los cuales uno es santo y el otro impuro; uno es social y el otro privado; uno busca el bien común por la sociedad celestial, el otro incluso convierte el bien común en su propio poder por arrogante dominio; uno está sometido, el otro rivaliza con Dios; uno es tranquilo, el otro turbulento; uno es pacífico, el otro sedicioso; uno prefiere la verdad a los elogios de los errantes, el otro es ávido de alabanzas de cualquier manera; uno es amistoso, el otro envidioso; uno desea para el prójimo lo que para sí mismo, el otro somete al prójimo a sí mismo; uno gobierna al prójimo por su utilidad, el otro por la suya propia: estos amores precedieron en los ángeles; uno en los buenos, el otro en los malos; y distinguieron en el género humano dos ciudades creadas, bajo la admirable e inefable providencia de Dios, que administra y ordena todo lo creado, una de los justos, otra de los inicuos. De las cuales, en una cierta mezcla temporal, se lleva a cabo el siglo, hasta que en el juicio final sean separadas, y una unida a los ángeles buenos en su rey alcance la vida eterna, y la otra unida a los ángeles malos sea enviada con su rey al fuego eterno. De estas dos ciudades, tal vez en otro lugar, si el Señor lo quiere, disertaremos más ampliamente.

CAPÍTULO XVI.---Cuándo cayó el diablo.

21. Cuándo, pues, el orgullo derribó al diablo, de modo que pervirtiera su buena naturaleza con una voluntad depravada, la Escritura no lo dice: sin embargo, que esto sucedió antes, y que por ello envidió al hombre, lo declara una razón manifiesta. Pues es evidente para todos los que observan esto, que la envidia no nace del orgullo, sino más bien la envidia del

orgullo. No puede pensarse sin razón que el diablo cayó por orgullo desde el principio del tiempo, y que no hubo tiempo antes en el que viviera pacíficamente y felizmente con los ángeles santos, sino que desde el mismo principio de la creación apostató de su creador; para que lo que el Señor dijo, "Él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad" (Juan VIII, 44), lo entendamos en ambos sentidos desde el principio, no solo que fue homicida, sino también que no permaneció en la verdad. Y ciertamente fue homicida desde aquel principio en que el hombre pudo ser asesinado; pero no pudo ser asesinado antes de que existiera quien pudiera ser asesinado. Desde el principio, pues, el diablo fue homicida, porque él mató al primer hombre, antes de quien no hubo ningún hombre. Pero no permaneció en la verdad, y esto desde el principio desde que fue creado, quien habría permanecido si hubiera querido permanecer.

CAPÍTULO XVII.---Si el diablo fue feliz antes del pecado.

22. Pues, ¿cómo puede creerse que llevó una vida feliz entre los ángeles felices, quien no fue consciente de su futuro pecado y castigo, es decir, de la deserción y el fuego eterno? Si no fue consciente, con razón se pregunta por qué no lo fue. Pues los ángeles santos no están inseguros de su vida eterna y felicidad. Porque, ¿cómo serían felices si estuvieran inseguros? ¿Diremos que Dios no quiso revelar esto al diablo, cuando aún era un ángel bueno, ni lo que iba a hacer ni lo que iba a sufrir; pero sí lo reveló a los demás, que permanecerían eternamente en su verdad? Si es así, ya no fue igualmente feliz, es más, ya no fue completamente feliz, puesto que los completamente felices están seguros de su felicidad, de modo que ningún miedo los perturba. Pero, ¿por qué mal mérito fue distinguido de los demás, de modo que Dios no le reveló ni siquiera lo que le concernía a él mismo? ¿Acaso fue él vengador antes que pecador? De ninguna manera: pues Dios no condena a los inocentes. ¿O tal vez fue de otro género de ángeles, a quienes Dios no dio conocimiento de su propio futuro? No veo cómo podrían ser felices, si su propia felicidad les es incierta. Pues algunos han opinado que el diablo no pertenecía a aquella naturaleza sublime de los ángeles, que es supercelestial; sino a aquellos que fueron hechos un poco más abajo en el mundo, y distribuidos por sus oficios. Pues tales podrían ser atraídos por algo ilícito: aunque si no quisieran pecar, lo cohibirían con libre albedrío; como el hombre, especialmente el primero, que aún no tenía la pena del pecado en sus miembros, ya que incluso los santos hombres sometidos a Dios lo superan por su gracia y piedad.

CAPÍTULO XVIII.---Cómo fue feliz el hombre antes del pecado.

23. Además, esta cuestión sobre la vida feliz, si alguien ya puede decirse que la tiene, a quien le es incierto si permanecerá con él, o si alguna vez le sucederá la miseria, puede surgir también sobre el primer hombre mismo. Pues si era consciente de su futuro pecado y del castigo divino, ¿cómo podía ser feliz? ¿Entonces estaba en el paraíso no siendo feliz? Pero, ¿no era consciente de su futuro pecado? Entonces, por esta ignorancia, o estaba inseguro de su misma felicidad; y ¿cómo ya verdaderamente feliz? o estaba seguro por una falsa esperanza, no por conocimiento; y ¿cómo no era necio?

24. Sin embargo, podemos entender que la vida del hombre aún constituido en un cuerpo animal, a quien viviendo obedientemente se le daría aún la compañía de los ángeles, y la transformación del cuerpo de animal a espiritual, era feliz según un cierto modo, aunque no era consciente de su futuro pecado. Pues tampoco eran conscientes aquellos a quienes el Apóstol dice, "Vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas VI, 1); sin embargo, no absurdamente ni impropriamente decimos que ya eran felices por el hecho de ser

espirituales, no en cuerpo, sino en justicia de fe, gozándose en la esperanza, pacientes en la tribulación (Romanos XII, 12). Cuánto más, pues, y de manera más amplia era feliz el hombre en el paraíso antes del pecado, aunque incierto de su futura caída, quien se gozaba en la esperanza por la recompensa de la futura transformación, de modo que no había tribulación alguna que requiriera paciencia para soportarla. Pues aunque no con vana presunción de lo incierto seguro como un necio, sino con esperanza no infiel; antes de alcanzar aquella vida, donde sería certísimo de su futura vida eterna, podía exultar, como está escrito, "con temblor" (Salmo II, 11); y con esta exultación, mucho más abundantemente en el paraíso, que los santos en estas tierras, ser feliz, de un modo inferior al de aquella vida eterna de los santos y ángeles supercelestiales, pero no de ningún modo.

CAPÍTULO XIX.---Condición de los ángeles.

25. Decir, sin embargo, de algunos ángeles que en su propio género pueden ser felices, inciertos de su futura iniquidad y condenación, o ciertamente de su salvación perpetua, a quienes no les subyacería la esperanza de que alguna vez también ellos, por algún cambio en mejor, serían ciertos de esta cuestión, es una presunción difícil de soportar: a menos que también se diga esto, que estos ángeles fueron creados así, distribuidos en ministerios mundanos bajo otros más sublimes y felices, para que por sus rectas acciones reciban de sus superiores aquella vida feliz y más sublime, de la cual puedan estar certísimos, gozándose ciertamente en esta esperanza, puedan no incongruentemente llamarse ya felices. De cuyo número si el diablo cayó con sus socios en su iniquidad, es similar a lo que caen de la justicia de la fe también los hombres, por similar orgullo prevaricadores, o seduciéndose a sí mismos, o consintiendo al seductor.

26. Pero que sostengan estos dos géneros de ángeles buenos quienes puedan, uno de los supercelestiales, en los cuales nunca hubo quien cayendo se hiciera diablo; y otro de los mundanos, en los cuales sí lo hubo: sin embargo, confieso que no me ocurre de dónde pueda sostener esto según las Escrituras; pero coaccionado por aquella cuestión, en la que se pregunta si fue consciente de su caída antes de caer, para no decir que los ángeles eran o alguna vez fueron inciertos de su felicidad, no sin razón dije que puede pensarse que el diablo cayó desde el mismo principio de la creación, es decir, desde el mismo principio del tiempo o de su condición, y que nunca permaneció en la verdad.

CAPÍTULO XX.---Opinión de que el diablo fue creado en malicia.

27. De donde algunos piensan que no fue desviado a esta malicia por el libre albedrío de la voluntad, sino que fue creado en esta malicia, aunque por el Señor Dios supremo y verdadero creador de todas las naturalezas: y aducen testimonio del libro de Job, porque allí está escrito, cuando se hablaba de él, "Este es el principio de la creación del Señor, que hizo para que sea burlado por sus ángeles" (Job XL, 14, según LXX): a cuya sentencia concuerda lo que está escrito en el Salmo, "Este dragón que formaste para burlarse de él" (Salmo CIII, 26); excepto que aquí dice, "que formaste"; no obstante, como allí, "Este es el principio de la creación del Señor": como si al principio lo hubiera formado así, para que fuera malo, envidioso, seductor, en definitiva, diablo, no depravado por voluntad, sino creado así.

CAPÍTULO XXI.---Se refuta esta opinión.

28. Esta opinión, ¿cómo no es adversa a lo que está escrito, "Dios hizo todo muy bueno" (Génesis I, 31), aunque intenten mostrarlo; ni insulsamente ni sin erudición se afirma, no solo en la primera condición, sino también ahora con tantas voluntades depravadas, sin embargo,

en suma, todo lo que ha sido creado, es decir, toda la creación en su conjunto, es muy buena, no porque los malos sean buenos en ella, sino porque no logran con su malicia que bajo el imperio del administrador Dios, la virtud, la sabiduría, el decoro y el orden del universo se afeen o perturben en alguna parte; con sus propias voluntades, incluso malas, se les asignan límites ciertos y congruentes de potestades y pesos de méritos, para que incluso con ellos convenientemente y justamente ordenados, el universo sea hermoso: sin embargo, porque cualquiera lo percibe, y es verdad y manifiesto, que es contrario a la justicia que sin mérito previo, Dios condene en alguien lo que en él mismo creó, y se recita una condenación cierta y evidente del diablo y sus ángeles del Evangelio, donde el Señor predijo que diría a los que están a la izquierda, "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo XXV, 41); de ninguna manera se debe creer que la naturaleza que Dios creó, sino la mala voluntad propia, será castigada con la pena del fuego eterno.

CAPÍTULO XXII.---Se desmoronan los fundamentos de la misma opinión.

29. Ni su naturaleza es significada por lo que se dice, "Este es el principio de la creación del Señor, que hizo para que sea burlado por sus ángeles": sino o bien el cuerpo aéreo, que adaptó congruentemente a tal voluntad; o la misma ordenación, en la que lo hizo útil a los buenos incluso contra su voluntad; o porque previendo que sería malo por su propia voluntad, sin embargo lo hizo, no absteniéndose de su bondad en proporcionar vida y sustancia a una voluntad futura incluso nociva, previendo al mismo tiempo cuántos bienes haría de él con su admirable bondad y poder. Fue llamado "principio de la creación del Señor" que hizo para que sea burlado, no porque lo creó primero, o lo creó malo al principio; sino porque sabiendo que por su propia voluntad sería malo para dañar a los buenos, lo creó para que de él mismo los buenos se beneficiaran. Esto es, "para que sea burlado por sus ángeles"; porque así es burlado, cuando las tentaciones de él, con las que intenta depravarlos, son útiles a los santos, de modo que la malicia, en la que él quiso estar, contra su voluntad es útil a los siervos de Dios; porque previendo esto lo formó. Por eso "principio de la creación para ser burlado", porque también los hombres malos, vasos del mismo diablo, y como cuerpo de la cabeza, a quienes Dios, previendo que serían malos, sin embargo los creó para la utilidad de los santos, son burlados de manera similar, cuando incluso queriendo dañar, se proporciona a los santos cautela por su comparación, y piedad bajo Dios, humildad e inteligencia de la gracia, y ejercicio para soportar a los malos, y prueba para amar a los enemigos. Pero él es el principio de la creación que es burlado así, porque precede a estos tanto en la antigüedad del tiempo como en el principado de la malicia. Esto, sin embargo, Dios lo hace por medio de los santos ángeles, con aquella obra de providencia, por la cual administra las naturalezas creadas, sometiendo a los ángeles malos a los ángeles buenos, para que la maldad de los malos, no cuanto se esfuerza, sino cuanto se permite, pueda: y no solo de los ángeles malos, sino también de los hombres, hasta que también esta justicia, por la cual se vive de fe (Romanos I, 17), que ahora se ejerce pacientemente en los hombres, se convierta en juicio (Salmo XCIII, 15), para que puedan también ellos no solo juzgar a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28), sino también a los ángeles (I Corintios VI, 3).

CAPÍTULO XXIII.---Cómo debe entenderse que el diablo nunca permaneció en la verdad.

30. Lo que, pues, se piensa que el diablo nunca permaneció en la verdad, nunca llevó una vida feliz con los ángeles, sino que desde el mismo principio de su condición cayó, no debe entenderse de tal manera que no fue depravado por su propia voluntad, sino que fue creado malo por el buen Dios; de lo contrario, no se diría que cayó desde el principio: pues no cayó, si fue hecho tal. Pero hecho, inmediatamente se apartó de la luz de la verdad, hinchado de orgullo, y corrompido por el deleite de su propia potestad: de donde no gustó la dulzura de la

vida bienaventurada y angélica, que no desdeñó habiéndola recibido, sino que al no querer recibirla, la abandonó y la perdió. Por lo tanto, tampoco pudo ser consciente de su caída; porque la sabiduría es fruto de la piedad. Pero él, inmediatamente impío, consecuentemente también ciego de mente, no cayó de lo que había recibido, sino de lo que recibiría, si hubiera querido someterse a Dios: lo cual ciertamente porque no quiso, y cayó de lo que iba a recibir, y no evitó el poder de aquel bajo el cual no quiso estar; y se hizo en él por el peso de los méritos, que ni puede deleitarse con la luz de la justicia, ni liberarse de su sentencia.

CAPÍTULO XXIV.---Que debe entenderse sobre el cuerpo místico del diablo aquello de "Cómo caíste", etc.

31. Lo que, pues, se dice por el profeta Isaías sobre él, "¿Cómo caíste del cielo, lucero de la mañana? Fuiste quebrantado en la tierra, tú que enviabas a todas las naciones. Pero tú dijiste en tu corazón: Al cielo subiré, sobre las estrellas de Dios pondré mi trono, me sentaré en el monte alto sobre los montes altos que están al norte, subiré sobre las nubes, seré semejante al Altísimo: pero ahora descenderás al infierno" (Isaías XIV, 12-14); y otras cosas, que en figura del rey de Babilonia se entienden dichas sobre el diablo, muchas concuerdan con su cuerpo, que también congrega del género humano; y especialmente en aquellos que se adhieren a él por orgullo, apostatando de los mandamientos de Dios. Pues así como el que era diablo, fue llamado hombre, como en el Evangelio, "El enemigo hombre hizo esto" (Mateo XIII, 28); así el que era hombre, fue llamado diablo, como nuevamente en el Evangelio, "¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?" (Juan VI, 71). Y así como el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, se llama Cristo, como aquello, "Vosotros sois la simiente de Abraham", cuando poco antes había dicho, "A Abraham fueron hechas las promesas y a su simiente: no dice, Y a las simientes, como si fueran muchas; sino como en uno, Y a tu simiente, que es Cristo" (Gálatas III, 29, 16); y nuevamente, "Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo" (I Corintios XII, 12): de la misma manera también el cuerpo del diablo, del cual el diablo es la cabeza, es decir, la misma multitud de impíos, especialmente de aquellos que caen de Cristo o de la Iglesia como del cielo, se llama diablo, y muchas cosas se dicen figuradamente sobre este cuerpo, que no convienen tanto a la cabeza como al cuerpo y sus miembros. Por lo tanto, el lucero de la mañana que se levantaba y cayó, puede entenderse como el género de los apóstatas ya sea de Cristo o de la Iglesia; que así se convierte en tinieblas perdiendo la luz que llevaba, como los que se convierten a Dios, pasan de las tinieblas a la luz, es decir, los que fueron tinieblas se convierten en luz.

CAPÍTULO XXV.---Que sobre el mismo cuerpo del diablo se dijo aquello, "Tú eres el sello", etc. El paraíso es la Iglesia.

32. Asimismo, en figura del príncipe de Tiro por el profeta Ezequiel se entienden dichas sobre el diablo, "Tú eres el sello de la semejanza y la corona de la belleza; en las delicias del paraíso de Dios estuviste, adornado con toda piedra preciosa" (Ezequiel XXVIII, 12, 13); y otras cosas, que no tanto convienen al mismo príncipe espíritu de iniquidad, como a su cuerpo. Pues el paraíso se dice la Iglesia, como se lee en el Cantar de los Cantares, "Huerto cerrado, fuente sellada, pozo de aguas vivas, paraíso con fruto de manzanas" (Cantar IV, 12, 13). De allí cayeron ya sea por separación abierta y corporal todos los herejes; o por oculta y espiritual, aunque corporalmente parezcan estar en ella, todos los que se vuelven a su vómito, cuando después de la remisión de todos los pecados caminaron un poco en el camino de la justicia, en quienes las cosas posteriores se hicieron peores que las primeras, y a quienes les convenía no conocer el camino de la justicia, que a los que lo conocieron volverse atrás del mandamiento santo que les fue dado (Proverbios XXVI, 11; y II Pedro II, 21, 22). Esta

generación pésima el Señor describe, cuando dice que el espíritu inmundo sale del hombre, y regresa con otros siete, y habita en la casa que ya encontró limpia, para que los últimos de aquel hombre sean peores que los primeros (Mateo XII, 43-45). Pues a tal género de hombres, que ya se ha hecho cuerpo del diablo, pueden convenir estas palabras, "Desde el día en que fuiste creado tú con querubín", es decir, con sede de Dios, que se interpreta, Multiplicada ciencia, "y te puso en el monte santo de Dios", es decir, en la Iglesia; de donde es, "Y me oyó desde su monte santo" (Salmo III, 5). "Estuviste en medio de piedras de fuego", es decir, de santos fervientes en espíritu, piedras vivas: "caminaste sin defecto en tus días, desde el día en que fuiste creado tú hasta que se hallaron tus delitos en ti" (Ezequiel XXVIII, 14, 15). Estas cosas pueden ser tratadas más diligentemente, para que tal vez se muestre que no solo este entendimiento es posible en estas palabras, sino que no puede haber otro en absoluto.

CAPÍTULO XXVI.---Conclusión sobre la condición y caída del diablo.

33. Sin embargo, dado que es un tema extenso y requiere un discurso dedicado exclusivamente a esta cuestión, ahora basta con esta síntesis: ya sea que el diablo, desde el inicio de su condición, haya caído de la bienaventuranza que habría alcanzado si lo hubiera deseado, por su impía soberbia; o que haya otros ángeles de un ministerio inferior en este mundo, entre los cuales vivió según una cierta bienaventuranza no presciente, y de cuya sociedad cayó con sus ángeles subordinados como un arcángel por su soberbia impiedad; si esto puede afirmarse de alguna manera, lo cual es dudoso: o ciertamente se debe buscar la razón de cómo todos los santos ángeles, si entre ellos el diablo alguna vez vivió igualmente bienaventurado con sus ángeles, aún no tenían la certeza de su felicidad perpetua, sino que la recibieron después de su caída; o por qué mérito, antes de su pecado, el diablo con sus compañeros fue separado de los otros ángeles, de modo que él ignorara su futura caída, mientras que ellos estaban seguros de su permanencia: aunque no dudamos en absoluto que los ángeles pecadores fueron arrojados como a una prisión de oscuridad aérea alrededor de la tierra, según la fe apostólica, para ser reservados para el juicio y castigo (II Pedro II, 4); y que en aquella bienaventuranza suprema de los santos ángeles no hay vida eterna incierta, ni para nosotros, según la misericordia y gracia de Dios y su fidelísima promesa, será incierta en el futuro, cuando estemos unidos a ellos después de la resurrección y la transformación de estos cuerpos. Porque vivimos con esta esperanza, y nos regocijamos en la gracia de esta promesa. Sin embargo, cualquier cosa que pueda decirse también sobre el diablo, por qué Dios lo creó, sabiendo que sería así, y por qué el Todopoderoso no convierte su voluntad al bien, debe entenderse, creerse, o encontrarse algo mejor, según lo que discutimos cuando preguntamos de manera similar sobre los hombres malvados.

CAPÍTULO XXVII.---Sobre la tentación del diablo a través de la serpiente.

34. Por lo tanto, por aquel que tiene el poder supremo sobre todo lo que ha creado, a través de los ángeles santos por quienes el diablo es burlado, cuando incluso se consulta sobre su malevolencia para la Iglesia de Dios, no se le permitió tentar a la mujer sino a través de la serpiente, ni al hombre sino a través de la mujer: pero en la serpiente él mismo habló, usándola como un instrumento, moviendo su naturaleza de la manera en que él podía moverla y ella podía ser movida, para expresar los sonidos de las palabras y las señales corporales, por las cuales la mujer entendiera la voluntad del que persuadía. En la misma mujer, porque ella era una criatura racional, que podía usar su movimiento para hacer palabras, no habló él mismo, sino su operación y persuasión; aunque ayudaba con un impulso oculto interiormente, lo que había hecho exteriormente a través de la serpiente. Lo cual, si lo hubiera hecho solo

con un impulso más oculto, como lo hizo en Judas para que entregara a Cristo (Juan XIII, 2), podría haberlo logrado en el alma inducida por el amor soberbio de su poder: pero, como ya he dicho, el diablo tiene la voluntad de tentar, pero no tiene el poder de hacer ni de cómo hacer. Porque fue permitido, tentó; y como fue permitido, así tentó: a qué género de hombres beneficiaría lo que hacía, ni lo sabía ni lo quería, y en eso mismo era burlado por los ángeles.

CAPÍTULO XXVIII.---Si la serpiente entendió las palabras pronunciadas.

35. Por lo tanto, la serpiente no entendía los sonidos de las palabras que se hacían a través de ella hacia la mujer. Pues no se debe creer que su alma se transformó en una naturaleza racional; ya que ni siquiera los mismos hombres, cuya naturaleza es racional, cuando un demonio habla en ellos por esa pasión que requiere un exorcista, saben lo que dicen; cuánto menos entendería él los sonidos de las palabras que el diablo hacía a través de él y desde él de esa manera, quien no entendería a un hombre hablando si lo escuchara libre de la pasión diabólica. Pues incluso lo que se cree que las serpientes oyen y entienden las palabras de los Marsos, para que, al ser encantadas, a menudo salten de sus escondites, también allí opera la fuerza diabólica, para reconocer en todas partes la providencia, qué cosa somete a qué cosa en el orden natural, y qué permite incluso a las voluntades malas con el poder más sabio, para que tenga más uso que las serpientes sean movidas por los cánticos de los hombres que cualquier otro género de animales. Pues esto también es un testimonio no pequeño de que la naturaleza humana fue seducida primero por la conversación de la serpiente. Porque los demonios se alegran de que se les dé este poder, para que muevan serpientes al encantamiento de los hombres, para engañar de cualquier manera a quienes puedan. Esto, sin embargo, se les permite para recordar el primer hecho, que hay cierta familiaridad con este género. Además, el primer hecho mismo fue permitido para que a través de la naturaleza de la serpiente se significara al género humano, para cuya instrucción estos hechos debían ser escritos, toda la similitud de la tentación diabólica: lo cual aparecerá cuando la sentencia divina comience a ser pronunciada sobre la serpiente.

CAPÍTULO XXIX.---Por qué la serpiente fue llamada la más astuta.

36. Por lo tanto, la serpiente fue llamada la más astuta de todas las bestias, es decir, la más astuta, debido a la astucia del diablo, que en ella y de ella actuaba el engaño; así como se dice que una lengua es prudente o astuta, cuando un prudente o astuto la mueve para persuadir algo con prudencia y astucia. Pues esta no es la fuerza o virtud del miembro corporal llamado lengua, sino ciertamente de la mente que la usa. Así también se dice que el estilo es mentiroso de los escribas: pues ser mentiroso no pertenece sino al ser viviente y sensible; pero el estilo es llamado mentiroso porque un mentiroso lo usa mentirosamente; así como si también esta serpiente fuera llamada mentirosa, porque el diablo la usaba como un estilo mentiroso.

37. Esto lo consideraré digno de ser mencionado, para que nadie, pensando que los animales irracionales tienen entendimiento humano, o que se transforman repentinamente en animales racionales, sea engañado por esa opinión ridícula y dañina de la revolución de las almas, ya sea de hombres en bestias o de bestias en hombres. Así, pues, la serpiente habló al hombre, como el asno en el que Balaam montaba habló al hombre (Núm. XXII, 28), excepto que aquello fue una obra diabólica, y esto angélica. Pues los ángeles buenos y malos tienen algunas obras similares, como Moisés y los magos de Faraón (Éxodo VII, 10, 11). Sin embargo, en estas cosas los ángeles buenos son más poderosos, y los ángeles malos no pueden hacer nada de tales obras, sino lo que Dios permite a través de los ángeles buenos, para que a cada uno se le retribuya según su corazón, o según la gracia de Dios; ambas cosas

con justicia y bondad por la profundidad de las riquezas de la sabiduría de Dios (Rom. XI, 33).

CAPÍTULO XXX.---Coloquio de la serpiente con la mujer.

38. Dijo, pues, la serpiente a la mujer: ¿Por qué dijo Dios, No comeréis de todo árbol del paraíso? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto del árbol que está en el paraíso comemos; pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios, No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis. Por eso la serpiente preguntó primero, y la mujer respondió esto, para que la transgresión fuera inexcusable, y de ninguna manera pudiera decirse que la mujer había olvidado lo que Dios había mandado. Aunque el olvido del mandamiento, especialmente uno tan necesario, pertenecería a la gran culpa de la negligencia condenable: sin embargo, su transgresión es más evidente cuando se retiene en la memoria, y Dios, como presente y asistente, es despreciado. Por eso fue necesario, cuando en el Salmo se decía, Y a los que guardan en la memoria sus mandamientos, añadir, para que los cumplan (Sal. CII, 18). Pues muchos los retienen en la memoria para despreciarlos, con mayor pecado de transgresión, donde no hay excusa de olvido.

39. Dijo, pues, la serpiente a la mujer: No moriréis. Pues sabía Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal. ¿Cuándo creería la mujer con estas palabras que había sido prohibida por Dios de algo bueno y útil, si no hubiera ya en su mente ese amor a su propio poder, y una cierta presunción soberbia de sí misma, que debía ser convencida y humillada por esa tentación? Finalmente, no contenta con las palabras de la serpiente, consideró el árbol, y vio que era bueno para comer, y agradable a la vista, y no creyendo que podría morir por ello, creo que pensó que Dios lo había dicho por alguna causa significativa, Si coméis, moriréis: y por eso tomó de su fruto, y comió, y dio también a su marido con ella; tal vez incluso con una palabra persuasiva, que la Escritura deja tácita para que se entienda. ¿O acaso ya no era necesario persuadir al hombre, cuando veía que ella no había muerto por ese alimento?

CAPÍTULO XXXI.---Para qué se abrieron los ojos de Adán y Eva.

40. Así que comieron, y se abrieron los ojos de ambos. ¿Para qué, sino para desearse mutuamente, como castigo del pecado concebido en la carne misma por la muerte; para que ya no fuera un cuerpo solo animal, que podría, si conservaran la obediencia, ser transformado sin muerte en un estado mejor y espiritual, sino ya un cuerpo de muerte, en el que la ley en los miembros se opusiera a la ley de la mente (Rom. VII, 23)? Pues no fueron hechos con los ojos cerrados, y en el paraíso de las delicias no andaban ciegos y palpando, para que tocaran el árbol prohibido sin saberlo, y arrancaran los frutos prohibidos ignorando. ¿Cómo, pues, fueron llevados los animales y las aves a Adán, para que viera cómo los llamaría, si no veía? ¿Y cómo fue llevada la mujer al hombre cuando fue hecha, para que dijera de ella a quien no veía, Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne, etc. (Gén. II, 19, 22, 23)? Finalmente, ¿cómo vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos para ver, y deseable para conocer, si sus ojos estaban cerrados?

41. Sin embargo, no por eso, debido a la traducción de una sola palabra, todo debe ser tomado figuradamente. Pues vea cómo dijo la serpiente, Se abrirán vuestros ojos. Pues el escritor del libro narró que él dijo esto; pero en qué significado o sentido lo dijo, permitió al lector considerarlo. Pero esto que está escrito, Y se abrieron sus ojos, y conocieron que estaban desnudos, está escrito como todo lo que se narra que fue hecho; sin embargo, no por eso debe llevarnos a una narración alegórica. Pues ni siquiera el evangelista narrador

insertaba dichos figurados de alguien en su persona, y no narraba desde su persona lo que había sido hecho, cuando decía de aquellos dos, de los cuales uno era Cleofás, que cuando el Señor les partió el pan, se abrieron sus ojos, y lo reconocieron, a quien no habían reconocido en el camino (Luc. XXIV, 13-31); no caminando con los ojos cerrados, sino sin poder reconocerlo. Así como allí, tampoco en este lugar la narración es figurada, aunque la Escritura haya usado una palabra trasladada, al decir que sus ojos se abrieron, que ya estaban abiertos: abiertos, ciertamente, para ver y considerar algo que antes nunca habían advertido. Pues donde la curiosidad audaz se movió para transgredir el mandamiento, ávida de experimentar lo oculto, qué seguiría al tocar lo prohibido, y deleitándose en romper las riendas de la prohibición con una libertad nociva, creyendo más probable que no seguiría la muerte que temían: pues se debe creer que el fruto de ese árbol era de la misma clase que los frutos de otros árboles que ya habían sentido inofensivos; por lo cual creyeron más que Dios podría perdonar fácilmente a los pecadores, que soportar pacientemente no conocer qué era, o por qué les había prohibido tomar alimento de allí: tan pronto como transgredieron el mandamiento, internamente despojados de la gracia que habían ofendido con un cierto orgullo y amor soberbio de su poder, fijaron sus ojos en sus propios miembros, y los desearon con un movimiento que no conocían. Por eso se abrieron los ojos, para lo que antes no estaban abiertos, aunque para otras cosas sí lo estaban.

CAPÍTULO XXXII.---Origen de la mortalidad y la lujuria. Delantales de hojas de higuera.

42. Esta muerte ocurrió el día en que se hizo lo que Dios prohibió. Pues al perder ese estado admirable, el mismo cuerpo al que se le proporcionaba un estado incluso por la virtud mística del árbol de la vida, por el cual no podrían ser tentados por la enfermedad ni cambiados por la edad, para que en su carne, aunque aún animal y destinada a ser transformada en algo mejor, ya se significara por el alimento del árbol de la vida lo que en los ángeles se hace por el mismo alimento espiritual de la sabiduría, cuyo sacramento era ese árbol, al participar de la eternidad, para que no se transformen en algo peor: al perder, pues, ese estado, su cuerpo adquirió una calidad mórbida y mortal, que también está presente en la carne de los animales, y por lo tanto también ese mismo movimiento por el cual surge en los animales el apetito de copular, para que los nacidos sucedan a los que mueren: pero sin embargo, incluso en ese castigo, la misma alma racional, indicadora de su nobleza, se avergonzó del movimiento bestial en los miembros de su carne, y le infundió pudor, no solo porque lo sentía allí donde nunca antes había sentido tal cosa, sino también porque ese movimiento vergonzoso provenía de la transgresión del mandamiento. Allí sintió de qué gracia estaba vestida antes, cuando en su desnudez no sufría nada indecente. Allí se cumplió, Señor, en tu voluntad has dado fuerza a mi decoro; pero apartaste tu rostro, y quedé turbado (Sal. XXIX, 8). Finalmente, con esa turbación corrieron a las hojas de higuera, cosieron delantales, y cubrieron lo que era vergonzoso, habiendo perdido lo que era glorioso. No creo que pensaran en algo en esas hojas que fuera adecuado para cubrir ya sus miembros pruriginosos; sino que por un impulso oculto fueron impulsados a hacer eso con esa turbación, para que incluso la significación de tal castigo suyo fuera hecha por los ignorantes, lo cual convencería al pecador hecho, y enseñaría al lector escrito.

CAPÍTULO XXXIII. Voz de Dios caminando en el paraíso.

43. Y oyeron la voz del Señor Dios caminando en el paraíso al atardecer. Pues a esa hora convenía visitar a tales personas, que habían caído de la luz de la verdad. Pues tal vez de otras maneras internas, ya sean expresables o inefables, Dios solía hablar con ellos antes, como también habla con sus ángeles iluminando sus mentes con la misma verdad inmutable, donde está el entendimiento de conocer al mismo tiempo todas las cosas que no se hacen

simultáneamente a través del tiempo. Tal vez, digo, así solía hablar con ellos, aunque no con tanta participación de la sabiduría divina como la que los ángeles pueden recibir; sin embargo, según la medida humana, aunque sea menor, pero con el mismo tipo de visita y locución; tal vez incluso con aquella que se hace a través de la criatura, ya sea en éxtasis del espíritu con imágenes corporales, o con los mismos sentidos del cuerpo presentando alguna especie para ver o escuchar, como Dios suele ser visto o sonar a través de la nube en sus ángeles. Pero ahora, lo que oyeron la voz de Dios caminando en el paraíso al atardecer, no fue hecho sino a través de la criatura visiblemente, para que no se crea que esa sustancia invisible y en todas partes total, que es del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apareció a sus sentidos corporales con un movimiento local y temporal.

44. Y se escondieron Adán y su mujer de la faz del Señor en medio del árbol que está en el paraíso. Cuando Dios aparta su rostro internamente, y el hombre queda turbado; no nos sorprendamos de que ocurran estas cosas, que son similares a la demencia, por el excesivo pudor y temor; tampoco cesa ese impulso oculto, para que hagan cosas ignorantes, que signifiquen algo, para que en algún momento sean conocidas por los descendientes, para quienes estas cosas fueron escritas.

CAPÍTULO XXXIV.---Adán se esconde por su desnudez y es interrogado por Dios.

45. Y llamó el Señor Dios a Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Es una voz de reprensión, no de ignorancia. Y ciertamente esto pertenece a alguna significación, que así como el mandamiento fue dado al hombre, para que llegara a la mujer, así el hombre es interrogado primero. Pues el mandamiento de Dios llegó al hombre hasta la mujer: pero el pecado del diablo llegó a través de la mujer hasta el hombre. Estas cosas están llenas de significaciones místicas, no por los que fueron hechos, sino por la potentísima sabiduría de Dios que lo hizo. Sin embargo, ahora no revelamos los significados, sino que defendemos los hechos.

46. Respondió, pues, Adán: Oí tu voz en el paraíso, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí. Es bastante probable que Dios solía aparecer a esos primeros hombres a través de la criatura en una forma adecuada a esa acción: sin embargo, nunca permitió que advirtieran su desnudez, elevando su intención hacia lo superior, a menos que después del pecado sintieran en sus miembros un movimiento vergonzoso por la ley penal de los miembros. Así, pues, fueron afectados como suelen serlo los hombres bajo la mirada de otros hombres; y tal afecto era parte del castigo del pecado, queriendo ocultarse de aquel a quien nada puede ocultarse, y ocultar su carne de aquel que es el inspector del corazón. Pero, ¿qué maravilla si los soberbios, queriendo ser como dioses, se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció? Pues se dijeron a sí mismos ser sabios en su abundancia, y al apartar él su rostro, se hicieron necios (Rom. I, 21, 22). Pues lo que ya les avergonzaba ante sí mismos, de lo cual se hicieron delantales, mucho más temían ser vistos por él incluso así ceñidos, quien traía a ellos, como con una familiaridad moderada, ojos humanos a través de la criatura visible. Pues si por eso aparecía así, para que los hombres hablaran con él como con un hombre, como Abraham junto a la encina de Mamré (Gén. XVIII, 1), esa misma amistad casi familiar los cargaba de vergüenza después del pecado, que les daba confianza antes del pecado; y ya no se atrevían a mostrar esa desnudez a tales ojos, que les desagradaba incluso a los suyos.

CAPÍTULO XXXV.---Excusas de Adán y Eva.

47. El Señor, queriendo ya castigar a los pecadores más allá de la vergüenza que sentían por su pecado, les preguntó con justicia: "¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, si no fue del árbol del cual te mandé que no comieras, y comiste?" De aquí se concibió la muerte, debido a la sentencia de Dios, quien así lo había amenazado, y se hizo evidente la concupiscencia de los miembros cuando se dice que se abrieron los ojos, y siguió la vergüenza. Y Adán dijo: "La mujer que me diste, ella me dio del árbol, y comí." ¡Oh soberbia! ¿Acaso dijo, "He pecado"? Tiene la deformidad de la confusión, pero no la humildad de la confesión. Estas cosas fueron escritas porque las preguntas mismas fueron hechas para que se escribieran veraz y útilmente; porque si fueran mentirosas, no serían útiles: para que advirtamos qué enfermedad de soberbia sufren los hombres hoy, intentando atribuir al Creador cualquier mal que hayan hecho, mientras quieren que se les atribuya cualquier bien que hayan hecho. "La mujer," dice, "que me diste para que estuviera conmigo, ella me dio del árbol, y comí": como si hubiera sido dada para que no obedeciera al hombre, y ambos a Dios.

48. Y el Señor Dios dijo a la mujer: "¿Qué has hecho?" Y la mujer dijo: "La serpiente me engañó, y comí." Tampoco ella confiesa su pecado, sino que lo atribuye a otro, con un sexo diferente, pero con igual orgullo. Sin embargo, de ellos nació uno que no los imitó, sino que fue ejercitado por muchos males, quien dijo y dirá hasta el fin del mundo: "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti" (Salmo 40, 5). ¿Cuánto mejor sería que ellos también lo hicieran así? Pero el Señor aún no había quebrantado la cerviz de los pecadores (Salmo 128, 4). Quedaban los trabajos, los dolores de la muerte, y toda la contrición del mundo, y la gracia de Dios que en el tiempo oportuno socorre a los hombres, enseñándoles que no deben presumir de sí mismos. "La serpiente," dice, "me engañó, y comí": como si la persuasión de alguien debiera ser preferida al mandato de Dios.

CAPÍTULO XXXVI.---Maldición de la serpiente.

49. Y el Señor Dios dijo a la serpiente: "Porque has hecho esto, maldita serás entre todos los animales y entre todas las bestias de la tierra. Sobre tu pecho y tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia. Ella te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón." Toda esta sentencia está figurada, y no debe dudarse de que fue dicha. Porque lo que se dice, "Y el Señor Dios dijo a la serpiente," son solo palabras del escritor; estas deben ser entendidas literalmente. Esto es cierto, fue dicho a la serpiente. Las demás palabras son de Dios, y se dejan al libre entendimiento del lector si deben ser tomadas literalmente o figuradamente, como hemos dicho al inicio de este volumen. Por lo tanto, el hecho de que la serpiente no fue interrogada sobre por qué hizo esto, puede parecer que no lo hizo por su propia naturaleza y voluntad; sino que el diablo actuó a través de ella y en ella, quien ya estaba destinado al fuego eterno por su pecado de impiedad y soberbia. Así que lo que se dice a la serpiente se refiere también a quien actuó a través de la serpiente, sin duda está figurado: porque en estas palabras se describe al tentador, cómo sería para la humanidad; la cual comenzó a propagarse cuando esta sentencia fue pronunciada contra el diablo como si fuera una serpiente. Cómo deben ser entendidas estas palabras con las figuras expuestas, lo hemos discutido tanto como hemos podido en los dos libros contra los maniqueos sobre el Génesis, y si en otro momento podemos hacerlo con más diligencia y congruencia, Dios nos ayudará a lograrlo: sin embargo, nuestra intención no debe ser desviada de lo que hemos asumido, sin que nadie lo exija.

CAPÍTULO XXXVII.---Castigo de la mujer.

50. Y a la mujer dijo: "Multiplicaré tus dolores y tus gemidos: con dolor darás a luz hijos, y hacia tu marido será tu deseo, y él te dominará." Estas palabras de Dios a la mujer también se entienden mucho mejor de manera figurada y profética: sin embargo, como la mujer aún no había dado a luz, y el dolor y el gemido del parto son del cuerpo de la muerte, que fue concebido por la transgresión del mandato, aunque con miembros animales, pero si el hombre no hubiera pecado, ciertamente no morirían, y vivirían en otro estado más feliz, hasta que después de una vida bien llevada merecieran ser transformados en algo mejor, como ya hemos insinuado en varios lugares, este castigo también se refiere a la literalidad; excepto por lo que se dice, "Y hacia tu marido será tu deseo, y él te dominará," debe verse cómo puede ser entendido propiamente. Porque no es apropiado creer que la mujer fue hecha de otra manera antes del pecado, sino para que el hombre la dominara, y ella se volviera hacia él sirviéndole. Pero puede entenderse correctamente que esta servidumbre fue significada, que es más una condición que un amor, de modo que incluso esa servidumbre, por la cual los hombres comenzaron a ser siervos de otros hombres, se encuentra como surgida del castigo del pecado. El Apóstol dijo: "Servíos unos a otros por amor" (Gálatas 5, 13); pero de ninguna manera diría, "Dominaos unos a otros." Así, los cónyuges pueden servirse mutuamente por amor; pero el Apóstol no permite que la mujer domine al hombre (1 Timoteo 2, 12). Esto fue otorgado al hombre por la sentencia de Dios, y la mujer mereció tener al marido como señor, no por naturaleza, sino por culpa: lo cual, si no se observa, la naturaleza se corromperá más, y la culpa aumentará.

CAPÍTULO XXXVIII.---Castigo de Adán y nombre dado a la mujer.

51. Y dijo también al hombre: "Porque escuchaste la voz de tu mujer, y comiste del árbol del cual te mandé que no comieras; maldita será la tierra por tu causa: con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás." ¿Quién ignora que estos son los trabajos de la humanidad en la tierra? Y como no existirían si se mantuviera la felicidad que había en el paraíso, no hay duda de ello; por lo tanto, no debe ser molesto aceptar estas palabras primero literalmente. Sin embargo, debe observarse y esperarse el significado profético, que es lo que más interesa a la intención de Dios al hablar. Porque no en vano Adán, con un cierto impulso maravilloso, llamó entonces a su mujer Vida; añadiendo también, "porque ella es la madre de todos los vivientes." Pues estas no son palabras del escritor narrador o afirmador, sino del mismo primer hombre, para que dijera, "porque ella es la madre de todos los vivientes," como una causa del nombre que le impuso, llamándola Vida.

CAPÍTULO XXXIX.---Túnicas de piel. Reproche de la soberbia.

52. Y el Señor Dios hizo para Adán y su mujer túnicas de piel, y los vistió. Esto también se hizo por el significado, pero sin embargo se hizo; así como aquellas cosas que se dijeron por el significado, pero sin embargo se dijeron. Esto, que he dicho a menudo, y no me canso de repetir, debe exigirse al narrador de hechos reales, que narre que se hicieron las cosas que se hicieron, y que se dijeron las cosas que se dijeron. Así como en los hechos se busca qué se hizo y qué significa; así en las palabras, qué se dijo y qué significa. Porque ya sea que se haya dicho figuradamente o propiamente, lo que se narra que se dijo, no debe considerarse figurado.

53. Y Dios dijo: "He aquí, Adán se ha convertido como uno de nosotros en conocer el bien y el mal." Porque esto, sea cual sea la forma en que se haya dicho, Dios lo dijo, no debe entenderse de otra manera lo que dice, "uno de nosotros," sino que se debe tomar el número

plural por la Trinidad; como se dijo, "Hagamos al hombre" (Génesis 1, 26); como también el Señor sobre sí mismo y el Padre, "Vendremos a él, y haremos morada con él" (Juan 14, 23). Por lo tanto, se ha replicado sobre la cabeza del soberbio, con qué resultado deseó lo que fue sugerido por la serpiente, "Seréis como dioses": "He aquí," dice, "Adán se ha convertido como uno de nosotros." Estas son palabras de Dios, no tanto burlándose de él, sino disuadiendo a los demás de que no sean tan soberbios, para quienes estas cosas fueron escritas. "Se ha convertido," dice, "como uno de nosotros en conocer el bien y el mal." ¿Qué otra cosa se debe entender, sino que se ha propuesto un ejemplo para infundir temor, que no solo no se ha convertido en lo que quiso ser, sino que tampoco conservó lo que había sido?

CAPÍTULO XL.---Expulsión del paraíso. Excomunión.

54. Y ahora, dice Dios, "no sea que extienda su mano, y tome del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre." Y el Señor Dios lo expulsó del paraíso de la felicidad para trabajar la tierra de la cual fue tomado. Las palabras anteriores son de Dios; pero este hecho siguió a esas palabras. Alejado de la vida, no solo la que habría recibido si hubiera guardado el mandato, junto con los ángeles, sino también de la que llevaba en el paraíso, en un estado feliz del cuerpo, debía ser separado del árbol de la vida: ya sea porque de él subsistía ese estado feliz del cuerpo, de una cosa visible, por una virtud invisible, o porque en él había también un sacramento visible de la sabiduría invisible; debía ser alejado de allí, ya sea porque iba a morir, o incluso como excomulgado: como también en este paraíso, es decir, la Iglesia, los hombres son removidos de los sacramentos visibles del altar por la disciplina eclesiástica.

55. Y expulsó a Adán, y lo colocó frente al paraíso de la felicidad. Y esto se hizo por el significado, pero sin embargo se hizo, para que habitara el pecador en la miseria frente al paraíso, donde también se significaba la vida bienaventurada espiritualmente. Y ordenó a los querubines y a la espada flamígera que se volvía, para guardar el camino del árbol de la vida. Esto debe creerse que se hizo también en el paraíso visible por poderes celestiales, para que hubiera allí una cierta custodia ígnea por el ministerio angélico: sin embargo, no se hizo en vano, porque no hay duda de que también significa algo sobre el paraíso espiritual.

CAPÍTULO XLI.---Opiniones sobre el pecado del hombre, cuál fue.

56. No ignoro que a algunos les ha parecido que aquellos hombres se apresuraron en el deseo de conocer el bien y el mal, y quisieron recibir en un tiempo inmaduro lo que se les reservaba más oportunamente; y que el tentador hizo esto, para que al anticipar lo que aún no les convenía, ofendieran a Dios, y fueran excluidos y condenados, alejados de la utilidad de esa cosa, a la cual, si se acercaran en su tiempo, como Dios quería, podrían disfrutar de ella saludablemente. Esto, si tal vez no quieren tomar aquel árbol literalmente como un verdadero árbol y sus verdaderos frutos, sino como una figura, puede tener alguna salida que sea recta y veraz.

57. A algunos también les ha parecido que esos dos primeros hombres robaron sus nupcias, y se unieron en concúbito antes de que quien los creó los uniera; y que esta cosa fue significada con el nombre del árbol del cual estaban prohibidos, hasta que fueran unidos en el tiempo oportuno. Como si se debiera creer que fueron hechos en esa edad, para que se esperara la madurez de la pubertad; o que no sería legítimo entonces, cuando primero pudiera hacerse, y cuando no pudiera, ciertamente no se haría: a menos que tal vez la novia debía ser entregada por el padre, y se esperara la solemnidad de los votos, y la celebración del banquete, y la estimación de la dote, y la escritura de las tablas. Esto es ridículo; además de que se aparta de

la propiedad de los hechos narrados, que hemos asumido defender, y tanto como Dios ha querido, hemos defendido.

CAPÍTULO XLII.---Si Adán creyó a la serpiente, y de qué manera fue inducido a pecar.

58. Lo que más preocupa es, si Adán ya era espiritual, aunque en mente, no en cuerpo, ¿cómo pudo creer lo que se dijo a través de la serpiente, que Dios los prohibió comer del fruto de aquel árbol porque sabía que si lo hacían, serían como dioses por el conocimiento del bien y del mal, como si el Creador envidiara a su criatura este bien? Esto es sorprendente si un hombre dotado de mente espiritual pudo creerlo. ¿O porque él no podía creer esto, por eso se añadió la mujer, que era de poco entendimiento, y tal vez aún vivía según el sentido de la carne, no según el espíritu de la mente, y esto es lo que el Apóstol no le atribuye como imagen de Dios? Pues así dice: "El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del hombre" (1 Corintios 11, 7). No porque la mente de la mujer no pueda captar la misma imagen, ya que en esa gracia nos dice que no hay ni hombre ni mujer (Gálatas 3, 27-28); sino porque tal vez ella aún no había percibido esto que se hace en el conocimiento de Dios, y lo iba a percibir poco a poco bajo la dirección y disposición del hombre. Pues no en vano es lo que el Apóstol dice: "Porque Adán fue formado primero, luego Eva: y Adán no fue engañado, pero la mujer, siendo engañada, cayó en transgresión" (1 Timoteo 2, 13-14); es decir, para que a través de ella también el hombre transgrediera. Pues también lo llama transgresor, donde dice: "A semejanza de la transgresión de Adán, que es figura del que había de venir" (Romanos 5, 14). Sin embargo, niega que fuera engañado. Pues al ser interrogado no dice, "La mujer que me diste, me engañó, y comí"; sino, "ella me dio del árbol, y comí." Pero ella dice, "La serpiente me engañó, y comí."

59. Así también Salomón, hombre de tanta sabiduría, ¿acaso se debe creer que en el culto de los ídolos creyó que había alguna utilidad? Pero no pudo resistir el amor de las mujeres que lo arrastraban a ese mal, haciendo lo que sabía que no debía hacer, para no entristecer a sus mortíferas delicias, por las que se derretía y se desbordaba (1 Reyes 11, 4). Así también Adán, después de que la mujer seducida comió del árbol prohibido y le dio para que comieran juntos, no quiso entristecerla, creyendo que podría languidecer sin su consuelo si se alejaba de su ánimo, y que esa discordia la destruiría por completo. No vencido por la concupiscencia de la carne, que aún no había sentido en la ley de los miembros resistiendo a la ley de su mente; sino por una cierta benevolencia amistosa, por la cual a menudo se ofende a Dios, para que el hombre no se convierta de amigo en enemigo: lo cual no debió hacer, como lo indicó el justo resultado de la sentencia divina.

60. Por lo tanto, de alguna manera también él fue engañado; pero no de la manera en que la serpiente engañó a la mujer, de ninguna manera creo que él pudo ser engañado de la manera en que ella pudo. Esta seducción es la que el Apóstol llama propiamente, por la cual lo que se sugería, aunque era falso, se creyó verdadero; es decir, que Dios prohibió aquel árbol porque sabía que si lo tocaban, serían como dioses, como si les envidiara la divinidad, quien los había hecho hombres. Pero incluso si el hombre, por alguna elevación de mente, que no podía ocultarse al escudriñador de los corazones, fue tentado por algún deseo de experimentar, cuando vio que la mujer no murió al comer de aquel fruto, según lo que discutimos anteriormente; sin embargo, no creo que él, si ya estaba dotado de mente espiritual, pudiera de ninguna manera creer que Dios les prohibió aquel fruto por envidia. Pero, ¿qué más? Se persuadió ese pecado como podría persuadirse a tales personas: pero se escribió para que todos lo leyeran, aunque pocos lo entendieran como debían.

LIBRO DUODÉCIMO. En el cual se discute sobre el paraíso y el tercer cielo al que fue arrebatado Pablo, y sobre el múltiple género de visiones.

CAPÍTULO PRIMERO.---Examinando el lugar del Apóstol sobre el paraíso.

1. Desde el inicio de la Sagrada Escritura, que se titula Génesis, hasta que el primer hombre fue expulsado del paraíso, hemos discutido y escrito en once libros, ya sea afirmando y defendiendo lo que nos es cierto, o investigando y dudando sobre lo incierto, tanto como hemos podido, y como hemos podido; no tanto prescribiendo a cada uno qué debe pensar sobre las cosas oscuras, sino mostrando que debemos ser enseñados en lo que hemos dudado, y removiendo la temeridad de afirmar del lector, donde no hemos podido proporcionar firmeza a la sentencia: este duodécimo libro, ya libre de la preocupación que nos ocupaba al tratar el texto de las Sagradas Escrituras, discutirá más libre y extensamente la cuestión del paraíso; para que no se piense que hemos evitado lo que el Apóstol parece insinuar en el tercer cielo, donde dice: "Conozco a un hombre en Cristo, hace catorce años, si en el cuerpo no lo sé, si fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, arrebatado hasta el tercer cielo: y conozco a tal hombre, si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar" (2 Corintios 12, 2-4).

2. En estas palabras, primero se suele preguntar qué significa el tercer cielo: luego, si quiso dar a entender que allí estaba el paraíso, o si después de haber sido arrebatado al tercer cielo, también fue arrebatado al paraíso, dondequiera que esté el paraíso; no para que esto fuera ser arrebatado al tercer cielo lo mismo que al paraíso, sino primero al tercer cielo, y después de allí al paraíso. Y esto es tan ambiguo, que no me parece que pueda resolverse, a menos que alguien, no de las palabras presentes del Apóstol, sino tal vez de otros lugares de las Escrituras, o por razón evidente, encuentre algo que enseñe si el paraíso está en el tercer cielo o no, ya que tampoco está claro qué es el tercer cielo, si debe entenderse en cosas corporales o tal vez en espirituales. Podría decirse que un hombre no pudo ser arrebatado sino a un lugar corporal con el cuerpo; pero como él mismo lo planteó de tal manera que dijo no saber si fue arrebatado en el cuerpo o fuera del cuerpo, ¿quién se atrevería a decir que sabe lo que el Apóstol dijo que no sabía? Sin embargo, si ni el espíritu puede ser arrebatado a lugares corporales sin el cuerpo, ni el cuerpo a lugares espirituales, esta misma duda suya parece obligar a entender (si es que nadie duda que escribió esto sobre sí mismo) que aquello a lo que fue arrebatado era tal que no se podía discernir ni distinguir si era corporal o espiritual.

CAPÍTULO II.---El Apóstol pudo no saber si vio el paraíso fuera del cuerpo, si lo vio en éxtasis.

3. Pues cuando en sueños o en éxtasis se expresan imágenes de cuerpos, no se distinguen en absoluto de los cuerpos, sino cuando el hombre, devuelto a los sentidos del cuerpo, reconoce que estuvo en aquellas imágenes, que no captaba por el sentido del cuerpo. ¿Quién, al despertar del sueño, no siente inmediatamente que lo que veía era imaginario, aunque cuando lo veía durmiendo no podía distinguirlo de las visiones corporales de los que están despiertos? Aunque sé que me ha sucedido, y por ello no dudo que también pudo o puede suceder a otros, que viendo en sueños, sentía en sueños que veía; y aquellas imágenes, que suelen engañar nuestra propia percepción, no eran verdaderos cuerpos, sino que se presentaban en sueños, lo sostenía y sentía firmemente incluso durmiendo. Sin embargo, a veces me engañaba en esto, que intentaba persuadir a mi amigo, a quien veía de manera similar en sueños, de que no eran aquellos cuerpos que veíamos, sino que eran imágenes de soñadores, cuando él mismo, por supuesto, aparecía entre ellos tal como ellos: y le decía esto,

que tampoco era verdad que habláramos juntos, sino que él también veía algo diferente mientras dormía, y que no sabía en absoluto si yo veía estas cosas; pero cuando intentaba persuadirle de que él no era, me llevaba en parte a pensar que él era, a quien ciertamente no hablaría si de ninguna manera estuviera tan afectado que él no fuera. Así, no podía, aunque maravillosamente despierta, el alma del que duerme, sino ser llevada por imágenes de cuerpos, como si fueran los mismos cuerpos.

4. En éxtasis, sin embargo, pude escuchar a uno, y era un campesino apenas capaz de expresar lo que sentía, que sabía que estaba despierto y veía algo no con los ojos del cuerpo. Pues para usar sus palabras, tanto como puedo recordar: Mi alma, dijo, lo veía, no mis ojos. Sin embargo, no sabía si era un cuerpo o una imagen de un cuerpo. No era tal que pudiera discernir estas cosas, pero tan simplemente fiel, que lo escuchaba como si yo mismo hubiera visto lo que narraba haber visto.

5. Y por tanto, si Pablo vio el paraíso de esta manera, como apareció a Pedro aquel lienzo descendido del cielo (Hechos X, 11), como a Juan todo lo que escribió haber visto en el Apocalipsis (Apoc. I, 12, etc.), como a Ezequiel aquel campo con los huesos de los muertos y su resurrección (Ezequiel XXXVII, 1-10), como a Isaías Dios sentado, y en su presencia los Serafines, y el altar de donde el carbón purificó los labios del Profeta (Isaías VI, 1-7); es evidente que pudo ignorar si lo vio en el cuerpo o fuera del cuerpo.

CAPÍTULO III.---El Apóstol estaba seguro de haber visto el tercer cielo, incierto de cómo lo vio.

6. Pero si se vieron fuera del cuerpo, y no eran cuerpos, aún se puede preguntar si eran imágenes de cuerpos, o aquella sustancia que no lleva ninguna semejanza corporal, como Dios, como la misma mente del hombre, o la inteligencia, o la razón, como las virtudes, prudencia, justicia, castidad, caridad, piedad, y cualesquiera otras que enumeramos, discernimos, definimos entendiendo y pensando, no contemplando sus contornos o colores, o cómo suenan, o qué huelen, o qué saben en la boca, o qué informan al tacto sobre el calor o el frío, la suavidad o la dureza, la suavidad o la aspereza; sino con otra visión, otra luz, otra evidencia de las cosas, y mucho más excelente y segura que las demás.

7. Volvamos, pues, de nuevo a las mismas palabras del Apóstol, y examinémoslas con más diligencia, estableciendo primero sin duda alguna que el Apóstol sabía mucho más y de manera incomparablemente mayor lo que intentamos saber de alguna manera sobre la naturaleza incorpórea y corpórea. Si, por tanto, sabía que las cosas espirituales no pueden ser vistas a través del cuerpo, ni las corporales fuera del cuerpo; ¿por qué no discernió también cómo pudo verlas a través de lo que vio? Pues si estaba seguro de que eran espirituales, ¿por qué no estaba igualmente seguro de que las vio fuera del cuerpo? Pero si sabía que eran corporales, ¿por qué no sabía también que no podían ser vistas sino a través del cuerpo? ¿De dónde, entonces, duda si las vio en el cuerpo o fuera del cuerpo, a menos que tal vez también dude si eran cuerpos o imágenes de cuerpos? Veamos primero qué es en el contexto de estas palabras de lo que no duda, y así, cuando quede de lo que duda, tal vez a partir de lo que no duda, se verá también cómo duda de aquello.

8. Sé, dice, de un hombre en Cristo hace catorce años, si en el cuerpo no sé, si fuera del cuerpo no sé, Dios lo sabe, arrebatado tal hasta el tercer cielo. Sabe, pues, que hace catorce años un hombre fue arrebatado en Cristo hasta el tercer cielo, de esto no duda en absoluto; tampoco nosotros, por tanto, dudemos: pero si en el cuerpo o fuera del cuerpo, duda; de donde, dudando él, ¿quién de nosotros se atrevería a estar seguro? ¿Acaso de aquí también se

seguirá que dudemos de que fue el tercer cielo al que dijo que fue arrebatado el hombre? Pues si la cosa misma fue demostrada, el tercer cielo fue demostrado: pero si alguna imagen corporal fue hecha, no era aquel el tercer cielo, sino que aquella demostración fue ordenada de tal manera que se viera a sí mismo ascendiendo al primer cielo, sobre el cual viera otro, al que ascendiendo de nuevo viera otro superior, al cual cuando llegara, pudiera decir que fue arrebatado al tercer cielo. Pero aquello que era el tercer cielo, al que fue arrebatado, ni dudó, ni quiso que dudáramos: pues para esto preanunció, Sé, y comenzó desde allí, para que lo que el Apóstol dice saber, solo aquel no crea que es verdad, quien no cree al Apóstol.

CAPÍTULO IV.---Verdaderamente era el tercer cielo aquel al que fue arrebatado el Apóstol. Dificultad de cómo el Apóstol está seguro del cielo visto, e incierto del modo en que fue visto.

9. Sabe, pues, que un hombre fue arrebatado hasta el tercer cielo: por tanto, aquello al que fue arrebatado, verdaderamente es el tercer cielo; no algún signo corporal, que cuando fue mostrado a Moisés, sentía hasta tal punto que la sustancia misma de Dios era una cosa, y la criatura visible, en la que Dios se presentaba a los sentidos humanos y corporales, era otra, que decía, Muéstrame a ti mismo (Éxodo XXXIII, 13); ni alguna imagen de cosa corporal, que cuando Juan la veía en espíritu, preguntaba qué era, y se le respondía, o es Ciudad, o son Pueblos, o algo más, cuando veía aquella bestia, o mujer, o aguas, o algo semejante (Apocalipsis XIII, 1, y XVII, 15, 18): sino, Sé, dice, de un hombre arrebatado hasta el tercer cielo.

10. Pues si hubiera querido llamar cielo a una imagen espiritual similar a lo corporal, así también era la imagen de su cuerpo, en la que fue arrebatado allí: así, pues, también llamaría a su cuerpo, aunque fuera imagen de cuerpo, como aquel cielo, aunque fuera imagen de cielo; y no se preocuparía por discernir qué sabía y qué no sabía, es decir, porque sabía que un hombre fue arrebatado hasta el tercer cielo, pero no sabía si en el cuerpo o fuera del cuerpo; sino que narraría simplemente la visión, llamando a aquellas cosas que vio con los nombres de aquellas cosas de las que eran semejantes. Pues también nosotros decimos, cuando narramos nuestros sueños o alguna revelación en ellos, Vi una montaña, vi un río, vi tres hombres, y si algo semejante; dando esos nombres a aquellas imágenes, que tienen las cosas mismas de las que eran semejantes: pero el Apóstol, Esto, dice, sé, esto no sé.

11. Pero si ambas cosas aparecieron de manera imaginaria, ambas se saben por igual, o ambas se desconocen por igual: pero si el cielo es propio, y por eso se sabe; ¿cómo pudo aparecer imaginariamente el cuerpo de aquel hombre?

12. Pues si el cielo parecía corporal, ¿por qué no se sabía si se veía con los ojos corporales? Pero si era incierto si se veía con los ojos corporales o con el espíritu, y por eso se dijo, Si en el cuerpo, si fuera del cuerpo, no sé; ¿cómo no era incierto también si aquel cielo se veía verdaderamente corporal, o se mostraba de manera imaginaria? Y si se veía una sustancia incorpórea, no en alguna imagen de cuerpo, sino como se ve la justicia, la sabiduría, y si algo semejante, y esto era el cielo; también es evidente que no podía ser visto con los ojos de este cuerpo: y por tanto, si sabía que veía algo así, no podía dudar que lo veía fuera del cuerpo. Sé, dice, de un hombre en Cristo hace catorce años: esto sé, nadie dude que me cree; pero si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no sé, Dios lo sabe.

CAPÍTULO V.---La misma dificultad se resuelve.

13. ¿Qué, pues, sabes, que distingues de lo que no sabes, para que los creyentes no sean engañados? Arrebatado, dice, aquel hombre hasta el tercer cielo. Pero aquel cielo o era cuerpo, o era espíritu: si era cuerpo, y se veía con ojos corporales; ¿por qué se sabe que era aquel cielo, y no se sabe que se veía en el cuerpo? Pero si era espíritu; o presentó la imagen de un cuerpo, y es tan incierto si era cuerpo, como es incierto si se veía en el cuerpo; o se veía así como se ve la sabiduría con la mente, sin ninguna imagen de cuerpos, y sin embargo es cierto que no podía ser visto a través del cuerpo: o, por tanto, ambas cosas son ciertas, o ambas inciertas; o ¿cómo es cierto lo que se vio, pero incierto a través de qué se vio? Pues es evidente que una naturaleza incorpórea no podía ser vista a través del cuerpo. Pero los cuerpos, incluso si pueden ser vistos sin el cuerpo, no se ven así a través del cuerpo, sino que es un modo muy diferente si lo hay; de donde es extraño si pudo engañar al Apóstol como si fuera muy similar, o llevarlo a la duda, para que si veía un cielo corporal no con ojos corporales, dijera que le era incierto si lo veía en el cuerpo o fuera del cuerpo.

14. Por tanto, tal vez queda que, puesto que el Apóstol no podía mentir, quien con tanto cuidado distinguió qué sabía y qué no sabía, entendamos que él mismo ignoraba si cuando fue arrebatado al tercer cielo, estaba en el cuerpo, como está el alma en el cuerpo, cuando se dice que el cuerpo vive, ya sea de un vigilante, o de un durmiente, o de uno en éxtasis alienado de los sentidos del cuerpo; o si salió completamente del cuerpo, de modo que el cuerpo yacía muerto, hasta que, completada aquella demostración, el alma fuera devuelta a los miembros muertos, y no despertara como un durmiente, o regresara de nuevo a los sentidos en éxtasis, sino que completamente muerto resucitara. Por tanto, lo que vio arrebatado hasta el tercer cielo, lo que también afirma saber, lo vio propiamente, no de manera imaginaria. Pero porque él mismo estaba alienado del cuerpo, si dejó completamente el cuerpo muerto, o si según un cierto modo estaba el alma en el cuerpo viviente, pero su mente fue arrebatada para ver o escuchar las cosas inefables de aquella visión, esto era incierto, por eso tal vez dijo, Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no sé, Dios lo sabe.

CAPÍTULO VI.---Tres tipos de visiones.

15. Pero lo que no se ve de manera imaginaria, sino propiamente, y no se ve a través del cuerpo, se ve con aquella visión que supera a todas las demás. Las especies y diferencias de estas, tanto como el Señor me ayude, trataré de explicarlas. He aquí que en este único precepto cuando se lee, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII, 39), se presentan tres tipos de visiones: una a través de los ojos, con los que se ven las mismas letras; otra a través del espíritu del hombre, con el que se piensa en el prójimo ausente; la tercera a través de la contemplación de la mente, con la que se contempla el amor mismo entendido. En estos tres tipos, el primero es manifiesto para todos: en este se ve el cielo y la tierra, y todo lo que en ellos es visible a nuestros ojos. Ni el segundo, con el que se piensan las cosas corporales ausentes, es difícil de insinuar: pues el mismo cielo y tierra, y las cosas que en ellos podemos ver, también en la oscuridad se piensan; donde no viendo nada con los ojos del cuerpo, sin embargo, contemplamos con el ánimo imágenes corporales, ya sean verdaderas, como vemos los mismos cuerpos, y los retenemos en la memoria; o ficticias, como la imaginación pudo formarlas. Pues pensamos de manera diferente en Cartago, que conocemos, y en Alejandría, que no conocemos. Pero el tercero, con el que se contempla el amor entendido, contiene aquellas cosas que no tienen imágenes similares a ellas mismas, que no son lo que ellas mismas. Pues un hombre o un árbol o el sol, y cualesquiera otros cuerpos, ya sean celestiales o terrestres, se ven presentes en sus formas, y se piensan ausentes en imágenes impresas en el ánimo; y hacen dos tipos de visiones, una a través de los sentidos del cuerpo, otra a través del espíritu, en el que se contienen aquellas imágenes. Pero el amor, ¿acaso se ve de manera diferente presente en la especie que es, y ausente en alguna imagen similar a sí mismo? No,

en absoluto; sino que, tanto como puede ser percibido por la mente, se percibe más por uno, menos por otro: pero si se piensa en alguna imagen corporal, no se percibe a sí mismo.

CAPÍTULO VII.---Tipos de visiones: corporal, espiritual, intelectual. Corporal propiamente y en sentido figurado. Espiritual de varias maneras.

16. Estos son los tres tipos de visiones, de los que también hemos dicho algo en libros anteriores, como parecía requerir el asunto, aunque no hemos mencionado su número; y ahora, insinuados brevemente, puesto que la cuestión asumida exige que hablemos de ellos con algo más de amplitud, debemos señalarlos con nombres ciertos y adecuados, para no demorarnos con circunloquios constantes. Llamemos, pues, al primero corporal, porque se percibe a través del cuerpo y se exhibe a los sentidos del cuerpo. Al segundo espiritual; pues cualquier cosa que no es cuerpo y sin embargo es algo, ya se llama con razón espíritu: y ciertamente no es cuerpo, aunque sea similar al cuerpo, la imagen de un cuerpo ausente, ni la misma percepción con la que se percibe. Al tercero, intelectual, del intelecto; porque mental, de la mente, es demasiado absurdo por la novedad del vocablo, para que lo digamos.

17. Si explico más sutilmente la razón de estos vocablos, el discurso será más prolijo y complejo, cuando esto no lo exige ninguna, o ciertamente no tanta necesidad. Basta, pues, saber que algo corporal se dice o propiamente, cuando se trata de cuerpos, o también con un vocablo trasladado, como se dijo, Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Pues la divinidad no es cuerpo, pero porque llama sombras de lo futuro a los sacramentos del Antiguo Testamento, por la comparación de las sombras dijo que la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Cristo, porque en él se cumplen todas las cosas que en aquellas sombras fueron figuradas, y así de algún modo él mismo es el cuerpo de aquellas sombras (Colosenses II, 9, 17), es decir, él mismo es la verdad de aquellas figuras y significaciones. Así como, pues, aquellas figuras significativas, con un vocablo trasladado, no propiamente, se llamaron sombras; así también lo que dijo que la plenitud de la divinidad habita corporalmente, usó un verbo trasladado.

18. Sin embargo, se dice espiritual de varias maneras. Pues el Apóstol también llama espiritual al cuerpo que será en la resurrección de los santos, donde dice: "Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (I Cor. XV, 44); porque de modos maravillosos se someterá al espíritu con toda facilidad e incorruptibilidad, y se vivificará solo por el espíritu sin ninguna necesidad de alimentos corporales, no porque vaya a tener una sustancia incorpórea: pues tampoco este cuerpo, tal como lo tenemos ahora, tiene la sustancia del alma, y esto es lo que se llama animal, porque se ha dicho animal. Asimismo, se llama espíritu al aire, o a su soplo, es decir, a su movimiento, como se ha dicho: "Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestad" (Sal. CXLVIII, 8). También se llama espíritu al alma, ya sea de un animal o de un hombre, como está escrito: "¿Y quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube hacia arriba, y el espíritu del animal desciende hacia abajo, a la tierra?" (Ecl. III, 21). Se llama espíritu también a la misma mente racional, donde hay algo como un ojo del alma, al que pertenece la imagen y el conocimiento de Dios. Por eso dice el Apóstol: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios" (Efes. IV, 23, 24); cuando en otro lugar dice del hombre interior: "El cual se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó" (Col. III, 10). Asimismo, cuando dijo: "Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado" (Rom. VII, 25); en otro lugar recordando la misma sentencia, dice: "La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis lo que queréis" (Gál. V, 17), lo que llamó mente, también lo llamó espíritu. Se dice espíritu también de Dios,

como dice el Señor en el Evangelio: "Dios es espíritu, y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad" (Juan IV, 24).

CAPÍTULO VIII.---De dónde se dice espiritual el segundo tipo de visiones.

19. De todos estos modos que hemos mencionado, en los que se llama espíritu, no hemos tomado este término con el que hemos llamado espiritual a este tipo de visión del que ahora tratamos; sino de aquel único modo que encontramos en la Epístola a los Corintios, donde el espíritu se distingue de la mente con un testimonio muy evidente. Pues si orare, dice, en lengua, mi espíritu ora, pero mi mente es infructuosa. Entonces, cuando se entiende que en este lugar se dice lengua de significaciones oscuras y místicas, de las cuales si se quita el entendimiento de la mente, nadie se edifica al escuchar lo que no entiende; por eso también dice: "Porque el que habla en lengua, no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque en espíritu habla misterios": indica suficientemente que llama lengua en este lugar a donde están las significaciones como imágenes de cosas y semejanzas, que para ser entendidas necesitan la mirada de la mente. Pero cuando no se entienden, dice que están en el espíritu, no en la mente: por eso dice más claramente: "Si bendices en espíritu; el que ocupa lugar de simple, ¿cómo dirá Amén a tu bendición, puesto que no sabe lo que dices?" Porque también la lengua, es decir, el miembro del cuerpo que movemos en la boca cuando hablamos, ciertamente se dan signos de cosas, no se pronuncian las cosas mismas; por eso, usando una metáfora, llamó lengua a cualquier pronunciación de signos antes de que se entiendan: cuando se añade el entendimiento, que es propio de la mente, se hace revelación, o conocimiento, o profecía, o doctrina. Por eso dice: "Si vengo a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovecharé, si no os hablo con revelación, o con conocimiento, o con profecía, o con doctrina?" (I Cor. XIV, 14, 2, 16, 6); es decir, cuando a los signos; esto es, a la lengua se añade el entendimiento, para que lo que se hace no se haga solo en espíritu, sino también en mente.

CAPÍTULO IX.---La profecía pertenece a la mente.

20. Por tanto, a quienes se les mostraban signos a través de algunas semejanzas de cosas corporales en el espíritu, si no se añadía el oficio de la mente para que también se entendieran, aún no era profecía; y más profeta era quien interpretaba lo que otro había visto, que el mismo que lo había visto. De donde se muestra que la profecía pertenece más a la mente que a este espíritu, que de un modo propio se llama espíritu, una cierta fuerza del alma inferior a la mente, donde se expresan las semejanzas de las cosas corporales. Así que más profeta fue José, que entendió qué significaban las siete espigas y las siete vacas, que el Faraón que las vio en sueños (Gén. XLI, 1-32). Pues el espíritu de aquel fue informado para ver; la mente de este fue iluminada para entender. Y por tanto, en aquel estaba la lengua, en este la profecía; porque en aquel estaba la imaginación de las cosas, en este la interpretación de las imaginaciones. Menos profeta, por tanto, es quien de las cosas que se significan, solo ve los signos mismos en el espíritu a través de las imágenes de las cosas corporales; y más profeta es quien está dotado solo de su entendimiento: pero el más profeta es quien sobresale en ambos, para que vea en el espíritu las semejanzas significativas de las cosas corporales, y las entienda con la vivacidad de la mente, como fue probada y demostrada la excelencia de Daniel, quien al rey le dijo el sueño que había visto, y le reveló qué significaba (Dan. II, 27-45, y IV, 16-24). Pues también las mismas imágenes corporales fueron expresadas en su espíritu, y su entendimiento revelado en la mente. De este modo, pues, en el que se llama en esta distinción espíritu, según el cual dijo el Apóstol: "Oraré con el espíritu, pero oraré también con la mente" (I Cor. XIV, 15), para que se formen los signos de las cosas en el espíritu, y resplandezca su entendimiento en la mente; según esta, digo, distinción, hemos

llamado ahora espiritual a tal tipo de visiones, en el cual también pensamos imágenes de cuerpos ausentes.

CAPÍTULO X.---El tipo de visión intelectual.

21. Sin embargo, aquel intelectual es más excelente, que es propio de la mente. No se me ocurre en absoluto que el entendimiento pueda decirse de tantos modos, como hemos encontrado que el espíritu ha sido llamado de muchos modos. Pero ya sea que digamos intelectual, o inteligible, significamos lo mismo. Aunque algunos han querido que haya alguna diferencia, de modo que inteligible sea la cosa misma, que solo puede ser percibida por el entendimiento; pero intelectual, la mente que entiende: pero que haya alguna cosa que solo pueda ser percibida por el entendimiento, y que no entienda también, es una gran y difícil cuestión. Sin embargo, que haya una cosa que perciba por el entendimiento, y que no pueda ser percibida también por el entendimiento, no creo que nadie lo piense o lo diga; pues la mente no se ve sino por la mente. Porque, por tanto, puede ser vista, es inteligible; porque también puede ver, es intelectual, según aquella distinción. Por lo tanto, dejando de lado aquella cuestión difícilísima, si hay algo que solo se entienda y no entienda, ahora llamamos intelectual e inteligible bajo el mismo significado.

CAPÍTULO XI.---La visión corporal se refiere a la espiritual, y esta a la intelectual.

22. Estos tres tipos de visiones, corporal, espiritual e intelectual, deben ser considerados individualmente, para que la razón ascienda de los inferiores a los superiores. Ya hemos propuesto un ejemplo más arriba, en el que en una sola sentencia se ven los tres tipos. Pues cuando se lee: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. XXII, 39), corporalmente se ven las letras, espiritualmente se piensa en el prójimo, intelectualmente se contempla el amor. Pero también las letras ausentes pueden ser pensadas espiritualmente, y el prójimo presente puede ser visto corporalmente; pero el amor no puede ser percibido por los ojos del cuerpo ni por su sustancia, ni por una imagen similar del cuerpo pensada en el espíritu, sino que solo puede ser conocido y percibido por la mente, es decir, por el entendimiento. Ciertamente, la visión corporal no preside sobre ninguno de estos géneros, sino que lo que se percibe a través de ella, se anuncia a aquel espiritual como presidiendo. Pues cuando algo se ve con los ojos, inmediatamente se hace su imagen en el espíritu; pero no se reconoce hecha, sino cuando apartamos los ojos de lo que veíamos a través de los ojos, encontramos su imagen en el ánimo. Y si el espíritu es irracional, como el de un animal, hasta aquí los ojos anuncian. Pero si el alma es racional, también se anuncia al entendimiento, que preside sobre el espíritu, para que si aquello que los ojos han captado, y lo han anunciado al espíritu para que allí se haga su imagen, es signo de alguna cosa, o se entienda inmediatamente qué significa, o se busque; pues ni entender ni buscar puede hacerse sino por el oficio de la mente.

23. El rey Belsasar vio los dedos de una mano escribiendo en la pared, e inmediatamente a través del sentido corporal la imagen de lo hecho corporalmente se imprimió en su espíritu, y una vez visto el hecho y pasado, permaneció en la cogitación: se veía en el espíritu, y aún no se entendía, ni se había entendido cuando se hizo corporalmente y apareció a los ojos corporales; sin embargo, ya se entendía que era un signo, teniendo eso del oficio de la mente. Y porque se buscaba qué significaba, también la misma investigación ciertamente la hacía la mente. No habiéndolo encontrado, Daniel se acercó, y con espíritu profético iluminado en la mente, reveló al rey perturbado qué se significaba con aquel signo (Dan. V, 5-28); él más bien fue profeta por este tipo de visión, que es propio de la mente, que aquel que había visto el signo hecho corporalmente, y lo veía en el espíritu al recordarlo y pensarlo, y no podía nada con el entendimiento, salvo saber que era un signo, e inquirir qué significaba.

24. Pedro vio en un éxtasis un lienzo atado por cuatro puntas descendiendo del cielo lleno de diversos animales, cuando oyó también una voz: "Mata y come". Y cuando, vuelto en sí, discutía sobre la visión, he aquí que los enviados por Cornelio le anunciaron, diciendo el espíritu: "He aquí que los hombres te buscan; pero levántate, desciende y ve con ellos, porque yo los he enviado". Cuando llegó a Cornelio, indicó él mismo qué había entendido en aquella visión, donde había oído: "Lo que Dios ha purificado, no lo llames común", diciendo: "Pero a mí Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo" (Hech. X, 10-28). Entonces, cuando veía aquel lienzo enajenado de los sentidos del cuerpo, y aquellas voces, "Mata y come", y "Lo que Dios ha purificado, no lo llames común", las oía en el espíritu. Pero vuelto a los sentidos del cuerpo, aquello mismo que había visto y oído lo retenía en la memoria, y lo veía en el mismo espíritu al pensarlo. Todas estas cosas no eran corporales, sino imágenes de cosas corporales, ya sea cuando primero se vieron en el mismo éxtasis, o cuando después se recordaron y pensaron. Pero cuando se discutía y se buscaba para que se entendieran aquellos signos, era acción de la mente que intentaba, pero faltaba el efecto hasta que fueron anunciados los que habían venido de Cornelio; y con esta visión corporal también añadida, cuando también el Espíritu Santo le decía de nuevo en el espíritu: "Ve con ellos", donde también había mostrado aquel signo, e impreso las voces, la mente ayudada divinamente entendió qué se hacía con todos aquellos signos. Consideradas diligentemente estas y otras cosas semejantes, se muestra suficientemente que la visión corporal se refiere a la espiritual, y esta espiritual se refiere a la intelectual.

CAPÍTULO XII.---Visión corporal y espiritual.

25. Pero cuando estamos despiertos, y la mente no está enajenada de los sentidos del cuerpo, en la visión corporal discernimos de ella la visión espiritual, en la que pensamos imaginativamente cuerpos ausentes, ya sea recordando memorísticamente lo que conocemos, ya sea formando de alguna manera en la misma cogitación del espíritu lo que no conocemos y sin embargo existe, o fingiendo por arbitrio u opinión lo que en absoluto no existe en ninguna parte. De todas estas cosas discernimos así aquellas corporales que vemos, y en las que están presentes los sentidos de nuestro cuerpo, que no dudamos que estas son cuerpos, y aquellas imágenes de cuerpos. Pero cuando por una excesiva intención de la cogitación, o por alguna fuerza de enfermedad, como suele suceder a los frenéticos por la fiebre, o por la mezcla de algún otro espíritu ya sea malo o bueno, se expresan así las imágenes de las cosas corporales en el espíritu, como si los cuerpos mismos se presentaran a los sentidos del cuerpo, permaneciendo sin embargo también en los sentidos del cuerpo la intención; así se ven las imágenes de las cosas que se hacen en el espíritu, como los cuerpos mismos a través del cuerpo; de modo que al mismo tiempo se ve a un hombre presente a los ojos, y a otro ausente en el espíritu como si estuviera presente a los ojos. Pues hemos experimentado a los que así están afectados y hemos hablado con ellos, tanto con los que verdaderamente estaban presentes, como con otros que no estaban presentes, como si lo estuvieran. Sin embargo, algunos al recobrar el sentido refieren lo que han visto, otros no pueden. Pues así también algunos olvidan los sueños, otros los recuerdan. Pero cuando la intención del ánimo se aparta y se arrebatada completamente de los sentidos del cuerpo, entonces más bien se suele llamar éxtasis. Entonces en absoluto, cualesquiera que sean los cuerpos presentes, incluso con los ojos abiertos no se ven, ni se oyen en absoluto voces; toda la atención del ánimo está o en las imágenes de los cuerpos a través de la visión espiritual, o en las cosas incorpóreas no figuradas por ninguna imagen corporal a través de la visión intelectual.

26. Pero cuando la visión espiritual, con el ánimo completamente enajenado de los sentidos del cuerpo, se detiene en las imágenes de las cosas corporales, ya sea en sueños o en éxtasis,

si lo que se ve no significa nada, son imaginaciones del alma misma: como también los que están despiertos y sanos, y no movidos por ninguna enajenación, manejan en la cogitación imágenes de muchos cuerpos que no están presentes a los sentidos del cuerpo. Sin embargo, hay esta diferencia, que las distinguen de los cuerpos verdaderos y presentes con una afectación constante. Pero si significan algo; ya sea que se muestren a los que duermen, o a los que están despiertos, cuando también ven con los ojos los cuerpos presentes, y ven con el espíritu las imágenes de los ausentes, como si estuvieran presentes a los ojos, o aquellas que se llama éxtasis, con el ánimo completamente enajenado de los sentidos del cuerpo; es un modo maravilloso: pero puede hacerse por la mezcla de otro espíritu, para que lo que él sabe, lo muestre a través de imágenes de este tipo a aquel con quien se mezcla, ya sea que lo entienda, o para que sea revelado por otro que lo entienda. Pues si se demuestran estas cosas, y ciertamente no pueden ser demostradas por un cuerpo, ¿qué queda sino que sean demostradas por algún espíritu?

CAPÍTULO XIII.---Si hay en el alma una fuerza de adivinación.

27. Algunos ciertamente quieren que el alma humana tenga en sí misma una cierta fuerza de adivinación. Pero si es así, ¿por qué no siempre puede, cuando siempre quiere? ¿O porque no siempre se le ayuda para que pueda? Entonces, cuando se le ayuda, ¿acaso puede ser ayudada por nada, o por un cuerpo para esto? Por tanto, queda que sea ayudada por un espíritu. Además, ¿cómo se le ayuda? ¿Acaso se hace algo en el cuerpo, para que de allí como si se relajara y emergiera su intención, para que llegue a donde vea en sí misma semejanzas significativas, que ya estaban allí y no se veían, como tenemos muchas cosas también en la memoria, que no siempre contemplamos? ¿O se hacen allí, que antes no estaban, o están en algún espíritu, a donde irrumpiendo y emergiendo las vea? Pero si ya estaban en ella como propias, ¿por qué no las entiende también consecuentemente? Pues a veces, más bien la mayoría de las veces, no las entiende. ¿O como el espíritu de ella fue ayudado para que las viera en sí misma, así también la mente, a menos que sea ayudada, no puede entender lo que el espíritu tiene? ¿O acaso a veces ve estas cosas en sí misma, a veces a través de la mezcla de otro espíritu? Sea lo que sea de esto, no debe afirmarse temerariamente. Sin embargo, no debe haber duda de que las imágenes corporales, que se ven en el espíritu, no siempre son signos de otras cosas, ya sea en los que están despiertos, ya sea en los que duermen, ya sea en los enfermos: sin embargo, es maravilloso si alguna vez puede hacerse un éxtasis, para que no signifiquen algo aquellas semejanzas de cosas corporales.

28. No es ciertamente maravilloso si también los que tienen un demonio a veces dicen verdades, que están ausentes de los sentidos presentes; lo cual ciertamente no sé por qué mezcla oculta del mismo espíritu se hace, para que como si fueran uno el que padece y el que atormenta. Pero cuando un buen espíritu asume o arrebató el espíritu humano a estas visiones, de ningún modo debe dudarse que aquellas imágenes son signos de otras cosas, y de aquellas que es útil conocer: pues es un don de Dios. Sin embargo, la discreción es muy difícil, cuando el espíritu maligno actúa como tranquilo, y sin ninguna perturbación del cuerpo asume el espíritu humano y dice lo que puede; cuando también dice verdades, y predica cosas útiles, transfigurándose, como está escrito, como ángel de luz (II Cor. XI, 14), para que cuando se le crea en los bienes manifiestos, seduzca a los suyos. No creo que este pueda discernirse, sino por aquel don del que habló el Apóstol, cuando hablaba de los diversos dones de Dios: "A otro, discernimiento de espíritus" (I Cor. XII, 10).

CAPÍTULO XIV.---La visión intelectual no falla. En otras no siempre es pernicioso fallar.

No es gran cosa, entonces, reconocerlo cuando ha llegado o ha conducido a algo que está contra las buenas costumbres o la regla de la fe: pues entonces es discernido por muchos. Pero por aquel don, en el mismo principio en el que aún parece bueno a muchos, es inmediatamente juzgado si es malo.

29. Sin embargo, tanto a través de la visión corporal, como a través de las imágenes de las cosas corporales que se muestran en el espíritu, los buenos instruyen, y los malos engañan. Pero la visión intelectual no se engaña. O no entiende, quien opina otra cosa que lo que es; o si entiende, inmediatamente es verdad. Pues ¿qué pueden hacer los ojos cuando han visto un cuerpo similar, que no pueden discernir de otro? ¿O qué puede hacer la intención del ánimo, cuando en el espíritu se ha hecho una semejanza de cuerpo, que no puede distinguir del cuerpo? Pero se aplica el entendimiento, buscando qué significan o enseñan útilmente; y o encontrando llega a su fruto, o no encontrando se mantiene en la discusión, para que no se precipite en un error pernicioso por alguna temeridad.

30. Sin embargo, el juicio sobrio, asistido divinamente, discierne qué cosas y cuán grandes son aquellas en las que incluso pensar de manera diferente a como son no resulta perjudicial para el alma. Pues no es peligroso para quienes piensan, sino más bien para su propia ruina, que alguien sea considerado bueno por los buenos, aunque en secreto sea malo, siempre que no se equivoquen en las cosas mismas, es decir, en el mismo bien por el cual alguien se hace bueno. O que algo perjudique a todos los hombres, cuando, al dormir, creen que los cuerpos verdaderos son aquellos cuyas similitudes ven en sueños. O que algo haya perjudicado a Pedro, cuando, liberado de las cadenas y guiado por un ángel, ocurrió un milagro repentino de modo que pensó que veía una visión (Hechos XII, 7-9); o cuando en aquel éxtasis respondió: "De ninguna manera, Señor, porque nunca he comido nada común e inmundo", pensando que las cosas que se le mostraban en el lienzo eran verdaderos animales (Hechos X, 11-14). Cuando estas cosas se descubren de manera diferente a como se pensaron, cuando se vieron, no nos arrepentimos de que nos hayan parecido así, si no se nos acusa de infidelidad dura o de opinión vana o sacrílega. Por lo tanto, incluso cuando el diablo engaña con visiones corporales, no importa que los ojos sean engañados, si no se yerra en la verdad de la fe y en la salud de la inteligencia, que Dios enseña a los que le están sujetos. O si el alma es engañada por una visión espiritual con imágenes de cuerpos, de modo que piense que es un cuerpo lo que no es, no perjudica al alma si no consiente en una persuasión perniciosa.

CAPÍTULO XV.---Los sueños venéreos ocurren sin pecado.

31. De ahí que a veces surja la cuestión sobre los consentimientos de los que sueñan, cuando incluso se ven a sí mismos teniendo relaciones, ya sea contra su propósito o incluso contra las costumbres lícitas. Esto no ocurre, a menos que las cosas que pensamos incluso cuando estamos despiertos, no con el placer del consentimiento, sino como también hablamos de tales cosas por alguna razón, se presenten en los sueños y se expresen, de modo que incluso la carne se mueva naturalmente por ellas, y lo que naturalmente recoge, lo emita por las vías genitales; como ciertamente no podría decir esto mismo, si no lo pensara también. Por otro lado, las imágenes de cosas corporales, que necesariamente pensé para decir esto, si se presentaran en los sueños con tanta expresión como se presentan los cuerpos a los que están despiertos, ocurriría lo que no podría ocurrir sin pecado a un despierto. Pues, ¿quién, incluso cuando habla, y por necesidad del discurso dice algo sobre su relación, puede no pensar en lo que dice? Por otro lado, la misma fantasía que se produce en el pensamiento del que habla, cuando se expresa de tal manera en la visión del que sueña, que no se distingue entre ella y la verdadera mezcla de cuerpos, inmediatamente se mueve la carne, y sigue lo que suele seguir

a ese movimiento, ya que esto ocurre tan sin pecado como sin pecado lo dice el que está despierto, lo cual, sin duda, fue pensado para ser dicho. Sin embargo, debido a la buena disposición del alma, que purificada por un mejor deseo mata muchos deseos que no pertenecen al movimiento natural de la carne; que los castos despiertos contienen y refrenan, pero los dormidos no pueden, porque no tienen en su poder qué expresión de imagen corporal se presenta, que no puede distinguirse del cuerpo: por esa buena disposición del alma, incluso en los sueños algunos de sus méritos brillan. Pues incluso durmiendo, Salomón prefirió la sabiduría sobre todas las cosas, y habiéndola pedido al Señor, descuidando las demás, y como testifica la Escritura, esto agradó al Señor, y no tardó en recompensar el buen deseo (1 Reyes III, 5-15).

CAPÍTULO XVI.---Las similitudes corporales son formadas por el espíritu en sí mismo.

32. Dado que esto es así, el sentido del cuerpo se refiere a las visiones corporales, que se distribuyen a distancia a través de cinco canales como riachuelos: cuando lo que es más sutil en el cuerpo, y por esto más cercano al alma que las demás cosas, es decir, la luz, se difunde primero solo a través de los ojos, y brilla en los rayos de los ojos para contemplar lo visible; luego, en una cierta mezcla, primero con aire puro, segundo con aire nebuloso y oscuro, tercero con humor más corpulento, cuarto con grosor terrenal, produce cinco sentidos con él mismo, donde solo sobresale, el sentido de los ojos: como recuerdo haber discutido en el libro cuarto, y también en el séptimo. Sin embargo, este cielo visible a los ojos, desde donde brillan las luminarias y las estrellas, es sin duda más excelente que todos los elementos corporales, así como el sentido de los ojos sobresale en el cuerpo. Pero dado que todo espíritu es sin duda más excelente que cualquier cuerpo, sigue que no por posición de lugar, sino por dignidad de naturaleza, la naturaleza espiritual es más excelente que este cielo corporal, incluso aquella donde se expresan las imágenes de las cosas corporales.

33. Aquí surge algo maravilloso, que aunque el espíritu es anterior al cuerpo, y la imagen del cuerpo es posterior al cuerpo, sin embargo, porque lo que es posterior en el tiempo se hace en lo que es anterior por naturaleza, la imagen del cuerpo en el espíritu es más excelente que el mismo cuerpo en su sustancia. Y ciertamente no se debe pensar que el cuerpo hace algo en el espíritu, como si el espíritu estuviera sujeto al cuerpo que hace, en lugar de materia. De ninguna manera es más excelente quien hace, que la cosa de la que hace algo; ni de ninguna manera el cuerpo es más excelente que el espíritu; más bien, el espíritu es claramente más excelente que el cuerpo. Aunque, por lo tanto, primero veamos un cuerpo que no habíamos visto antes, y de ahí comience a haber una imagen de él en nuestro espíritu, para que lo recordemos cuando esté ausente: sin embargo, esa misma imagen no la hace el cuerpo en el espíritu, sino que el mismo espíritu la hace en sí mismo con una celeridad maravillosa, que está inefablemente lejos de la lentitud del cuerpo; cuya imagen, tan pronto como ha sido vista por los ojos, se forma en el espíritu del que ve sin la interposición de ningún punto temporal. Asimismo, en la audición, a menos que el espíritu formara inmediatamente en sí mismo la imagen de la voz percibida por los oídos, y la retuviera en la memoria, no se sabría si la segunda sílaba es la segunda, ya que la primera ya no sería, habiendo pasado al ser golpeada por el oído: y así todo el uso de la locución, toda la suavidad del canto, y finalmente todo movimiento corporal en nuestros actos se desvanecería y perecería; ni obtendría ningún progreso, si el espíritu no retuviera memoriosamente los movimientos corporales pasados, a los que conectara los siguientes en la acción. Que ciertamente no los retiene, a menos que los haya hecho en sí mismo de manera imaginaria. Incluso las imágenes de los movimientos futuros preceden a los fines de nuestros actos. Pues, ¿qué hacemos a través del cuerpo, que el espíritu no haya anticipado pensando, y no haya visto y dispuesto primero en sí mismo las similitudes de todas las obras visibles?

CAPÍTULO XVII.---Cómo las similitudes expresadas en el alma se hacen conocidas a los demonios. Algunas visiones maravillosas. Frenéticos. Niño enfermo.

34. Cómo estas similitudes espirituales de cosas corporales en nuestra mente se hacen conocidas incluso a los espíritus inmundos, o qué obstáculo sufre nuestra alma de este cuerpo terrenal, para que no podamos verlas entre nosotros en nuestro espíritu, es difícil de encontrar y explicar. Sin embargo, está establecido para nosotros por indicios muy ciertos que los demonios han anunciado los pensamientos de los hombres, quienes, sin embargo, si pudieran discernir la especie interna de las virtudes en los hombres, no los tentarían: como sin duda, si el diablo pudiera discernir aquella noble y maravillosa paciencia en Job, no querría ser superado por el tentado. Además, no es de extrañar que en algún lugar anuncien cosas ya hechas a lo lejos, que después de algunos días se confirmen como verdaderas. Pueden lograr esto, no solo por la agudeza de ver incluso las cosas corporales de manera incomparablemente más excelente que la nuestra, sino también por la maravillosa velocidad de los cuerpos mismos, sin duda mucho más sutiles.

35. También hemos descubierto que un espíritu inmundo, estando en una casa, solía decir cuándo comenzaba a venir hacia él un presbítero desde doce millas de distancia, y por todos los lugares del camino dónde estaba, y cuán cerca estaba, y cuándo entraba en la finca, en la casa y en la habitación, hasta que se paraba ante él. Todas estas cosas, aunque el paciente no las veía con sus ojos, sin embargo, a menos que de alguna manera las viera, no las anunciaría tan verazmente. Este estaba con fiebre, y decía estas cosas como si estuviera en frenesí. Y tal vez realmente estaba frenético, pero debido a estas cosas se pensaba que sufría de un demonio. No tomaba ningún alimento de sus familiares, sino solo del presbítero. También resistía violentamente a sus familiares tanto como podía; solo cuando venía el presbítero se calmaba, solo a él se sometía, y le respondía sumisamente. Sin embargo, esa alienación de la mente o demonio no cesó ni siquiera para el presbítero, hasta que estuvo sano de las fiebres, como suelen sanar los frenéticos; ni nunca después sufrió algo similar.

36. También sabemos sin duda que un frenético predijo la futura muerte de una mujer; no ciertamente con apariencia de adivinación, sino como recordando un hecho ya pasado. Pues cuando se hizo mención de ella en su presencia, dijo: "Ha muerto, la vi ser llevada, pasaron por aquí con su cuerpo"; cuando ella vivía sana: pero después de pocos días murió repentinamente, y fue llevada por el lugar que él había predicho.

37. También hubo entre nosotros un niño que, al comienzo de la pubertad, sufría un dolor agudísimo en los genitales, sin que los médicos pudieran reconocer qué era aquello, excepto que el nervio mismo estaba oculto hacia adentro, de modo que ni siquiera al cortar el prepucio, que colgaba con una longitud desmesurada, pudo aparecer, pero después apenas fue encontrado. Sin embargo, el humor viscoso y acre que exudaba quemaba los testículos y la ingle. Pero no sufría un dolor agudo continuo, y cuando lo sufría, gemía vehementemente con agitación de los miembros con la mente muy sana, como suele ocurrir en los tormentos de dolores corporales. Luego, entre sus voces, era arrebatado de todos los sentidos, y yacía con los ojos abiertos sin ver a ninguno de los presentes, sin moverse ante ningún estímulo. Después de un tiempo, como despertando, y ya sin dolor, indicaba lo que veía. Luego, después de unos pocos días, sufría lo mismo. En todas sus visiones, o casi todas, decía ver a dos, uno de edad avanzada, otro niño, de quienes le decían o mostraban lo que narraba haber oído y visto.

38. Un día vio un coro de piadosos cantando salmos, regocijándose en una luz maravillosa, y a los impíos en diversas y atroces penas en las tinieblas; aquellos guiándolo y mostrándole, e insinuando el mérito de la felicidad de unos y la infelicidad de otros. Esto lo vio el domingo de Pascua, cuando durante toda la Cuaresma no había sentido dolor, a quien apenas se le daba tregua cada tres días antes. Sin embargo, había visto al comienzo de la Cuaresma a aquellos prometiéndole que durante cuarenta días no sentiría ningún dolor; después, ellos mismos le dieron un consejo como medicinal, para que se le cortara la longitud del prepucio, lo cual hecho, no dolió por mucho tiempo. Pero cuando volvió a doler de manera similar, y comenzó a ver cosas similares, recibió de ellos nuevamente el consejo de que entrara en el mar hasta la cintura, y después de un tiempo saliera, prometiéndole que ya no sufriría aquel dolor vehemente, sino solo la molestia de aquel humor viscoso: y así fue; ni nunca más sufrió tal aversión de la mente de los sentidos, ni vio algo similar a lo que antes veía cuando en medio de los dolores y horribles voces de repente enmudecía y era arrebatado. Sin embargo, después de que los médicos curaron y sanaron lo demás, no permaneció en el propósito de santidad.

CAPÍTULO XVIII.---Sobre las causas de las visiones.

39. Las causas y modos de estas visiones y adivinaciones, si alguien puede investigarlas y comprenderlas con certeza, preferiría escucharlo a que se espere de mí que las explique. Sin embargo, lo que pienso, de modo que ni los doctos me ridiculicen como si confirmara, ni los indoctos me tomen como si enseñara, sino que ambos me vean discutiendo y buscando más que sabiendo, no lo ocultaré. Comparo todas estas visiones con las visiones de los que sueñan. Pues así como a veces estas son falsas, a veces verdaderas, a veces perturbadas, a veces tranquilas; y las verdaderas, a veces completamente similares a lo que va a suceder, o claramente dichas, a veces anunciadas con significados oscuros y como locuciones figuradas: así también todas aquellas. Pero los hombres aman investigar lo inexperto y buscar las causas de lo insólito, mientras que a menudo no se preocupan por conocer el origen de las cosas cotidianas, que son a menudo de origen más oculto. Pues así como en las palabras, es decir, en los signos que usamos al hablar, al oír una palabra inusual, primero preguntan qué es, es decir, qué significa; una vez conocido esto, luego preguntan de dónde se dice así, mientras que ignoran sin preocupación muchas cosas que tienen en el uso del lenguaje, de dónde se dicen así: así también, cuando algo inusual ocurre en las cosas, ya sean corporales o espirituales, buscan con diligencia las causas y la razón, y exigen que los doctores se las expliquen.

40. Sin embargo, suelo, cuando alguien me pregunta, por ejemplo, qué es "catus", y respondo, "Prudente" o "agudo", y no le basta, sino que sigue preguntando de dónde se dice "catus", preguntar a su vez de dónde se dice "agudo", lo cual sin duda también ignoraba, pero porque era un nombre usual, pacientemente ignoraba su origen: pero lo que ha sonado nuevo a sus oídos, considera poco saber qué significa, a menos que también indague de dónde se dice. Por lo tanto, quien me pregunte de dónde aparecen visiones similares a las corporales en el éxtasis, que rara vez ocurre al alma, pregunto a su vez de dónde aparecen a los que duermen, que el alma siente diariamente, y nadie se preocupa mucho por investigar esto. Como si la naturaleza de tales visiones fuera menos maravillosa porque es cotidiana; o menos digna de atención porque es común a todos; o si hacen bien quienes no investigan estas cosas, no harían mejor si tampoco fueran curiosos en aquellas. Yo, en verdad, me maravillo mucho más, y me asombro mucho más de cuánta celeridad y facilidad tiene el alma para fabricarse en sí misma imágenes de cuerpos que ha visto a través de los ojos del cuerpo, que de las visiones de los que sueñan o incluso en el éxtasis. Sin embargo, cualquiera que sea la naturaleza de esas visiones, sin duda no es cuerpo. Saber esto debería ser suficiente para quien no le basta, que busque de otros de dónde también existen; confieso que lo ignoro.

CAPÍTULO XIX.---De dónde nacen las visiones.

41. Claramente, se puede deducir de los ejemplos experimentales que, así como el palor, el rubor, el temblor, o incluso la enfermedad de los cuerpos a veces tienen causas en el cuerpo, a veces en el alma; y del cuerpo, cuando se inyecta un humor, o alimento, o algo más al cuerpo desde fuera; del alma, cuando se turba por miedo, se confunde por vergüenza, se enoja, ama, o algo similar; y no sin razón, si lo que anima y gobierna, también cuando se mueve más vehementemente, agita más vehementemente: así también, para que el alma vea visiones en las que no se le anuncian a través de los sentidos del cuerpo, sino a través de la sustancia incorpórea, y las vea de tal manera que no distinga si son cuerpos o similitudes de cuerpos, a veces ocurre por el cuerpo, a veces por el espíritu: y por el cuerpo, ya sea por vicisitud natural, como son las visiones de los que duermen, pues dormir es del cuerpo para el hombre; o por alguna mala salud con los sentidos perturbados, como cuando a los frenéticos se les parecen tanto los cuerpos como las visiones similares a los cuerpos, como si también estuvieran presentes ante sus ojos: o completamente interrumpidos, como a menudo los que están gravemente enfermos, cuando el mal se agrava, ausentes durante mucho tiempo, luego devueltos a los hombres, han dicho que vieron muchas cosas: por el espíritu, cuando con el cuerpo completamente sano e íntegro son arrebatados en alienación, ya sea de tal manera que vean tanto a través de los sentidos del cuerpo como en el espíritu ciertas cosas similares que no distinguen de los cuerpos; o completamente apartados de los sentidos de la carne, y sin sentir nada a través de ellos, habitan en la visión espiritual en similitudes de cuerpos. Pero cuando un espíritu malo arrebatara a alguien a estas cosas, o los hace endemoniados, o arrebatados, o falsos profetas: pero cuando un espíritu bueno, los hace fieles hablando misterios, o con la inteligencia añadida verdaderos profetas, o por el tiempo que es necesario mostrar a través de ellos, viendo y narrando.

CAPÍTULO XX.---Las visiones que tienen su ocasión en el cuerpo, no obstante, no son exhibidas por el cuerpo.

42. Pero cuando la causa es del cuerpo para que se vean tales visiones, el cuerpo no las exhibe; pues no tiene el poder de formar algo espiritual: sino que, cuando el camino de la intención desde el cerebro, por el cual se dirige el movimiento de sentir, está dormido, perturbado, o incluso interrumpido, el alma misma, que no puede cesar de esta obra por su propio movimiento, porque no se le permite, o no se le permite completamente sentir las cosas corporales a través del cuerpo, o dirigir la fuerza de su intención hacia las cosas corporales, actúa en el espíritu con similitudes de cosas corporales, o contempla las que se le presentan. Y si las actúa ella misma, son solo fantasías; pero si contempla las que se le presentan, son manifestaciones. Por lo tanto, cuando los ojos duelen o están apagados, porque no hay causa en la sede del cerebro, de donde se dirige la intención de sentir, no ocurren visiones de este tipo, aunque haya un obstáculo para ver las cosas corporales por el cuerpo. Pues los ciegos ven más cosas durmiendo que despiertos. Porque a los que duermen se les adormece en el cerebro el camino de sentir, que lleva la intención a los ojos, y por eso la misma intención, apartada a otra cosa, ve las visiones de los sueños como si las especies corporales estuvieran presentes, de modo que el que duerme parece estar despierto, y piensa que no está viendo similitudes de cuerpos, sino los mismos cuerpos: pero cuando los ciegos están despiertos, la intención de ver se lleva por esos caminos, que cuando llega a los lugares de los ojos, no se extiende hacia afuera, sino que permanece allí, de modo que sienten que están despiertos, y más bien están en tinieblas al estar despiertos incluso durante el día, que al dormir, ya sea de día o de noche. Pues incluso los que no son ciegos, muchos duermen con los ojos abiertos sin ver nada a través de ellos, pero no por eso no ven nada, ya que ven con el

espíritu las visiones de los sueños: pero si vigilan con los ojos cerrados, no están presentes ni a las visiones de los que duermen ni a las de los que vigilan. Sin embargo, tanto vale, que hasta sus ojos no se adormece, perturba ni interrumpe el camino de sentir desde el cerebro, y lleva la intención del alma hasta las mismas puertas del cuerpo, aunque cerradas, que se piensan las imágenes de los cuerpos, pero de ninguna manera se tienen por los mismos cuerpos que se sienten a través de los ojos.

43. Hay una gran diferencia en dónde ocurre el impedimento de sentir lo corporal, cuando sucede en el cuerpo. Si solo ocurre en las entradas, como en los ojos, en los oídos y en los demás sentidos corporales, solo se impide la percepción de lo corporal; pero no se desvía la intención del alma hacia otra cosa, de modo que tome imágenes de cuerpos por cuerpos reales. Sin embargo, si la causa está dentro del cerebro, desde donde se dirigen los caminos hacia lo que está afuera para ser sentido, los vasos de la intención misma se adormecen, se turban o se bloquean, en los cuales el alma se apoya para contemplar o sentir lo que está afuera. Como no pierde este esfuerzo, forma semejanzas con tal expresión que, al no poder distinguir las imágenes de lo corporal de los cuerpos, no sabe si está en aquellos o en estos; y cuando lo sabe, lo sabe de una manera muy diferente a cuando las semejanzas de los cuerpos se manejan o se presentan en el pensamiento. Este modo no puede ser captado de alguna manera por los inexpertos. De aquí proviene que, cuando dormía, sabía que veía en sueños, pero no distinguía las semejanzas de las cosas corporales que veía de los mismos cuerpos corporales, como solemos distinguirlas cuando las pensamos, incluso con los ojos cerrados o en la oscuridad. Tanto vale la intención del alma, ya sea que se lleve hasta los sentidos, aunque estén cerrados, o que, existiendo alguna causa en el mismo cerebro, desde donde se esfuerza en estas cosas, se desvíe hacia otra cosa, de modo que, aunque a veces sepa que no está viendo cuerpos, sino semejanzas de cuerpos, o incluso, siendo menos instruida, piense que son cuerpos, sienta que no los ve con el cuerpo, sino con el espíritu, está, sin embargo, muy lejos de la afección con la que se presenta a su cuerpo: de donde los ciegos saben que están despiertos, cuando distinguen con certeza las semejanzas de los cuerpos pensados de los cuerpos que no pueden ver.

CAPÍTULO XXI.---Las visiones semejantes a las corporales en las que el alma es arrebatada, no por eso son de naturaleza diversa.

44. Sin embargo, cuando el cuerpo está sano, y los sentidos no están adormecidos por el sueño, el alma es arrebatada en una obra espiritual oculta hacia esas visiones que son semejantes a las corporales, no porque el modo sea diferente, por eso también es diferente la naturaleza de lo visto; ya que incluso en aquellas causas que provienen del cuerpo, hay ciertamente diferencia, y a veces de manera contraria. Pues los frenéticos tienen más bien perturbados los caminos del sentir en la cabeza sin dormir, de modo que ven cosas semejantes a las que ven los que duermen, cuya intención se desvía del sentido de vigilar al dormir, y se convierte en ver esas cosas. Por lo tanto, cuando eso sucede sin dormir, pero esto sucede durmiendo, no obstante, las cosas que se ven no son de otro género que de la naturaleza del espíritu, en el cual o por el cual se hacen las semejanzas de los cuerpos. Así, aunque la causa de la intención alienada sea diversa, cuando el alma de alguien que vigila con un cuerpo sano es arrebatada por una fuerza espiritual oculta, para que vea en el espíritu semejanzas expresas de cosas corporales en lugar de cuerpos, la naturaleza de lo visto es la misma. Pues no se puede decir que, cuando la causa está en el cuerpo, entonces el alma, sin ninguna presciencia de lo futuro, maneja por sí misma las imágenes de los cuerpos, como también suele hacerlo pensando; pero cuando es asumida en ver esas cosas en el espíritu, estas se demuestran divinamente: ya que la Escritura dice abiertamente: "Derramaré de mi espíritu sobre toda

carne, y los jóvenes verán visiones, y los ancianos soñarán sueños" (Joel 2, 28), atribuyendo ambos a la operación divina; y, "El ángel del Señor apareció a José en sueños diciendo: No temas recibir a María tu esposa"; y de nuevo, "Toma al niño y vete a Egipto" (Mateo 1, 20; y 2, 13).

CAPÍTULO XXII.---Cómo ocurren esas visiones de las que se hacen adivinaciones por instinto oculto o por casualidad.

45. Por lo tanto, no creo que el espíritu del hombre sea asumido por un buen espíritu para ver estas imágenes, a menos que signifiquen algo: pero cuando la causa está en el cuerpo, de modo que el espíritu humano se dirige a contemplarlas más expresamente, no siempre se debe creer que significan algo; sino que significan cuando son inspiradas por un espíritu que las demuestra, ya sea al que duerme, o a alguien que sufre algo del cuerpo, para que se aleje de los sentidos de la carne. También sabemos que a los que vigilan, y no están afligidos por ninguna enfermedad ni agitados por la locura, se les infunden pensamientos por un cierto instinto oculto para que adivinen al expresarlos, no solo haciendo otra cosa, como el sumo sacerdote Caifás profetizó (Juan 11, 51), cuando su intención no tenía la voluntad de profetizar, sino también a los que lo reciben, para que digan algo de manera adivinatoria.

46. Pues algunos jóvenes, bromeando para engañar, cuando viajaban como extranjeros, fingieron ser astrólogos, ignorando completamente si se llamaban doce signos. Cuando vieron que su anfitrión se maravillaba de lo que decían y testificaba que era muy cierto, avanzaron más audazmente en más cosas. Y él, testificando en todo, se maravillaba. Finalmente, les preguntó sobre la salud de su hijo, a quien deseaba desde hacía mucho tiempo ausente, y estaba preocupado por su inesperada tardanza, temiendo que algo le hubiera sucedido. Pero ellos, sin preocuparse por lo que se conocería como verdad después de su partida, mientras hacían feliz al hombre en el momento, respondieron que estaba sano y cerca, y que vendría ese mismo día en que hablaban estas cosas: pues no temían que, cuando todo el día hubiera pasado, él los siguiera al día siguiente para reprenderlos. ¿Qué más? Mientras ya se disponían a partir, he aquí que, aún estando allí, llegó.

47. Asimismo, otro bailaba ante un músico, donde había muchos ídolos por una cierta solemnidad de los paganos, no arrebatado por algún espíritu, sino imitando de manera lúdica a los arrebatados, con los presentes y espectadores sabiendo. Pues era costumbre que, antes del almuerzo, después de realizados los sacrificios y agitados los fanáticos, si algunos jóvenes querían jugar de esa manera después del almuerzo, nadie se lo prohibía. Así que él, mientras bailaba, habiéndose hecho silencio, en broma, y rodeado de una multitud riendo, predijo que esa noche que se avecinaba, en el bosque que estaba cerca, un hombre sería asesinado por un león, y que al amanecer del día siguiente, la multitud se reuniría para ver el cadáver, y abandonaría el lugar de esa solemnidad. Y así fue; cuando quedó bastante claro para todos los presentes en todos sus movimientos, que lo dijo jugando y bromeando, con su mente nunca perturbada ni alienada; él mismo también se maravilló tanto más de lo que sucedió, cuanto más sabía con qué ánimo y boca lo había dicho.

48. De qué manera estas visiones llegan al espíritu del hombre, si se forman allí primero, o se infunden ya formadas, y se ven por una cierta conjunción, para que así los ángeles muestren a los hombres sus pensamientos y las semejanzas de las cosas corporales, que preforman en su espíritu con el conocimiento de lo futuro, así como ellos ven nuestras pensamientos, no con ojos, porque no son cuerpo, sino con espíritu; pero hay esta diferencia, que ellos conocen nuestras pensamientos, incluso si no queremos, pero nosotros no podemos conocer las suyas a menos que se nos muestren; porque, como creo, las tienen en su poder para ocultarlas por

medios espirituales, así como nosotros, interponiendo ciertos obstáculos, ocultamos nuestros cuerpos para que no sean vistos por los ojos de otros: y qué sucede en nuestro espíritu, para que a veces se vean solo imágenes significativas, y se ignore si significan algo; a veces se sienta que significan algo, pero se desconozca qué significan; y a veces, como por una demostración más plena, el alma humana y el espíritu vean tanto las imágenes como lo que significan; es muy difícil de saber, y si ya lo sabemos, es muy laborioso discutirlo y explicarlo.

CAPÍTULO XXIII.---La naturaleza espiritual, donde se forman tantas causas de semejanzas corporales, existe en nosotros.

49. Lo que ahora considero suficiente insinuar, es cierto que hay una cierta naturaleza espiritual en nosotros, donde se forman las semejanzas de las cosas corporales; ya sea cuando tocamos un cuerpo con el sentido del cuerpo, y de inmediato se forma su semejanza en el espíritu, y se guarda en la memoria; ya sea cuando pensamos en cuerpos ausentes ya conocidos, para que de ellos se forme una cierta visión espiritual, que ya estaba en el espíritu incluso antes de que los pensáramos; ya sea cuando contemplamos semejanzas de esos cuerpos que no conocemos, pero que no dudamos que existan, no como son aquellos, sino como se nos ocurre; ya sea cuando pensamos en otras cosas que no son, o no se sabe si son, por capricho o suposición; ya sea cuando, de alguna manera, sin que lo hagamos o queramos, diversas formas de semejanzas corporales se mueven en la mente; ya sea cuando, al estar a punto de actuar corporalmente, disponemos esas mismas cosas que van a suceder en esa acción, y anticipamos todo con el pensamiento; ya sea ya en el mismo acto, o cuando hablamos, o cuando hacemos, todos los movimientos corporales, para que puedan ser expresados, son anticipados por sus semejanzas dentro del espíritu; pues ninguna sílaba, por breve que sea, sonaría en su orden si no fuera prevista: ya sea cuando los que duermen ven sueños, significativos o no; ya sea cuando, con la salud corporal perturbada, los caminos internos del sentir se turban, el espíritu mezcla las imágenes de los cuerpos con los cuerpos reales de tal manera que apenas pueden distinguirse, o no pueden distinguirse en absoluto; y ya sea que signifiquen algo, o surjan sin ninguna significación; ya sea cuando, con una enfermedad o dolor corporal agravándose, y bloqueando internamente los caminos por los cuales la intención del alma se extendía y se esforzaba para sentir a través de la carne, el espíritu, ausente más profundamente que en el sueño, existen o se muestran imágenes de cosas corporales, ya sea significando algo o apareciendo sin ninguna significación; ya sea cuando no existe ninguna causa del cuerpo, sino que, al ser asumido y arrebatado por algún espíritu, el alma es llevada a ver semejanzas de cuerpos, mezclando con ellas visiones corporales, mientras también usa los sentidos del cuerpo; ya sea cuando, al ser asumido por el espíritu, se aliena de todo sentido corporal, y se desvía, para que solo se mantenga con la visión espiritual de semejanzas de cuerpos, donde no sé si pueden verse algunas cosas sin significación.

CAPÍTULO XXIV.---La visión intelectual es superior a la espiritual, y la espiritual a la corporal.

50. Esta naturaleza espiritual, en la que no son cuerpos, sino semejanzas de cuerpos las que se expresan, tiene visiones de un género inferior que aquella luz de la mente y la inteligencia, en la que se juzgan estas cosas inferiores, y se ven aquellas que no son cuerpos, ni tienen formas semejantes a los cuerpos; como la misma mente y toda la buena afección del alma, a la que son contrarias sus vicios, que se culpan y condenan correctamente en los hombres. Pues, ¿de qué otra manera se contempla el mismo intelecto sino entendiendo? Así también la caridad, el gozo, la paz, la longanidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la

continencia, y otras cosas semejantes, por las cuales se aproxima a Dios (Gálatas 5, 22-23): y el mismo Dios, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas (Romanos 11, 36).

51. Aunque, por lo tanto, en la misma alma se hagan visiones, ya sea que se sientan a través del cuerpo, como este cielo corporal, la tierra, y todo lo que en ellos puede ser conocido, como puede ser; ya sea que se vean en el espíritu semejanzas de cuerpos, de las que ya hemos hablado mucho; ya sea que se entiendan con la mente, que no son cuerpos, ni semejanzas de cuerpos; tienen ciertamente su orden, y una es más excelente que otra. Pues la visión espiritual es más excelente que la corporal, y nuevamente la intelectual es más excelente que la espiritual. Porque la corporal no puede existir sin la espiritual; ya que en el mismo momento en que el cuerpo es tocado por el sentido del cuerpo, también se hace algo así en el alma, no que sea esto, sino que es semejante a esto; lo cual, si no se hiciera, tampoco existiría el sentido por el cual se sienten las cosas que están afuera. Pues no es el cuerpo el que siente, sino el alma a través del cuerpo, que usa como mensajero para formar en sí misma lo que se anuncia desde afuera. No puede, por lo tanto, hacerse una visión corporal, a menos que también se haga simultáneamente una espiritual: pero no se discierne, a menos que el sentido haya sido quitado del cuerpo, para que lo que se veía a través del cuerpo se encuentre en el espíritu. Pero, en verdad, la visión espiritual también puede hacerse sin la corporal, cuando aparecen en el espíritu semejanzas de cuerpos ausentes, y se fingen muchas a voluntad, o se demuestran sin voluntad. También la visión espiritual necesita de la intelectual para ser juzgada, pero la intelectual no necesita de la inferior espiritual; y por lo tanto, la corporal está sujeta a la espiritual, y ambas a la intelectual. Por lo tanto, cuando leemos, "El espiritual juzga todas las cosas, pero él mismo no es juzgado por nadie" (1 Corintios 2, 15); no debemos entenderlo según el espíritu, del cual se distingue la mente, como aquello que se dijo, "Oraré con el espíritu, oraré también con la mente" (1 Corintios 14, 15), sino según esa noción en la que se dijo, "Renovaos en el espíritu de vuestra mente" (Efesios 4, 23). Pues ya hemos enseñado que de otra manera también la misma mente se llama espíritu, según la cual el espiritual juzga todas las cosas. Por lo tanto, no creo absurdamente ni inconvenientemente que la visión espiritual ocupe una especie de mediación entre la intelectual y la corporal. Pues creo que no es incongruente llamar medio a lo que no es cuerpo, pero es semejante al cuerpo, entre aquello que es verdaderamente cuerpo, y aquello que no es cuerpo, ni semejante al cuerpo.

CAPÍTULO XXV.---Solo la visión intelectual no engaña.

52. Sin embargo, el alma es engañada por las semejanzas de las cosas, no por el defecto de ellas, sino por su propia opinión, cuando aprueba lo que es semejante como si fuera aquello a lo que es semejante, fallando en la inteligencia. Por lo tanto, se equivoca en la visión corporal, cuando piensa que lo que sucede en los sentidos del cuerpo sucede en los mismos cuerpos; como a los que navegan les parece que se mueven en la tierra las cosas que están quietas, y a los que miran el cielo les parece que las estrellas que se mueven están quietas, y al abrir los rayos de los ojos aparecen dos imágenes de la lámpara, y el remo en el agua parece quebrado, y muchas cosas de este tipo: o cuando piensa que algo es esto, que está coloreado de manera similar, o suena de manera similar, o huele, o sabe, o se toca de manera similar; de aquí que también un medicamento cocido en una olla se piensa que es legumbre, y el sonido de un vehículo que pasa se piensa que es de un trueno, y si no se explora con otros sentidos, sino que solo se presenta al olfato, la hierba que se llama apiaria se piensa que es un cítrico, y un alimento afectado con algún jugo dulce se piensa que está condimentado con miel; y un anillo desconocido tocado en la oscuridad se piensa que es de oro, cuando es de bronce o de plata. O cuando, turbada el alma por visiones corporales repentinas e

inesperadas, piensa que está viendo en sueños, o afectada por alguna visión espiritual de este tipo: de donde en todas las visiones corporales, se adhiere también la contestación de otros sentidos, y especialmente de la misma mente y razón, para que se encuentre lo que es verdadero en este género de cosas, tanto como se pueda encontrar. Pero en la visión espiritual, es decir, en las semejanzas de cuerpos que se ven en el espíritu, el alma se equivoca cuando piensa que lo que ve así son los mismos cuerpos; o lo que ha imaginado por sospecha y falsa conjetura, también lo piensa en los cuerpos que no ha visto. Pero en verdad, en esas visiones intelectuales no se engaña: o entiende, y es verdad; o si no es verdad, no entiende: de donde es diferente errar en lo que ve, que errar porque no ve.

CAPÍTULO XXVI.---El rapto del alma es doble, con visión espiritual e intelectual.

53. Por lo tanto, cuando el alma es arrebatada a esas visiones que se ven en el espíritu semejantes a las corporales, de modo que se desvía completamente de los sentidos del cuerpo más de lo que suele hacerlo en el sueño, pero menos que en la muerte; ya es de la advertencia y ayuda divina que sepa que no está viendo cuerpos, sino semejanzas de cuerpos espiritualmente, como aquellos que saben que ven en sueños, incluso antes de despertar. Allí, si también se ven cosas futuras, de modo que se conozcan completamente como futuras, cuyas imágenes presentes se ven, ya sea por la misma mente del hombre divinamente ayudada, o por alguien que entre las mismas visiones explique lo que significan, como se explicaba a Juan en el Apocalipsis (Apocalipsis 1, 10 y ss.), es una gran revelación: incluso si tal vez ignore aquel a quien se le demuestran estas cosas, si ha salido del cuerpo, o si todavía está en el cuerpo, pero con el espíritu alienado de los sentidos del cuerpo ve estas cosas; pues puede ignorarlo así arrebatado, si no se le muestra también esto.

54. Pero, si de la misma manera que fue arrebatado de los sentidos del cuerpo, para estar en estas semejanzas de cuerpos que se ven en el espíritu, también es arrebatado de ellas, para ser llevado a esa casi región de los intelectuales o inteligibles, donde sin ninguna semejanza de cuerpo se ve la verdad clara; no se oscurece con ninguna niebla de opiniones falsas: allí las virtudes del alma no son laboriosas ni trabajosas. Pues no se frena la libido con la obra de la templanza, ni se toleran las adversidades con la obra de la fortaleza, ni se castigan las injusticias con la obra de la justicia, ni se evitan los males con la obra de la prudencia. Allí, una sola y total virtud es amar lo que ves, y la suma felicidad es tener lo que amas. Pues allí se bebe la vida bienaventurada en su fuente, de allí se rocía algo a esta vida humana, para que en las tentaciones de este siglo se viva con templanza, fortaleza, justicia y prudencia. Pues para alcanzar aquello, donde habrá descanso seguro y visión inefable de la verdad, se asume el trabajo, y de abstenerse del placer, y de soportar adversidades, y de socorrer a los necesitados, y de resistir a los engañadores. Allí se ve la claridad del Señor, no por una visión significativa, ya sea corporal, como se vio en el monte Sinaí (Éxodo 19, 18), ya sea espiritual, como vio Isaías (Isaías 6, 1), o Juan en el Apocalipsis: sino por la apariencia, no por enigmas, tanto como la mente humana pueda captar, según la gracia de Dios que asume, para que hable cara a cara con aquel a quien Dios ha hecho digno de tal coloquio; no con la boca del cuerpo, sino con la de la mente.

CAPÍTULO XXVII.---Con qué tipo de visión fue visto Dios por Moisés.

Como creo que debe entenderse lo que está escrito sobre Moisés (Números 12, 8).

55. Concupiscia, como leemos en el Éxodo, ver a Dios; no ciertamente como lo había visto en el monte, ni como lo veía en el tabernáculo (Éxodo XIX, 18, y XXXIII, 9), sino en la

sustancia en la que Dios es, sin ninguna criatura corporal asumida, que se presente a los sentidos de la carne mortal: ni en el espíritu con similitudes figuradas de cuerpos; sino por su propia especie, en la medida en que la criatura racional e intelectual pueda captarla, apartada de todo sentido corporal y de todo enigma significativo del espíritu. Pues está escrito: "Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tu rostro claramente, para que te vea"; aunque poco antes se lee que el Señor habló a Moisés cara a cara, como uno habla a su amigo. Sentía, por tanto, lo que veía, y deseaba lo que no veía. Pues poco después, cuando Dios le dijo: "Has hallado gracia ante mis ojos, y te conozco sobre todos", le respondió: "Muéstrame tu gloria". Y entonces recibió una respuesta figurada del Señor, sobre la cual ahora sería largo discutir, cuando le dijo: "No podrás ver mi rostro y vivir. No verá el hombre mi rostro y vivirá". Luego añadió y le dijo: "He aquí un lugar junto a mí, y estarás sobre la roca; tan pronto como pase mi majestad, te pondré en la hendidura de la roca, y cubriré con mi mano sobre ti hasta que pase; y apartaré mi mano, y entonces verás mis espaldas: pero mi rostro no se verá" (Éxodo XXXIII, 11-23). Sin embargo, la Escritura no narró que esto se hiciera corporalmente, y se demostró suficientemente que fue dicho figuradamente en la significación de la Iglesia. Él es el lugar junto al Señor, porque la Iglesia es su templo y está edificada sobre la roca, y las demás cosas que allí se dicen, concuerdan con la misma inteligencia. Sin embargo, si Moisés no hubiera merecido ver la claridad de Dios que deseaba y anhelaba, no diría Dios en el libro de los Números a Aarón y a María, sus hermanos: "Oíd mis palabras: Si hay entre vosotros un profeta del Señor, en visión me daré a conocer a él, y en sueños le hablaré; no así con mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, en visión, y no por enigmas, y verá la claridad del Señor" (Números XII, 6-8). Pues esto no debe entenderse según la sustancia del cuerpo, que se presenta a los sentidos de la carne; ya que ciertamente así hablaba a Moisés cara a cara, frente a frente, cuando le dijo: "Muéstrame tu rostro"; y ahora también a aquellos a quienes reprendía, y a quienes prefería el mérito de Moisés, así les hablaba por una criatura corporal presentada a los sentidos de la carne. De ese modo, en aquella especie en la que Dios es, habla de manera inefablemente secreta y presente, donde nadie viéndolo vivirá en esta vida, en la que se vive mortalmente en estos sentidos del cuerpo: pero a menos que alguien de esta vida muera de alguna manera, ya sea saliendo completamente del cuerpo, o estando tan apartado y ajeno a los sentidos carnales, que merecidamente no sepa, como dice el Apóstol, si está en el cuerpo o fuera del cuerpo (II Corintios XII, 3), cuando es arrebatado y elevado a aquella visión.

CAPÍTULO XXVIII.---El tercer cielo y el paraíso del que habla el Apóstol, pueden entenderse como el tercer tipo de visión.

56. Por lo tanto, si este tercer tipo de visión, que es superior, no solo a toda visión corporal, en la que los cuerpos son percibidos por los sentidos del cuerpo, sino también a toda visión espiritual, en la que las similitudes de los cuerpos son percibidas por el espíritu y no por la mente, el Apóstol lo llamó el tercer cielo; en él se ve la claridad de Dios, para cuya visión se purifican los corazones, de donde se dijo: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8): no por alguna significación figurada corporal o espiritualmente, como por espejo en enigma, sino cara a cara (I Corintios XIII, 12), lo que se dijo de Moisés, "boca a boca"; por la especie en la que Dios es lo que es, en la medida en que la mente, que no es lo que Él es, incluso purificada de toda mancha terrena, y apartada y arrebatada de todo cuerpo y similitud de cuerpo, puede captar: de quien estamos ausentes, cargados con el peso mortal y corruptible, mientras caminamos por fe, no por visión (II Corintios V, 6, 7), y cuando aquí vivimos justamente. ¿Por qué no creer que a un Apóstol tan grande, doctor de los gentiles, arrebatado hasta esta visión excelentísima, quiso Dios mostrarle la vida en la que después de esta vida se vivirá eternamente? ¿Y por qué no

llamarlo paraíso, excepto aquel en el que corporalmente vivió Adán entre árboles frondosos y fructíferos? Ya que también la Iglesia, que nos congrega en el seno de la caridad, ha sido llamada "paraíso con fruto de manzanas" (Cantar de los Cantares IV, 13). Pero esto se dijo figuradamente, como si en aquel paraíso, donde propiamente estuvo Adán, la Iglesia estuviera significada por la forma del futuro. Aunque al considerar más detenidamente, tal vez se presente que en aquel paraíso corporal, en el que Adán estuvo corporalmente, se significó tanto esta vida de los santos, que ahora se lleva a cabo en la Iglesia, como aquella que después de esta será eterna: así como Jerusalén, que se interpreta como Visión de paz, y sin embargo se muestra como una ciudad terrena, significa a Jerusalén nuestra madre eterna en los cielos, ya sea en aquellos que han sido salvados por la esperanza, y lo que no ven esperan con paciencia (Romanos VIII, 24, 25), según los cuales muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Gálatas IV, 26, 27); o en los mismos ángeles santos por la Iglesia de la multiforme sabiduría de Dios (Efesios III, 10), con quienes después de esta peregrinación se vivirá sin trabajo y sin fin.

CAPÍTULO XXIX.---Si como hay varios cielos, así en la visión espiritual e intelectual hay varios grados.

57. Pero si tomamos así el tercer cielo al que fue arrebatado el Apóstol, para creer que hay un cuarto, e incluso varios cielos superiores, debajo de los cuales está este tercer cielo, como algunos dicen que son siete, otros ocho, otros nueve o incluso diez, y en el mismo que se llama firmamento, afirman que hay muchos gradualmente; y por lo tanto, los consideran o bien razonan o suponen que son corpóreos, de cuya razón u opinión ahora sería largo discutir: también puede suceder que alguien sostenga, o si puede, demuestre que hay muchos grados en las visiones espirituales o intelectuales, y que están distinguidos según algún progreso de revelaciones más o menos ilustres. Pero como sea que estas cosas se tengan, y se tomen como se quiera, por uno de una manera, por otro de otra; yo no puedo hasta ahora conocer ni enseñar más que estos tres géneros de visiones, ya sea por el cuerpo, por el espíritu, o por la mente. Pero cuántas y cuán grandes sean las diferencias de cada uno de los géneros, de modo que en cada uno algo se eleve gradualmente sobre otro, confieso que lo ignoro.

CAPÍTULO XXX.---En el género espiritual de visión, algunas visiones son casi divinas, otras humanas.

58. Así como en esta luz corporal está el cielo, que sobre la tierra contemplamos, de donde brillan las luminarias y las estrellas, que son cuerpos mucho mejores que los terrestres: así en aquel género espiritual, en el que se ven las similitudes de los cuerpos con una luz incorpórea y propia, hay ciertas excelencias y con razón divinas, que los ángeles demuestran de maneras maravillosas; ya sea haciendo que sus visiones se conviertan en nuestras de manera fácil y poderosa, o sabiendo de alguna manera cómo formar nuestra visión en nuestro espíritu, es una cosa difícil de percibir, y más difícil de expresar. Pero hay otras visiones habituales y humanas, que ya sea que surjan de nuestro propio espíritu de múltiples maneras, o que de alguna manera se sugieran al espíritu desde el cuerpo, según hayamos sido afectados ya sea por la carne o por el ánimo. Pues no solo los hombres despiertos giran sus preocupaciones pensando en similitudes de cuerpos, sino que también dormidos a menudo sueñan con lo que necesitan: pues también llevan a cabo sus negocios por deseo del ánimo, y se dedican a banquetes y bebidas, si acaso durmieron hambrientos y sedientos. Todas estas cosas creo que deben considerarse comparadas con aquellas demostraciones angélicas, como si en esta naturaleza de cuerpos se compararan las terrenales con las celestiales.

CAPÍTULO XXXI.---En la visión intelectual, unas cosas se ven en el alma, otra es la luz por la que se ilumina. La luz del alma es Dios.

59. Así también en aquel género de visiones intelectuales hay cosas que se ven en el alma misma, como las virtudes a las que son contrarios los vicios; ya sean permanentes, como la piedad; o útiles para esta vida, y que después no existirán, como la fe con la que creemos en lo que aún no vemos, y la esperanza con la que esperamos con paciencia lo futuro, y la misma paciencia con la que soportamos todas las adversidades, hasta que lleguemos a donde deseamos. Pues estas y semejantes virtudes, que ahora son muy necesarias para transitar esta peregrinación; no existirán en aquella vida, para cuya obtención son necesarias: y sin embargo, también ellas se ven intelectualmente; pues no son cuerpos, ni tienen especies semejantes a los cuerpos. Pero otra cosa es la misma luz, por la que se ilumina el alma, para que todo lo que se entiende en ella o en ella misma se contemple verdaderamente: pues esa luz ya es Dios mismo, mientras que estas son criaturas, aunque racionales e intelectuales hechas a su imagen, que cuando intentan contemplar aquella luz, titubean por debilidad, y menos pueden. Sin embargo, de allí es todo lo que entienden según su capacidad. Por tanto, cuando es arrebatada allí, y apartada de los sentidos carnales, se presenta más expresamente a aquella visión no por espacios locales, sino de alguna manera propia, incluso ve sobre sí misma aquello, por lo que ayudada ve todo lo que también en sí misma ve entendiendo.

CAPÍTULO XXXII.---A dónde se dirige el alma cuando se separa del cuerpo.

60. Pero si se pregunta, cuando el alma ha salido del cuerpo, si se dirige a algunos lugares corporales, o a lugares incorpóreos semejantes a los corporales, o si no a estos, sino a aquello que es superior tanto a los cuerpos como a las similitudes de los cuerpos; rápidamente respondería que no se dirige a lugares corporales a menos que sea con algún cuerpo, o no se dirige localmente. Ahora bien, si tiene algún cuerpo cuando ha salido de este cuerpo, que lo muestre quien pueda; yo, sin embargo, no lo creo: pues pienso que es espiritual, no corporal. Pero se dirige a lo espiritual según sus méritos, o a lugares de castigo semejantes a los cuerpos: como los que a menudo se han mostrado a aquellos que han sido arrebatados de los sentidos del cuerpo, y han yacido como muertos, y han visto los tormentos infernales, mientras ellos mismos llevaban en sí mismos una cierta similitud de su cuerpo, por la cual podían ser llevados a aquellos lugares, y experimentar tales cosas con similitudes de los sentidos. Pues no veo por qué el alma tendría la similitud de su cuerpo, cuando, yaciendo sin sentido el mismo cuerpo, aún no completamente muerto, ve tales cosas, como muchos han narrado al ser devueltos vivos de aquella separación; y no la tendría, cuando con la muerte completa ha salido completamente del cuerpo. O bien, por tanto, se dirige a aquellos lugares de castigo, o a aquellos también semejantes a los corporales, pero no de castigo, sino de descanso y gozo.

61. Pues no se puede decir correctamente que aquellas penas sean falsas, o aquel descanso y alegría sean falsos: entonces estas cosas son falsas, cuando por error de opinión se toman unas cosas por otras. Pues Pedro no solo cuando veía aquel disco, y en él no similitudes de cuerpos, sino cuerpos pensaba (Hechos X, 11, 12), en esto ciertamente se equivocaba; sino también cuando en otro momento, liberado de las cadenas por un ángel, iba caminando en el cuerpo, y presentado a formas corporales, y pensaba que veía una visión (Hechos XII, 7-9), no obstante se equivocaba. Pues aquellas en el disco eran formas espirituales semejantes a los cuerpos; y esta expresión corporal de ser liberado de las cadenas, por el milagro era semejante a lo espiritual. Pero el alma se equivocaba en ambas, solo cuando aprobaba unas cosas por otras. Aunque, por tanto, no sean corporales, sino semejantes a los corporales, con las que las almas despojadas de cuerpos son afectadas, ya sea bien o mal, cuando ellas

mismas se aparecen semejantes a sus cuerpos; sin embargo, son verdadera alegría y verdadero dolor hechos de sustancia espiritual. Pues también en los sueños importa mucho si estamos en cosas alegres o tristes. De donde algunos, estando en las cosas que deseaban, se han dolido al despertar; y nuevamente, atormentados y agitados por grandes terrores y sufrimientos, al despertar, temieron dormir, para no ser llamados de nuevo a los mismos males. Y ciertamente no se debe dudar de que aquellas cosas que se llaman infernales son más expresivas, y por eso se sienten más intensamente. Pues también aquellos que han sido sustraídos de los sentidos del cuerpo, menos ciertamente que si hubieran muerto completamente, pero sin embargo más que si hubieran dormido, han narrado haber visto cosas más expresivas, que si hubieran narrado sueños. Por tanto, hay ciertamente una sustancia de los infiernos, pero creo que es espiritual, no corporal.

CAPÍTULO XXXIII.---Cuestión sobre los infiernos. El alma es incorpórea. El seno de Abraham.

62. No deben ser escuchados aquellos que afirman que los infiernos se explican en esta vida, y que no existen después de la muerte. Que vean cómo interpretan las ficciones poéticas; nosotros no debemos apartarnos de la autoridad de las Escrituras divinas, a las que solas se debe tener fe en este asunto. Aunque podemos mostrar que incluso los sabios de ellos no han dudado de la sustancia de los infiernos, que después de esta vida recibe las almas de los muertos. Pero de dónde se dice que los infiernos están bajo la tierra, si no son lugares corporales, o de dónde se llaman infiernos, si no están bajo la tierra, es una cuestión que merece ser investigada. Pero me atrevo a profesar que no creo, sino que sé con certeza, que el alma no es corpórea: sin embargo, que pueda tener una similitud de cuerpo y de miembros corporales en absoluto, quien lo niegue, puede negar que el alma es, la cual en sueños ve o se ve a sí misma caminando, o sentada, o llevada y traída aquí y allá con paso o incluso con vuelo, lo cual no se hace sin una cierta similitud de cuerpo. Por tanto, si el alma lleva esta similitud también en los infiernos, no corporal, sino semejante al cuerpo; así también parece estar en lugares no corporales, sino semejantes a los corporales, ya sea en descanso, ya sea en dolores.

63. Aunque también confieso que aún no he encontrado, y sigo buscando, y no me ha ocurrido que las Escrituras, al menos canónicas, hayan puesto los infiernos en algún lugar en el bien: pero no se puede escuchar que el seno de Abraham, y aquel descanso al que el piadoso pobre fue llevado por los ángeles, se deba tomar en el bien; y por eso no veo cómo podamos creer que está en los infiernos.

64. También aquello que Jacob dice a sus hijos: "Llevaréis mi vejez con tristeza a los infiernos" (Génesis XLIV, 29), parece haber temido más esto, que la tristeza excesiva lo perturbara de tal manera que no fuera al descanso de los bienaventurados, sino a los infiernos de los pecadores. Pues no es un pequeño mal del alma la tristeza, cuando incluso el Apóstol temió tan solícitamente que alguien fuera absorbido por una mayor tristeza (II Corintios II, 7). Por tanto, como dije, aún no he encontrado, y sigo buscando, y no me ha ocurrido que las Escrituras, al menos canónicas, hayan puesto los infiernos en algún lugar en el bien: pero no se puede escuchar que el seno de Abraham, y aquel descanso al que el piadoso pobre fue llevado por los ángeles, se deba tomar en el bien; y por eso no veo cómo podamos creer que está en los infiernos.

CAPÍTULO XXXIV.---Sobre el Paraíso y el tercer cielo al que fue arrebatado Pablo.

65. Sin embargo, mientras buscamos esto, y ya sea que lo encontremos o no, la extensión de este libro nos urge a concluirlo en algún momento. Por lo tanto, dado que hemos iniciado un discurso sobre el paraíso, debido a lo que el Apóstol dice, que sabe de un hombre arrebatado hasta el tercer cielo, pero no sabe si en el cuerpo o fuera del cuerpo, y porque fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables que no es lícito al hombre pronunciar; no afirmamos temerariamente si el paraíso está en el tercer cielo, o si fue arrebatado al tercer cielo y de allí nuevamente al paraíso. Pues si propiamente es un lugar boscoso, pero en sentido figurado, toda región espiritual donde el alma está bien puede llamarse con razón paraíso; no solo el tercer cielo, sea lo que sea, que ciertamente es grande y sublimemente glorioso, sino también en el mismo hombre hay una cierta alegría de buena conciencia que es un paraíso. Por lo tanto, la Iglesia en los santos que viven con templanza, justicia y piedad se llama con razón paraíso (Eclo. XL, 28), floreciendo en abundancia de gracias y delicias castas: ya que incluso en las tribulaciones se gloria de la misma paciencia, regocijándose mucho, porque según la multitud de dolores en el corazón, las consolaciones de Dios alegran su alma (Sal. XCIII, 19). Cuánto más, entonces, después de esta vida, también aquel seno de Abraham puede llamarse paraíso, donde ya no hay tentación, donde hay tanto descanso después de todos los dolores de esta vida. Pues ciertamente hay una luz propia y de su propio tipo, y ciertamente grande, que aquel rico desde los tormentos y tinieblas del infierno, aunque de lejos, ya que había un gran abismo en medio, sin embargo, la vio de tal manera que reconoció allí al pobre que una vez había despreciado.

66. Si esto es así, por eso se dice o se cree que los infiernos están bajo la tierra, porque congruentemente en el espíritu se demuestran así a través de esas similitudes de cosas corporales, de modo que, como las almas de los difuntos dignas del infierno pecaron por amor a la carne, se les exhibe esto a través de esas similitudes corporales, lo que suele hacerse con la carne muerta, que es enterrarla bajo tierra. Finalmente, los infiernos se llaman así en latín porque están abajo: así como según el cuerpo, si mantienen su orden de peso, todo lo más pesado está abajo; así según el espíritu, todo lo más triste está abajo: de donde también en la lengua griega se dice que el origen del nombre con el que se llaman infiernos resuena por no tener nada agradable. Sin embargo, nuestro Salvador no despreció visitar esa parte de las cosas, muerto por nosotros, para liberar de allí a quienes sabía que debían ser liberados según la justicia divina y secreta. Por lo tanto, el alma de aquel ladrón a quien dijo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43), ciertamente no la llevó a los infiernos, donde están las penas de los pecadores: sino a aquel descanso del seno de Abraham; pues Cristo no está en ningún lugar, ya que Él mismo es la Sabiduría de Dios que alcanza en todas partes por su pureza (Sab. VII, 24); o a aquel paraíso, ya sea en el tercer cielo, o dondequiera que esté, al que el Apóstol fue arrebatado después del tercer cielo: si no es que algo único es llamado con diferentes nombres, donde están las almas de los bienaventurados.

67. Si, por lo tanto, entendemos correctamente el primer cielo como todo lo corporal en general, lo que está sobre las aguas y la tierra; el segundo, en similitud corporal, lo que se percibe en el espíritu, como aquel lienzo lleno de animales que fue bajado en éxtasis a Pedro (Hech. X, 10-12); y el tercero, lo que se contempla con la mente, tan secreto y remoto y completamente apartado de los sentidos de la carne y purificado, que lo que está en ese cielo, y la misma sustancia de Dios, y el Verbo de Dios por el cual todas las cosas fueron hechas, puede ser visto y oído inefablemente en el amor del Espíritu Santo: no es incongruente pensar que allí fue arrebatado el Apóstol (II Cor. XII, 2-4), y que allí tal vez esté el paraíso mejor que todos, y si debe decirse, el paraíso de los paraísos. Pues si la alegría de las almas buenas está en las cosas buenas en toda criatura, ¿qué hay más excelente que esa alegría que está en el Verbo de Dios por el cual todas las cosas fueron hechas?

CAPÍTULO XXXV.---Por qué es necesaria la resurrección de los cuerpos para la perfecta bienaventuranza del alma.

68. Pero si a alguien le preocupa, ¿por qué es necesario que los espíritus de los difuntos reciban sus cuerpos en la resurrección, si se les puede otorgar esa suma bienaventuranza incluso sin cuerpos? Es una cuestión más difícil de lo que puede resolverse perfectamente en este discurso: pero sin embargo, no hay duda de que la mente del hombre arrebatada de los sentidos de la carne, y después de la muerte, despojada de la misma carne, trascendiendo incluso las similitudes corporales, no puede ver la sustancia inmutable como la ven los santos ángeles; ya sea por alguna otra causa más oculta, o porque hay en ella un cierto apetito natural de administrar el cuerpo; por el cual apetito se retarda de algún modo para no dirigirse con toda intención a ese sumo cielo, mientras no tiene un cuerpo cuya administración satisfaga ese apetito. Además, si el cuerpo es tal que su administración es difícil y pesada, como esta carne que se corrompe y pesa sobre el alma (Sab. IX, 15), existiendo de la propagación de la transgresión, mucho más se aparta la mente de aquella visión del sumo cielo: de donde necesariamente debía ser arrebatada de los sentidos de esa misma carne, para que, como pudiera, se le mostrara aquello. Por lo tanto, cuando reciba este cuerpo ya no animal, sino espiritual por la futura transformación, igualada a los ángeles, tendrá el modo perfecto de su naturaleza, obediente y mandante, vivificada y vivificante, con tal facilidad inefable, que será para ella de gloria lo que fue de carga.

CAPÍTULO XXXVI.---Cómo serán los tres tipos de visiones en los bienaventurados.

69. Sin duda, también entonces habrá estos tres tipos de visiones, pero ninguna falsedad hará que se apruebe una cosa por otra, ni en las visiones corporales, ni en las espirituales; mucho menos en las intelectuales, que serán presentadas y claras de tal manera que disfrutará de ellas con una evidencia mucho menor que la que ahora nos ofrecen estas especies corporales, que alcanzamos con el sentido de la carne, y a las que muchos están tan dedicados que piensan que solo ellas existen, y que cualquier cosa que no sea así, piensan que no existe en absoluto. Sin embargo, los sabios están en estas visiones corporales de tal manera que, aunque parezcan más presentes, están más seguros de aquellas que perciben de alguna manera entendiendo, más allá de la apariencia del cuerpo y de la semejanza del cuerpo; aunque no puedan contemplarlas con la mente como contemplan estas con el sentido del cuerpo. Los santos ángeles, por su parte, presiden el juicio y la administración de estas cosas corporales, y no se inclinan hacia ellas como si fueran más presentes; y discernen las similitudes significativas de ellas en el espíritu, y las tratan con tal potencia que pueden incluso revelarlas y mezclarlas con los espíritus de los hombres; y contemplan la sustancia inmutable del Creador de tal manera que, con visión y amor, la anteponen a todas las cosas, y juzgan todas las cosas según ella, y se dirigen hacia ella para ser guiados, y desde ella dirigen todo lo que hacen. Finalmente, aunque el Apóstol fue arrebatado de los sentidos de la carne al tercer cielo y al paraíso, ciertamente faltó esto para el pleno y perfecto conocimiento de las cosas, que los ángeles poseen, que no sabía si estaba en el cuerpo o fuera del cuerpo. Esto ciertamente no faltará, cuando, habiendo recibido los cuerpos en la resurrección de los muertos, lo corruptible se vista de incorrupción, y lo mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Pues todas las cosas serán evidentes sin ninguna falsedad, sin ninguna ignorancia, distribuidas en sus órdenes y corporales y espirituales e intelectuales, en una naturaleza íntegra y una bienaventuranza perfecta.

CAPÍTULO XXXVII.---Sentencia de algunos sobre el tercer cielo.

70. Sé que algunos de los que antes de nosotros han tratado las Sagradas Escrituras en la fe católica, han expuesto también lo que dice el Apóstol, el tercer cielo, de tal manera que quisieron que aquí se entendieran las diferencias del hombre corporal, animal y espiritual, y que el Apóstol fue arrebatado para contemplar con excelente evidencia ese género de cosas incorpóreas: género que también en esta vida los hombres espirituales prefieren sobre las demás cosas, y desean disfrutar de él. Sin embargo, yo, por qué he preferido decir espiritual e intelectual, lo que ellos tal vez dijeron animal y espiritual, para poner otros nombres de las mismas cosas, ya he considerado suficiente haberlo discutido en las primeras partes de este libro. Si hemos discutido estas cosas correctamente según nuestra capacidad, el lector espiritual las aprobará, o también, para que sea espiritual, con la ayuda del Espíritu Santo, algo de esta lectura le beneficiará. Pero ya concluimos finalmente esta obra entera, que se contiene en doce volúmenes, con este fin.